

COMPRADOS A UN ALTO PRECIO

Un comentario a la Epístola a los Hebreos



COMENTARIO

CoExtensión
Panamá
2006

Las citas Bíblicas en esta obra fueron tomadas de la Santa Biblia:
NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL © 1973, 1978, 1984
de la Sociedad Bíblica Internacional.
Utilizada con permiso de Zondervan Bible Publishers.

Copyright © 1999 de The Lutheran Church–Missouri Synod.

Todos los derechos reservados. La reproducción o traducción de cualquier parte de este trabajo que sobrepase lo permitido por la Sección 107 y 108 de la Ley de Copyright de los Estados Unidos sin permiso del dueño del derecho de copia es ilegal. Prohibida la reproducción o copia de cualquier parte de este trabajo en cualquiera de sus formas y medios, incluido pero no restringido a medios gráficos, electrónicos, y mecánicos – por ejemplo fotocopias, grabaciones, scanner, o sistemas de información y búsqueda – sin el expreso consentimiento del dueño del copyright. El usuario sólo podrá citar, y una revista o periódico sólo podrán imprimir pasajes breves como parte de una revisión escrita para su inclusión en ese periódico o revista.

Publicado por la Iglesia Luterana –Sínodo de Missouri
Misión Mundial
1333 South Kirkwood Road
Saint Louis, Missouri 63122–7295 USA

CoExtensión recibió los derechos como garante de este material traducido al español. Permiso para la traducción, publicación y digitalización de este curso fue otorgado en el año 2002. Su formato digitalizado se elaboró en el año 2006.

Escriba a esta dirección para obtener información o para formular su petición para usar este trabajo.



Comité Coordinador de Instituciones Teológicas Luteranas por Extensión en América Latina (*CoExtensión*)

Fundado 1970 – cierre 2009

Toda honra y gloria sean dadas a nuestro Dios Trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Copyright © 2006 por CoExtensión



Este curso fue aprobado para su publicación en formato digital con distribución gratuita a programas de educación teológica durante la Asamblea General de CoExtensión, realizada en Bogotá, Colombia, en mayo del año 2006. CoExtensión otorga el derecho de utilizar este formato electrónico para distribuir y reproducir esta obra bajo las siguientes condiciones:

- a. Los derechos de este texto son exclusivos de CoExtensión, de toda edición publicada, actualizada, reeditada o traducida.
- b. El curso podrá ser distribuido libremente a instituciones de educación teológica; su texto puede ser reproducido y utilizado con libertad, siempre y cuando su uso sea exclusivo para programas de educación teológica o directamente en el ministerio de la iglesia cristiana. Cada institución de educación teológica deberá hacer saber por escrito sus intenciones sobre el uso del curso.
- c. No se permitirá ningún fin lucrativo con este material, aparte de cobrar el costo real de la reproducción y la distribución del mismo. No está permitido ningún fin lucrativo de este material, convirtiéndolo en un libro impreso ni vendiéndolo en cualquier forma o método.
- d. Este curso ha sido producido en formato digital para PC y MAC, a fin de facilitar la impresión y reproducción del material exclusivamente para fines educativos.
- e. Se autorizarán adaptaciones al texto que permitan una mejor comprensión y enseñanza del material, tanto para educandos como docentes, reconociendo que hay importantes diferencias de lenguaje entre nuestras realidades latinoamericanas y países de habla español.
- f. Se autorizarán traducciones del texto a otros idiomas, bajo las mismas condiciones arriba mencionadas.
- g. Cualquier solicitud para publicar, cambiar, modificar, actualizar o traducir el texto, deberán hacerse por escrito.

Toda honra y gloria sean dadas a Jesucristo, nuestro Salvador y Señor.

Copyright © 2006 por CoExtensión



Iglesia Evangélica Luterana
de Colombia

Los derechos de este texto han sido entregados a la Iglesia Evangélica Luterana de Colombia (IELCO) como garante único y exclusivo de todos los derechos de CoExtensión, permiso otorgado en la ciudad de Bogotá, el 8 de febrero del año 2010.

A partir de esta fecha, la IELCO recibe todos los Derechos Reservados © 2010 de CoExtensión.

Toda comunicación relacionada con el uso de este curso ha de hacerse a:

Iglesia Evangélica Luterana de Colombia - IELCO

Apartado Aéreo 53-005

Bogotá, Colombia

Esta publicación digitalizada pertenecía al Comité Coordinador de Instituciones Teológicas Luteranas por Extensión en América Latina (CoExtensión), que oficialmente dejó de existir en el año 2009. La Iglesia Evangélica Luterana de Colombia (IELCO), uno de los miembros fundadores de CoExtensión, fue nombrada como garante de los derechos de todas las publicaciones de CoExtensión. Una condición de ser garante de estos derechos incluye la responsabilidad de autorizar el libre uso, la impresión y la distribución, sin fines lucrativos, de este curso a instituciones de educación teológica.

Esta publicación digitalizada es considerada “una obra huérfana” y será preservada en la Biblioteca “Kristine Kay Hasse Memorial” Library del Seminario Concordia, St. Louis, Missouri, EE.UU. de A. según las normas que rigen la naturaleza y los deberes de tan prestigiosa y reconocida biblioteca. Documentación de este proceso queda depositada en los archivos de esta biblioteca.

Cualquier información adicional, favor comunicarse con el Director de la Biblioteca del Seminario Concordia.

+ + +

This publication was produced by the Comité Coordinador de Instituciones Teológicas Luteranas por Extensión en América Latina (CoExtensión), which officially ceased to exist in 2009. The Evangelical Lutheran Church of Colombia (IELCO) and a former founding member of CoExtensión, was named guarantor of the rights of all of CoExtensión’s publications. Included in being guarantor is the responsibility of authorizing the free use (including printing and distribution) of this publication, and all other CoExtensión resources, to any interested theological education institution. This resource, along with all the rest, must never be used for financial profit.

This digitized publication is considered “an orphan work” and will be preserved in the “Kristine Kay Hasse Memorial” Library at Concordia Seminary, St. Louis, Missouri, USA, in accordance with the standards governing the nature and duties of this prestigious and recognized library. Documentation of this process is on file with this library.

For any additional information, please communicate with the Director of the Library, Concordia Seminary.



*Seminario Concordia
801 Seminary Place
Saint Louis, Missouri 63105-3196
1-314-505-7000
<https://www.csl.edu>
<https://scholar.csl.edu>
<https://concordiatheology.org>*

COMPRADOS A UN ALTO PRECIO

Un comentario a la Epístola a los Hebreos



Texto del comentario

Wilbert Kreiss

Traducido al inglés

Theodore Mueller

Traducido al español

María Russo de Lahoud

Editaje, diseño y montaje

Marcos N. Kempff

Publicado por CoExtensión

Comité de programas de Educación Teológica por Extensión en América Latina y el Caribe

Primera edición electrónica

Ciudad de Panamá, junio del 2006

Primera impresión

Ciudad de Panamá, junio del 2006

Nombre completo _____

Nombre del instructor _____

Lugar y fecha _____

Nota final _____

TABLA DE CONTENIDO

	<i>Página</i>
Tabla de contenido	vi
Prefacio	vii
Introducción	viii
Plan de estudios – recomendaciones	xii
Horario de clases	xiii
Parte I	
EN JESÚS, TENEMOS EL MAYOR TESORO (1:1 al 10:18)	1
A. Jesús es glorioso en Su persona (1:1 al 4:13).	1
1. Dios reveló totalmente quién es El al enviar a Jesús (1:1–3).	1
2. Jesús es superior a los ángeles (1:4–13).	5
3. Primera advertencia (2:1–18).	9
4. Jesús es superior a Moisés (3:1–6).	17
5. Segunda advertencia (3:7–4:13).	21
B. Jesús es glorioso en Su sacerdocio (4:14 al 10:18).	31
1. Jesús es superior a los sacerdotes del Antiguo Testamento por Sus cualidades (4:14–5:10).	31
2. Breve explicación de los sacrificios del Antiguo Testamento.	35
3. Tercera advertencia (5:11–6:20).	40
4. Jesús es superior a ellos en la obra que El realizó (7:1–28).	51
5. Cristo entró a un santuario mayor y estableció un pacto más grandioso que el santuario y el pacto del Antiguo Testamento (8:1–13).	61
6. Jesús es superior porque El brindó un sacrificio superior (9:1–10:18).	67
Parte II	
LO QUE DEBEMOS HACER CON TAN GRANDIOSO TESORO (10:19 al 13:25)	79
A. Debemos acercarnos a Dios con confianza.	79
1. Cuarta advertencia (10:19–39).	79
2. Debemos seguir los ejemplos de los grandes héroes de la fe (11:1–40).	87
B. Debemos crecer en la fe a través de las pruebas que nos envía nuestro Padre.	99
1. Quinta advertencia (12:1–29).	99
2. Debemos vivir diariamente nuestra fe entre nuestros hermanos creyentes (13:1–17).	110
C. Instrucciones personales y saludos (13:18–25).	118
Parte III	
ESQUEMAS DE SERMONES	123

PREFACIO

Tal y como lo indica el subtítulo, este trabajo es un comentario sobre la Epístola a los Hebreos. Lo titulamos *COMPRADO A UN ALTO PRECIO*.

En nuestra opinión, tal título refleja fielmente lo que enseña esta joya entre los libros de la Biblia. Indudablemente, el autor se esfuerza por mostrar cuán grande es el Sumo Sacerdote que Dios ha enviado a la humanidad y cuán precioso es el sacrificio que El ofreció en la Cruz. Este trabajo muestra que hemos sido comprados por un precio, un gran precio. El Cristiano sabe esto y está consciente de las cosas maravillosas que le promete el Evangelio, y de los invalorable tesoros que guarda el cielo para él.

Por tanto, es inconcebible que él de su espalda a semejante Salvador y que se entregue al Judaísmo, al paganismo o simplemente a la incredulidad. “Porque Dios los ha comprado,” dice el apóstol Pablo en 1 Corintios 6:20, y cuando Jesús preguntó a Sus discípulos si ellos no querían abandonarlo como lo habían hecho tantos otros, Simón Pedro le respondió: “Señor, ¿a quién podemos ir? Tus palabras son palabras de vida eterna. Nosotros ya hemos creído, y sabemos que Tú eres el santo de Dios” (Juan 6:68–69).

Este comentario no pretende ser un trabajo científico, sino que simplemente desea ayudar a aquellos a quienes está dirigido, es decir, los pastores y demás líderes de las iglesias Luteranas en África; el deseo es ayudarles a comprender el texto de la epístola, a apreciar su riqueza y a explicarla en sus prédicas y en su instrucción. Es por esta razón que cada vez que explicamos una sección, proponemos un breve sumario que sirve para recordar el mensaje, y al final del trabajo, encontrarán esquemas de sermones que esperamos que les sean útiles.

Wilbert Kreiss
Châtenay–Malabry
1998

INTRODUCCIÓN

A los lectores de la epístola:

La epístola que estudiamos se llama “Epístola a los Hebreos” y está dirigida a los Hebreos. Este título no aparece en el texto original tal como salió de la pluma de su autor, sino que fue añadido en el principio cuando la iglesia Cristiana comenzó a reunir todos los escritos de los apóstoles y de sus asociados, en forma de libro.

Si el autor de la epístola saludara a sus lectores y les dijera que él escribió para la iglesia o para los Cristianos de un determinado pueblo, inmediatamente sabríamos a quien está dirigida. Pero este no es el caso, ya que al principio de la epístola, él comienza su tópico de inmediato, y lo finaliza con una conclusión y un saludo. Por lo tanto, no hay nada en esta carta que nos diga a quien está dirigida. Por eso debemos estudiar su contenido para tener una idea. En Hebreos 13:18-19, el autor expresa el deseo de ver nuevamente a aquellos para quienes acaba de escribir esta carta. Por ende, concluimos que él los conoce personalmente. En Hebreos 13:23, él menciona a Timoteo. Él conocía al hombre que fue el compañero de Pablo y quizás hasta vivió y trabajó con él.

También se debe notar que la epístola está profundamente enraizada en el Antiguo Testamento porque el autor constantemente lo cita. Él discute el sacerdocio, los sacrificios y los ritos, así como también las numerosas personalidades del viejo pacto. Él no explica nada de eso, sino que meramente lo recuerda a sus lectores. Estas son cosas que ellos conocen bien. Ella supone un profundo conocimiento de la Ley de Moisés, de los Salmos y de los Profetas. Es por eso que se concluyó que Hebreos estaba dirigida a Cristianos de origen Judío, lo cual explicaría el título que recibió la epístola. El autor la habría escrito porque estaban en peligro de alejarse de Jesucristo para volver al Judaísmo. Asimismo, él se esfuerza por demostrar extensamente que Jesucristo es muy superior que todas las personalidades del Antiguo Testamento y por demostrar que su ministerio sobrepasa al de los sacerdotes de la antigua alianza. Volver al Judaísmo significaría dar pasos grandes hacia atrás y en última instancia demostrar una falta de entendimiento del Antiguo Testamento. Eso significaría que es leído sin descubrir en él al Mesías que fue anunciado por los profetas. De hecho, en toda su extensión, la epístola enfoca su atención en Jesucristo quien es el cumplimiento del mismo. La epístola advierte seriamente en contra de la infidelidad y anima a perseverar en la fe y a confesar a Cristo.

Y, ¿por qué está dirigida a Cristianos de origen Judío? Porque ellos ya habían padecido ciertas persecuciones por causa de su fe (Hebreos 10:32-34) y estaban en peligro de perderla. Indudablemente que el Cristianismo era una nueva religión que no estaba reconocida oficialmente, mientras que el Judaísmo había sido practicado por largo tiempo y era tolerado por las autoridades Romanas. En consecuencia, ciertos Cristianos de origen Judío adelantaron el argumento de que si “¿realmente vale la pena padecer esos sufrimientos mientras que la religión enseñada por Moisés y los profetas es sin duda igual de buena?” Si regresaban al Judaísmo, escaparían de las persecuciones de los ateos y de la ira de sus compatriotas los Judíos. Quizás les escandalizó también este Salvador indefenso que permitió que unos hombres impíos le crucificaran. Tal vez, estaban decepcionados en cuanto a que Israel había esperado por un líder poderoso quien los libraría de sus enemigos y que iniciaría un reino glorioso. Por lo tanto ellos no solo tuvieron que estar vigilantes y no flaquear en su fe, sino también aferrarse devotamente “en la esperanza de la fe que profesamos” (Hebreos 10:23) y “fijemos nuestra mirada en Jesús, pues

de Él procede nuestra fe, y Él es quien la perfecciona...y se sentó a la derecha del trono de Dios” (Hebreos 12:2) y quien es “el mismo ayer, hoy y siempre” (Hebreos 13:8). Como un comentarista ha dicho, la Epístola a los Hebreos, “muestra que Dios no abandona a los que se desvían de Su rebaño, ovejas débiles y enfermas, sino que les envía Su Palabra y los sana.”

El autor saluda a sus lectores de parte de “los de Italia” (Hebreos 13:24). No hay duda de que la expresión se refiere a Cristianos de Italia que habían abandonado su país para establecerse en el lugar desde donde él escribe su carta. Estas son personas que obviamente conocían a aquellos a quienes iba dirigida la carta. Por lo tanto cabe preguntarse, si esta epístola está dirigida a Cristianos de origen Judío que estaban viviendo en Italia, y eran recordados por sus hermanos creyentes que se habían ido de Italia para vivir en otra parte. Y naturalmente pensamos en Roma, la capital. Allí, habían vivido numerosos Cristianos que se reunían en iglesias en casas (Romanos 16:5, 14-15). Quizás los Cristianos de origen Judío solían reunirse en una de ellas para adorar, mientras que los creyentes de origen ateo adoraban a Dios en otra parte. Naturalmente, esto es sólo una hipótesis, por lo que no podemos tener certeza de ello; pero es la mejor suposición que podemos hacer acerca de este tópico. Eso también explicaría el hecho de que los primeros Padres de la Iglesia que citaron a la Epístola a los Hebreos fueran autores Romanos, tales como Clemente de Roma y el autor de *Pastor de Hermas*.

El autor:

El autor comienza su epístola sin saludar a sus lectores e inmediatamente va al corazón del tema. Cuando el apóstol Pablo escribe una carta, el añade su firma, Indicando siempre que él es el autor. Por lo tanto no podemos concluir que él no sea el autor de la Epístola a los Hebreos, aunque la iglesia Oriental generalmente la consideraba como obra suya. Probablemente sea más correcto decir que fue escrita por un seguidor del apóstol. El autor señala que él personalmente no conocía a Jesucristo, pero que él encontró la salvación a través de aquellos que le escucharon y le siguieron (Hebreos 2:3). Por otra parte, si la epístola no revela el estilo de Pablo, su contenido recuerda su teología. Por lo tanto, podemos pensar que el autor fue Bernabé, el compañero de Pablo, Lucas, Silvano o Aquila. En vez de eso, Lutero pensó que el autor fue Apolos, un Judío que vino de Alejandría en Egipto, quien era un hombre muy instruido y un predicador elocuente que conocía bien las Escrituras (Hechos 18:24-25).

Tal vez sea la hipótesis más probable, pero es sólo una hipótesis. De cualquier manera, más importante que conocer el nombre del autor es el hecho de que notemos que el hombre fue un gran maestro de la iglesia que estaba al tanto de lo que se enseñaba en las Santas Escrituras y que estaba consciente de sus responsabilidades como pastor del rebaño de Cristo. Él utiliza todos sus conocimientos, su talento como escritor y su empeño para combatir el peligro que amenaza a sus lectores: o sea que se alejen de Jesús después de haber probado Su salvación. Por tanto, la iglesia antigua recibió dentro del canon del Nuevo Testamento a esta epístola como un libro inspirado por Dios.

Tiempo en que fue escrita:

Como no conocemos al autor de esta obra, no se puede decir nada definitivo acerca de la fecha en la que fue escrito. Con certeza fue antes del año 96 d.C., porque un maestro de la iglesia llamado Clemente de Roma, lo cita en este tiempo. Cuando fue escrito aún había personas vivas que habían escuchado y seguido a Jesucristo (Hebreos 2:3). Ya se había declarado una persecución a los Cristianos, la cual sin duda fue la que declaró el emperador Nerón, en el año 64 d.C. La

epístola fue escrita probablemente antes del 70 d.C., cuando el ejército Romano devastó Jerusalén y destruyó su templo. Como el autor habla mucho del viejo pacto con su sacerdocio y sus sacrificios y como él señala que todo ello simbolizaba la obra redentora de Cristo, sería extraño no mencionar la destrucción del templo si ya había tenido lugar. Por lo tanto, la hipótesis que se puede establecer es que la epístola a los Hebreos fue escrita antes de los años 64 y 70 d.C.

El mensaje y el objetivo de la epístola:

El mensaje de la Epístola a los Hebreos viene enteramente del Antiguo Testamento el cual es citado repetidamente. Particularmente este es el caso de Salmos 2, 8, 95 y 110 y de Jeremías 31:31-34. Es un potente testimonio de la inspiración y de la autoridad de las escrituras proféticas, que constantemente introduce citas del Antiguo Testamento con expresiones que certifican que Dios en persona ha hablado por los profetas: “Dios dice” (Hebreos 1:5-6, 13, 5:5), “Cristo dice” (Hebreos 2:11-13; 10:5), “el Espíritu Santo dice” (Hebreos 3:7, 10:15). ¡Sería difícil afirmar más claramente que la Biblia es la Palabra de Dios!

La Epístola a los Hebreos interpreta tipológicamente al Antiguo Testamento. Eso significa que además de las profecías mesiánicas que ocurren abundantemente, muchos individuos y muchos eventos son símbolos de la obra redentora de Jesucristo y la salvación eterna que Él trajo a Sus hermanos. Por eso, Melquisedec, a quien Abraham dio una décima parte de todo y quien era rey y sacerdote al mismo tiempo, tipifica a Jesucristo, el Sumo Sacerdote y Rey (Hebreos 7:1-10:18). El tabernáculo que se construyó en el desierto representa a su santuario celestial. Los sacrificios que Israel trajo anunciaron el sacrificio perfecto y único de Cristo. La travesía del desierto hacia la tierra prometida ilustra la marcha del pueblo de Dios hacia el paraíso.

Queda entendido que Jesucristo está en el centro de la epístola al igual que Él es el centro del Antiguo Testamento y de toda la Biblia. Su sacerdocio, Su sacrificio único y perfecto que Él ofreció y que ganó el perdón eterno y la salvación es enfatizado. La epístola a los Hebreos que confiesa claramente Su divinidad también pone énfasis en Su perfecta humanidad y Su humillación, lo cual es fuente de consuelo para Su propio pueblo.

Finalmente, la epístola completa expresa una gran esperanza de vida eterna. Como Cristo ha completado su obra, el mundo vive en “estos tiempos últimos”, “en el final de los tiempos: (Hebreos 1:2; 9:26). Los creyentes prueban ahora “el poder del mundo venidero” (Hebreos 6:5) y ese gran día que los profetas anunciaron y por el cual los creyentes esperaron está “cerca” (Hebreos 10:25). Por lo tanto debemos renunciar al pecado y a la infidelidad, porque no debemos alejarnos del Señor, una vez que hemos probado Su bondad (Hebreos 6:4-8; 10:26-31). Esta frase: “Hermanos, cuidense de que ninguno de ustedes tenga un corazón tan malo e incrédulo que se aparte del Dios viviente” (Hebreos 3:12) enfatiza y resume todas las exhortaciones a lo largo de la epístola. El objetivo que persigue el autor de la epístola es el de prevenir la infidelidad, el alejamiento, y la negación por parte de personas que han descubierto a Cristo.

Solo una palabra acerca de su canonicidad. Clemente de Roma es el primer Padre de la Iglesia que lo cita en su *Epístola a los Corintios (36:1ss)*. Luego, extrañamente, no hay más citas en las obras de los Padres de la Iglesia Occidental hasta el siglo cuarto. En la Iglesia Oriental, sin embargo, es conocida y a menudo mencionada (Clemente de Alejandría, y particularmente Origen. Generalmente es atribuida al apóstol Pablo, no obstante, en Occidente, la Iglesia que fue influenciada por los Cristianos Orientales finalmente superó sus reservas y, a principios del siglo

quinto, toda la Cristiandad consideró canónica a la epístola, es decir, divinamente inspirada, a pesar de que el autor sigue siendo desconocido.

La epístola se puede subdividir en dos grandes secciones, de las cuales la primera es *didáctica*, o sea, que contiene enseñanzas doctrinales (Hebreos 1:1 al 10:18), mientras que la segunda es *hortatoria*, es decir, que consiste de exhortaciones (Hebreos 10:19 al 13:25). A continuación presentamos un esquema detallado:

I. EN JESÚS, TENEMOS NUESTRO MAYOR TESORO (1:1 al 10:18)

A. Jesús es glorioso en Su persona (1:1 al 4:13)

1. Dios reveló totalmente quién es El al enviar a Jesús (1:1–3)
2. Jesús es superior a los ángeles (1:4–14)

Primera advertencia (2:1–18)

3. Jesús es superior a Moisés (3:1–6)

Segunda advertencia (3:7 al 4:13)

B. Jesús es glorioso en Su sacerdocio (4:14 al 10:18)

1. Jesús es superior a los sacerdotes del Antiguo Testamento debido a Sus cualidades (4:14–5:10)

Tercera advertencia (5:11 al 6:20)

2. Jesús es superior a ellos en la obra que El realizó (7:1–28)
3. Jesús entró a un mayor santuario y estableció un pacto más grandioso que el santuario y el pacto del Antiguo Testamento (8:1–13)
4. Jesús es superior porque El ofreció un sacrificio superior (9:1 al 10:18)

II. QUÉ DEBEMOS HACER CON TAN GRANDIOSO TESORO (10:19 al 13:25)

A. Debemos acercarnos a Dios con confianza

Cuarta advertencia (10:19–39)

B. Deberíamos seguir los ejemplos de los grandes héroes de la fe (11:1–40)

C. Debemos crecer en la fe a través de las pruebas que nos envía nuestro Padre

Quinta advertencia (12:1–29)

D. Debemos vivir diariamente nuestra fe entre nuestros hermanos creyentes (13:1–17)

E. Instrucciones personales y saludos (13:18–25)

PLAN DE ESTUDIO

RECOMENDACIONES

1. Este curso es parte de una nueva generación de cursos presentados en un formato electrónico. Este permite a cada programa de educación teológica a hacer las adaptaciones necesarias al texto para agilizar el lenguaje para una mejor comprensión del educando. Sin embargo, se exigen el respeto a los derechos del autor y la propiedad literaria.
2. Cada lección utiliza una porción de la Epístola a los Hebreos. Esto requiere una lectura cuidadosa de cada porción, utilizando una variedad de versiones de la Biblia. Es recomendable que cada educando tenga acceso a por lo menos cuatro versiones de la Biblia. El ejercicio de hacer estas lecturas debe de ocurrir antes de comenzar a leer el Comentario. Es importante recordar que las Sagradas Escrituras son la base de toda formación teológica. Las versiones de la Biblia recomendadas son:
 - La Reina-Valera 1995
 - Dios Habla Hoy
 - La Nueva Versión Internacional
 - La Biblia de las Américas
3. La metodología del curso requiere que el educando complete las lecturas del Comentario y conteste las preguntas en la Guía de Trabajo **antes** de asistir a clase. Luego, durante las reuniones con el tutor/profesor, se discute el material estudiado. Un horario es recomendado en la siguiente página, xi.
4. Se recomienda el uso de un resaltador de color transparente para destacar puntos de interés mientras lee el Comentario sobre la Epístola a los Hebreos para cada lección. Además, es importante anotar ideas y preguntas que surgen al leer el texto. Estos pueden servir como punto de discusión con el profesor y el resto de la clase.
5. El caso que aparece al final de cada Módulo es genérico, representando una realidad que puede afectar los miembros de nuestra congregación. Es recomendable dedicar suficiente tiempo discutiendo y resolviendo cada caso.
6. Y finalmente, recuerden que un curso como éste, solo tiene valor en la medida que cada participante haga su tarea y viene preparado y dispuesto a clase para aplicar lo aprendido a los diversos ministerios que el Señor nos ha llamado.

Muchas bendiciones en el Señor. ¡Adelante, en el amor de Cristo!

HORARIO DE CLASES

Dado que el curso tiene doce módulos, se recomienda organizarlos de la siguiente manera a fin de poder estudiarlas en el lapso de un semestre, o sea, dentro de aproximadamente 15 semanas. Sin embargo, el tutor con sus educandos pueden hacer los arreglos de acuerdo a sus posibilidades.

<i>Clases</i>	<i>Fecha</i>	<i>Lugar</i>	<i>Tarea/examen</i>
Introducción	_____	_____	_____ _____
Módulo 1	_____	_____	_____ _____
Módulo 2	_____	_____	_____ _____
Módulo 3	_____	_____	_____ _____
Módulo 4	_____	_____	_____ _____
Módulo 5	_____	_____	_____ _____
Módulo 6	_____	_____	_____ _____
Módulo 7	_____	_____	_____ _____

<i>Clases</i>	<i>Fecha</i>	<i>Lugar</i>	<i>Tarea/examen</i>
Módulo 8	_____	_____	_____ _____
Módulo 9	_____	_____	_____ _____
Módulo 10	_____	_____	_____ _____
Módulo 11	_____	_____	_____ _____
Módulo 12 Conclusión Repaso Examen final	_____	_____	_____ _____

Apuntes:

PARTE I
EN JESÚS, TENEMOS NUESTRO MAYOR TESORO
 (Hebreos 1:1 al 10:18)

A. Jesús es glorioso en Su persona (Hebreos 1:1 al 4:13).

1. Dios reveló totalmente quien es Él al enviar a Jesús (Hebreos 1:1–3).

En tiempos antiguos Dios habló a nuestros antepasados muchas veces y de muchas maneras por medio de los profetas. Ahora en estos tiempos últimos, nos ha hablado por su Hijo, mediante el cual creó los mundos y al cual ha hecho heredero de todas las cosas. Él es el resplandor glorioso de Dios, la imagen misma de lo que Dios es y el que sostiene todas las cosas con Su palabra poderosa. Después de limpiarnos de nuestros pecados, se ha sentado en el cielo, a la derecha del trono de Dios (Hebreos 1:1-3).

¡No hay introducción, ni saludos! El autor va directo al grano. Da la impresión de que no puede esperar y que también está profundamente influenciado por la majestad y la gloria de Jesucristo que lo obliga a hablar de ello inmediatamente.

Si judíos y Cristianos están de acuerdo en un punto, este es que Dios ha hablado. Él mora en una luz inaccesible donde nadie puede alcanzarlo para descubrirlo. Pero Él ha abandonado Su silencio. Él se ha revelado a la humanidad para que puedan conocerlo, confiar en Él, ofrecerse a Él y pertenecerle para siempre.

Dios habló primero a través de los profetas. “**Profetas**” son todos los autores del Antiguo Testamento, incluyendo los Salmistas y los que han escrito libros históricos tales como 1 y 2 de Samuel, 1 y 2 de Reyes, 1 y 2 de Crónicas. Todos ellos son llamados “profetas” porque hablaron en nombre de Dios, o que Dios ha hablado a través de ellos, que es la misma cosa. Cuando el apóstol Pablo dice que la iglesia está edificada sobre la base de los apóstoles y los profetas, él utiliza la misma palabra para referirse a todo el Antiguo Testamento (Efesios 2:20). Aquí la palabra significa el canon entero del Antiguo Testamento, desde el Génesis hasta Malaquías. Así mismo, en la parábola del pobre Lázaro y el hombre rico, Abraham le dice: “Ellos tienen a Moisés y a los Profetas; ¡dejen que ellos los escuchen!” (Lucas 16:29).

¿A quién habló el Señor? A “**nuestros antepasados,**” o sea a nuestros ancestros. No es a la gente de todo el mundo, ni a los patriarcas que fundaron a Israel, Abraham, Isaac y Jacob, sino a toda la gente del viejo pacto, a todos los ancestros de los judíos, incluyendo a los judíos que fueron convertidos al Cristianismo. Dios se reveló a Si mismo a Israel. Él hizo un pacto con ellos. A ellos Él anunció Su plan de salvación.

Dios habló a través de los profetas “muchas veces y de diversas maneras.” En eso, Dios es como el padre que no le dice todo a sus hijos de una sola vez cuando los está educando, sino que los va instruyendo gradualmente, enseñándoles lo que son capaces de comprender. “**Muchas veces**”“: La revelación de Dios desde Moisés hasta Malaquías fue difundida durante muchos siglos. “**De diversas maneras**”“: y también fue de distintas maneras. El Señor se reveló a sí mismo al hablar directamente a los hombres, cuando conversaba con Abraham. Él le habló en sueños. Él también habló por la boca de los profetas, y lo que ellos escribieron. En el Antiguo Testamento tenemos libros que dan la ley (Levítico, Deuteronomio), relatos históricos (Génesis, Éxodo, Josué, Jueces, 1 y 2 de Samuel, etc.), textos poéticos (Salmos, Job, Proverbios), y textos proféticos que también

a menudo son poemas donde Dios revela Su plan a Su pueblo y les dice lo que Él hará en el futuro. La revelación de Dios es rica y variada.

Sin embargo, la revelación no fue completa cuando Malaquías, el último de los profetas del Antiguo Testamento, dejó de hablar en nombre de Yahvé. Aún había cosas por decir, y estas cosas las dijo Dios a través de Su Hijo. Jesucristo se presenta constantemente como aquél enviado por el Padre (Juan 4:34; 5:23, 24, 27, 30, 36; 6:44; 7:16; 12:49). Él es el profeta de Dios quien está muy por encima de todos los otros, aquel que Moisés había anunciado: “El SEÑOR, su Dios, hará que salga de entre ustedes un profeta como yo, y deberán obedecerlo” (Deuteronomio 18:15). Él es el hijo a quien el dueño del viñedo envió a aquellos a quienes se lo había alquilado, luego de haber enviado a sus sirvientes (Mateo 21:37). Dios ha hablado a través de Su Hijo, y Jesucristo se rodeó de sus discípulos para que Sus enseñanzas no se perdieran. Él los entrenó, Ellos han visto todo lo que Él hizo y escucharon todo lo que Él predicó. Ellos fueron inspirados por el Espíritu Santo y se han comunicado con nosotros por escrito tal como lo hicieron los profetas. Es por esta razón que el apóstol Pablo dice que la Iglesia está levantada “sobre los fundamentos que son los apóstoles y los profetas, y Jesucristo mismo es la piedra principal (Efesios 2:20). Los profetas predijeron Su venida, los apóstoles fueron Sus testigos.

“En estos tiempos últimos” Dios habló a través de Su Hijo. Todo el Antiguo Testamento centró su atención en el futuro. Lo que Dios había anunciado tenía que cumplirse, y fue logrado cuando Su Hijo vino al mundo. Para convencer de que esto es cierto usted debe recordar las expresiones con las que los evangelistas y los apóstoles introducen las citas del Antiguo Testamento: “Esto sucedió para que se cumpliera lo que el Señor había dicho por medio del profeta” (Mateo 2:15). O “Así se cumplió lo escrito por el profeta Jeremías” (Mateo 2:17). Jesús ha cumplido el plan de la salvación de Dios. Él compró al mundo con Su muerte y resurrección y Él regresó al cielo a reunir un pueblo a los pies de Su cruz.

Desde entonces, el mundo vive en el tiempo final, en los últimos días (Hechos 2:17; 1 Pedro 1:20; 2 Pedro 3:3; Judas 18; 1 Juan 2:18). Todo está listo para el regreso de Cristo; Él pondrá fin al mundo y creará un nuevo cielo y una nueva tierra. La única cosa que hace que Dios sea paciente es Su deseo de dar a conocer Su salvación a toda la gente a fin de salvar al mayor número (2 Pedro 3:4-9).

“Dios habló . . . por medio de los profetas . . . por Su Hijo.” Note como es enfatizada la inspiración de las Escrituras. Dios habló a través de los profetas y a través de Su Hijo cuya enseñanza ha llegado hasta nosotros a través de los evangelistas y los apóstoles que estaban divinamente inspirados. Sin duda, el Espíritu Santo les recordaba todo lo que ellos habían escuchado de Cristo (Marcos 13:11; Juan 14:26). En lo referente a Jesús, Él no necesitaba ser inspirado para hablar en nombre de Dios. Él podía decir: “Tengo mucho que decir y que juzgar de ustedes. Pero el que me ha enviado dice la verdad, y lo que yo le digo al mundo es lo mismo que le he oído decir a él” (Juan 8:26). Juan el Bautista podía decir de El: “Nadie ha visto jamás a Dios, el Hijo único que es Dios y que vive en íntima comunión con el Padre, es quien nos lo ha dado a conocer” (Juan 1:18). Como Él es el verdadero Dios, como el Padre y el Espíritu Santo, Él lo sabía todo. Por lo tanto, Él era la última y perfecta revelación de Dios.

A continuación se enumera una serie de siete verdades que demuestran la superioridad de Cristo. Son una clara confesión e insisten en Su divinidad, que explica porque la revelación que tuvo lugar en Él es perfecta.

1. Él es el **“heredero de todas las cosas.** Todo le pertenece y Él es el amo de todas las cosas que Dios ha puesto debajo de Sus pies, y hasta de sus enemigos (1 Corintios 15:25; Efesios 1:22; Hebreos 2:8). Esa es la recompensa por la obra de salvación que Él cumplió en la tierra. Él *“se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte - hasta la muerte en la cruz. Por eso Dios le dio el más alto honor y el más excelente de todos los nombres, para que, ante ese nombre concedido a Jesús, doblen todos las rodillas en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra, y todos reconozcan que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre”*(Filipenses 2:8-11).
2. **“Mediante el cual creó los mundos.”** En su Evangelio Juan llama a Jesucristo la Palabra. No hay duda, como lo dijo la Epístola a los Hebreos, que Dios habló a través de Él, y esto es lo que dijo Juan acerca de esta Palabra *“En el principio ya existía la Palabra, y aquel que es la Palabra estaba con Dios y era Dios. Él estaba en el principio con Dios. Por medio de Él, Dios hizo todas las cosas; nada de lo que existe fue hecho sin El”* (Juan 1:1–3). *“En Él, Dios creo todo lo que hay en el cielo y en la tierra”* (Colosenses 1:16). Cristo tomó parte en la creación del mundo. Todo el universo es Su obra.
3. **“El Hijo es el resplandor glorioso de Dios.”** La gloria de Dios, todo Su rango de propiedades y Sus cualidades, brillan en Él. Él es como los rayos de sol que atraviesan las nubes, de modo que aquel que lo haya visto a Él haya visto a Dios. Es cierto que *“nadie ha visto jamás a Dios”* (Juan 1:18). Pero Jesús también dice: *“Y el que me ve a mí, ve también al que me ha enviado”* (Juan 12:45) y: *“Él que me ha visto a mí, ha visto al Padre”* (Juan 14:9).
4. **“Él es la imagen misma de lo que Dios es.”** La palabra griega que el autor de la epístola utiliza significa primero que nada la imagen y las inscripciones que aparecen en una moneda. Cuando la gente de esa era veía una moneda, ellos inmediatamente reconocían la cabeza del emperador pues era una copia fiel. Del mismo modo, la huella que deja la suela de un zapato en la arena muestra exactamente como se hizo. Jesucristo representa exactamente al Padre. Él es Su perfecta imagen por Su poder, Su santidad, Su bondad y todas Sus otras cualidades. Todo el que lo conoce a Él conoce a Dios.
5. **“Él lo sostiene todo con su palabra poderosa.”** Sin duda alguna, Cristo existe *“antes que todas las cosas, y por Él se mantiene todo en orden”* así lo escribe Pablo (Colosenses 1:17). Él gobierna a todo el universo, y todo está sujeto a Su voluntad. Sus manos son poderosas, pero también son buenas y misericordiosas. Resulta bueno para el Cristiano saber que está en tan buenas manos., y también es bueno saber que el universo no obedece a un destino ciego, sino la voluntad de Él que lo ha creado y quien por Sus sufrimientos y su muerte ha deshecho el mal que ha hecho la humanidad. Él sabrá cómo cumplir su plan de salvación.
6. **“Después de limpiarnos de nuestros pecados.”** Esta frase expresa lo que es el corazón del Evangelio y de la totalidad del mensaje de la Epístola a los Hebreos. Lo hemos dicho todo cuando confesamos que Cristo ha proporcionado la purificación de los pecados. El pecado corrompe, nos vuelve impuros, nos acusa, y atrae la ira de Dios y la condenación de la Ley. El pecado condena para siempre. En la cruz del Calvario, Él a quien le pertenece todo el universo, Él que ha creado el mundo y lo gobierna, Dios encarnado, murió bajo la carga de los pecados de Sus hermanos. Él vino para quitar el pecado del mundo (Juan 1:20), para redimirnos por Su sangre (1 Pedro 1:18–19), para dar Su vida como rescate por nuestros pecados (Mateo 20:28; 1 Timoteo 2:6). Él ha cargado con nuestros pecados sobre el árbol de

la cruz (1 Pedro 2:24). Él se convirtió en pecado por nosotros (2 Corintios 5:21) y por lo tanto Él nos ha redimido de la condenación de la Ley (Gálatas 3:13).

7. Jesucristo “**se ha sentado en el cielo, a la derecha del trono de Dios...** Como Él ha cumplido Su obra salvadora, Él regresó a su morada que es el cielo, donde está sentado a la derecha de Dios” (Marcos 16:19; Hebreos 1:13). “A la derecha de Dios” o “**a la derecha del trono de Dios**” no es cierto lugar en el cielo. Sentarse a la diestra de alguien significa ocupar un rango de honor. Generalmente, es la segunda persona más importante de un país quien se sienta a la derecha del rey o del Presidente de la república. Él es ese en quien el regente del país delega su autoridad para que pueda gobernar en su nombre. Jesús está sentado a la derecha de Dios, eso significa que Él ha sido elevado al más alto honor y que Él gobierna en el nombre de Su Padre. Esa es la justa recompensa por Su obediencia y Su sacrificio (Filipenses 2:8–11).

El libro de Apocalipsis (Revelación) nos muestra a Jesucristo, el Cordero que fue sacrificado, sentado en el trono de Dios, cubierto de gloria y adorado por los ángeles y por los bendecidos. Él es el poderoso Salvador que tiene el futuro del mundo en Sus manos. ¡Tenemos muchas razones para aceptar a semejante Señor! Es importante que todos los Cristianos del mundo alcen sus ojos a Él, que lo admiren, lo adoren en Su gloria y que manifiesten bien alto con Tomás “¡Mi Señor y mi Dios!” (Juan 20:28).

Resumen:

- 1) *Toda la Biblia es la Palabra inspirada de Dios. Sin duda, Dios habló por los profetas al igual que por Su Hijo Jesucristo de quien dieron testimonio los evangelistas y los apóstoles.*
- 2) *Jesucristo es el Hijo de Dios y por quien Él creó al mundo. Él ha venido para limpiar a la humanidad de sus pecados. Él se sentó a la derecha de Su Padre desde donde gobierna al universo entero. **

* Al final de este comentario hay una cantidad de esquemas de sermones sobre las distintas secciones de la Epístola a los Hebreos.

2. Jesús es superior a los ángeles (Hebreos 1:4–14).

Y ha llegado a ser superior a los ángeles, pues ha recibido en herencia un título mucho más importante que el de ellos. Porque Dios nunca dijo a ningún ángel: “Tu eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy. Ni dijo tampoco de ningún ángel: “Yo seré un padre para él, y él será un hijo para mí.” Pero en otro lugar, al presentar a su Hijo primogénito al mundo, dice: “Que todos los ángeles de Dios lo adoren. Respecto a los ángeles, Dios dice: “hace que sus ángeles sean como vientos, y como llama de fuego sus servidores.” Pero respecto al Hijo, dice: “Tu reinado, oh Dios, es eterno, y es un reinado de justicia. Has amado lo bueno y odiado lo malo; por eso te ha escogido Dios, tu Dios, y te ha colmado de alegría más que a tus compañeros. También dice: “Tú, oh Señor, afirmaste la tierra desde el principio; tú mismo hiciste el cielo. Todo ello dejará de existir, pero tú permaneces para siempre. Todo ello se gastará como la ropa; ¡lo doblarás como se dobla un vestido, lo cambiarás como quien se cambia de ropa! Pero tú eres el mismo; tu vida no terminará. Dios nunca dijo a ninguno de los ángeles: “Siéntate a mi derecha, hasta que yo haga de tus enemigos el estrado de tus pies.” Porque todos los ángeles son espíritus al servicio de Dios, enviados en ayuda de quienes han de recibir en herencia la salvación (Hebreos 1:4–14).

Como Él es el Hijo de Dios, Jesucristo es superior a todos los seres existentes. Primero que todo, Él es superior a los ángeles, porque **“pues ha recibido en herencia un título mucho más importante que el de ellos.”** En la Biblia, los nombres son muy importantes. Ellos contienen un mensaje. Nombres como “Adán”, “Eva”, “Caín”, “Abraham”, “Isaac”, “Jacob”, “Moisés”, “Zacarías”, ellos expresan una verdad o una esperanza con respecto a los que los reciben (Génesis 3:20; 17:5, 19; 21:3, 6; Génesis 30:6-24; Isaías 7:14; Mateo 1:21). Del mismo modo el nombre de Dios no es meramente un grupo de letras, sino que expresa todo lo que sabemos de Él. Cuando en la oración del Señor rogamos: “Santificado sea Tu nombre,” pedimos que Dios nos ayude a mantener santo Su nombre (y todo lo que sabemos de Él).

Jesús ha **“llegado a ser superior a los ángeles, pues ha recibido en herencia un título mucho más importante que el de ellos.”** Él es llamado Jesús (Salvador), Cristo Mesías, Ungido), Señor (Rey), Emmanuel (Dios con nosotros). Sí, Él es Dios. Todos Sus nombres, todo lo que se puede saber de Él, muestran que Él es mucho más grande que todos los ángeles reunidos. La ley se puso en efecto a través de ángeles (Gálatas 3:19). Ellos son seres celestiales, pero fueron hechos por Dios. Naturalmente, ellos son superiores a las personas, pero son los mensajeros de Dios. El Señor los envía a cumplir misiones. A veces en el pasado, Él los enviaba a las personas para anunciar algo. Él les ha ordenado que nos protejan. Ellos cumplen las órdenes que Él les imparte. Ellos están sometidos a Jesucristo porque Él los creó y los creó para Él mismo (Colosenses 1:16; Mateo 26:53; 2 Tesalonicenses 1:7-8). Ellos lo acompañarán cuando Él regrese a la tierra el Día Final, y le servirán como Su legión de seguidores (Mateo 16:27; 24:31; Apocalipsis 14:10).

Los ángeles también están al servicio de Jesucristo mientras Él cumple Su obra salvadora, y realiza su ministerio entre los Cristianos (Hebreos 1:14). Pero Jesús es mucho más grande que ellos. Él es infinitamente **“superior”** a ellos. Treinta veces el autor de la Epístola a los Hebreos utiliza esta palabra **“superior”** a fin de demostrar que no existe otro igual a Jesús en el mundo, ni entre la gente, ni entre los poderosos y los seres celestiales que son los ángeles. ¿Cómo podemos dar la espalda a un Señor así? Tenemos tantas razones para confiar en Él.

Las personas a quienes está dirigida esta epístola ciertamente eran Cristianos de origen Judío. Por lo tanto ellos conocían el Nuevo Testamento y el autor apela al Antiguo Testamento para probar lo que él dice, para demostrar que Jesucristo es superior a los ángeles. Sin duda alguna, el Antiguo Testamento está lleno de referencias a Jesús. Un día, Jesús dijo a los Fariseos: “Ustedes estudian las Escrituras con mucho cuidado, porque esperan encontrar en ellas la vida eterna; sin embargo, (...) las Escrituras dan testimonio de mí...” (Juan 5:39). Y en Hechos 10:43, Pedro dice: “Todos los profetas habían hablado ya de Jesús, y habían dicho que quienes creen en Él reciben el perdón de los pecados por medio de Él.” El autor de la Epístola a los Hebreos da tan solo unos pocos ejemplos, siete citas del Antiguo Testamento (casi todas de los Salmos) para mostrar cuanto más grande es su superioridad con respecto a la de los ángeles.

1. **“¿A cuál de los ángeles dijo alguna vez Dios: **Tu eres mi hijo; yo te he engendrado hoy?**”**
Esta es una cita del Salmo 2:7. Se encuentra por segunda vez en Hebreos 5:5, así como también en Hechos 13:33. Por lo tanto ese es un Salmo Mesianico. Lo que se dice en ese Salmo no es aplicable a nadie más en este mundo, ni siquiera al mayor de los reyes en la tierra. Solamente a Jesús Dios puede decir: **“Tu eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy.”** Jesús es el Hijo eterno de Dios, Él a quien Dios ha engendrado desde toda la eternidad y que forma parte de Su naturaleza divina. Él es la segunda persona de la Trinidad. Cuando el ángel Gabriel anunció a María el nacimiento de Jesús, él le dijo: “Será un gran hombre, al que llamarán el Hijo del Dios Altísimo, y Dios el Señor le hará Rey, como a Su antepasado David” (Lucas 1:32). Cuando Él fue bautizado, y luego, cuando se transfiguró en aquella montaña, Dios declaró solemnemente que Él era Su Hijo amado con quien Él está bien complacido (Lucas 3:22; 9:35). Por tanto, es solo para Él que Dios puede decir en este Salmo: “Pídeme que te dé las naciones como herencia y hasta el último rincón del mundo en propiedad, y yo te los daré... Adoren al Señor con alegría y reverencia; inclínense ante Él con temblor, no sea que se enoje y ustedes mueran en el camino, pues Su furor se enciende fácilmente. ¡Felices los que buscan protección en él! (Salmo 2:8, 12). Jamás dijo Dios algo como eso a una persona, ni siquiera a un ángel. Por lo tanto, Jesús es muy superior a ellos.
2. **“Yo le seré un Padre, y Él me será un Hijo.”** Este texto viene de 2 Samuel 7:14. En este texto, el profeta Natán anuncia a David que el tendrá un hijo que construirá un templo para el Dios eterno. Esta predicción se cumplió primero en Salomón, el hijo de David quien construyó el templo en Jerusalén. Pero su realización final se da con Jesucristo, Hijo de Dios e Hijo de David quien como ser humano descendía del gran rey de Israel, quien construyó un templo para Dios que no fue hecho con piedras ni construido por seres humanos. Innegablemente, ese templo es la iglesia Cristiana, según las palabras del apóstol Pablo: “En Cristo, todo el edificio va levantándose en todas y cada una de sus partes, hasta llegar a ser, en el Señor, un templo santo. En él también ustedes se unen a todos entre sí para llegar a ser un templo en el cual Dios vive por medio de Su Espíritu” (Efesios 2:21-22).
3. **Y una vez más, cuando Dios trae a su primogénito al mundo, él dice, “¡Que todos los ángeles lo alaben!”** Esta es una cita de Deuteronomio 32:43 y del Salmo 97:7, pero tomadas de la traducción Griega del Antiguo Testamento, llamada la Septuaginta. Generalmente, el Antiguo Testamento es citado en el Nuevo Testamento en esta traducción porque los Cristianos Gentiles de esa época no sabían hebreo, y ni siquiera los judíos lo sabían bien. Si estos textos son traducidos directamente del hebreo, usted entiende un significado distinto. Sin embargo, el autor de la Epístola a los Hebreos afirma que los ángeles deberían alabar a Jesucristo. Por lo tanto Él es superior a ellos, y Él es verdadero Dios, porque solo Dios tiene el derecho de ser alabado (Mateo 4:10).

4. “Al hablar de los ángeles él dice: ‘El vuelve vientos a sus ángeles, y en llamas de fuego a sus servidores.’” Esta es una cita del Salmo 104:4, el cual asevera que los ángeles son espíritus al servicio de Dios. Ellos son sus servidores y no son iguales a Él.
5. **“Pero acerca de su Hijo él dice, ‘Tu reinado, Oh Dios, es eterno y es un reinado de justicia. Amas el bien y odias el mal. Por eso te ha escogido Dios, tu Dios, y te ha colmado de alegría más que a tus compañeros al ungirte con los óleos del regocijo.’”** Estas frases ocurren en el Salmo 45:7-8. En ese texto, el salmista, inspirado por el Espíritu Santo le habla a Cristo y le dice: “Oh Dios.” Luego él repite, “Dios, tú Dios te ha ungido.” Cristo es el Dios del salmista, y al mismo tiempo Él tiene a Dios como Padre en el cielo. Por otra parte, Él tiene un trono que no tienen los ángeles y ellos no tienen un reino que gobernar. Finalmente, este trono es eterno. Él odia el mal y reina con justicia y equidad. ¡Basta con recordar la forma en que Jesús vivió cuando estaba en la tierra! Él le podía decir a sus enemigos, “¿Quién de ustedes puede demostrar que yo tengo algún pecado? (Juan 8:46). Dios lo ha ungido, Aquél a quien Dios ha elegido para gobernar el universo y a Su Iglesia. Esto, sin duda alguna, comprueba Su superioridad sobre los ángeles.
6. **“Él también dice, ‘Afirmaste la tierra desde el principio; tú mismo hiciste el cielo. Todo ello dejará de existir, pero tú permaneces firme. Todo ello se gastará, como la ropa; ¡tú lo cambiarás y quedará cambiado, como quien se cambia de ropa! Pero tú eres el mismo, tus años nunca cambiarán.’”** Esta cita es del Salmo 102:26-27. El autor de la epístola aplica a Jesús lo que el salmista confiesa acerca de Dios. Y lo hace correctamente, ya que Él es Dios. Su reino es eterno. Él no envejece como lo hace el mundo o se gasta como una prenda de vestir. “Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre” (Hebreos 13:8).
7. “¿A cuál de los ángeles dijo Dios alguna vez: **‘Siéntate a mi derecha hasta que yo haga de tus enemigos el estrado de tus pies?’**” Esta lista de citas del Antiguo Testamento finaliza con una interrogante: ¿Alguna vez ha dicho Dios a un ángel que se siente a su diestra que participe de Su reino? El texto viene del Salmo 110:1, el cual Jesús mismo citó para probar que Él era el Hijo de Dios: “¿Pues cómo es que David, inspirado por el Espíritu, lo llama ‘Señor’?” Porque David dijo: ‘El Señor dijo a mi Señor: “Siéntate a mi derecha, hasta que yo ponga a tus enemigos debajo de tus pies” ‘¿Cómo puede el Mesías descender de David, si David mismo lo llama ‘Señor’?’ (Mateo 22:43-45). El texto luego añade: “Nadie pudo responderle ni una sola palabra” (Mateo 22:46). La razón es clara: Como ser humano, Jesús es el Hijo de David, y como Dios Él es su Señor. David le otorga a Él, el mismo título que el da a Dios Padre cuando llama a ambos “Señor.” “Hasta que yo haga de tus enemigos el estrado de tus pies”: Dios ha puesto a todos Sus enemigos bajo sus pies (Efesios 1:22). Jesús los ha derrotado a todos. “Dios despojó de su poder a los seres espirituales que tienen potencia y autoridad, y por medio de Cristo los humilló públicamente llevándolos como prisioneros en su desfile victorioso” (Colosenses 2:15). Él es Dios Todopoderoso.

¿Debemos adorarlos? ¡No! y esto ya lo hemos dicho. La alabanza, las oraciones y los sacrificios están reservados sólo para Dios, a quien también sirven los ángeles. La Biblia jamás pide a los creyentes que sacrifiquen animales y otros alimentos para los ángeles a fin de ganar algún favor u obtener su protección. Los buenos ángeles, aquellos que se mantuvieron fieles a Dios, no piensan en hacer daño a la gente, o en castigarla, o en enfermarlos o destruir sus cosechas. Ellos obedecen a Dios y hacen Su voluntad. Por lo tanto, nosotros debemos acudir a Dios cuando estemos necesitados. Cuando Él nos envía a Sus ángeles, siempre es para bien. En cuanto a los ángeles

malgnos se refiere nosotros, por supuesto, no debemos adorarlos porque son completamente malvados. La única cosa que la Biblia urge a los Cristianos a hacer con respecto al maligno y a sus ángeles es tener cuidado con ellos, estar alertas y orar: “Sean prudentes y manténganse despiertos, porque su enemigo el diablo, como un león rugiente, anda buscando a quien devorar. Resístanle, firmes en la fe” (1 Pedro 5:8-9). Por eso debemos resistir al diablo y a sus ángeles malgnos y luchar contra ellos con fe y coraje (Efesios 6:11–17), tal como lo hizo Jesús cuando fue tentado, y sobre todo, no debemos adorarlos. Cuando Satanás le pidió que se arrodillara ante él y lo adorara, mientras que él a cambio le prometía todos los reinos del mundo, Él le contestó: “Vete Satanás, porque la Escritura dice: ‘Adora al Señor tu Dios, y sírvele sólo a Él’” (Mateo 4:10). Por lo tanto, ¡nunca debemos ofrecer a Satanás ceremonia o alabanza alguna! ¿Debemos temer al demonio? Sí, porque él tiene un gran poder. ¿Debemos desesperarnos cuando él ataque? No, porque Jesús lo ha vencido: “Precisamente para esto ha venido el hijo de Dios: para deshacer lo hecho por el diablo” (1 Juan 3:8). Él ha “despojado de su poder a los seres espirituales que tienen potencia y autoridad...llevándolos como prisioneros en su desfile victorioso.” “Así que fue expulsado el gran dragón, aquella serpiente antigua que se llama diablo y Satanás, y que engaña a todo el mundo. Él y sus ángeles fueron lanzados de la tierra...porque ha sido expulsado el acusador de nuestros hermanos, el que día y noche los acusaba delante de nuestro Dios (Apocalipsis 12:9-10).

La Biblia urge a los Cristianos a: resistirse a los ángeles malvados, a mantenerse firmes a la hora de la tentación buscando en la Palabra de Dios la fortaleza necesaria para ello, y a dar gracias al Señor por el servicio de los ángeles Buenos. En el *Catecismo Menor*, el Dr. Martín Lutero nos enseña a pedirle a Dios: “Dejen que los ángeles santos estén conmigo, para que el demonio enemigo no tenga poder sobre mí.” El creyente tiene esta promesa: “Pues Él mandará que sus ángeles te cuiden por dondequiera que vayas” (Salmo 91:11). Debemos recordar con agradecimiento a los ángeles y al bien que ellos hacen por los Cristianos, más no los debemos adorar. Ellos no deben ser adorados ni se les deben ofrecer sacrificios, porque, bien sean buenos o malos, ellos son sólo criaturas que Dios hizo. Jesucristo, es Dios. Él es muy superior a ellos.

Resumen:

Tal como lo enseña la Biblia con mucha frecuencia, Jesucristo es muy superior a los ángeles. Dios Padre lo ha engendrado. Él, por lo tanto, es Su Hijo. Como Dios verdadero, se debe adorar solamente a Él. Su trono es eterno y Él gobierna sobre todas las cosas.

3. Primera advertencia (2:1–18).

Por esta causa debemos prestar mucha más atención al mensaje que hemos oído, para que no nos separemos del camino. Los mandamientos que Dios dio en otros tiempos por medio de los ángeles, tenían fuerza de ley, y quienes pecaron y los desobedecieron fueron castigados justamente, ¿Cómo, pues, escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? Pues el mismo Señor fue quien anunció primero esta salvación, la cual después confirmaron entre nosotros los que oyeron ese mensaje. Además, Dios la ha confirmado con señales, maravillas y muchos milagros, y por medio del Espíritu Santo, que nos ha dado de diferentes maneras, conforme a Su voluntad (Hebreos 2:1–4).

El autor de la Epístola a los Hebreos habla como un pastor. Él acaba de explicar que Jesucristo es infinitamente superior a los ángeles porque Él nos concedió la purificación de los pecados y está sentado a la derecha de Dios después de haber cumplido Su misión humana (Hebreos 1:3). Él extrae la conclusión obvia: ¡Es impensable que nos alejemos de un Señor así! Él continuará su carta, pero tiene que detenerse por un momento para advertirnos solemnemente: **“Debemos prestar mucha más atención al mensaje que hemos oído, para que no nos apartemos del camino.”**

“Apartarse del camino...”. O irse a la deriva, este verbo es usado cuando se habla de botes. Él describe los movimientos de un bote cuyo timón está roto y que no puede ser guiado por su capitán. El bote es movido por los vientos e incapaz de mantener su curso, o de seguir en una dirección. No puede obedecer al que lo guía y en vez de ser llevado de vuelta hacia el muelle, se aleja de él y está fuera de control. Pues lo mismo pasa con un Cristiano que no **“presta mucha más atención al mensaje que hemos oído.”** El autor de la epístola debe haber tenido una razón para decir esto. Sus lectores están en peligro y ya no prestan atención a lo que habían oído y están siendo arrastrados muy lejos. Los vientos de la opresión y la persecución amenazan con llevarlos muy lejos en el mar. Ellos tienen que ser advertidos contra eso, ya que, con especial frecuencia sucede que la gente se aleja gradualmente de Dios y de Su Palabra. La tibieza y la indiferencia usualmente se apoderan lentamente de nuestros corazones. Por lo tanto, es necesario actuar y reaccionar antes de que sea demasiado tarde, antes de que estas personas zozobren como un bote.

Para darle más peso a esta advertencia, el autor la afirma con la ayuda de una pregunta: **“Si el mensaje dicho por los ángeles era obligante, y cada violación o desobediencia recibía su justo castigo, ¿cómo escapar si ignoramos una salvación tan grande?”** La Palabra de Dios primero fue “hablada por ángeles.” La Biblia nos dice que Dios en persona escribió las Tablas de la Ley y se las entregó a Moisés (Éxodo 20:1; 24:12; Deuteronomio 5:22). Sin embargo, del mismo modo, los ángeles jugaron un papel que las Santas Escrituras no especifican. El Antiguo Testamento no dice nada en particular acerca de eso, pero el apóstol Pablo escribe:

“Entonces, ¿para qué sirve la ley? Fue dada después, para poner de manifiesto la desobediencia de los hombres, hasta que viniera esa “descendencia” a quien se le había hecho la promesa. La ley fue proclamada por medio de ángeles, y Moisés sirvió de intermediario” (Gálatas 3:19). Y Esteban declara en su discurso ante el Sanedrín: “Ustedes que recibieron la Ley por medio de ángeles, no la obedecen...” (Hechos 7:53).

Esta Ley ha tenido su efecto. Fue proclamada por medio de ángeles e inmediatamente quedó sin efecto; ella exigía obediencia, acusaba a todos los que la transgredían y castigaba a la gente por desobediencia. De hecho la ley condena. **“Cada violación y desobediencia recibió su justo**

castigo.” “Maldito sea el que no cumple fielmente todo lo que está escrito en el libro de la ley” (Gálatas 3:10). “Todo el que rechazó la ley de Moisés murió sin misericordia” (Hebreos 10:28). No la debemos pasar por alto y transgredirla cada vez que queramos. El mandamiento da muerte (Romanos 7:11). Esto es lo que enseña la Biblia y lo que muy a menudo ilustra la historia de Israel.

El autor aquí usa una verdad convincente para enseñar una verdad aún más grande. Si ya la Ley dada por medio del ministerio de los ángeles tiene el poder de matar y de condenar, ¿cuánto mayor no será el castigo, si nos apartamos de Jesucristo que es el mediador de un nuevo pacto (Hebreos 8:6; 9:15; 12:24) y quien es muy superior a los ángeles?

“Si el mensaje manifestado por los ángeles era obligante, y cada violación y desobediencia recibió su justo castigo, ¿cómo escaparemos si ignoramos una salvación tan grandiosa?” Mientras más grande y precioso es un regalo, mucho más serio es despreciarlo. Y, qué persona se atrevería a rechazar el regalo que le otorga el primer mandatario de su país. Fácilmente usted puede imaginarse su disgusto. Él se sentirá despreciado e insultado. Ese es el caso de la salvación de Jesucristo. Es tan hermosa y tan preciosa que no debemos rechazarla. Una cosa es no aceptar el perdón y la vida eterna que Él ofrece porque no hemos oído hablar de ello nunca, y otra cosa es despreciarla, pasarla por alto y rechazarla una vez que conocemos a Jesucristo y a la verdad. No son los ángeles que vinieron y nos dieron las buenas nuevas de la salvación, sino el Hijo de Dios en persona. Él mismo bajó del cielo, abandonó Su gloria y se hizo hombre para hablarnos, para traernos y revelarnos Su salvación. Pablo escribe: “Porque ya saben ustedes que nuestro Señor Jesucristo, en Su bondad, siendo rico se hizo pobre por causa de ustedes, para que por su pobreza, ustedes se hicieran ricos” (2 Corintios 8:9). No ángeles, sino el Hijo de Dios, vino a buscar y a salvar lo que se había perdido (Lucas 19:10); Él dio su vida como rescate por nuestros pecados (Mateo 20:28).

“Esta salvación, que fue anunciada primero por el Señor, fue confirmada a nosotros por aquellos que le oyeron. Dios también dio testimonio de ello a través de señales, maravillas y diversos milagros, y dones del Espíritu Santo distribuidos según Su voluntad.” Durante el tiempo en que Él estuvo en la tierra, Jesús predicó las Buenas Nuevas del reino, el Evangelio de la salvación, pero Él también ordenó que continuáramos predicándolo después que Él abandonara este mundo para regresar al cielo. Él eligió y enseñó a sus discípulos que envió al mundo, diciéndoles: “Vayan, pues, a las gentes de todas las naciones, y háganlas mis discípulos; bautícenlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enséñenlas a obedecer todo lo que les he mandado a ustedes. Por mi parte, yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo (Mateo 28:19-20). “Vayan por todo el mundo y anuncien a todos la buena noticia. Él que crea y sea bautizado, obtendrá la salvación; pero el que no crea, será condenado” (Marcos 16:15-16).

El testimonio de los apóstoles fue confirmado **“por señales, maravillas y diversos milagros, y dones del Espíritu Santo distribuidos de acuerdo a Su voluntad.”** Jesús mismo realizó muchos milagros, los cuales también fueron señales porque tenían un significado. Cuando el multiplicó el pan y alimentó a una multitud de cinco mil hombres, eso no fue solamente con el fin de alimentar a esa gente que estaba hambrienta, sino para presentar el hermoso sermón en el que Él se presenta a sí mismo como el pan de vida (Juan 6:22-59). Cuando Él curó al ciego, fue para ayudar al infortunado, pero también para hacer que la gente comprendiera que Él sabe cómo abrir los ojos del corazón para que ellos vean la luz del Evangelio. Cuando sanó al sordo, Él demostró que Él sabe cómo abrir los oídos para que Su mensaje sea escuchado. Cuando el resucitó a los

muestran, Él demostró que era más fuerte que la muerte y que Él había venido para vencerla por medio de Su propia muerte y Su resurrección. Sus milagros indicaron que Él era más fuerte que la enfermedad y la muerte porque Él era más fuerte que el pecado. Los milagros que Él realizó demostraron que Él era el enviado por Dios, Su Hijo convertido en hombre.

Lo mismo resulta cierto para las señales, maravillas y milagros realizados por Su doce discípulos. En el tiempo en que Jesús los envió al mundo. Él les prometió: “Y estas señales acompañarán a los que creen: en mi nombre expulsarán demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes; y si beben algo venenoso, no les hará daño; además pondrán las manos sobre los enfermos, y estos sanarán” (Marcos 16:17-18). Estos milagros fueron para dar testimonio al mundo de que los apóstoles hablaban en Su nombre. Ellos debían darle peso a su mensaje.

Jesús actúa a través de los **“dones del Espíritu Santo distribuidos según Su voluntad.”** El Espíritu Santo distribuye muchos dones espirituales tales como la fe, la paciencia, la esperanza, el coraje, la fidelidad, la generosidad, el auto-control y la perseverancia. Él también distribuye dones espectaculares y milagrosos, tales como el don de hablar en lenguas o el don de la sanación. Pero Él lo hace **“de acuerdo a Su voluntad.”** Él lo hizo especialmente en los comienzos de la Iglesia Cristiana, tal como en Pentecostés, cuando se trataba del lanzamiento del Evangelio y su entrada al mundo. Estos dones espectaculares son mucho menos comunes hoy día. No podemos enseñar que un Cristiano debe buscar la manera de obtenerlos. Si no son recibidos, no debemos enseñar que eso se debe a que nuestra falta de fe los bloquea, o porque hayamos cometido un pecado secreto tal y como lo enseñan algunos teólogos o algunas iglesias. Dios ofrece estos dones espectaculares a Su Iglesia, cuando en Su soberana sabiduría, Él crea que Su Iglesia los necesita para crecer, y cuando Él los otorga, ellos solamente deben ser utilizados para dar testimonio de Jesús.

El autor formula la pregunta, **“¿Cómo escaparemos si ignoramos una salvación tan grandiosa?”** Él no la responde, porque la respuesta está tan clara: No podemos escapar del castigo merecido si rechazamos la maravillosa salvación que Jesucristo, el Hijo de Dios, ha traído. El Señor no puede dejar que tal ingratitud quede sin castigo.

Dios no ha puesto bajo la autoridad de los ángeles ese mundo futuro del cual estamos hablando. Al contrario, en un lugar de la Escritura alguien declara: “¿Qué es el hombre? ¿Qué es el ser humano? ¿Por qué lo recuerdas y te preocupas por él? Por un poco de tiempo lo hiciste algo menor que los ángeles, pero lo coronaste de gloria y honor; todo lo sujetaste debajo de sus pies.” Así que, al sujetarlo todo debajo de sus pies. Dios no dejó nada sin sujetarlo a él. Sin embargo, todavía no vemos que todo le esté sujeto. Pero vemos que Jesús, a quien Dios hizo algo menor que los ángeles por un poco de tiempo, está coronado de gloria y honor, a causa de la muerte que sufrió, Dios, en su amor, quiso que experimentara la muerte para el bien de todo (Hebreos 2:5-9).

La sangre de Cristo ha purificado a los que creen en Él y los ha librado de sus pecados (Hebreos 1:3; Juan 1:29; 1 Juan 1:7; 2:2). Ellos han de recibir en herencia la salvación (Hebreos 1:14). Habiendo manifestado su advertencia, el autor de la epístola regresa a Jesucristo. Muchas personas viven como si el mundo presente va a durar eternamente. La Biblia enseña lo contrario: Desde que el pecado y la muerte entraron al mundo y dañaron todo, Dios decidió crear el mundo de nuevo, “el mundo que vendrá, del cual estamos hablando.” Algún día, se crearán un nuevo cielo y una nueva tierra donde no habrá pecado ni sufrimiento, ni enfermedad ni muerte. Existe la promesa de un mundo hacia el cual todos los creyentes están caminando, tal como cuando el

pueblo de Israel abandonó Egipto y cruzó el desierto para entrar a la tierra de Canaán, la cual había sido prometida a Abraham y a sus descendientes.

¿Quién gobernará “el mundo por venir”? No serán los ángeles quienes son sólo servidores de Dios, sino Jesucristo, Su Hijo, el único a quien la Epístola a los Hebreos ya ha señalado como el designado por Dios “heredero de todas las cosas” (Hebreos 1:2). El autor de la epístola cita un nuevo Salmo, uno que habla acerca del Mesías. Es el Salmo 8 el cual es citado varias veces porque habla acerca de Jesús (Mateo 21:16; Romanos 1:20; 1 Corintios 15:27; Efesios 1:22). Nuestro texto cita lo siguiente: “¿Qué es el hombre? ¿Por qué lo recuerdas y te preocupas por él? Lo hiciste un poco menos que los ángeles; lo coronaste con gloria y honor y pusiste todas las cosas debajo de sus pies.” En este Salmo, David enfatiza que el hombre es la muy especial creación de Dios. Él lo creó de una manera en particular, a Su imagen y semejanza (Génesis 1:26-27). Dios lo “sometió a Él la tierra y todo lo que ella contiene” (Génesis 1:28).

El que sostiene al mundo entero en Sus manos tiene particular cuidado del hombre. Él es mucho más que un animal. Es casi igual a los ángeles: “Tú lo hiciste un poco menos que los ángeles.” El texto hebreo del Salmo 8:6 dice: “Pues lo hiciste casi como un Dios.” Se puede decir con toda certeza que el hombre es la criatura más grandiosa que hizo Dios. El Señor lo cubrió de honor y de poder cuando lo hizo a Su imagen, cuando le dio inteligencia, memoria, la habilidad para disfrutar de todo lo que es bello, la noción del bien y del mal, el poder para inventar herramientas y técnicas que le permiten someter al mundo.

Aún así el Salmista formula la interrogante: “¿Qué es el hombre? ¿Por qué lo recuerdas y te preocupas por él? Si es cierto que el hombre es la criatura más noble de Dios, también es cierto que él es indigno y rebelde. El Señor le dio un corazón puro para servirlo a Él, y el hombre usó su voluntad y la posibilidad que tuvo para elegir una opción, para desobedecerlo y alejarse de Dios. El pecado entró al mundo y dañó todo. Aunque Dios hizo a la humanidad para que dominara al mundo, muchas veces ella es dominada por él. La vida del hombre consiste de sufrimientos. El alimento que se come lo consigue con el sudor de su frente, el conoce la enfermedad y las tribulaciones, él envejece, pierde su fuerza y algún día muere. Por esta razón el autor de la epístola puede decir: “[Tú] pusiste todo debajo de sus pies... Aunque en el presente no vemos que todo esté sometido a él.”

Otro hombre (Jesús) vino al mundo para remediar este mal. Por medio de un solo hombre (Adán) entró el pecado en el mundo y por el pecado entró la muerte. Así también, por medio de un solo hombre vino el perdón y la salvación (Romanos 5:12-21). Por supuesto, Él es Jesucristo. El autor de la Epístola a los Hebreos puede decir: “Nosotros vemos a Jesús, que fue hecho un poco menos que los ángeles, coronado ahora con gloria y honor porque sufrió la muerte, para que por la gracia de Dios el pudiera probar la muerte por todos.” Cristo no permaneció sentado en Su trono y observó despreocupado como sufría la humanidad, sino que tuvo piedad de nosotros. Él dejó su trono en el cielo, se encarnó y se convirtió en hombre y en nuestro hermano. Podemos imaginar la sorpresa de los ángeles, que permanecían de pie alrededor de Su trono y le cantaban alabanzas, cuando lo vieron bajar hasta la tierra, humillarse a sí mismo y tomar naturaleza de siervo, soportar el odio de la gente y la tortura de la cruz (Filipenses 2:5-8).

Pero ahora Él ha terminado su trabajo, ha vuelto al cielo y fue elevado a la diestra de Dios Su Padre cuyo esplendor y poder Él comparte. Él es coronado con la gloria y el honor “**porque Él sufrió la muerte.**” La Biblia enseña: “El pago que da el pecado es la muerte” (Romanos 6:23). Las personas mueren porque son pecadoras. A fin de mostrar con claridad que Jesús no murió

como merecen morir todas las demás personas, porque Él también violó la ley de Dios, la epístola señala claramente: **“Por la gracia de Dios, Él probó la muerte por todos.”** Él murió por todas las demás personas, por todas ellas sin excepción. Por lo tanto, Él también murió por nosotros. Su muerte fue un sacrificio por los pecados del mundo. ¿Merecía Él morir? ¿Merecía Él todo el sufrimiento de su sacrificio? ¡No! Él mismo lo dijo: “El Padre me ama porque yo doy mi vida para volverla a recibir. Nadie me quita la vida, sino que yo la doy por mi propia voluntad. Tengo el derecho de darla y de volver a recibirla” (Juan 10:17-18). Él murió porque Él quería morir. Él se puso de acuerdo con Su Padre para ofrecer Su vida en la cruz. Por esta razón nuestro texto dice: **“Por la gracia de Dios el probó la muerte por todos.”**

Es como si el autor de la carta escribiera a sus lectores: “Primero que nada no se alejen de Jesucristo. Él murió por la gracia de Dios, y murió por todos nosotros. No regresen al Judaísmo. Si ustedes lo hicieran, ustedes demostrarían que no comprenden el mensaje de los Salmistas y los Profetas. No, la salvación sólo se logra por la fe en Cristo. Él mismo puede decir: “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Solamente por mí se puede llegar al Padre” (Juan 14:6).

Todas las cosas existen para Dios y por la acción de Dios, que quiere que todos sus hijos tengan parte en Su gloria. Por eso, Dios, por medio del sufrimiento, tenía que hacer perfecto a Jesucristo, el Salvador de ellos. Porque todos son del mismo Padre, tanto los consagrados como el que los consagra. Por esta razón, el Hijo de Dios no se avergüenza de llamarlos hermanos, al decir en la Escritura: ‘Hablaré de ti a mis hermanos, y te cantaré himnos en medio de la congregación.’ También dice: ‘En él pondré mi esperanza.’ Y otra vez dice: ‘Aquí estoy, con los hijos que Dios me dio’ (Hebreos 2:10-13).

El único “para quien y por quien todo existe” es Dios, el Padre de Jesucristo. Él es el Creador Supremo. Todo es para Él y por Él. Eso significa que Él sostiene todo en Sus manos y que no hace nada al azar. Esto también es cierto para la salvación del hombre. Él diseñó un programa completo, un plan para la salvación de la humanidad el cual Él llevó a cabo cuando llegó el momento correcto, cuando se cumplió el tiempo (Gálatas 4:4). Él quería **“llevar muchos hijos a la gloria.”** De hecho, las Santas Escrituras enseñan que Dios quiere salvar a todas las personas, que a Él no le da placer la muerte de los pecadores, sino que desea que todos se vuelquen hacia Él y vivan (Juan 3:16; 2 Pedro 3:9). Pero si Dios es bueno y misericordioso hasta el punto de querer salvar al pecador, Él también es santo y justo. Él no puede simplemente cerrar Sus ojos ante la injusticia y la maldad. Él encargó a Su Hijo de remediar el mal que se había hecho, para satisfacer los requerimientos de Su justicia, para pagar la pena por los pecados de la humanidad y para redimirla. Por lo tanto Jesús se convirtió en **“el autor de su salvación.”** Dios lo hizo a Él **“perfecto por el sufrimiento.”** De hecho, la palabra Griega que es traducida como “hecho perfecto” significa “alcanzar la meta.” Es por el sufrimiento que Dios hizo que Su Hijo alcanzara la meta, que era convertirse en el Príncipe de nuestra salvación. Es por el sufrimiento en obediencia hasta gritar en la cruz: “Está consumado” que Jesús “ha sido hecho perfecto,” que Él ha alcanzado la meta que le fue asignada, que Él se convirtió en un perfecto Salvador. Tres capítulos más adelante en nuestra epístola leemos: “Y al perfeccionarse de esa manera, llegó a ser fuente de salvación eterna, para todos los que lo obedecen” (5:9).

“Tanto aquel que hace santos a los hombres y los que son hechos santos son de la misma familia.” En la Biblia, la palabra “santificar” significa “hacer a algo santo para Dios.” Es por esta razón que Dios “bendijo el séptimo día y lo santificó.” Él lo apartó para hacerlo Su día, el día de descanso y de alabanza (Génesis 2:3, Éxodo 20:8). El templo con su altar, sus utensilios y todos los que servían allí, fueron santificados, es decir, fueron declarados santos (consagrados) para

Dios (Éxodos 29:43; 40:10; Levítico 8:12). Es por eso que todos los Cristianos son llamados “santos” (Romanos 8:27; 15:25-26; Efesios 1:18). “**Él que hace santos a los hombres,**” es decir, Él, que por cuya muerte fuimos convertidos en hijos de Dios, y “**los que son hechos santos,**” es decir los creyentes, “**son de la misma familia.**” Ellos tienen al mismo Padre en el cielo, son nacidos de Dios, hijos de Dios y copartícipes de la gloria eterna con Cristo. “Pero a quienes lo recibieron y creyeron en Él, les concedió el privilegio de llegar a ser hijos de Dios. Y son hijos de Dios, no por la naturaleza ni los deseos humanos, sino porque Dios los ha engendrado (Juan 1:12-13). Jesús y todos los creyentes son parte de la misma familia de Dios. Ellos tienen el mismo país y el mismo patrimonio. A ellos se les ha reservado la misma gloria en el cielo delante del trono de Dios.

Una vez más, el autor retorna al Antiguo Testamento para convencer a sus lectores. Él cita el Salmo 22, que es un Salmo mesiánico. Jesús a punto de morir murmuró las muy conocidas palabras: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” En este Salmo el Mesías describe Sus sufrimientos, pero también su fruto bendito: la salvación, la alegría y la esperanza de los que depositaron su confianza en Él. Por eso Él dice aquí: “**yo hablaré de ti a mis hermanos; te alabaré en presencia de la congregación.**” Él no es únicamente el Sumo Sacerdote y Salvador, sino que también es el mensajero de Dios, Su Profeta, el más grande profeta por medio de quien Dios ha hablado (Hebreos 1:1-2) y por medio de quien Él continúa hablando por la boca de los apóstoles. Ahora Él habla a través de todos Sus servidores, pastores, misioneros y evangelistas.

El autor añade el texto de Isaías 8:17-18, “**Yo confío en Él. Yo y los hijos que me dio el Señor.**” Jesús puso toda Su confianza en Dios. Él sabía que Su Padre quería Su voluntad y la aceptaba, como Él lo expresa en Su oración en el huerto de Getsemaní. Él también puso Su espíritu en las manos de Su Padre en el momento en que murió (Lucas 23:46). En la cita de Isaías, Él llama a todos los creyentes “**los hijos que me dio el Señor.**” Toda persona que se vuelve hacia Él con fe es un don que el Padre celestial le ha dado a Él, un premio por estar de acuerdo en morir por el mundo. Cuando se predica el Evangelio, Dios toma a la gente de la mano y las conduce hasta los pies de la cruz donde murió Su Hijo. Es el regalo que Él le da. Él lo elevó a Su diestra porque Él fue obediente hasta la muerte, y Dios le ha dado el más excelente de todos los nombres, para que la gente de todo el mundo un día doble sus rodillas ante Él y le rindan alabanza como Su Señor (Filipenses 2:5-11). Por esto es que Jesús en Su oración de suprema habla constantemente de aquellos que el Padre le ha dado (Juan 17:2; 6, 9, 12, 24). “**Aquí estoy, y los hijos que Dios me ha dado,**” es lo que Él dice en la cita del profeta Isaías. Él está feliz y orgulloso de presentar a Su pueblo, de poder decir de los muchos Cristianos que viven en la tierra o que ya están en el cielo que ellos son Sus hijos.

Así como los hijos de una familia son de la misma sangre y carne, así también fue de carne y sangre humanas, para derrotar con su muerte al que tenía poder para matar, es decir, al diablo. De esta manera ha dado libertad a todos los que por miedo a la muerte viven como esclavos durante toda la vida. Pues ciertamente no vino para ayudar a los ángeles, sino a los descendientes de Abraham. Y para eso tenía que hacerse igual en todo a sus hermanos, para llegar a ser un Sumo Sacerdote fiel y compasivo en su servicio a Dios, y para obtener el perdón de los pecados de los hombres por medio del sacrificio. Y como él mismo sufrió y fue a puesto a prueba, ahora puede ayudar a los que también son puestos a prueba (Hebreos 2:14-18).

El autor de la Epístola a los Hebreos ha dicho muchas veces que Jesucristo es el Hijo de Dios, y que es infinitamente superior a los ángeles, pero que para salvar al mundo tuvo que convertirse

en hombre. Por lo tanto, Él ahora claramente manifiesta la verdad de Su encarnación y de Su verdadera humanidad. Para salvar a la gente, es necesario ser Dios, porque sólo Él tiene el poder. Pero para salvar a seres humanos, también es necesario ser humano como ellos. Él tuvo que ser un hombre para tomar su lugar y actuar por ellos. Por esta razón, Jesús **“compartió su humanidad.”** Es **“por su muerte”** que Él destruyó **“al que tenía poder para matar - es decir, al diablo.”** Para poder morir, uno tiene que ser humano. El enemigo que había que derrotar no era humano, sino un ser muy poderoso, el jefe de los ángeles malvados, el demonio. Él sostenía **“el poder de la muerte.”** Indudablemente que es él quien tentó a Adán y a Eva, y quien trajo el pecado al mundo, y por el pecado entró la muerte (Romanos 5:12). Es por eso que Jesús lo llama **“un asesino desde el principio (Juan 8:44).”** **“Precisamente para esto ha venido el Hijo de Dios: para deshacer lo hecho por el diablo” (1 Juan 3:8).** Sólo Él podía hacer eso, porque sólo Él es Dios y hombre al mismo tiempo.

Al hacerlo, Él **“ha dado libertad a todos los que por miedo a la muerte viven como esclavos durante toda la vida.”** La muerte ya no es dueña de nuestras vidas, ya no tiene poderes sobre los creyentes. Por lo tanto, ellos no tienen por qué tenerle miedo. El apóstol Pablo escribe: **“La muerte ha sido devorada por la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado, y el pecado ejerce su poder por la ley. ¡Pero gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!” (1 Corintios 15:54–57).** Al final de su vida, Pablo podía decir: **“quisiera morir para ir a estar con Cristo, pues eso sería mucho mejor para mí...” (Filipenses 1:23).** Cristo ha vencido a la muerte. Los que creen en Él no deben tener miedo de ella. ¿No dijo Él a Sus discípulos: **“y vivirán porque Yo vivo”?** (Juan 14:19). Por naturaleza, todo hombre le teme a la muerte, más los Cristianos saben que Cristo la ha vencido, y es por la fe en Él que ellos aprenden a no temerla más.

“Pues ciertamente no vino para ayudar a los ángeles, sino a los descendientes de Abraham.” Jesús no murió por los ángeles. En realidad los buenos ángeles no necesitan ser salvados, y en cuanto a los ángeles malos se refiere, para ellos no hay salvación. Dios ya los ha condenado. Cristo murió por **“los descendientes de Abraham,”** por todos aquellos quienes por la fe son verdaderos descendientes de Abraham (Romanos 4:9-12; Gálatas 3:13-16). Es por ello que Él se ha convertido en un **“Sumo Sacerdote fiel y compasivo en su servicio a Dios, y para obtener el perdón de los pecados de los hombres por medio del sacrificio.”** La Epístola a los Hebreos es el único libro en el Nuevo Testamento que llama **“Sumo Sacerdote”** a Jesús. En el resto de la carta tendremos la oportunidad de estudiar esto con más profundidad, para demostrar en que forma Cristo fue y continua siendo un sumo sacerdote, y cómo Su sacerdocio es diferente del sacerdocio del viejo pacto e infinitamente superior a éste. Por ahora, es suficiente decir que si Jesucristo es sumo sacerdote, se debe a que Él se sacrificó por nuestros pecados, y que este sacrificio es único y perfecto. Todos los sumos sacerdotes del viejo pacto sólo sirvieron para profetizarlo, para anunciar Su obra salvadora. En nuestro texto, se enfatiza Su misericordia y Su fidelidad al realizar Su obra. Él pudo haberse negado a morir, pero Él no lo hizo sino que se fue obediente hasta la muerte, y el apóstol añade: **“hasta la muerte en la cruz” (Filipenses 2:8).** Está muy claro que esto requirió de mucha misericordia y fidelidad.

En lo concerniente a la palabra **“sacrificio”**, ella recuerda que la muerte de Cristo fue ciertamente un castigo que Él soportó porque Él cargó con los pecados del mundo (Juan 1:29; Romanos 4:25; 1 Pedro 2:24). Él hasta fue hecho **“pecado”** en lugar de la humanidad (2 Corintios 5:21). Por lo tanto Él tuvo que ser castigado para pagar un rescate (Mateo 20:28; 1 Timoteo 2:6), para convertirse en una maldición para Sus hermanos (Gálatas 3:13). Cristo expió nuestros pecados. Él **“se ofreció en sacrificio por nuestros pecados” (1 Juan 2:2; 4:10).** Él es el **“En lo concerniente**

a la palabra “sacrificio”, ella recuerda que la muerte de Cristo fue ciertamente un castigo que Él soportó porque Él cargó con los pecados del mundo (Juan 1:29; Romanos 4:25; 1 Pedro 2:24). Él hasta fue hecho “pecado” en lugar de la humanidad (2 Corintios 5:21). Por lo tanto Él tuvo que ser castigado para pagar un rescate (Mateo 20:28; 1 Timoteo 2:6), para convertirse en una maldición para Sus hermanos (Gálatas 3:13). Cristo expió nuestros pecados. Él “se ofreció en sacrificio por nuestros pecados” (1 Juan 2:2; 4:10). Él es el “instrumento del perdón” a través de la muerte por el que somos justificados (Romanos 3:25) La Biblia llama a esto el escándalo (la piedra de tropiezo) de la cruz (1 Corintios 1:23; Gálatas 5:11). ¡Un hombre inocente que nunca cometió el más mínimo pecado muere por los culpables! ¡Este es el precio por el cual hemos sido salvados!

El capítulo termina con esta observación: **“Y como él mismo sufrió y fue a puesto a prueba, ahora puede ayudar a los que también son puestos a prueba.”** Si Jesús nunca había conocido el miedo, el sufrimiento y la tentación, no era fácil que Él comprendiera lo que experimenta una persona cuando tiene miedo, cuando es puesta a prueba o cuando sufre, pero Él pasó por todo eso. Él sabe lo que quieren decir los Cristianos cuando le piden que tenga misericordia de ellos, que les alivie sus sufrimientos y los salve. Más adelante, el autor dice: “Pues nuestro Sumo Sacerdote puede compadecerse de nuestra debilidad, porque Él también estuvo sometido a las mismas pruebas que nosotros; sólo que Él jamás pecó. Acerquémonos, pues, con confianza al trono de nuestro Dios amoroso, para que Él tenga misericordia de nosotros y en su bondad nos ayude a la hora de la necesidad” (Hebreos 4:15-16). Es bueno que todos los creyentes del mundo sepan que Jesús experimentó a Su propia manera, que a Él no se le evitó sufrimiento alguno, ¡que Él sabe lo que significa el dolor, el miedo y el llanto!

Resumen:

La Ley de Moisés condena a quienes la desobedecen. Por lo tanto, es aún más serio rechazar a Jesús, a quien proclama el Evangelio. De hecho, Él es el Príncipe de nuestra salvación a quien Dios ha puesto por encima de todas las cosas. Además, Él se hizo hombre y Dios lo hizo a Él como nosotros en todas las formas. Es por esta razón que Él es un Sumo Sacerdote fiel y misericordioso.

4. Jesús es superior a Moisés (Hebreos 3:1-6).

Por lo tanto, hermanos, ustedes los del pueblo santo, que han sido llamados por Dios a ser suyos, consideren atentamente a Cristo Jesús, el Apóstol y Sumo Sacerdote, gracias al cual profesamos nuestra fe. Pero Jesús ha sido fiel a Dios, que lo nombró para este servicio, como también Moisés fue fiel en su servicio en toda la casa de Dios. Pero a Jesús se le ha concedido más honor que a Moisés, del mismo modo que el que hace una casa recibe más honor que la casa misma. Toda casa tiene que estar hecha por alguien; pero Dios es el que hizo todo lo que existe. Así pues, Moisés, como siervo, fue fiel en toda la casa de Dios, y su servicio consistió en ser testigo de las cosas que Dios había de decir. Pero Cristo, como Hijo, es fiel sobre esta casa de Dios que somos nosotros mismos, si mantenemos la seguridad y la alegría en la esperanza que tenemos (Hebreos 3:1-6).

Jesús es superior a todo lo que existe. Él es superior a los profetas, aunque Él habló a través de ellos, porque Él ha hablado no solo como un simple profeta que fue inspirado por el Espíritu, sino como el Hijo de Dios; Él es aquel por medio de quien el Señor ha cumplido Sus promesas y ha completado Sus revelaciones (Hebreos 1:1-3). Él también es superior a los ángeles que son los servidores de Dios. Él, de hecho, es el Hijo de Dios y heredero de todas las cosas (Hebreos 1:1-4). Él también es superior a Moisés.

El autor de la epístola elige a la persona más grandiosa del Antiguo Testamento, aquél a quien los Judíos consideraron como el más grande profeta. Moisés fue el gran liberador del pueblo de Israel, aquel que por cuya mediación Dios entregó la Ley a Su pueblo, a quien Él le habló “cara a cara”, como quien habla con un amigo” (Éxodo 33:11). Moisés es aquel con quien los Fariseos siempre comparaban desfavorablemente a Jesús, y después ellos también acusaron al apóstol Pablo de contradecir la ley de Moisés. Los Fariseos acusaron a Jesús y a Pablo de ponerse a sí mismos por encima de semejante hombre a través de quien, ellos creían que Dios había hablado una vez y para siempre. Hasta el Nuevo Testamento muestra la importancia de Moisés ya que lo menciona unas 80 veces, mucho más que a cualquier otra persona importante del Antiguo Testamento. Bien, a pesar de todo lo grande que pudo haber sido Moisés, Jesucristo es infinitamente superior. Por lo tanto, rebelarse contra Jesucristo es mucho más serio que rebelarse contra Moisés.

“Hermanos, ustedes los del pueblo santo.” Esta es la primera vez que el autor se refiere a los primeros lectores de su epístola y los llama de una manera tan directa. **“Hermanos”**: eso es lo que todos los Cristianos son, pues por fe en Jesucristo somos hijos e hijas de Dios (Gálatas 3:26). Es un bello título que la Biblia nos da muchas veces (Hechos 9:30; 10:23; 11:1, 29; 15:23; 21:7; 17; 1 Corintios 8:1, 13; 15:6; Filipenses 1:14; 1 Tesalonicenses 4:6, 10, etc.). Somos hermanos y hermanas en Jesús porque tenemos el mismo Padre celestial quien nos engendró cuando Él nos convirtió y nos trajo a la fe. Estamos unidos por un lazo muy fuerte, más fuerte aún que el lazo de sangre; nosotros nos conocemos, tenemos la misma fe y la misma esperanza en nuestros corazones, nos amamos los unos a los otros y andamos juntos en el camino hacia la vida eterna. Somos hermanos y hermanas **“santos”**, apartados y consagrados a Dios a quien pertenecemos, somos purificados por la sangre de Jesucristo, y nos cubre Su justicia. Además, caminamos en santidad y tratamos de cumplir los mandamientos de Dios y hacer Su voluntad.

Nosotros **“somos llamados por Dios a ser Suyos.”** Compartimos el llamado celestial. De hecho, Dios nos invitó a la salvación, tal como lo enseñan algunas parábolas, el apóstol Pablo dice: “Para llegar a la meta y ganar el premio celestial que Dios nos llama a recibir por medio de Cristo

Jesús” (Filipenses 3:14). Es un llamado santo (2 Timoteo 1:9), que debemos fortalecer (2 Pedro 1:10) perseverando en la fe y permaneciendo fieles a Dios, es un llamado que viene del cielo y nos debe conducir al cielo. Es un llamado que viene de Dios y nos hace hijos de Dios, y herederos de Su reino.

“Consideren atentamente a Cristo Jesús, el Apóstol y Sumo Sacerdote, gracias al cual profesamos nuestra fe.” Fijen sus ojos en Jesús, piensen constantemente en Él, no lo olviden jamás, crean en Él y sigan Sus pasos. En una sola palabra, actúen como ovejas que escuchan la voz de su pastor y le siguen sin alejarse de él, para no quedarse errantes, ni perderse. El texto da a Jesús dos títulos importantes. Primero lo llama **“apóstol.”** Es el único lugar en la Biblia donde el Hijo de Dios es llamado **“apóstol.”** Esto es inusual, ya que esta palabra generalmente se refiere a los doce hombres a quien Jesús eligió, instruyó, y que luego fueron enviados al mundo a proclamar el Evangelio. Se debe recordar que la palabra **“apóstol”** proviene de una palabra Griega que significa “enviado”. Jesús muchas veces había afirmado que Él era el enviado por Su Padre (Mateo 10:40; Juan 4:34; 5:23-24, 30, 36-38; 6:29, 38-39, 44, 57, etc.). Dios lo envió al mundo para llevar a cabo una obra específica. “Pero cuando se cumplió el tiempo, Dios envió a Su Hijo, que nació de una mujer, sometido a la Ley de Moisés, para rescatarnos a los que estábamos bajo esa ley y concedernos gozar de los derechos de hijos de Dios” (Gálatas 4:4-5). Dios lo envió a Él a realizar una obra específica. Él fue llamado a redimir al mundo.

Jesús también es **“el Sumo Sacerdote, gracias al cual profesamos nuestra fe.”** El título de sumo sacerdote, también explica Su obra. Dios lo envió para ser nuestro sumo sacerdote para aportar el sacrificio necesario para expiar los pecados de la humanidad y obtener para nosotros el perdón y la vida eterna. En eso todos los sacerdotes que sirvieron en el templo de Jerusalén, durante el período del viejo pacto apuntaban hacia Él. Las partes restantes de la epístola nos brindarán las oportunidades de conversar más detalladamente acerca de este ministerio. Aarón y todos aquellos que desempeñaron el sacerdocio no fueron **“sumos sacerdotes a quienes confesamos.”** Ellos trajeron sacrificios, oraron por las personas y las bendijeron en el nombre de Dios, pero los judíos no pusieron su fe en ellos. Ellos fueron servidores de Dios, pero no redentores ni salvadores. Jesús es el único sumo sacerdote en quien la gente está llamada a confiar, porque Él es el “autor de su salvación.” Solo Él puede “llevar muchos hijos a la gloria” ya que Él es “autor de su salvación” (Hebreos 2:10).

Jesús es superior a Moisés. Eso no quiere decir que Él haya sido más fiel en llevar a cabo Su misión, ya que ambos fueron fieles. El autor cita un texto tomado de Números 12:7, para proclamar en voz alta y clara la fidelidad de Moisés. Él hizo de todo para guiar a Israel fuera de Egipto y para ayudarles a cruzar el desierto. Muchas veces tuvo que lidiar con la infidelidad de la gente, prevenirlos y a veces castigarlos. Un día, hasta deseó que su hombre fuese borrado del libro de la vida, para poder salvar a la gente (Éxodo 32:30-34). En lo que concierne a Jesús, nadie puede dudar de su fidelidad. Él hizo lo que ningún ser humano estaría dispuesto a hacer: Él se sacrificó. Él, el santo e inocente, que por la salvación del mundo fue obediente hasta la muerte, hasta una muerte en la cruz. “Que se haga Tu voluntad y no la mía” dijo Él en Getsemaní. “Yo te he glorificado aquí en el mundo, pues he terminado la obra que Tú me confiaste” (Juan 17:4).

La razón por la que Jesucristo es superior a Moisés no es su fidelidad. La diferencia está en otra parte, en la misión que les fue encomendada a ambos, en la tarea que tuvieron que realizar. **“Él que hace una casa recibe más honor que la casa misma.”** No importa cuán bella y lujosa pueda ser la casa, ella vale menos que quien la construyó. La casa y su constructor no deben ser evaluados de la misma manera. No importa cuán importante haya sido el rol de Moisés, él fue un

miembro del pueblo de Israel. Él no “construyó” al pueblo. Moisés no le dio a Abraham tal familia; por otra parte, Jesús, fue quien construyó la casa

La casa y su constructor no son evaluados de la misma manera. No importa cuán importante haya sido el papel que jugó Moisés, él fue un miembro del pueblo de Israel. Él no “construyó” al pueblo. Moisés no le dio a Abraham tal familia; Jesús, por el otro lado, es quien construyó la casa. Dios mismo fue el constructor de la casa, Él **“es el que hizo todo lo que existe,”** y es a Jesús a quien le pertenece la casa. Él fue fiel no simplemente como profeta sino que **“como Hijo, es fiel sobre esta casa de Dios.”** Moisés fue siempre una criatura de Dios, sin importar cuan noble, cuan honrado y cuan fiel él haya sido. Por otra parte, Cristo es el Creador de todas las cosas, y en particular de la casa de Dios que también le pertenece.

Y como el Creador es superior a la creación, el hijo lo es también con respecto al servidor. Moisés, sin duda, fue fiel **“como servidor,”** en una casa que no era la suya, sino la **“casa de Dios,”** mientras que Jesús fue fiel **“como hijo sobre esta casa de Dios.”** El autor usa un doble argumento para afirmar la superioridad de Cristo sobre Moisés: el que fue un servidor mientras que el otro fue el Hijo. Uno fue fiel **“en toda la casa de Dios”** de la cual era miembro, el otro fue fiel como constructor de la casa. Por otra parte, el servicio de Moisés **“consistió en ser testigo de las cosas que Dios había de decir.”** Cristo es aquel en quien todo eso se realizó. Es por eso que Él pudo decir a los Judíos: “Porque si ustedes le creyeran a Moisés, también me creerían a mí, porque Moisés escribió acerca de mí” (Juan 5:46).

Noten ustedes también que el autor de la epístola utiliza el título de **“Cristo”** por primera vez. Esa es la traducción griega de la palabra “Mesías” que significa el “Ungido.” En el Antiguo Testamento, los reyes eran ungidos vertiendo aceite consagrado sobre ellos, para demostrar que Dios los había elegido para regir sobre Su pueblo. Los sumos sacerdotes también eran ungidos para demostrar que ellos también habían sido puestos aparte para servir al Señor. Jesús es el “Ungido”, el más grande sacerdote, escogido por Dios para construir Su casa y regir sobre ella. ¿Cuál es esa casa? Es la asamblea de todos los creyentes, la Santa Iglesia Cristiana, y como lo dice el apóstol Pablo: “[Ustedes son] como un edificio levantado sobre los fundamentos que son los apóstoles y los profetas, y Jesucristo mismo es la piedra principal. En Cristo, todo el edificio va levantándose en todas y cada una de sus partes, hasta llegar a ser, en el Señor, un templo santo. En él también ustedes se unen todos entre sí para llegar a ser un templo en el cual Dios vive por medio de Su Espíritu” (Efesios 2:20-22). O como también dice Pedro: “De esta manera, Dios hará de ustedes, como de piedras vivas, un templo espiritual” (1 Pedro 2:5). Todos los creyentes del mundo, bien sean de origen Judío o Gentil, son la casa de Dios y de Cristo, Su templo santo, el lugar donde Él vive con Su Palabra y Sus sacramentos. Ellos entran a la casa a través de la fe.

Por tanto, a través de la fe ellos permanecen en esa casa: **“que somos nosotros mismos, si mantenemos la seguridad y la alegría en la esperanza que tenemos.”** El autor de la epístola regresa al consejo del primer verso en este capítulo: **“Consideren atentamente a Cristo Jesús, el Apóstol y Sumo Sacerdote, gracias al cual profesamos nuestra fe.”** Debemos mantener nuestros ojos fijos en Jesús, no perderlo de vista, pensar siempre en Él, y permanecer fieles a Él. Por eso perseveramos en nuestro coraje y con esperanza. La palabra Griega **“coraje”** expresa seguridad, la valentía de alguien que no teme a ningún peligro. Todos los Cristianos están llamados a confesar su fe con coraje en un mundo que odia al Evangelio y que prefiere a los ídolos antes que a Dios. “Porque todo el que es hijo de Dios vence al mundo. Y nuestra fe nos ha dado la victoria sobre el mundo” (1 Juan 5:4). No siempre es fácil ser Cristiano, y nadie puede ser

Cristiano sin luchar la buena batalla de la fe. Un creyente es como un combatiente o un soldado. Él no debe desanimarse pero debe entrenar con regularidad. A él se le ha prometido la victoria si persevera en la fe.

Resumen:

Tanto Moisés como Jesucristo han sido fieles a Dios y han llevado a cabo la obra que Él les dio. Pero mientras Moisés fue fiel como un servidor en la casa de Dios, Jesucristo fue fiel como el Hijo de Dios.

5. Segunda Advertencia (Hebreos 3:7 al 4:13).

Por eso, como dice el Espíritu Santo en la Escritura: “Si hoy escuchan ustedes lo que Dios dice, no endurezcan su corazón como aquellos que se rebelaron y pusieron a Dios a prueba en el desierto. Allí me pusieron a prueba los antepasados de ustedes, aún cuando habían visto mis obras durante cuarenta años. Por eso me enojé con aquella generación, y dije: ‘Andan siempre extraviados en su corazón y no han querido conocer mis caminos. Por eso declaré en mi furor que no entrarían en mi reposo’” (Hebreos 3:7-11).

Después de vivir en una casa por un período de tiempo, nos acostumbramos a ella, a las cosas que vemos allí, a los beneficios que nos aporta. Pero eventualmente, tal vez ya no lo apreciemos en realidad. Algunas veces hasta podemos llegar a querer mudarnos a otra casa. Eso es lo que puede sucederle a los Cristianos que son miembros de la casa de Dios. Entre los cuales muchos ya se han cansado del Evangelio, han abandonado la lectura de la Biblia y el culto, y gradualmente también se han alejado de Dios y han dejado Su casa. La Epístola a los Hebreos nos advierte nuevamente contra este peligro, y esta vez nos refiere al ejemplo de lo que le sucedió al pueblo de Israel, Este ejemplo es extraído del Antiguo Testamento que habla del tiempo en que los Israelitas cruzaron el desierto. Fue un ejemplo aterrador que todos los Judíos recordaban.

¡Israel simplemente se rebeló contra Dios! ¡Eso es todo! No fue meramente un cansancio, falta de interés, o tibieza. No, fue una rebelión real tal como es relatada en el libro de Éxodo, y que el Rey David resume en el Salmo 95:7-11. La Epístola a los Hebreos cita este texto para recordar lo que sucedió ese día. Noten ustedes que la cita es introducida de la siguiente manera: **“Por eso, como dice el Espíritu Santo.”** El evento es relatado en Éxodo 17:1-7, y otro evento del mismo tipo es relatado en Números 14:1-23. La palabra **“endurecer”** el corazón, que es el asiento de los sentimientos y las emociones, significa hacerlo duro como piedra y por ende insensible. Una persona con un corazón duro es una que carece de amor o de piedad, que es insensible a los sufrimientos de los demás. En la Biblia, endurecer el corazón de uno significa haber probado las bendiciones de Dios, en especial Su gracia, Su perdón y Su salvación, y luego, gradualmente, volverse insensible a todo eso, y finalmente a rechazarlo.

Piensen en lo que le pasó a Israel. Cuando cruzaron el Mar rojo había 600.000 hombres, sin contar a las mujeres y a los niños. ¿Cuántos entraron a la tierra de Canaán? ¡Dos! Solamente dos: Josué y Caleb. Todos los demás murieron en el desierto durante el viaje que duró 40 años. Sólo sus hijos tuvieron el derecho de entrar a la tierra prometida. **“no endurezcan su corazón como aquellos que se rebelaron y pusieron a Dios a prueba en el desierto.”** El Salmo 95 dice: “como en Meribá; como aquel día en Masá.” En el idioma hebreo, “Meribá” y “Massa” significan “revuelta” y “tentación”. Esto sucedió en un lugar en el desierto llamado Rephidim. Moisés le cambió su nombre a “Massa” y a “Meribá,” porque allí la gente agitó contra Dios y Su profeta. Ellos no pudieron encontrar agua para beber, pero en lugar de confiar en el Señor que los había liberado del cautiverio en Egipto y que siempre les había proporcionado lo que necesitaron, ellos comenzaron a quejarse, a objetarlo todo y a protestar. Durante todo el tiempo que estuvieron cruzando el desierto ellos fueron endureciendo sus corazones como un río que se va secando poco a poco y endurece el suelo mientras se va evaporando. Y ellos hicieron eso a pesar de todo lo que el Señor estaba haciendo por ellos, de la comida que les había proporcionado todos los días, el agua que el hizo manar de las rocas, la victoria que Él les concedió sobre sus enemigos que trataron de atacarles. Israel tenía ojos para ver, pero sus corazones estaban endurecidos.

Por eso se enojó Dios. Él estaba **“enojado con aquella generación.”** Dios sabe cómo enojarse. Él es un fuego que todo lo consume (Hebreos 12:29) y que no deja el pecado sin castigo. Él es santo, perfecto en todo lo que Él hace, y merece que se le honre y se le rinda alabanza. Él no tolera la ingratitud ni la incredulidad. Él es paciente; Él sabe cómo aguardar en la esperanza de que Su pueblo regrese a un mejor esquema mental, pero si persisten en su irreverencia, Él finalmente interviene, y Su castigo puede ser terrible. La historia del paso del desierto es un ejemplo. El cautiverio en Babilonia es otro, además de la destrucción de Jerusalén. ¡No nos podemos burlar de Dios!

“Por eso declaré en mi furor que no entrarían en mi reposo.” Cuando Dios jura, es en serio y Él hizo un juramento que se podía cambiar, tomó una decisión que Él no podía cambiar. La generación de Israelitas que salió de Egipto no pudo entrar en la tierra prometida. Todos murieron en el desierto, que es un hecho que cuenta el Salmo 90, un Salmo escrito por Moisés. Canaán debía ser su país terrenal, pero debido a su irreverencia, ellos fueron enterrados en la arena del desierto. Ustedes no deben alejarse de un Dios tan bueno y tan misericordioso como el Señor. Perder nuestro país terrenal, convertirse en una persona sin país de origen, es algo serio. Pero pasar de largo el hogar celestial, y ser excluido del cielo que Cristo abrió para nosotros en Su gracia, todavía es mucho más serio. Es un desastre mucho más terrible, porque la única alternativa al cielo es el infierno. Es un desastre eterno. La advertencia es clara: ¡No hagan lo que Israel hizo en el desierto!

Hermanos, cuidense de que ninguno de ustedes tenga un corazón tan malo e incrédulo que se aparte del Dios viviente. Al contrario, animense unos a otros, cada día, mientras dura ese “hoy” de que habla la Escritura, para que ninguno de ustedes sea engañado por el pecado y su corazón se vuelva rebelde. Porque nosotros tenemos parte con Cristo, con tal de que nos mantengamos firmes hasta el fin en la confianza que teníamos al principio (Hebreos 3:12-14).

El autor de la Epístola a los Hebreos habla nuevamente con el corazón de un pastor. Es muy importante para él que ninguno de los lectores de su carta perezca, **“que ninguno de ustedes tenga un corazón tan malo e incrédulo.”** El corazón humano es, por naturaleza, malo y permanece así hasta después que creemos. El pecado vive en nosotros, aunque luchemos contra él. Pero el corazón malo del cual habla el autor no es solamente un corazón pecador, sino un **“corazón malo e incrédulo”**, es decir, un corazón que se ha vuelto pecador porque es incrédulo. Sin duda es en el corazón, donde vive la incredulidad. Una persona **“se aparte del Dios viviente”** cuando su corazón se cierra al mensaje de Dios y se abre a otras cosas que son más interesantes para esa persona. Ese es el mayor insulto que podemos hacerle a Dios. Esto se llama “apostasía”. Rechazar a Jesucristo y Su Evangelio es estar “crucificando otra vez al Hijo de Dios y exponiéndolo a la burla de todos” (Hebreos 6:6). Dios odia la apostasía. Él lo soporta todo, pero no la rebelión y la ingratitud, y mucho menos cuando estas dos cosas persisten.

Luego, si ciertos lectores de la epístola se sienten inclinados a alejarse de Él por miedo a las persecuciones o por cualquiera que sea la razón, ellos deben saber que les espera un terrible castigo, si no cambia de manera de pensar. La historia de Israel está allí para probarlo, y nadie debería decir: “Pero yo creo en Dios, aunque yo no confiese más a Jesucristo y ya no escuche Su Evangelio.” Un día Jesús dijo, “...que todos den al Hijo la misma honra que dan al Padre, ...que lo ha enviado” (Juan 5:23). Ciertos lectores de la epístola pensaron que sin duda no era tan serio así, que tal vez era mucho más sabio alejarse del Cristianismo y volver al Judaísmo. Después de todo, ¿no tienen los judíos el mismo Dios que los Cristianos? No, dice el autor de la epístola. Una cosa

es no creer en Jesús porque nunca hemos oído hablar de Él y no sabemos quién es, y otra muy distinta es ya no creer en Él después de haberlo conocido y haberlo aceptado como nuestro Salvador.

“Al contrario, ánimose unos a otros cada día.” Los Cristianos nos pertenecemos los unos a los otros, somos miembros del mismo cuerpo (Efesios 4:25; 5:30; 1 Corintios 12:12-31). Estamos llamados a ayudarnos en el nombre del lazo que nos une a Jesús el cual también nos unió mutuamente, también estamos llamados a consolar, a exhortar y a animarnos los unos a los otros. Cuando un miembro sufre, todos sufrimos juntos. Cuando un miembro está débil, él o ella necesita la ayuda de todos los demás. En la iglesia Cristiana, uno jamás debe decir: “Cada uno es responsable de sí mismo. Por lo tanto, ¡cada uno debe buscar su propia salvación!” La Iglesia crece y es edificada en la fe y la piedad cuando todos los miembros permanecen juntos.

La epístola dice, ánimose unos a otros **“cada día.”** Este debe ser un estímulo constante porque el peligro de abandonar nuestra fe nunca termina. Y también debemos animar a otros **“mientras dura ese ‘hoy’”** Hay un tiempo, llamado el tiempo de gracia, cuando una persona puede oír el llamado de Dios, arrepentirse y hacer lo que sea necesario para perseverar en la fe. Pero, dice Lutero, el Evangelio es como la lluvia, que empapa los corazones, pero si los corazones no lo quieren, se va a otra parte. Tal como lo enseña la parábola de la higuera. Dios quiere que los árboles que Él ha plantado den frutos. Si no los dan, Él tiene paciencia, pero llegará el día en que Él los cortará (Lucas 13:6-9).

“Porque nosotros tenemos parte con Cristo, con tal de que nos mantengamos firmes hasta el fin en la confianza que teníamos al principio.” La fe hace que una persona comparta todo lo que Cristo vino a traerle al mundo. El apóstol Pablo nos dice: “Pues por la fe en Cristo Jesús todos ustedes son hijos de Dios, ya que al unirse a Cristo en el bautismo, han quedado revestidos de Cristo” (Gálatas 3:26-27). Nosotros fuimos bautizados en Su muerte y en Su resurrección para estar unidos a Él en la vida y en la muerte (Romanos 6:1-4). Por la fe en Él, el pecador es revestido con Su justicia y Su salvación. “Ustedes son de Cristo, y Cristo es de Dios” (1 Corintios 3:23). Jesús vino a traernos todo lo necesario para ser recibidos por Dios, para convertirnos en Sus hijos y herederos de Su salvación. Pero existe una condición: **“que nos mantengamos firmes hasta el fin en la confianza que teníamos al principio.”** Cuando una persona escucha el Evangelio y descubre a Jesús, su corazón se enciende por la fe. Un gozo profundo le llena y lo conmueve. Se siente entusiasmado de tener un Salvador tan grandioso. Pero con el tiempo se puede acostumbrar a eso y no apreciar más el verdadero precio que Jesús pagó por él o ella. Su fe, si la persona no hace nada para fortalecerla, pierde su poder y corre el riesgo de debilitarse y morir.

Una parábola de Jesús nos enseña que la semilla del Evangelio cae en distintos tipos de tierra. Hay corazones donde la semilla del Evangelio no puede ni siquiera germinar ni dar fruto alguno. Existen personas a quienes Dios no puede convertir. En otros tipos de tierra, la semilla del Evangelio rinde frutos, pero los cuidados y los problemas o los placeres que el mundo ofrece ahogan a la planta. Hay personas que creen por un tiempo y luego caen de la fe (Marcos 4:1-10). Sería muy triste si los primeros lectores de la epístola pertenecieran a este grupo. De hecho, no hay diferencia en lo que resulta para aquellos que nunca han creído y aquellos que creyeron por corto tiempo y luego cayeron de la fe. Dios los rechazará por igual y los excluirá de Su reino eterno.

Por lo cual dice: “Si hoy escuchan ustedes lo que Dios dice, no endurezcan su corazón como aquellos que se rebelaron.” ¿Y quiénes fueron los que se rebelaron después de haber oído la voz de Dios? Pues todos los que Moisés había sacado de la tierra de Egipto. ¿Y con quiénes estuvo Dios enojado durante cuarenta años? Con los que pecaron, los cuales cayeron muertos en el desierto. ¿Y a quiénes juró Dios que no entrarían en su reposo? A los que desobedecieron. Y, en efecto, vemos que no pudieron entrar porque no creyeron (Hebreos 3:15-19).

Esta es una nueva advertencia para que no endurezcamos el corazón. Estas son una serie de preguntas muy serias que deben hacer que los lectores piensen y para ayudarles a sacar las conclusiones necesarias. Aquellos que se rebelaron en el desierto no eran personas ignorantes y sin educación a quienes Dios jamás se les había rebelado, ni eran personas que nunca habían experimentado Su poder y Su gran bondad. Por el contrario, ellos eran aquellos a quienes Dios había liberado de una ardua esclavitud en el Egipto por medio de Moisés. Antes de castigarlos por su infidelidad, Él les dio muchas señales milagrosas de Su amor. **“Durante cuarenta años... cayeron muertos en el desierto”** miles de ellos. Tal fue el precio de sus pecados y de su desobediencia. Si Dios los hubiese abandonado en el desierto, si Él se hubiese negado a darles de comer y de beber, o si ellos hubiesen sido entregados en las manos de sus enemigos, posiblemente comprenderíamos, pero no tenían excusa alguna.

Por esa razón el SEÑOR juró que ellos nunca entrarían en Su **“reposo”**. Comparada con el desierto de Sinaí, la tierra de Canaán, una tierra en donde manaba la leche y la miel (Éxodo 3:8), iba a ser un lugar de reposo para los Israelitas, donde podrían vivir felices, bajo el cuidado del SEÑOR. La entrada a la tierra prometida les fue negada **“porque no creyeron”**. Y será lo mismo para los que se aparten de Jesús, “el Sumo Sacerdote, gracias al cual profesamos nuestra fe” (Hebreos 3:1). No debemos edificarnos por nosotros mismos, sino por Él, no por nuestras palabras y logros, sino por lo que Él ha hecho por nosotros. Entonces nuestro paso por el desierto nos guiará hasta más allá de la muerte hasta la morada eterna. La victoria es para los que perseveraron en la fe y permanecen fieles a Dios.

Por eso, mientras todavía contamos con la promesa de entrar en ese reposo de Dios, debemos tener cuidado, no sea que alguno de ustedes no lo logre. Porque nosotros recibimos el anuncio de la buena noticia, lo mismo que ellos; pero a ellos no les sirvió de nada el oírlo, porque no se unieron por la fe con los que habían obedecido al mensaje. Pero nosotros que hemos creído, entramos en ese reposo, del cual Dios ha dicho: ‘Por eso juré en mi furor que no entrarían en el lugar de mi reposo.’ Sin embargo, Dios había terminado su trabajo desde que creó el mundo, pues en alguna parte de las Escrituras se dice del séptimo día: ‘Dios reposó de todo su trabajo el séptimo día.’ Y otra vez se dice en las Escrituras: ‘No entrarán en mi reposo’ (Hebreos 4:1-5).

El autor utiliza una nueva palabra, el término **“reposo,”** la cual utiliza ocho veces. Él ya no habla del reposo que el pueblo de Israel pudo haber hallado en la tierra de Canaán, si no le hubieran desobedecido con tanta persistencia y no se hubieran rebelado contra Él. Esta vez tiene que ver con otro reposo del cual el reposo de Canaán era sólo un símbolo: **“Pero nosotros que hemos creído, entramos en ese reposo.”** Claro que se refiere al descanso eterno en el cielo, al “Sabbath o reposo sagrado para el pueblo de Dios” (Hebreos 4:9), en el cual todo aquél que entra “reposa de su trabajo” (Hebreos 4:10). San Juan escribe en el Apocalipsis: “Entonces oí una voz en el cielo, que me decía: “Escribe esto: ‘Dichosos de aquí en adelante los que mueren unidos al

Señor.’ ‘Sí’ - dice el Espíritu – ‘ellos descansarán de sus trabajos, pues sus obras los acompañan’” (Apocalipsis 14:13).

No existe nada más importante que alcanzar la salvación eterna para conseguir la vida eterna algún día. Por esta razón nuestro autor escribe: **“Por eso, mientras todavía contamos con la promesa de entrar en ese reposo de Dios, debemos tener cuidado, no sea que alguno de ustedes no lo logre.”** Esta promesa todavía se mantiene, pero no se mantendrá para siempre. Hay un tiempo de gracia para el mundo. Es el tiempo desde ahora hasta el regreso de Jesús y día del juicio final. También hay un tiempo de gracia para cada persona, que es el tiempo cuando él o ella pueden escuchar el Evangelio. No es verdad que en un lugar determinado, en Francia, en América o en África, se predicará el Evangelio dentro de 20 o 30 años, ni que una persona determinada será capaz de oírlo todavía y recibirlo con un corazón crédulo, cuando alcancemos una edad mayor. Para cada persona, el tiempo de gracia también es el tiempo cuando, por el poder de Dios, su corazón puede recibir el Evangelio. Indudablemente, si se endurece reiteradamente. Dios a cambio finalmente se endurece Él mismo, como lo hizo con el Faraón, el rey de Egipto. Un día será demasiado tarde. El autor de la epístola no desea que ninguno de sus lectores perezca. Él les dice: **“debemos tener cuidado, no sea que alguno de ustedes no lo logre.”** El apóstol Pablo también escribe: “Por tanto, mis queridos hermanos, así como ustedes me han obedecido siempre, y no solo cuando he estado entre ustedes, obedézcanme más ahora que estoy lejos. Hagan efectiva su propia salvación con profunda reverencia” (Filipenses 2:12). Nadie debería tratar a la ligera el tiempo de gracia que el Señor le otorga.

“Porque nosotros recibimos el anuncio de la buena noticia, lo mismo que ellos.” Pero los Israelitas no se aprovecharon de ello. Moisés no dejó de advertirles, pero el mensaje que les fue predicado no los ayudó, ya que **“no se unieron por la fe.”** La incredulidad, y sólo ella, condena a una persona. Todos los pecados pueden ser perdonados, hasta los más serios, si una persona se arrepiente y cree en Jesús con todo su corazón. La fe, cuando es sincera, cubre todos los pecados, porque Jesús ha pagado el precio por todos ellos. Pero la incredulidad condena al infierno a todos aquellos que son culpables.

“Porque nosotros recibimos el anuncio de la buena noticia, lo mismo que ellos.” Una traducción literal del texto griego se leería así: “Hemos sido evangelizados de la misma manera que ellos.” En la palabra “evangelizados” tenemos la palabra Evangelio (*Evangel*). El pueblo de Israel había recibido no solo la misma promesa de reposo en la tierra de Canaán, sino que había escuchado el Evangelio, las Buenas Noticias de salvación que prometían que el Mesías traería algún día. Jesús dijo a los Fariseos: “Abraham, el antepasado de ustedes, se alegró porque iba a ver mi día; y lo vio, y se llenó de gozo” (Juan 8:56). En otra parte Jesús dijo: “...porque Moisés escribió acerca de mí” (Juan 5:46). Pedro declara en un sermón: “Todos los profetas habían hablado ya de Jesús, y habían dicho que quienes creen en Él reciben por medio de Él, el perdón de los pecados” (Hechos 10:43). Y nuevamente: “Al contrario, nosotros creemos que somos salvados gratuitamente por la bondad del Señor Jesús, lo mismo que ellos” (Hechos 15:11). El Evangelio que la gente del viejo pacto había oído fue promesa y profecía. El Evangelio que les han predicado a los lectores de la epístola fue cumplimiento. Los creyentes del viejo pacto buscaron a Jesús mirando hacia adelante nosotros lo buscamos mirando hacia atrás. Él es el mismo Salvador para todos.

El Evangelio salva, **“pero sólo si lo creemos. Pero a ellos no les sirvió de nada el oírlo [la Palabra de Dios], porque no se unieron por la fe.”** Por eso, ellos lo oyeron en vano y endurecieron sus corazones. Es por eso que perecieron en el desierto, porque no hay salvación sin

fe. Al saber eso, el Cristiano implora a Dios como el niño implora a su padre que dijo: “Yo creo, ¡Ayúdame a creer más!” (Marcos 9:24).

“Nosotros que hemos creído, entramos en ese reposo.” Noten que el autor no usa el futuro, sino el presente. Él no dice: “Entraremos en ese reposo,” sino que dice “Entramos en ese reposo.” Somos salvos ahora. Por la fe ya estamos en el cielo, en la tierra prometida. Jesús dice: “Les aseguro que quien presta atención a lo que yo digo y cree en el que me envió, tiene vida eterna; y no será condenado, pues ya ha pasado de la muerte a la vida” (Juan 5:24). Por la fe, Dios “nos libró del poder de las tinieblas y nos llevó al reino de su amado Hijo” (Colosenses 1:13). El autor de la Epístola a los Hebreos dirá después: nosotros “saborearon el buen mensaje de Dios y el poder de Dios del mundo venidero” (Hebreos 6:5). Ahora ya somos parte del reino de Cristo. Ahora ya hemos sido liberados del pecado y de la muerte. Nuestros nombres están escritos en el libro de la vida. No sólo es absolutamente cierta nuestra salvación, sino que ya la probamos, aunque todavía vivamos en este mundo de sufrimientos, de dolor y de lágrimas. Nosotros ya tenemos la alegría de pertenecerle a Jesucristo, el goce de saber que nada en este mundo puede separarnos de Su amor (Romanos 8:35-39). El creyente es un extraño en la tierra, un peregrino cuya morada es el cielo.

Para ayudarnos a entender todo lo que contiene la expresión **“mi reposo”**, la epístola cita nuevamente el Salmo 95: Dios juró que los rebeldes Israelitas no entrarían en Su reposo. No es que Él ha cancelado Su promesa, y por tanto evita que alguien entre al cielo. Su paraíso siempre está allá, abierto de par en par, pero allí solamente entran por la fe. Después de hablar del reposo que Dios prometió, el autor nos recuerda la creación del mundo. **“pues en alguna parte de las Escrituras se dice del séptimo día.”** Él lo hizo en tres partes distintas, de allí la expresión **“en alguna parte.”** En Génesis 2:2; Éxodo 20:11 y 31:17, él dijo que “el día séptimo Dios dejó de trabajar y descansó.” Fíjense nuevamente que la afirmación de que la Biblia fue inspirada, la expresión **“él ha hablado”** convierte a Dios en el autor de la Biblia. ¿Qué significa el reposo de Dios? Ciertamente no es un reposo que fuera necesario porque Él estaba cansado, como si el trabajo de la creación lo hubiera dejado exhausto y que necesitara recuperar Sus fuerzas. El profeta Isaías dijo: “¿Acaso no lo sabes? ¿No lo has oído? El SEÑOR, el Dios eterno, el creador del mundo entero, no se fatiga ni se cansa” (Isaías 40:28). El descanso de Dios tampoco es lo mismo que inactividad. Él sigue creando. Él llama a vivir a todas las criaturas vivientes que nacen en este mundo. Además, Él mantiene y gobierna el mundo todo el tiempo. Él siempre está trabajando (Juan 5:17). “Porque en Dios vivimos, nos movemos y existimos” (Hechos 17:28). “Y Dios descansó en el día séptimo” significa que la primera creación (la del comienzo que ocurrió de la nada) fue completada. Fue completada y fue buena, y Dios sintió placer al contemplarla. Él estaba feliz y disfrutaba Su obra con satisfacción. Y es esta satisfacción, este gozo y esta alegría la que Él quiere compartir con Sus criaturas.

Es una alegría eterna. Cada uno de los seis días de la creación es descrito de la misma manera: “Llegó la noche y luego el día.” Cada uno tuvo un comienzo y un final, excepto el séptimo. Por eso, este día, representa el descanso eterno que el Señor no quiere disfrutar solo, sino que quiere que todos nos unamos a Él. Ahora que Jesucristo, el sumo sacerdote, ha expiado los pecados del mundo, este reposo es ofrecido a todos.

Dios dice: **“No entrarán en mi reposo,”** pero **“nosotros que hemos creído, entraremos en ese reposo.”** Es por eso que Jesús dijo a las multitudes: “Vengan a mi todos ustedes que están cansados de sus trabajos y cargas, y yo los haré descansar” (Mateo 11:28). Él no sólo los invitó a su descanso, sino que a través de Su Evangelio y los sacramentos, Él también creó la fe en sus

corazones para que pudieran venir a Él y recibir Sus bendiciones. Los apóstoles invitaron a los perdidos al descanso de Dios y los pastores, misioneros y evangelistas continúan esta labor. Dios ha dado a la humanidad poder sobre Su creación (Génesis 1:26-29; Salmo 8:6). Él también quiere que la humanidad participe de Su reposo. Este es Su voluntad misericordiosa. Pero para lograr eso, la persona debe arrepentirse, creer y perseverar en la fe hasta el final.

Pero todavía hace falta que algunos entren en ese lugar de reposo, ya que, por haber desobedecido, no entraron los que primero recibieron el anuncio. Por eso, Dios ha vuelto a señalar un día, un nuevo “hoy”, y lo ha hecho hablándonos por medio de lo que, mucho tiempo después, David dijo en la Escritura ya mencionada: ‘Si hoy escuchan ustedes lo que Dios dice, no endurezca su corazón’ Porque si Josué les hubiera dado reposo a los Israelitas, Dios no habría hablado de otro día. De manera que todavía queda un reposo sagrado para el pueblo de Dios; porque el que entra en ese reposo de Dios, reposa de su trabajo, así como Dios reposó del suyo. Debemos pues, esforzarnos por entrar en ese reposo, para que nadie siga el ejemplo de aquellos que no creyeron (Hebreos 4:6-11).

La Palabra de Dios dura para siempre y permanece firme para siempre (Isaías 40:8). “Dios no es como los mortales; no miente ni cambia de opinión. Cuando Él dice una cosa, la realiza. Cuando hace una promesa, la cumple” (Números 23:19). “Dios no puede mentir” (Hebreos 6:18). Jesús dijo: “El cielo y la tierra dejarán de existir, pero mis palabras no dejarán de cumplirse” (Mateo 24:35). Los cristianos tienen “sostenidos por la esperanza de la vida eterna. Dios, que no miente, prometió esta vida desde la eternidad” (Tito 1:2). Por lo tanto, se dice que: **“que algunos entren a ese lugar de reposo.”** No todos (como a Dios le gustaría) sino algunos, todos aquellos que crean en Él. Muchos son llamados, dijo Jesús, pero pocos escogidos (Mateo 22:14). Una vez más, el autor menciona la **“promesa”**, y nos recuerda que la vida eterna se logra por la fe en ella. El texto habla de **“desobediencia”**. La Biblia habla de la **“obediencia que viene por la fe”** (Romanos 1:5). La fe es la obediencia que recibe, somete y confía en las promesas del Evangelio. La incredulidad, por el contrario, es desobediencia, es rehusarse a ser humildes ante Dios, a vivir por Su perdón y a conformarse con Su voluntad.

“Si hoy escuchan ustedes lo que Dios dice, no endurezca su corazón.” **“Hoy”**: es el momento cuando Dios ofrece a una persona entrar en Su reposo. Existió el **“hoy”** de Israel mientras cruzaron el desierto en dirección a Canaán. Luego, **“mucho tiempo después”** (unos 400 años después) Dios, a través de las palabras del Rey David en el Salmo 95, ofreció a Su pueblo entrar en Su reposo. Ello significa que el primer **“hoy”** no había concluido. Aunque todavía, y cada vez que la gente oiga el Evangelio, Dios renueva Su invitación a ese reposo. La promesa del reposo no se completó cuando Josué guió a los descendientes de los Israelitas rebeldes hasta la tierra de Canaán. Ese no era aún el verdadero reposo de Dios, sino una intuición de lo que iba a ser, una ilustración del descanso eterno. En cuanto a Josué se refiere, el anticipó a Jesús que nos da el descanso eterno. Sin duda que no es un accidente que aquel se llamara Josué y el otro Jesús. Los nombres son similares porque tienen el mismo origen y ambos significan **“salvador.”**

Aún no se ha cumplido la promesa. Por esa razón Dios pudo renovarla inspirando al Rey David a escribir el Salmo 95. Es por eso que el autor de nuestra epístola escribió: **“todavía queda un reposo sagrado para el pueblo de Dios.”** El pueblo de Dios son los creyentes, todos aquellos que se han convertido en miembros de Su familia o de Su Iglesia a través de la fe en Jesucristo. Eso es lo que la Biblia llama el verdadero Israel (Gálatas 6:16) compuesto de Judíos y Gentiles que se han convertido a Jesucristo. Abraham es llamado el padre de todos los creyentes porque sus verdaderos descendientes no son aquellos que tienen su sangre en sus venas, o los que forman

parte de su raza. Sus descendientes son aquellos que creen como él creyó y que son justificados por la fe como lo fue él, sin importar su origen étnico o si estaban circuncidados o no.

Noten una vez más expresiones como estas: **“Hablándonos por medio de David”** o **“Dios no habría hablado de otro día.”** Lo que está escrito en la Biblia es la Palabra de Dios, porque es inspirada por Él.

En Colosenses 2:16-17, el apóstol Pablo dice que las celebraciones de Luna Nueva o de un día de Sabbath eran “sombras de lo que ha de venir; pero la verdadera realidad es Cristo.” Las sombras deben dar paso a la realidad. Estos fueron arreglos temporales, que fueron útiles por un tiempo, que tenían cierta función: para predecir lo que Cristo iba a hacer.

“Él que entra en ese reposo de Dios, reposa de su trabajo, así como Dios reposó del suyo. Debemos pues, esforzarnos por entrar en ese reposo, para que nadie siga el ejemplo de aquellos que no creyeron.” Una vez más, el autor no habla en tiempo futuro, sino en presente. Él invita a sus lectores a entrar inmediatamente al reposo de Dios, aunque todo el disfrute del reposo sólo ocurrirá en la eternidad. Aún ahora Jesús provee descanso a los que vienen a Él. De ahora en adelante Jesús les ofrece paz, consuelo y la seguridad reconfortante de la salvación. El SEÑOR habla por la boca del profeta Isaías: El Dios de ustedes dice: “Consuelen, consuelen a mi pueblo; hablen con cariño a Jerusalén y díganle que su esclavitud ha terminado, que ya ha pagado por sus faltas que ya ha recibido de mi mano el doble del castigo por todos sus pecados” (Isaías 40:1-2). La persona que ha encontrado la gracia de Dios mostrada en Jesucristo no tiene que hacer muchas obras para merecer su salvación sin saber si es digno de ella. El joven monje Martín Lutero solía atormentarse a sí mismo, preguntándose que era lo que él debía hacer para ganar la misericordia de Dios. Él quería ganar su salvación con sus oraciones, su ayuno, su abstinencia y la severa disciplina que él imponía a su cuerpo, hasta el día en que cuando leía la Biblia comprendió que el pecador es justificado por la gracia pura, por la fe en Jesucristo.

Por medio de la fe, el creyente entra al reposo de Dios. No obstante, el disfrute de este reposo puede perfeccionarse sin ninguno de los sufrimientos y luchas sólo después de que entremos al cielo. Mientras estamos en este mundo, debemos dar la buena pelea de la fe. En 1 Corintios 9, Pablo compara al Cristiano con un corredor en el estadio y con un boxeador en el ring: “Ustedes saben que en una carrera todos corren, pero solamente uno recibe el premio. Pues bien, corran ustedes de tal modo que reciban el premio. Los que se preparan para competir en un deporte, evitan todo lo que pueda hacerles daño. Y esto lo hacen para alcanzar como premio una corona que enseguida se marchita, en cambio, nosotros luchamos por recibir un premio que no se marchita (1 Corintios 9:24-25). El reposo para nuestra alma es algo real; la paz llena nuestros corazones, porque sabemos que Dios nos ama, nos ha aceptado, nos ha perdonado y nos ha salvado. Sin embargo, el reposo será total y perfecto solo el día que pongamos en el piso nuestro bastón de peregrinos, cuando lleguemos al fin de nuestro viaje. “Entonces oí una voz del cielo, que me decía, escribe esto: ‘Dichosos de aquí en adelante los que mueren unidos al Señor’” (Apocalipsis 14:13).

Por lo tanto, vale la pena hacer lo que sea para alcanzar esta meta, para hacer uso de toda nuestra fuerza y energía para entrar a este reposo. No tenemos suficiente con haber sido bautizados, tener nuestro nombre escrito en el registro de una parroquia Cristiana, ni asistir a la iglesia de vez en cuando y meramente actuar como Cristianos. Se necesita una fe intensa y real, una verdadera piedad que se nutra de la Palabra de Dios, y poner cuidadosa atención. El corazón debe

permanecer abierto para que el Señor pueda actuar, y pueda continuar Su obra y llevarlo a cabo hasta alcanzar su objetivo.

Porque la Palabra de Dios tiene vida y poder. Es más cortante que cualquier espada de dos filos, y penetra hasta lo más profundo del alma y del espíritu, hasta lo más íntimo de la persona; y somete a juicio los pensamientos y las intenciones del corazón. Nada de lo que Dios ha creado puede esconderse de él; todo está claramente expuesto ante aquel a quien tenemos que rendir cuentas (Hebreos 4:12-13).

El apóstol Pablo escribe: “Pero, ¿cómo van a invocarlo, si no han creído en él? ¿Y cómo van a oír, si no hay quien les anuncie el mensaje? ... Así pues, la fe nace al oír el mensaje, y el mensaje viene de la Palabra de Cristo” (Romanos 10:14-17). Sólo la Palabra de Dios puede llamar a una persona a la fe y ponerla en el camino hacia la vida eterna, hacia el reposo celestial. El Evangelio debe hacerlo, y esto lo puede hacer porque no es la palabra de simples humanos, sino la Palabra de Dios, que es “poder de Dios para que todos los que creen alcancen la salvación” (Romanos 1:16). El autor de la Epístola a los Hebreos se refiere a ello en estas palabras: **“la Palabra de Dios tiene vida y poder.”** Esto es ciertamente del Salmo 95 el cual él cita varias veces, al igual que del Antiguo Testamento y de la Biblia en su totalidad. Ella **“tiene vida y poder”** como una semilla que, una vez que caen en la tierra, germina y da frutos. El profeta Isaías la compara con la lluvia que baja del cielo y empapa la tierra. Ella no vuelve a Dios sin producir efecto, ni cumplir la orden que Él le da (Isaías 55:10-11). La gente que vino a escuchar a Juan el Bautista y a ser bautizada por él en el desierto, la mujer Samaritana en el pozo de Jacob, el ladrón en la cruz, la multitud que tuvo que venir a Jerusalén el día de Pentecostés y quien escuchó la predica de los apóstoles, podrían decirnos algo acerca del gran poder del Evangelio

Para ilustrar esto, la Epístola a los Hebreos utiliza una comparación: **“Porque la Palabra de Dios tiene vida y poder. Es más cortante que cualquier espada de dos filos, y penetra hasta lo más profundo del alma y del espíritu, hasta lo más íntimo de la persona; y somete a juicio los pensamientos y las intenciones del corazón.”** Los soldados Romanos portaban una espada corta y afilada por ambos lados que les permitía asestarla en ambas direcciones sin tener que girar la espada cada vez, como cuando uno tiene que voltear un machete. Este es el caso con la Palabra de Dios. Es **“más cortante que cualquier espada de dos filos.”** Ella golpea cosas espirituales como la conciencia y el corazón, y no al cuerpo. Ella divide **“el alma y el espíritu.”** Estas dos palabras se refieren a la vida espiritual de una persona, lo que está en su corazón, y que no se puede ver. Es difícil explicar la diferencia entre **“alma”** y **“espíritu”**. Generalmente se supone que la palabra **“alma”** se refiere a los sentimientos y a las emociones de una persona, el asiento de sus necesidades, y sus deseos, mientras que la palabra **“espíritu”** se refiere principalmente al dominio espiritual, al hecho de que él ha sido creado a la imagen de Dios, a su inteligencia, a la posibilidad de oír y entender la Palabra de Dios, para ser ganado por ésta y vivir en comunión con Su Creador. Nadie en el mundo puede comprender claramente la diferencia entre alma y espíritu. Pero la Palabra de Dios puede hacerlo. Es como unas tijeras bien afiladas; ella sabe cómo ir en medio de estas dos cosas y separarlas.

Ella también penetra **“hasta lo más íntimo de la persona”**, hasta las partes invisibles de una persona. Aquellos que escucharon el sermón de Pentecostés del apóstol Pablo y que “se afligieron profundamente”, hasta el punto de preguntar: “Hermanos, ¿qué debemos hacer?” (Hechos 2:37). Esas personas sabían algo acerca de ella. El carcelero de Filipos también sabía (Hechos 16:25-34). Simón Pedro quien había negado a su Maestro, que lloró amargamente y en silencio imploró Su perdón, Saulo de Tarso lanzado al suelo y sobrecogido por Jesús a quien él

combatíó al perseguir a Sus discípulos, y muchos otros más, podrían hablarnos del grandioso poder del Evangelio.

Hay una tercera comparación: la Palabra de Dios **“somete a juicio los pensamientos y las intenciones del corazón.”** Nada hay más oculto a los ojos de la gente que los pensamientos y las intenciones del corazón. Los franceses hablan del “jardín secreto” de cada persona, de ese lugar que está profundamente adentro de una persona a donde nadie más puede entrar. Nadie excepto la Palabra de Dios a la que nadie puede parar, rasga el interior del corazón y descubre todo lo que está escondido allí.

“Nada de lo que Dios ha creado puede esconderse de él.” Todo está al descubierto y queda expuesto a los ojos de dios a quien debemos rendir cuentas. El autor pasa de la Palabra de Dios a Dios mismo y muestra cuánto están unidos ambos. Al hablar de Dios la Biblia dice que Él examina todos los corazones (1 Crónicas 28:9; 29:17; Salmo 7:9; 26:2; Jeremías 11:20; 12:3; Romanos 8:27; Apocalipsis 2:23; etc.). Nada escapa de Su escrutinio, por eso, nada escapa de Su Palabra que mira en la parte más profunda del corazón y que llega hasta ese “jardín secreto” de una persona, que él o ella puede ocultar muy bien de los hombres. La Palabra de Dios es como una espada o una pala con la que cavamos la tierra para extraer lo que está dentro. La Palabra de Dios elimina todo lo oculto en el corazón y lo expone ante el Señor.

Dios es presentado como Aquel **“a quien tenemos que rendir cuentas.”** Un día, todos tendrán que comparecer ante Él que lo sabe todo y mirarle a los ojos. Y así como todos han de morir una sola vez y después vendrá el juicio” (Hebreos 9:27). “Porque todos tenemos que presentarnos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba lo que le corresponda, según lo bueno o lo malo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo” (2 Corintios 5:10). Ese día, se abrirán los libros y todas las personas tendrán que rendirle cuentas a Él quien los creó para que fueran Sus servidores. Por lo tanto, queda clara la razón por la cual el autor de la Epístola a los Hebreos, no cesa de repetir: **“Si hoy escuchan ustedes lo que Dios dice, no endurezcan su corazón.”**

Resumen:

En Hebreos 3:7 al 4:13, el autor emite una seria advertencia. Lo que la gente de Israel hizo en el desierto no debe repetirse, sino que debemos permanecer fieles a Dios. Él ha reservado una tierra de reposo para Su pueblo, los Israelitas, pero ellos no entraron por su incredulidad. Esta tierra de reposo era una ilustración del reposo eterno que Él prepara para Sus hijos en Cristo Jesús. Hagamos todo lo necesario para entrar en Su reposo.

B. Jesús es glorioso en Su sacerdocio (Hebreos 4:14 al 10:18).

1. Jesús es superior a los sacerdotes del Antiguo Testamento por Sus cualidades (Hebreos 4:14 al 5:10).

Jesús, el Hijo de Dios, es nuestro gran Sumo Sacerdote que ha entrado en el cielo. Por eso debemos seguir firmes en la fe que profesamos. Pues nuestro Sumo Sacerdote puede compadecerse de nuestra debilidad, porque Él también estuvo sometido a las mismas pruebas que nosotros; sólo que Él jamás pecó. Acerquémonos, pues, con confianza al trono de nuestro Dios amoroso, para que él tenga misericordia de nosotros y en su bondad nos ayude en la hora de necesidad (Hebreos 4:14-16).

En esta sección, el autor toma el tema principal de esta epístola: el sacerdocio de Jesucristo. Él preparó a sus lectores para ello cuando anteriormente dijo que Él era nuestro verdadero sumo sacerdote (Hebreos 2:17; 3:1). Ahora, él comienza a explicar el por qué, y a describir Su ministerio sacerdotal. El sacerdocio de Jesucristo es superior al de los sacerdotes del viejo pacto, y lo es por muchas razones. La primera es que, el sacerdote del nuevo pacto es superior a los sacerdotes del viejo por sus cualidades. Él tiene mejores credenciales y está mucho más calificado que ellos. Cuando usted busca un empleo en este mundo, usted debe demostrar sus calificaciones, es decir, sus diplomas y su experiencia profesional. Estas son las cualidades que prueban que usted posee las habilidades necesarias. Las cualidades de Jesús son excelentes, mucho mejores que las de Sus “colegas” del Antiguo Testamento, ya que prueban que Él está perfectamente calificado para hacer lo que Dios le ha pedido que haga.

El sacerdocio que comenzó Moisés por orden de Dios fue fundamental en el Judaísmo, y no podía eliminarse del culto en el templo. Algunos cristianos de origen judío pueden haber sentido un vacío en su culto sin el sacerdocio, y concluyeron que al Cristianismo le hacía falta algo esencial que estuviera en el centro de su devoción cuando practicaran la religión Judía. Ellos tal vez dijeron: “¿Pero, dónde está el sacerdocio?” Quizás ellos lo echaron de menos y por lo tanto desearon retornar a la religión de sus ancestros.

Por eso, el autor de la epístola les dice: No, ustedes no han perdido nada. La nueva religión que ustedes han aceptado cuando se convirtieron a Jesús también es una religión que tiene un sacerdocio o sacerdote, los sacerdotes del viejo pacto eran sólo un símbolo de ello. Si ustedes se apartan de Jesucristo, ustedes se estarán alejando de Él quien ha presentado el único sacrificio que salva, y al mismo tiempo estarán demostrando que no comprenden el significado del sacerdocio que Moisés instituyó. **“Jesús, el Hijo de Dios, es nuestro gran Sumo Sacerdote que ha entrado en el cielo.”** Ustedes no pueden ver a Jesús porque Él ha retornado al cielo, pero Él ha regresado al cielo porque Él lo ha hecho todo de manera diferente a la forma en que lo hicieron Aarón y sus seguidores. Ellos no pertenecían al cielo porque sólo eran hombres. Ellos no ofrecieron sacrificios en el cielo sino en la tierra, en un templo construido por manos humanas.

El sumo sacerdote Jesucristo ha hecho más que sólo ofrecer un sacrificio en un altar de piedra y tomar su sangre para pasar por la cortina y rociarla sobre el arca del pacto. Él se sacrificó a Sí mismo como una víctima inocente, y luego se fue al cielo para presentar Su sacrificio directamente a Dios. El hecho de que Él sea invisible prueba que Él es sin duda muy superior a los sacerdotes del viejo pacto: Él está en el cielo, Su hogar. Él **“ha entrado en el cielo.”** Porque Él es **“Jesús, el Hijo de Dios.”** El título **“Hijo de Dios”** nos recuerda su divinidad; el nombre

“**Jesús**” Su humanidad y al mismo tiempo Su obra. De hecho, Jesús significa Salvador, y ninguno de los sacerdotes del viejo pacto lo fue.

“**Nuestro gran Sumo Sacerdote,**” porque pertenece a la raza humana, porque Dios nos lo ha dado. Por lo tanto, no podemos rechazarlo; ya que alejarnos de Él es alejarse del sacrificio que el entregó y de la salvación que Él obtuvo para Sus hermanos y hermanas. Por eso, el autor dice: “**Por eso debemos seguir firmes en la fe que profesamos.**” Debemos “**seguir firmes**”, sí, pero muchas veces los Cristianos somos débiles en la fe. “Yo creo, ayúdame a creer más” (Marcos 9:24), dijo el hombre cuyo hijo estaba siendo lastimosamente atormentado por un demonio. Y esto es cierto para todos los Cristianos. Todos somos como los discípulos “hombres de poca fe” (Mateo 6:30; 8:26; 14:31). ¿Dónde podemos encontrar la fuerza para crecer y perseverar en la fe?

He aquí la respuesta que da nuestra epístola: “**Pues nuestro Sumo Sacerdote puede compadecerse de nuestra debilidad, porque Él también estuvo sometido a las mismas pruebas que nosotros; sólo que Él jamás pecó.**” Jesús conoce nuestras debilidades. Él también las ha experimentado; porque Él enfrentó muchas tentaciones, y tentaciones que fueron mucho más severas que las que enfrentan los cristianos. Él tuvo que luchar más que nosotros, porque Él jamás le hizo caso a la voz del tentador y lo resistió hasta el final. Su divinidad y santidad y su pureza de corazón no le protegieron de la tentación, ni le ahorraron una fuerte contienda. Él fue tentado como **nosotros “a las mismas pruebas.”** Pero es diferente a toda la gente porque “**Él jamás pecó.**” Él no tuvo pecado (2 Corintios 5:21). Nadie pudo condenarlo de pecado (Juan 8:46). Él es el Cordero sin mancha ni defecto (1 Pedro 1:19). Él “nunca cometió ningún crimen ni hubo engaño en su boca” (Isaías 53:9; 1 Pedro 2:22). Como Jesús no tuvo pecado, y era perfectamente puro y santo, Él podía decir: “viene el que manda en este mundo (Satanás). Aunque no tiene poder ningún poder sobre mí” (Juan 14:30). Ninguna tentación podía corromperlo ni destruir Su santidad.

Por otra parte, y esto es lo que el autor enfatiza, Jesús sabe lo que significa ser tentado. Él pasó por ello y por esa razón Él “**puede compadecerse de nuestra debilidad.**” Él que ha redimido a la raza humana por Su perfecto sacrificio que Él le presentó a Dios en el cielo, puede venir en ayuda de los cristianos cuando son tentados y están en peligro de caer. De modo que es impensable alejarse de un sumo sacerdote como ese. Si ellos volvían al Judaísmo ellos estarían volviendo a una religión que no daba acceso directo a Dios, que no permitía a los fieles atravesar la cortina para aparecer ante Él.

El apóstol Pablo escribe: “Puesto que Dios ya nos ha hecho justos gracias a la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. Pues por Cristo hemos podido acercarnos a Dios por medio de la fe, para gozar de su favor, y estamos firmes, y nos gloriamos con la esperanza de tener parte en la gloria de Dios” (Romanos 5:1-2). Por Su sacrificio en la cruz Jesucristo nos ha dado puerta franca al trono de la gracia de Dios. Por esta razón la Epístola a los Hebreos anima a sus lectores con estas palabras: “**Acerquémonos, pues, con confianza al trono de nuestro Dios amoroso, para que él tenga misericordia de nosotros y en su bondad nos ayude en la hora de necesidad.**” Jesús sabe cómo dar a Su pueblo lo que necesitan. Él sabe cómo proporcionarles “**misericordia**” y “**gracia**” y como “**ayudarnos**” en nuestro tiempo de necesidad. “**Misericordia**” y “**gracia**” significan la misma cosa. Estas palabras muestran la piedad que Dios y Su Hijo Jesucristo sienten cuando ven gente angustiada o en peligro. Y ustedes deben recordar que el mayor problema de una persona es su pecado y sus consecuencias. ¿Acaso deben recordarnos que la misericordia y la gracia de Dios son gratuitas, que no se pueden ganar, porque

ya han sido ganadas y adquiridas una sola vez y para siempre para todos por el sacrificio de Jesús, que es ofrecido a todo aquel que pide a Dios que tenga piedad?

“Acerquémonos, pues, con confianza al trono de nuestro Dios amoroso.” Esto es lo que los Cristianos pueden hacer sin miedo, con confianza. Confesar nuestros pecados y recibir el perdón ante Su trono. Ante su trono podemos entregar nuestras preocupaciones y todo lo que nos molesta y encontrar consuelo y paz. Ante su trono podemos poner nuestras debilidades y recibir fortaleza y coraje. Ante él todo es posible porque sumo sacerdote Jesucristo ha expiado nuestros pecados, nos ha redimido y nos ha reconciliado con Dios. ¿Cómo podemos dejar a un Salvador así?

Todo sumo sacerdote es escogido de entre los hombres, nombrado para representarlos delante de Dios y para hacer ofrendas y sacrificios por los pecados. Y como el sacerdote está sujeto a las debilidades humanas, puede tener compasión de los ignorantes y los extraviados; y a causa de su propia debilidad, tiene que ofrecer sacrificios por sus pecados tanto como por los pecados del pueblo. Nadie puede tomar este honor para sí mismo, sino que es Dios quien lo llama y le da el honor, como en el caso de Aarón (Hebreos 5:1-4).

El autor de la Epístola a los Hebreos desarrolla ahora el tema principal de su carta: Jesucristo es sumo sacerdote no según la clase de Aarón y la tribu de Leví, sino de acuerdo a la clase de Melquisedec (Hebreos 5:10). Nuevamente, el autor mostrará lo que una persona siente siendo el pastor de un rebaño que no ha alcanzado la perfección, pero que tiene que superar muchas debilidades y para resistir la tentación de apartarse de la fe. El autor se quejará amargamente de la falta de madurez de sus lectores que todavía están en la etapa de ser alimentados con un biberón, cuando ya debía haber llegado el tiempo en que deberían estarse alimentando con una comida más nutritiva.

Pero veremos qué más tiene que decir el autor con respecto al sacerdocio de Cristo. En el capítulo completo, él lo comparará con los sumos sacerdotes del Judaísmo. ¿Quién era el sumo sacerdote en el viejo pacto? Él era un hombre **“escogido de entre los hombres... nombrado para representarlos delante de Dios.”** Su obra principal fue la de llevar **“ofrendas y sacrificios por los pecados.”** Nótese el uso del plural en **“ofrendas”** y **“sacrificios.”** Sin duda hubo muchos sacrificios y ofrendas, por eso lo explicaremos brevemente un poco más adelante en esta misma sección.

El texto expresa que el sumo sacerdote **“es nombrado... para hacer ofrendas y sacrificios por los pecados.”** Los sacerdotes estaban al servicio de Dios, y los sacrificios que ellos hacían eran para alabar a Dios. Todos debían honrar a sus ancestros, y hacer una remembranza respetuosa y agradecida de ellos, pero nadie debe adorarles, orarles, presentarles sacrificios y realizar ceremonias en su honor para complacerlos, para satisfacerles y para obtener su protección y otros beneficios tales como una buena cosecha o la sanación. Reverenciar a los ancestros y orarles es practicar la idolatría, lo cual está absolutamente prohibido por las Escrituras. Sólo Dios tiene derecho a una alabanza así. El primer mandamiento es “No deberás tener otros dioses.” Y Jesús dijo: “Adora al Señor tu Dios, y sírvele sólo a Él” (Mateo 4:10).

Siguiendo la enseñanza de la Biblia (ver por ejemplo, Salmos 104 y 145), Martín Lutero escribe lo siguiente, en la explicación de su primer artículo sobre el Credo de los Apóstoles, en su Catecismo Menor: Dios “me da ropa y calzado, me da de comer y de beber, una casa y un hogar, una esposa e hijos. Él me proporciona diariamente y en abundancia todo lo que necesito para

mantener este cuerpo y esta vida. Él me defiende de todos los peligros y me cuida y me protege de todo mal. Él lo hace todo sólo por su bondad paternal y divina y por su misericordia, sin que yo sea digno de ello o por mis méritos. Por todo esto, mi deber es darle gracias y alabanzas, servirle y obedecerle.” Y en la explicación de la Cuarta Petición de la Oración del Señor, Lutero escribe: “Ciertamente sin oraciones, Dios nos da a todos nuestro pan de cada día, aún a todas las malas personas, a pesar de eso, en esta petición oramos para que Dios nos haga darnos cuenta de esto y para que recibamos nuestro pan diario con agradecimiento.” El sol y la lluvia, la fertilidad de la tierra y el crecimiento de las plantas de las cuales tomamos nuestro alimento vienen de Dios, no de nuestros ancestros.

Solamente Dios puede otorgar el perdón de los pecados que es la cosa más importante que la gente necesita. Todo pecado es desobedecer la Ley que Dios nos ha dado, es una violación de Su santa voluntad. Nuestra desobediencia ofende Su santidad y sólo Él tiene la capacidad de perdonarnos, por lo tanto, sólo a Él debemos pedirle perdón, pues nosotros mismos no podemos ganar Su perdón. Por esta razón Jesucristo se ofreció como sacrificio para ganar el perdón para nosotros. Por lo tanto, la gente debe adorar solamente a Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Los sacrificios presentados a los espíritus de los ancestros son inútiles, porque no tienen poder para alimentar o proteger a la gente, y van contra la voluntad de Dios porque el quitan el honor que solo Él se merece. Como los antepasados no tienen influencia en los eventos de este mundo, nosotros no tenemos que ganar sus favores. Honrar a nuestros antepasados y hablar de ellos con respeto es una cosa, y es bueno, pero adorarlos, tener miedo de su ira y de que nos puedan castigar, o darles gracias por las bendiciones que tenemos es otra cosa, y Dios la condena.

Un sacerdote del viejo pacto que viniera de la familia de Aarón era capaz de **“tener compasión de los ignorantes y los extraviados; y a causa de su propia debilidad.”** Muchas veces él lidió con creyentes que carecían del conocimiento o eran débiles en la fe, que pecaban muchas veces sin saberlo y no sabían cuál era la diferencia entre los pecados por ignorancia, y los pecados deliberados y con conciencia de ellos. Los pecados cometidos con deliberación traían la muerte como castigo, mientras que los otros pecados requieren de un sacrificio. Los sacerdotes que conocían sus propios límites y debilidades podían tratar a la gente con comprensión, y llevar a cabo sus ministerios con moderación e inteligencia.

Fue útil que los sacerdotes fuesen seres humanos, pero también había una desventaja importante, porque el sacerdote era humano, era pecador y necesitaba sacrificarse por sus propios pecados para obtener el perdón de Dios: **“y a causa de su propia debilidad, tiene que ofrecer sacrificios por sus pecados tanto como por los pecados del pueblo.”** Levítico 16 relata como en el gran día de expiación, él debía presentar sacrificios por sus propios pecados antes de presentar alguno por la gente: “Una vez que haya obtenido el perdón de los pecados de él y de su familia, y de toda la comunidad Israelita” (Levítico 16:17).

El autor de la epístola también dice: **“Nadie puede tomar este honor para sí mismo, sino que es Dios quien lo llama y le da el honor, como en el caso de Aarón.”** Era Dios quien había elegido a Aarón y a sus descendientes como sumos sacerdotes (Éxodo 28:1-43; 40:13-16; Levítico 8:1-36). Sólo ellos tenían el derecho de realizar este trabajo. La llamada que recibieron fue una llamada divina.

2. Breve explicación de los sacrificios del Antiguo Testamento

Los sacrificios del Antiguo Testamento fueron símbolos visuales de la promesa del pacto y del sacrificio único que ofreció Jesucristo. Por eso resulta interesante presentarlos brevemente, para ver cómo se hicieron, en qué forma eran diferentes entre sí, y a qué propósito sirvieron. Primero haré una distinción entre ofrendas, libaciones, y sacrificios animales.

Había dos tipos de **ofrendas**: ofrendas de bebidas (Números 6:17; 15:1-12) y obsequios de lo producido por la tierra, como harina de primera calidad, hogazas de pan sin levadura, tortas y granos tostados (Levítico 2:1-2, 13-14; 5:11). Muchas veces estas ofrendas acompañaban a los sacrificios de animales.

Sacrificios de animales: Como toros, vacas, bueyes, carneros, ovejas, cabras, y chivos; y para los más pobres, palomas y tórtolas. Había de muchos tipos, los cuales describiré en pocas palabras.

Ofrendas quemadas o de holocausto: Un sacrificio diario en el cual la sangre del animal era vertida sobre el altar y alrededor del mismo, y el animal era quemado completamente (Levítico 1). Este sacrificio expresaba la consagración completa del mismo, un símbolo de Cristo quien fue ofrendado enteramente a Dios, y del creyente que está listo para seguirlo a Él en este acto de rendición total.

Ofrendas por pecado y culpa: Son descritos en Levítico 6 y 7. La ofrenda por pecado se hacía con un toro, una cabra, un chivo, un pequeño carnero o una paloma (Levítico 4:4, 23, 28, 32). Una ofrenda por culpa se hacía con un carnero o un chivo (Levítico 5:6-7). Una parte de la sangre era derramada ante Dios y en los cuernos del altar de incienso, el resto era vertido al pie del altar de ofrendas de holocausto. Sólo la grasa del animal se quemaba en el altar. La carne era quemada fuera del campo o era dada a los sacerdotes (Levítico 7:3, 19; 8:16-17). Él que traía este sacrificio no debía comer parte alguna de la ofrenda. Las ofrendas por pecado tenían que ver con pecados cometidos contra Dios, las ofrendas por culpa tenían que ver con los pecados cometidos contra el prójimo. En ese caso, además del sacrificio, el culpable tenía devolver lo adeudado. Sin embargo, los pecados cometidos deliberadamente no podían ser expiados por sacrificios y merecían la pena de muerte (Números 15:30-31).

Ofrendas de agradecimiento: En realidad eran presentados como un reconocimiento por bendiciones inesperadas, para cumplir un voto o simplemente para expresar amor y adoración a Dios. La persona podía ofrecer cualquiera de los animales mencionados para los sacrificios previos, excepto aves. La sangre era derramada, y la grasa era quemada sobre el altar. El pecho y las paletas eran dadas al sacerdote, mientras que el resto de la carne era comida por el donante, su familia y sus amigos en las cercanías del santuario (Levítico 3:7, 11-21; Éxodo 29:30-28).

Deben notar los siguientes gestos que el sacerdote usaba: 1) La manera en que el donante presentaba al animal; 2) la manera en la que el donante colocaba sus manos sobre el animal para poner sus pecados sobre el y consagrarlo para Dios; 3) la manera en la que el sacerdote mataba el animal. Por lo tanto el animal aceptaba simbólicamente el castigo que el donante había merecido; 4) la manera en la que el sacerdote vertía la sangre purificadora sobre el altar y en su base; finalmente, 5) la manera en la que la carne o sólo la grasa era quemada sobre el altar de ofrendas de holocausto. El dulce olor se elevaba hasta Dios, a quien estaba complacido con el sacrificio.

Todos los sacrificios instituidos por Dios tenían elementos comunes:

- * La manera en la que el animal era presentado al sacerdote (Levítico 1:3; 3:1; 4:3; 5:15; 22:29; Deuteronomio 15:21; 17:1; Éxodo 12:5). En cada oportunidad era un animal sin falta o defecto (1 Pedro 1:18-19; Hebreos 9:14).
- * La manera en la que las manos eran impuestas sobre el animal (Levítico 1:4; 3:2; 16:21), lo cual simbolizaba la transferencia de los pecados de un individuo o del pueblo hacia el animal. El animal, que era puro por sí mismo, se convierte en impuro por la transferencia de los pecados, y por eso simboliza a Jesús, en esencia pura y santa, quien se convierte en impuro y pecador por la transferencia (2 Corintios 5:21).
- * La manera en que el animal era ofrecido. La paga por el pecado es la muerte. El pecador debe morir. Pero el animal toma su lugar, porque está cargado de sus pecados. Esto es lo que le sucederá a Cristo. Noten que los sacerdotes no cortaban la garganta del animal, sino la persona que lo ofrendaba (Levítico 1:5, 11; 3:2, 8, 13; 4:24). Por eso la humanidad es la causa de la muerte de Jesús.
- * La manera en que la sangre del animal era rociada sobre el altar. Esta sangre simbolizaba la sangre que Cristo derramó sobre el altar divino de la cruz y que el presentó a Dios como el rescate o el precio de la redención.
- * La manera en la que el animal era quemado. El ser humano que debía ser “consumido” o “quemado” con completa obediencia a Dios y en auto-sacrificio perfecto, consume o quema un animal que viene siendo su sustituto. Note que en algunos casos el fuego que consumió el sacrificio vino de Dios y no de la gente (Levítico 9:24; 10:1-2). Este importante detalle pone énfasis en que ninguna obra humana protege al pecador ante Dios, y afirma que sólo Jesús el Salvador puede salvar.

Cada tipo de sacrificio tiene una de estas características comunes. Por ejemplo: la sangre era rociada en las ofrendas por pecado o por culpa, el animal era quemado en las ofrendas de holocausto, y casi todo el animal era consumido en las ofrendas de agradecimiento.

Es importante entender que los sacrificios del Antiguo Testamento (contrario a la creencia de los Gentiles de ese tiempo) no consistían de una expiación real de los pecados como transgresiones de la ley moral. Esencialmente servían como medio de purificación en caso de parto, menstruación, lepra, contacto con un cadáver y de todas las cosas que podrían traer impureza al ritual. Estas leyes también fueron hechas para las transgresiones de la ley moral que eran cometidas sin intención o por omisión (Levítico 4:2-3; Números 15:22). Los pecados deliberados y a conciencia contra la ley divina, como la blasfemia o el adulterio, eran castigados con la muerte (Números 15:30). Finalmente, no había sacrificio para el pecado original, por la naturaleza pecadora del hombre. Las ofrendas y los sacrificios eran acciones que expresaban la humildad del creyente, su arrepentimiento, su fe y su gratitud. Ellos traían el perdón de los pecados y la vida eterna solamente siempre y cuando fuesen ofrecidos a Dios con fe en Sus promesas, y especialmente en la promesa de salvación que el Mesías traería algún día.

Sólo la sangre de Jesús puede pagar el precio por el pecado. Los sacrificios del antiguo pacto sólo eran símbolos del sacrificio de Jesús. Ellos eran una proclamación visual del sacrificio sangriento de Jesús el cual puede redimir por sí solo. El Nuevo Testamento es tajante sobre este tópico y muestra la diferencia fundamental entre los sacrificios del nuevo y el viejo pacto: “Todo esto es un símbolo para el tiempo presente; pues las ofrendas y sacrificios que allí se ofrecen a Dios no

pueden hacer perfecta la conciencia de los que así lo adoran. Se trata únicamente de alimentos, bebidas y ciertas ceremonias de purificación, que son reglas externas y que tienen valor solamente hasta que Dios cambie las cosas” (Hebreos 9:9-10). “La sangre de toros y chivos, y las cenizas de la becerra que se quema en el altar, las cuales son rociadas sobre los que están impuros, tienen poder para consagrarlos y purificarlos por fuera. Pero si esto es así, ¡cuánto más poder tendrá la sangre de Cristo! Pues por medio del Espíritu eterno, Cristo se ofreció a sí mismo a Dios como sacrificio sin mancha, y su sangre limpia nuestra conciencia de las obras que llevan a la muerte, ¡para que podamos servir al Dios viviente!” (Hebreos 9:13-14). Porque la ley de Moisés es solamente una sombra de los bienes que habían de venir, y no su presencia verdadera. Por eso la ley nunca puede hacer perfectos a quienes cada año se acercan a Dios para ofrecerle los mismos sacrificios” (Hebreos 10:1). “Todo sacerdote Judío oficia cada día y sigue ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, aunque estos nunca pueden quitar los pecados” (Hebreos 10:11). Los sacrificios del Antiguo Testamento sólo estaban anunciando de una manera visible lo que proclama el Evangelio, es decir, que sólo el sacrificio de Jesús puede salvar, sólo Su sacrificio puede pagar por el pecado. Esta es una verdad esencial que enseña la Epístola a los Hebreos.

De la misma manera, Cristo no se nombró Sumo Sacerdote a sí mismo, sino que Dios le dio ese honor, pues él fue quien le dijo: “Tú eres mi hijo; yo te he engendrado hoy.” Y también le dijo en otra parte de las Escrituras: “Tú eres sacerdote para siempre, de la misma clase que Melquisedec.” Mientras Cristo estuvo viviendo aquí en el mundo, con voz fuerte y muchas lágrimas oró y suplicó a Dios, que tenía poder para librarlo de la muerte, y por su obediencia, Dios lo escuchó. Así que Cristo, a pesar de ser Hijo, sufriendo aprendió lo que es la obediencia; y al perfeccionarse de esa manera, llegó a ser fuente de salvación eterna para todos los que lo obedecen, y Dios lo nombró Sumo Sacerdote de la misma clase que Melquisedec (Hebreos 5:5-10).

El sacerdocio de Jesucristo es muy superior al de Aarón y sus descendientes. El mismo no eligió ser sumo sacerdote, ni se tomó ese honor para sí, pero al igual que los sumos sacerdotes del antiguo pacto, Él fue escogido y llamado por Dios. En el Salmo 2:7, el SEÑOR dijo de Él lo que nunca dijo de sacerdote alguno en Israel: “Tu eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy.” Y Él es su rey escogido (Salmo 2:2), a quien Él escogió y ungió para traer la salvación al mundo y gobernar sobre Su pueblo. Noten que nuestra epístola habla del honor de los sacerdotes del antiguo pacto (Hebreos 5:4) y de la “gloria” de Jesús (Hebreos 5:5), el cual es un término mucho más fuerte. Jesús ciertamente podía decir: “Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria no vale nada. Pero el que me glorifica es mi Padre, el mismo que ustedes dicen que es su Dios” (Juan 8:54).

Luego el autor cita el Salmo 110, una vez más donde se dice que todo lo contrario a Aarón y a sus hijos quienes oficiaron por un tiempo, y luego murieron cuando les llegó su turno, Jesucristo es “**sacerdote para siempre**” (Salmo 110:4). El texto añade: “**de la misma clase que Melquisedec**” o “a la manera de Melquisedec.” Por los momentos, digamos meramente que, según el Salmo 110, Jesús no solamente es un sacerdote, sino también un rey, lo cual no fueron ni Aarón ni sus descendientes. Al mismo tiempo, Él sostiene ambas funciones, el sacerdocio y el reinado; y en eso Él es como Melquisedec, a quien Abraham conoció un día, y a quien él le dio la décima parte de todo (Génesis 14).

Abandonar el Cristianismo para volver al Judaísmo es rechazar al sumo sacerdote que es mucho más grande y mucho más glorioso que los del antiguo pacto y que realiza una obra que es mucho

más grandiosa que la de ellos. Su sacerdocio es eterno, al igual que Él mismo. Su sacerdocio comenzó antes del tiempo de Aarón y sus hijos, y el sacerdocio de Melquisedec lo señalaba.

Y si los sacerdotes del antiguo pacto (debido a que eran seres humanos) pudieran tener entendimiento por aquellos que son ignorantes y están extraviados (Hebreos 5:2), Jesús pudo hacer mucho más que eso: **“mientras Cristo estuvo viviendo aquí en el mundo,”** cuando Él vivió en la tierra antes de regresar al cielo, Él **“con voz fuerte y muchas lágrimas oró y suplicó a Dios, que tenía poder para librarlo de la muerte.”** Jesús también es un verdadero hombre y pasó por algo único que ni Aarón ni ninguno de sus sucesores experimentó. Él derramó lágrimas y lloró intensamente mientras ofrecía peticiones. Esto se refiere a la lucha terrible a la que Él tuvo que enfrentarse en el jardín de Getsemaní la noche antes de Su muerte. Lucas describió la escena con estas palabras: “En medio de Su gran sufrimiento, Jesús oraba aún más intensamente, y el sudor le caía a tierra como grandes gotas de sangre.” Dios tuvo que enviar a un ángel para que lo ayudara y lo consolara.

Ningún otro ser humano experimentará jamás una tribulación semejante, ni siquiera los mártires quienes deben sufrir y morir por causa de su fe. Nadie en este mundo está sin pecado, excepto Cristo, es perfectamente santo, inocente y justo, y nadie ha cargado con los pecados del mundo entero como Él lo hizo. Él pagó el precio por el pecado al soportar la maldición de la Ley (Gálatas 3:13). Él le oró al **“que tenía poder para librarlo de la muerte,”** cuando dijo: “Padre mío, si es posible, líbrame de este trago amargo, pero que no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú... Padre mío, si no es posible evitar que yo sufra esta prueba, hágase tú voluntad” (Mateo 26:39, 42). **“Y por su obediencia, Dios lo escuchó.”** Porque Él fue obediente a Su Padre, Él fue escuchado. Dios no lo salvó de la muerte, sino que lo preparó para enfrentarla enviándole a un ángel para que le diera fuerzas. Por eso, **“sufriendo aprendió lo que es la obediencia.”** Él era un Hijo, no un esclavo, sin embargo, Él pagó el precio de la obediencia perfecta y la practicó hasta el punto en que es desconocida para cualquier ser humano. Él **“se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, hasta la muerte en la cruz”** (Filipenses 2:8), Él justo e inocente.

Al decir **“y al perfeccionarse de esa manera”** quiere decir que él ha hecho Su trabajo y ha alcanzado la meta que le fue asignada, y **“llegó a ser fuente de salvación eterna para todos los que lo obedecen.”** Ni Aarón ni ninguno de sus descendientes fueron capaces de obtener una salvación eterna para los Israelitas, por dos razones: Primera, porque eran pecadores y antes debían presentar sacrificios para ellos mismos, para poder presentar alguno para la gente; y segunda, porque debían presentar muchos tipos de sacrificios, y repetirlos todos los días, lo cual demuestra que estos sacrificios no podían pagar por los pecados y traer el perdón. Todo lo que podía hacer la sangre de los animales (los cuales eran sacrificados bajo el viejo pacto) era apuntar hacia la verdad de que un día la sangre (que era mejor y más poderosa, la sangre que “nos limpia de todo pecado” [1 Juan 1:7], la sangre del Hijo de Dios) sería derramada.

¿Por quién se convirtió Jesús en el autor de la salvación eterna? **“Para todos los que lo obedecen.”** Es la obediencia que viene de la fe, de la cual hablamos anteriormente (Romanos 1:5). El mandamiento de Dios es que “creamos en su Hijo, Jesucristo” y que nos amemos unos a otros (1 Juan 3:23). La fe que produce el fruto de la obediencia es la verdadera obediencia a Dios. Rechazar a Jesucristo y regresar al Judaísmo es retroceder, abandonar la realidad por la sombra, el glorioso logro de la redención por su prefiguración o representación débil y temporal. Eso también es desobediencia a Dios. La advertencia es seria, estaba dirigida a los lectores de la Epístola y también a nosotros. De hecho, aunque no tengamos que experimentar persecución,

nosotros podemos enfrentar otras tentaciones, que algunas veces son igualmente grandes. Un día, cuando unas personas que estaban en una multitud dejaron a Jesús, Él preguntó a sus discípulos si ellos también querían marcharse. Simón Pedro respondió en nombre de todos ellos: “Señor, ¿a quién podemos ir? Tus palabras son palabras de vida eterna. Nosotros ya hemos creído, y sabemos que tú eres el Santo de Dios” (Juan 6:68-69).

Resumen:

Jesucristo tiene mejores calificaciones que los sumos sacerdotes del antiguo pacto y es, por lo tanto, superior a ellos. De hecho, Él es el Hijo de Dios que bajó del cielo. Él no tuvo que ofrecer sacrificios para Sí mismo antes de ofrecerlos por otros, porque Él era santo. Cuando se hizo hombre, Él experimentó la debilidad y el miedo y sabía lo que significaba ser tentado. Pero Él aprendió la obediencia y por eso se convirtió en el autor de la salvación. Al igual que Melquisedec, Él es sumo sacerdote y rey al mismo tiempo.

3. Tercera advertencia (Hebreos 5:11 al 6:20).

Tenemos mucho que decir sobre este asunto, pero es difícil explicarlo, porque ustedes son lentos para entender. Al cabo de tanto tiempo, ustedes ya deberían ser maestros; en cambio, necesitan que se les expliquen de nuevo las cosas más sencillas de las enseñanzas de Dios. Han vuelto a ser tan débiles que, en vez de comida sólida, tienen que tomar leche. Y los que se alimentaban de leche son como niños de pecho, incapaces de juzgar rectamente. La comida sólida es para los adultos, para los que ya saben juzgar, porque están acostumbrados a distinguir entre lo bueno y lo malo (Hebreos 5:11-14).

Aquí, el experto teólogo (que es el autor de la Epístola a los Hebreos) comienza a hablar nuevamente como pastor. Los destinatarios de su carta siguen siendo sus niños en la fe, porque no pueden comer alimento sólido, sino que necesitan seguir tomando leche. Quizás hayan pasado algunos años desde que se convirtieron al Cristianismo, pero no crecieron en conocimiento y no han sido fortalecidos en su fe. Por lo tanto, el autor debe darles consejo antes de que sea demasiado tarde y antes de que su debilidad en la fe, su tibieza y su indiferencia sea cambiada por rechazo y alejamiento de la fe.

No se trata de que el Cristianismo sea una religión difícil y enseñe verdades que son complicadas para entender. El problema más bien es que ellos son **“lentos para entender.”** Por eso ellos deben ser amonestados tan severamente para poder hacerlos razonar e inculcar más ardor en sus corazones y más entusiasmo para crecer en la fe y en el conocimiento. Ellos han tenido tiempo para convertirse en **“maestros,”** personas que son capaces de instruir a otros. Pero para poder instruir a otros, el tema debe ser bien conocido. En lugar de eso, ellos aún están en el abecé, en los rudimentos del Cristianismo, son principiantes que todavía necesitan aprenderlo todo. **“Necesitan que se les expliquen de nuevo las cosas más sencillas de las enseñanzas de Dios.”** Ellos son como el estudiante que repite varios años el mismo curso porque no entendió lo que le enseñaron.

Cuando usted no entiende las cosas más elementales no puede progresar. Un niño que no entendió lo que le enseñaron en primer grado no será capaz de entender las lecciones en segundo grado, y si lo promovieran al grado siguiente, sería como un bebé a quien alimentan con carne y cerveza, en lugar de darle leche. **“Y los que se alimentaban de leche son como niños de pecho, incapaces de juzgar rectamente,”** dice el texto. Un niño pequeño no sabe diferenciar entre la verdad y el error o entre el bien y el mal. El aprenderá eso cuando crezca, así como también necesitará comida sólida a medida que vaya creciendo y podrá digerirla. Lo mismo también es cierto acerca de la comida espiritual, **“la comida sólida es para los adultos, para los que ya saben juzgar, porque están acostumbrados a distinguir entre lo bueno y lo malo.”**

El apóstol Pablo le dijo a los Cristianos de Efesio que “hasta que todos lleguemos a estar unidos por la fe y el conocimiento del Hijo de Dios, y alcancemos la edad adulta, que corresponde a la plena madurez de Cristo, Ya no seremos como niños, que cambian fácilmente de parecer y que son arrastrados por el viento de cualquier nueva enseñanza hasta dejarse engañar por gente astuta que anda por caminos equivocados. Más bien, profesando la verdad en el amor, debemos crecer en todo hacia Cristo, que es la cabeza del cuerpo” (Efesios 4:13-15). En Corintios, Pablo también escribió: “Cuando yo era niño, hablaba, pensaba y razonaba como un niño; pero al hacerme hombre, dejé atrás lo que era propio de un niño” (1 Corintios 13:11). La infancia forma parte de la vida de una persona, y es quizás el período más hermoso de su vida; y de cualquier manera, la más despreocupada. Ustedes deben saber cómo aprovecharla, pero también deben saber cómo

dejarla atrás, pues de lo contrario nunca madurarían y nunca sabrían cómo enfrentar las dificultades de la vida.

El autor de la epístola no desprecia a los bebés ni desdeña las verdades elementales de la fe Cristiana, pero él no quiere que sus lectores se queden en esa etapa, sino que ellos deben crecer. La única manera de ayudarles en su crecimiento es enseñarles la Palabra de Dios. Ese es el objetivo de esta epístola. Ustedes crecen si escuchan las enseñanzas de la Palabra y meditan sobre ellas. Por otra parte, ustedes dejan de crecer cuando la abandonan. Esa es la gran lección que nos deja este texto que los lectores necesitaban tanto. Pero también es cierto para todos los Cristianos del mundo, y particularmente para los Cristianos de hoy, cuando la gente corre de un lado al otro, trabajan incesantemente y se distraen con tantas cosas. ¡Es tan difícil ser Cristiano, si uno no está atento y pendiente de encontrar un tiempo para leer la Biblia, para escuchar la predica del Evangelio, recibir la Santa Cena y meditar acerca de las verdades que únicamente nos pueden ayudar a crecer en el conocimiento y en la fe! Aquí el autor da una útil lección a su primeros lectores, la cual todos los Cristianos del mundo, todos los que llevan el nombre de Jesús, deben guardar en su corazón.

Así que sigamos adelante hasta llegar a ser adultos, dejando a un lado las primeras enseñanzas acerca de Cristo. No volvamos otra vez a las cosas básicas, como la conversión y el abandono de las obras que llevan a la muerte, o como la fe en Dios, las enseñanzas sobre los bautismos, el imponer las manos a los creyentes, la resurrección de los muertos y el juicio eterno. Es lo que haremos, si Dios lo permite (Hebreos 6:1-3).

Habiendo expresado su advertencia, el autor continúa con su razonamiento. **“Así que sigamos adelante hasta llegar a ser adultos, dejando a un lado las primeras enseñanzas acerca de Cristo.”** La expresión que es traducida como las **“primeras enseñanzas”** realmente se refiere a las nociones básicas de la Palabra de Dios, el “abecé”, las cosas fundamentales que son enseñadas a los que se preparan para el bautismo. Ellos no deben abandonarlas ni rechazarlas, porque son muy importantes, pero no deben conformarse con ellas, sino que deben avanzar. Estas son verdades elementales acerca de Cristo, tales como, **“la conversión y el abandono de las obras que llevan a la muerte.”** Resulta evidente que el arrepentimiento, que es un cambio en el corazón, decirle no al pecado y buscar el perdón, además de tratar de cumplir con la voluntad de Dios y caminar en santidad, es parte del “Abecé” de la fe Cristiana. No se puede ser Cristiano sin eso. Los pecados son acciones desoladoras que nos conducen a la muerte. “Antes ustedes estaban muertos a causa de las maldades y pecados,” escribió el apóstol Pablo (Efesios 2:1), y “El pago que da el pecado es la muerte” (Romanos 6:23), o de nuevo “El aguijón de la muerte es el pecado” (1 Corintios 15:56). Es importante que una persona sepa eso y que de allí saque sus conclusiones. Después, el autor menciona la **“fe en Dios,”** que es la confianza en Sus promesas, la certeza de que Él nos ama en Jesucristo. Sin esa verdad nadie puede ser salvo. Pero, ¿para qué sirven los cimientos si no construimos algo sobre ellos?

Luego continúa con **“las enseñanzas sobre los bautismos.”** La palabra “bautismos” está en plural, lo cual es sorprendente. Probablemente la enseñanza sobre este tema mostraba la diferencia entre el bautismo de Juan y el que Jesucristo instituyó para Su Iglesia, o la diferencia entre el bautismo de Jesús y los diversos rituales lavatorios que practicaban los Judíos (Marcos 7:4; Hebreos 9:10). El bautismo Cristiano no tenía nada en común con estas purificaciones rituales - las cuales no estaban prescritas en el Antiguo Testamento en la Ley de Moisés. Esa importante diferencia fue una de las cosas que hubo que enseñarles a los judíos, después de

haberles enseñado que Jesús de Nazaret era el Mesías prometido, y después de haberlos invitado a creer en Él.

Luego estaba el **“imponer las manos”** por medio de lo cual los apóstoles y otros Cristianos de la época tenían la habilidad de otorgar dones particulares del Espíritu Santo, como el hablar en lenguas o (Hechos 8:17; 19:6; 1 Timoteo 1:6), el poder de curar a los enfermos (Hechos 9:12; 28:8). Del mismo modo, por la imposición de las manos el ministerio era confiado a ciertos hombres (Hechos 13:3; 1 Timoteo 5:22). Existen otras dos verdades elementales que son muy importantes para la fe Cristiana: **“la resurrección de los muertos y el juicio eterno.”** Es por eso que ellas aparecen en el Credo: “Creo en Jesucristo, Su único Hijo, nuestro Señor...que subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos...creo en el Espíritu Santo..., la resurrección de la carne y la vida eterna.” Los Cristianos sabemos que algún día tendremos que comparecer ante el juicio de Dios. Pero también sabemos que Jesucristo ha derrotado a la muerte y que, gracias a Él, nosotros también la venceremos. De hecho, ya la hemos vencido. Hemos pasado de la muerte a la vida (Juan 5:24) y un día resucitaremos a la vida eterna. Todas estas verdades, desde el arrepentimiento hasta la vida eterna, incluyendo al bautismo son esenciales. Sin ellas nadie puede ser Cristiano. Pero ese es sólo el comienzo, el “Abecé”. No podemos estar satisfechos con eso, pues luego de haber aprendido esto, estamos muy lejos de saberlo todo. Es una etapa que debemos pasar y seguir adelante a toda costa. Por eso es que el autor de la Epístola a los Hebreos advierte a sus lectores y les pide que cesen de ser unos bebés en la fe al comportarse como niños pequeños.

Porque a los que una vez recibieron la luz, y saborearon el don de Dios, y tuvieron parte en el Espíritu Santo, y saborearon el buen mensaje de Dios y el poder del mundo venidero, si caen de nuevo, ya no se les puede hacer volver a Dios, porque ellos mismos están crucificando otra vez al Hijo de Dios y exponiéndolo a la burla de todos. Son como la tierra que bebe la lluvia que cae en abundancia sobre ella: si da una cosecha útil a los que la trabajan, recibe la bendición de Dios; pero si da espinos y cardos, no vale nada; cae bajo la maldición de Dios, y finalmente será quemada (Hebreos 6:4-8).

Hebreos 6:4-8 y Hebreos 10:26-31 son sin duda los textos más difíciles de la Epístola a los Hebreos. En estas secciones el autor dice algo que es muy sorprendente. Él dice que el arrepentimiento no es posible para alguien que haya negado a Jesucristo, que una persona así no puede volver a Dios para ganar la vida eterna, mientras que en otra parte la Biblia afirma que Dios siempre está dispuesto a perdonar, hasta al más culpable, y que siempre está listo para recibir a aquél que vuelve a Él con un corazón humilde y sincero. Quizás debido a esto, la Epístola a los Hebreos algunas veces presentó interrogantes. ¿Se le debe reconocer como inspirada? Algunos comentaristas han observado aquí una contradicción con lo que la Biblia enseña en otra parte, es decir, que Dios siempre recibe al pecador arrepentido que le ruega Su perdón. En realidad, en ambos textos, el autor lidia con una doctrina que llamada el pecado contra el Espíritu Santo. Esta dice que los que han cometido este pecado ya no pueden arrepentirse y abrir otra vez su corazón a Jesucristo.

Ante todo, en nuestro texto tenemos una descripción completa de todos los creyentes. El autor utiliza varias expresiones para pintar el escenario y para mostrarnos qué tipo de persona somos cuando creemos en Jesús. Primero que nada, los creyentes son personas que **“recibieron la luz.”** Por naturaleza, todas las personas son ciegas. Viven en un mundo oscuro y ninguna luz brilla en el camino por donde andan. Pero Jesús es la luz del mundo (Juan 8:12; 9:5; 12:46), Aquél que

vino a traer la verdad y la salvación. Cuando el viejo Simeón tomó al niño Jesús en sus brazos, él le dijo a Dios” “Porque ya he visto la salvación que has comenzado a realizar a la vista de todos los pueblos, la luz que alumbrará a las naciones y que será la gloria de tu pueblo Israel” (Lucas 2:30-32). Él es “la luz verdadera que alumbra a toda la humanidad” (Juan 1:9). “En él estaba la vida, y la vida era la luz de la humanidad” (Juan 1:4). Cuando una persona se convierte, él o ella pasa de la oscuridad a la luz. La luz del Evangelio entra en su corazón: “Despierta, tú que duermes; levántate de entre los muertos, y Cristo te alumbrará” (Efesios 5:14). Creen en Jesús es caminar en Su luz. Cuando Él escogió a Pablo para hacerlo Su embajador, Jesucristo le dijo en el camino a Damasco: “Te voy a librar de los judíos y también de los no judíos, a los cuales ahora te envío. Te mando a ellos para que les abras los ojos y no caminen más en la oscuridad, sino en la luz; para que no sigan bajo el poder de Satanás, sino que sigan a Dios; y para que crean en mí y reciban así el perdón de los pecados y una herencia en el pueblo santo de Dios.”

Un Cristiano es una persona en cuyo corazón brilla la luz de la salvación y uno que camina por la calle que está iluminada por el Evangelio. En su *Catecismo Menor* Lutero escribió lo siguiente en cuanto al Espíritu Santo: “Creo que no puedo creer en Jesucristo, mi Señor o llegar a Él por mi propia razón o mi fuerza, pero el Espíritu Santo me ha llamado por el Evangelio, me ha iluminado con Sus dones, me ha santificado y me ha mantenido en la verdadera fe” Vivir en la fe es ser iluminado por el Espíritu Santo.

Un Cristiano también es una persona **“que saboreó el don de Dios.”** Un ser humano tiene cinco sentidos: vista, oído, gusto, olfato y tacto. Después de hablar de la vista, el texto ahora trata sobre el gusto. En la Biblia, la vida eterna muchas veces es comparada con una comida, un banquete de bodas (Mateo 22:1-14; Lucas 14:15-24; Apocalipsis 19:9). Nosotros saboreamos la vida eterna como saboreamos una buena comida. La disfrutamos y estamos contentos. El apóstol Pedro dice que los Cristianos “han gustado la bondad del Señor” (1 Pedro 2:3). El texto habla de saborear **“el don de Dios.”** Jesús mismo es el don que vino del cielo y que fue ofrecido por el Padre celestial. Un día, Él le dijo a la mujer Samaritana: “Si supieras lo que Dios da y quien es el que te está pidiendo agua, tú le pedirías a él, y él te daría agua viva” (Juan 3:16). Saborear el don celestial es creer en Jesús y a través de la experiencia darnos cuenta de cuan bueno y preciado es este don, y cuánto bien nos hace al traernos fe, esperanza y paz.

Además de todo, un Cristiano es una persona que ha **“tenido parte en el Espíritu Santo.”** Es el Espíritu Santo el que llama a una persona a la fe a través del Evangelio, el que abre el corazón y viene a vivir allí. Nuestro cuerpo es “el templo del Espíritu Santo” (1 Corintios 6:19). Dios nos da a Su Espíritu Santo (1 Tesalonicenses 4:8). Todos los creyentes son salvos a través de la “regeneración por el Espíritu Santo” (Tito 3:5), “fueron sellados como propiedad de Dios con el Espíritu Santo que Él había prometido” (Efesios 1:13). Por lo tanto no debemos entristecerlo (Efesios 4:30). Estamos rebosantes de esperanza “por el poder del Espíritu Santo” (Romanos 15:13).

Finalmente, todos los creyentes son descritos como personas que **“saborearon el buen mensaje de Dios y el poder del mundo venidero.”** Por la palabra de Dios se recibe al Espíritu Santo, o, lo que es lo mismo, es el Espíritu Santo quien usa a la palabra de Dios para iluminar a las personas, para llamarlas a la salvación, convertirlas y preservarlas en la fe. Es una palabra buena, porque proclama las Buenas Nuevas tal como lo expresa la palabra “Evangelio.” Creer en Jesucristo es como saborear una buena comida; es darse de lo buena que es la noticia del Evangelio de Jesucristo que nos trae la gracia de Dios, el perdón de los pecados y la vida eterna. Cuando la saboreamos, **saboreamos “el poder del mundo venidero.”** La palabra **“venidero”** en

la Biblia, designa a un período en la historia del mundo. La historia se puede dividir en dos períodos, el tiempo presente y el tiempo por venir. Nosotros podríamos también llamarlo el mundo actual y el mundo venidero. Por ejemplo, el apóstol Pablo escribe: “Considero que los sufrimientos del tiempo presente no son nada si los comparamos con la gloria que habremos de ver después” (Romanos 8:18). Él habla de que “lo que sufrimos en esta vida es cosa ligera, que pronto pasa” (2 Corintios 4:17). “La piedad es útil para todo, porque tiene promesas de vida para el presente y para el futuro” (1 Timoteo 4:8). El mundo nuevo o la vida por venir son el nuevo cielo y la nueva tierra que Dios creará algún día, un mundo sin lágrimas, ni duelo, ni dolor o muerte (Apocalipsis 21:1-5) en el que los ángeles y todos los creyentes vivirán eternamente con Él.

El autor de la Epístola a los Hebreos nos ha dado una descripción completa de los Cristianos. Luego declara que hay una cosa que es imposible. **“No se les puede hacer volver”** a aquellos que **“caen de nuevo.”** El utiliza una palabra muy fuerte, el verbo “caer o sucumbir.” En el Nuevo Testamento, este verbo Griego no es utilizado en ninguna otra parte excepto aquí, para expresar no una simple caída, sino una caída y alejamiento, como si cayéramos en un gran abismo del cual no podemos salir. Es una caída definitiva, no es una caída de esas que nos pasan por falta de atención y descuido, como les dice Jesús a Sus discípulos: “Manténgase despiertos y oren, para que no caigan en tentación” (Mateo 26:41), o cuando el apóstol escribe a los Cristianos de Corinto: “Así pues, el que cree estar firme, ¡tenga cuidado de no caer!” (1 Corintios 10:12). En nuestra vida espiritual existen caídas de las cuales nos podemos levantar, y es por eso que Jesucristo le dice a la iglesia de Éfeso: “Por eso recuerda de dónde has caído, vuélvete a Dios y haz otra vez lo que hacías al principio. Si no, iré a ti y quitaré tu candelabro de su lugar, a menos que te vuelvas a Dios” (Apocalipsis 2:5).

Caer es alejarse de Jesucristo y perder la fe. Pero hay caídas de las cuales un Cristiano se puede levantar. Simón Pedro también cayó cuando negó a su Señor, pero él se arrepintió, lloró amargamente, y le pidió a Jesús que lo perdonara. Él lo recibió otra vez y le permitió volver a ser discípulo suyo (Juan 21:15-17). Él actuó así por descuido y falta de vigilancia. Él se quedó dormido en vez de permanecer en guardia y orando. Él olvidó las advertencias de Jesús. Él se creyó más fuerte que los otros y se sentó con los guardias en el patio de la casa del sumo sacerdote, y tuvo miedo cuando un sirviente lo reconoció, por eso al sentir miedo lo negó y cayó.

Esta no es la clase de caída de la cual habla aquí la Epístola a los Hebreos, sino de una caída de la cual no nos podemos levantar, una caída total y completa hasta el fondo de un foso terrible que es tan profundo que no podemos salir de él. Es una negación que no es ocasionada por miedo o descuido, sino por un rechazo deliberado. La caída de la cual no nos podemos levantar otra vez, sucede cuando el Espíritu Santo nos ha iluminado, cuando hemos saboreado las maravillosas promesas del Evangelio, y cuando, a pesar de todas las advertencias, vamos cerrando lentamente nuestros corazones a la Palabra de Dios, cuando despreciamos y desdeñamos Sus bendiciones, y cuando rechazamos ser Cristianos e hijos de Dios. La gente que actúa así tiene un corazón lleno de maldad e ingratitud. ¿Qué hacen ellos? Ellos **“están crucificando otra vez al Hijo de Dios y exponiéndolo a la burla de todos.”** Cuando conscientemente despreciamos y rechazamos a Jesucristo y Su salvación, hacemos lo que hicieron los judíos de Su tiempo: lo condenamos y lo crucificamos, como si no lo quisiéramos, y ese es el peor insulto. Noten que el autor utiliza el tiempo presente: están **“crucificando”** al Hijo de Dios y **“exponiéndolo”** a la burla de todos. Él no es cualquier persona, pero, tal como lo enfatiza el texto, Él es el **“Hijo de Dios.”** No es algo que se hace accidentalmente una vez o dos en la vida, sino que es algo que se hace de forma

permanente, con malicia y determinación, y es por esta razón que ya no hay lugar para el arrepentimiento, porque no es posible.

Si los primeros líderes necesitaban una imagen que les ayudase a comprender la seriedad de la situación, aquí tenemos una: es como el corazón de una persona que se comporta como si se hubiera endurecido tanto que ya no les es posible arrepentirse. Es como un campo que está bien arado, sembrado y limpiado regularmente y en el cual sólo crecen las malas hierbas en lugar de **“recibir la bendición de Dios”** y dar frutos. **“Son como la tierra que bebe la lluvia que cae en abundancia sobre ella: si da una cosecha útil a los que la trabajan, recibe la bendición de Dios; pero si da espinos y cardos, no vale nada; cae bajo la maldición de Dios, y finalmente será quemada.”** Un campo como ese no da cosecha sino que más bien es quemado, y si cada año sucediera la misma cosa, es abandonado a las malas hierbas que lo invaden. ¿Qué agricultor querría trabajar, año tras año, en un campo que sólo produce malos frutos?

Para entender el texto, debemos prestar atención a la manera en la que el autor se expresa. Nadie puede decir que la gente que se comporta así puede salvarse porque Dios no quiere o porque su pecado es tan grande que Jesucristo se ha negado a llevarlo a cabo y pagar su pena en la cruz. Dios quiere salvarlos a todos y les invita a Su salvación. “Vayan, pues, ustedes a las calles principales, e inviten al banquete a todos los que encuentren” (Mateo 22:9). “Vengan a mi todos ustedes que están cansados de sus trabajos y cargas, y yo les haré descansar” (Mateo 11:28). El Señor no quiere que perezcamos, sino que “todos se vuelvan a Dios” (2 Pedro 3:9). Jesús lloró por Jerusalén y dijo que Él quería reunir a sus habitantes como una gallina que reúne a sus pollitos bajo sus alas, pero ellos no querían (Mateo 23:37).

No es que Dios no quiera salvar a ciertas personas, sino que hay personas que han probado Su salvación y ya no la quieren más. Su corazón se ha ido endureciendo gradualmente hasta el punto de hacerse tan duro como una roca, de modo que el arrepentimiento ya no es posible. Ese corazón se ha vuelto completamente insensible a las promesas del Evangelio. Un día Jesús tuvo que lidiar con personas que estaban en esta situación. Estas personas eran los Fariseos, quienes obstinadamente se negaban a creer, a pesar de Sus prédicas y de los milagros que confirmaron Sus enseñanzas. En lugar de admitir que Él era el Hijo de Dios que había venido del cielo a salvar a la humanidad, ellos fueron tan lejos como llegar a decir que Satanás hacía Sus milagros. Esto es ceguera y endurecimiento del corazón hasta su último grado, y a esto Jesús lo llamó pecado contra el Espíritu Santo, “Jesús, que sabía lo que estaban pensando, les dijo: ‘Todo país dividido en bandos enemigos, se destruye a sí mismo; y una ciudad o una familia dividida en bandos, no puede mantenerse. Así también, si Satanás expulsa al propio Satanás, contra sí mismo está dividido; ¿cómo pues, mantendrá su poder? Ustedes dicen que yo expulsé a los demonios por el poder de Belcebú; pero si es así, ¿quién da a los seguidores de ustedes el poder para expulsarlos?’”...[Y para concluir Jesús les dijo:] “Por eso les digo que Dios perdonará a los hombres todos los pecados y todo lo malo que digan, pero no les perdonará que con sus palabras ofendan al Espíritu Santo. Dios perdonará incluso a aquél que diga algo contra el Hijo del hombre; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no lo perdonará ni en el mundo presente ni en el venidero” (Mateo 12:25-27, 31-32).

Es un pecado muy serio el que el autor de la Epístola a los Hebreos denuncia en este texto. Por eso la advertencia es extremadamente seria porque también significa que siempre es posible una caída. Algunas personas dicen que una vez que uno se ha convertido a través del Espíritu Santo, ya no se puede caer de la fe. Dicen que si el Espíritu Santo ha entrado en el corazón de alguien, Él se queda allí. Pues es una equivocación. Es perfectamente posible que un verdadero creyente

se aleje progresivamente de Jesucristo, y dejar que la tibieza y la indiferencia se apoderen de su corazón, luego viene la ingratitud, más tarde es el desprecio a Jesús y Su gracia, y por último un obstinado rechazo. Y si este rechazo es planificado, constante y obstinado, ese corazón se endurece hasta que se vuelve una piedra tan dura, que una conversión ya no será posible. Esta es la gran lección de este texto.

Pero aunque hablamos así, queridos hermanos, estamos seguros de que ustedes se encuentran en el primer caso, es decir, en camino de salvación. Porque Dios es justo, y no olvidará lo que ustedes han hecho y el amor que le han mostrado al ayudar a los del pueblo santo, como aún lo están haciendo. Pero deseamos que cada uno de ustedes siga mostrando hasta el fin ese mismo entusiasmo, para que se realice completamente su esperanza. No queremos que se vuelvan perezosos, sino que sigan el ejemplo de quienes por medio de la fe y la constancia están recibiendo la herencia que Dios les ha prometido (Hebreos 6:9-12).

La advertencia es extremadamente seria, pero la situación no es irremediable. El autor de la epístola llama a sus lectores **“queridos hermanos.”** Él no los trata como personas que se hayan endurecido, que han crucificado y ofendido a Cristo. Parece que aún no han llegado a eso; están en una situación peligrosa, y si no se hace nada, ellos perderán la fe y caerán bajo el cargo de endurecimiento del corazón. Pero pueden recuperarse, y hacer lo que sea necesario para fortalecer su fe. **“Estamos seguros de que ustedes se encuentran en el primer caso, es decir, en camino de salvación.”** El autor espera que sus lectores tomen en serio sus advertencias y que todo tenga un buen final. Después, en vez de parecer un campo abandonado porque sólo produce espinas y cardos, ellos serán un campo fértil que produce frutos. En lugar de perecer para siempre, ellos se salvarán por toda la eternidad.

“Porque Dios es justo,” y en Su justicia, Dios no permite que la gente desprecie Su gracia y se rebele en contra suya, pero Él también vio fe y amor en sus corazones. El autor de la epístola testifica que sus lectores han trabajado arduamente para el Señor y han demostrado un gran amor. Dios sabe eso. Lo que el autor dice aquí concuerda con lo que escribe el apóstol Juan: “Nosotros amamos porque Él nos amó primero. Si alguno dice: ‘Yo amo a Dios’ y al mismo tiempo odia a su hermano, es un mentiroso. Pues si uno no ama a su hermano, a quien ve, tampoco puede amar a Dios, a quien no ve. Jesucristo nos ha dado este mandamiento: que el que ama a Dios, ama también a su hermano” (1 Juan 4:19-21). Los lectores de la epístola ayudaron y siguieron ayudando a sus hermanos y hermanas en la fe. Al actuar de esta manera, ellos demostraron que amaban a Dios honestamente de corazón. Más adelante, el autor alabará su conducta y les hablará de la gran batalla a la que se han enfrentado en medio del sufrimiento, pruebas y tribulaciones que han conocido, del amor que han demostrado a los prisioneros, y de todo lo que han soportado por causa de su fe (Hebreos 10:32-34). Si el autor de la epístola pudo ver eso, ciertamente Dios lo vio también. Es Él quien lo ve y lo sabe todo y se siente complacido con lo que Sus hijos hacen para glorificar Su nombre.

Eso es bueno, pero no es suficiente para comenzar bien, ya que ustedes también tienen que llegar a la meta. **“Deseamos que cada uno de ustedes siga mostrando hasta el fin ese mismo entusiasmo, para que se realice completamente su esperanza.”** Los lectores de esta epístola han mostrado mucho empeño por hacer el bien en medio de sus tribulaciones. Ellos son ardientes en su amor, pero también deben ser ardientes en la fe. Ellos deben mantener **“completamente su esperanza,”** y **“hasta el fin.”** Estos Cristianos tienen una gran esperanza en sus corazones. Antes de convertirse, ellos **“Vivían en este mundo, sin Dios y sin esperanza”** (Efesios 2:12). Su

caso es “la esperanza de la salvación” (1 Tesalonicenses 5:8), “la esperanza de la vida eterna” (Tito 1:2). Cristo Jesús es su esperanza (1 Timoteo 1:1). “(Él) nos ha hecho nacer de nuevo por la resurrección de Jesucristo” (1 Pedro 1:3). Por esta razón el autor de la epístola ya ha animado a sus lectores con estas palabras: “Pero Cristo, como Hijo, es fiel sobre esta casa de Dios que somos nosotros mismos, si mantenemos la seguridad y la alegría en la esperanza que tenemos” (Hebreos 3:6), y en nuestro texto él dice “**¡hasta el fin!**” (Hebreos 6:11).

Indudablemente eso es lo que se debería hacer “**para que se realice completamente su esperanza,**” y para eso existe una herramienta esencial que es la Palabra de Dios. La Palabra de Dios nos convierte y nos lleva a la fe. Podemos crecer y resistir en la fe solo por la Palabra de Dios, fue por eso que Jesús dijo: ¡Dichosos más bien quienes escuchan lo que Dios dice, y lo obedecen! (Lucas 11:28). El apóstol Pablo dice que Dios “puede hacerlos a ustedes firmes conforme al evangelio que yo anuncio y la enseñanza acerca de Jesucristo” (Romanos 16:25). Es la verdad que Lutero evoca en la explicación del tercer artículo del Credo de los Apóstoles, que él da en el *Catecismo Menor*: “Creo que por mi propia razón o fortaleza no puedo creer en Jesucristo, mi Señor, o venir a Él, pero el Espíritu Santo me ha llamado por el Evangelio, me ha iluminado con Sus dones, me ha santificado y me ha mantenido en la verdadera fe.” La resistencia es un don que Dios nos da a través del Espíritu Santo, porque “la fe nace al oír el mensaje, y el mensaje viene de la Palabra de Cristo” (Romanos 10:17). “El evangelio... es poder de Dios para que todos los que creen alcancen la salvación” (Romanos 1:16). Antes vimos que “la palabra de Dios tiene vida y poder,” “más cortante que cualquier espada de dos filos” (Hebreos 4:12).

“No queremos que se vuelvan perezosos, sino que sigan el ejemplo de quienes por medio de la fe y la constancia están recibiendo la herencia que Dios les ha prometido.” La fe Cristiana es una lucha. Un creyente es como un combatiente o un atleta que tiene que pasar por dificultades y entrenar cada día. No se puede relajar, sino que más bien debe continuar en sus esfuerzos hasta que haya alcanzado su meta. La vida cristiana no tiene que ver con ganarse una simple medalla de bronce, una copa de oro o una medalla hecha por personas. Pablo escribe, “Los que se preparan para competir en un deporte, evitan todo lo que pueda hacerles daño. Y esto lo hacen por alcanzar como premio una corona que en seguida se marchita; en cambio, nosotros luchamos por recibir un premio que no se marchita” (1 Corintios 9:25). En esto, los Cristianos tenemos modelos que son todos aquellos que han dado honor o que todavía están dando un buen ejemplo de fe. En el Capítulo 11, el autor de la epístola da una lista de ejemplos de algunos de los grandes creyentes en el Antiguo Testamento, héroes de la fe que sufrieron mucho porque se aferraron a las promesas que les hicieron. El autor quien ha recibido la inspiración del Espíritu Santo dice: “**¡Sigán el ejemplo!**” Estas personas fueron modelos “**por medio de la fe y la constancia,**” y la fe y la paciencia van de la mano. La habilidad para resistir es lo que hace que la fe se afiance, y eso nos hace mantenernos firmes y sin descanso en tiempos de prueba.

Cuando Dios hizo la promesa a Abraham, juró por sí mismo, porque no había otro superior a él por quien jurar; y dijo: “Si yo te bendeciré mucho y haré que tu descendencia sea numerosa.” Abraham esperó con paciencia, y recibió lo que Dios le había prometido. Cuando los hombres juran, lo hacen por alguien superior a ellos mismos; y cuando garantizan algo mediante un juramento, ya no hay más que discutir. Pues bien, Dios quiso mostrar claramente a quienes habían de recibir la herencia que él les prometía, que estaba dispuesto a cumplir la promesa sin cambiar nada de ella. Por eso garantizó su promesa mediante el juramento. De estas dos cosas que no pueden cambiarse y en las que Dios no puede mentir, recibimos un firme consuelo los que hemos buscado la protección de Dios y

hemos confiado en la esperanza que él nos ha dado. Esta esperanza mantiene firme y segura nuestra alma, igual que el ancla mantiene firme al barco. Es una esperanza que ha penetrado hasta detrás del velo en el templo celestial, donde antes entró Jesús para abrirnos camino, llegando él a ser así Sumo Sacerdote para siempre, de la misma clase que Melquisedec (Hebreos 6:13-20).

Entre todos los ejemplos de fe en el Antiguo Testamento, Abraham es ciertamente el más hermoso y el más convincente. Los lectores de la Epístola a los Hebreos, quienes eran Judíos convertidos al Cristianismo, con seguridad conocían bien a Abraham. Él era el glorioso antepasado del pueblo de Israel y la Biblia frecuentemente elogia su fe. Él creyó cuando, humanamente hablando, era imposible creer y esperó cuando no había esperanzas. El ejemplo de fe que él nos dio es un poderoso estímulo para resistir y seguir fieles a Dios, mientras sabemos que Sus promesas siempre se cumplen.

Abraham dejó a su pueblo y a su país y fue guiado por Dios, aferrado a una promesa. Dios le prometió que él (al igual que su mujer, que había pasado ya la edad en que las mujeres tienen hijos) tendría un hijo, y de este hijo vendrían muchos descendientes, tantos como estrellas hay en el cielo y arena en el mar (Génesis 12 y 15). Un día, de su hijo vendría el Salvador del mundo (Gálatas 3:16). Pasaron 25 años en los que no ocurrió nada. Abraham pudo haber perdido toda esperanza, y con buena razón, porque ya estaba demasiado viejo para ser padre. Dios le había prometido uno, pero había estado esperándolo por veintinueve años. Otro habría dicho: “Dios se burló de mí,” pero Abraham persistió en su fe hasta que finalmente el hijo prometido llegó y fue la alegría de su padre. Después Dios pidió a Abraham que lo sacrificara y eso debe haber sido algo terrible. Pueden ustedes imaginarse el corazón desgarrado de Abraham, porque él era, después de todo, un hombre con todo lo que una persona siente en tales circunstancias. Sin embargo, su fe no se debilitó y él estaba dispuesto a hacer lo que el Señor le pedía. No obstante, Dios no quería la muerte de su hijo. Él sólo quiso probar a Abraham y Abraham se mantuvo firme, saliendo triunfante de la prueba y sabiendo que Dios podía devolverle a su hijo resucitándolo de entre los muertos (Hebreos 11:17-19). Después el Señor hizo un juramento: “Puesto que has hecho esto y no me has negado a tu único hijo, juro por mí mismo que te bendeciré mucho. Haré que tu descendencia sea tan numerosa como las estrellas del cielo y como la arena que hay en la orilla del mar. Además, ellos siempre vencerán a sus enemigos, y todas las naciones del mundo serán bendecidas por medio de ellos, porque me has obedecido” (Génesis 22:16-18). Esto es lo que cita el texto de la Epístola a los Hebreos.

El Señor “**juró por sí mismo.**” Dios es bueno y para darle fuerzas a Abraham el hizo un juramento semejante al que hacen los humanos. Habitualmente, jurar significa tomar a Dios como testigo de que yo estoy diciendo la verdad, e invitar a Dios a castigarme si estoy mintiendo. Es testificar bajo juramento, como se requiere en los juicios antes de hablar como testigo. Un juramento siempre se hace por algo o por alguien mucho más importante que uno mismo. Nadie es más grande que Dios. No había nadie superior a Él a quien poner como testigo de lo que Él le decía a Abraham. Esto es lo que la Epístola a los Hebreos dice: “**juró por sí mismo, porque no había otro superior a él por quien jurar.**” Era una forma solemne de decirle a Abraham que Él estaba diciendo la verdad y que Él mantendría Su promesa.

Y Abraham confió en Dios. Cuando su hijo Isaac vino al mundo, él entendió que esta promesa que Dios le había hecho también se cumpliría de otra manera. Él creyó que esta promesa se cumpliría mucho después de Isaac. Jesús dijo de él: “Abraham, el antepasado de ustedes, se alegró porque iba a ver mi día; y lo vio, y se llenó de gozo (Juan 8:56). De Abraham, el padre de

todos los creyentes, ha venido una gran nación que no sólo consiste de los judíos, sino de todos los creyentes sobre la tierra. Un día, cuando un creyente Gentil le pidió a Jesús que sanara a su sirviente, Jesús le dijo: “Les aseguro que no he encontrado a nadie en Israel con tanta fe como este hombre. Y les digo que muchos vendrán de oriente y de occidente, y se sentarán a comer con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos” (Mateo 8:10-11).

Todos los creyentes en el mundo tienen algo en común con Abraham. Indudablemente que no tenemos una fe tan grande como la suya, pero si tenemos la promesa de Dios, que es una promesa invariable que no podemos cancelar por nada, pues es una promesa que ha sido confirmada por un juramento. Dios ha jurado que Él la cumpliría por eso, **“Dios quiso mostrar claramente a quienes habían de recibir la herencia que él les prometía, que estaba dispuesto a cumplir la promesa sin cambiar nada de ella. Por eso garantizó su promesa mediante el juramento.”** Un juramento que pone fin a toda la discusión. **“De estas dos cosas que no pueden cambiarse y en las que Dios no puede mentir, recibimos un firme consuelo los que hemos buscado la protección de Dios.”** La Ley de Moisés exigía la presencia de dos testigos en un caso legal o en una querrela (Deuteronomio 17:6; 19:15). Esta sabia regla es confirmada en el Nuevo Testamento (Mateo 18:16). Hasta el mismo Jesús la obedeció (Juan 8:17-18). Dios fue el primer testigo de lo que Él dijo, y como no había nadie además de Él que pudiera actuar como segundo testigo y afirmar que Él estaba diciendo la verdad, Él hizo un juramento en el cual, de alguna manera, sirvió como un segundo testigo. Él no tenía que hacerlo porque cuando Dios habla Él merece ser creído. Dios no miente (Tito 1:2) y tiene el poder de mantener Su palabra. Pero Él pensó en nuestra debilidad humana y quiso ayudarnos a creer. Esta es la razón por la que Él hizo un juramento como si Él estuviera compareciendo ante un juez.

Y esto debe animar a todos los Cristianos del mundo a confiar en Él y a no dudar de Sus promesas, **“y hemos confiado en la esperanza que él nos ha dado.”** No tenemos más refugio que aquél que el Señor nos ha prometido. Él nos pide que creamos sin ver, que pongamos todas nuestras esperanzas en lo que Él ofrece en el Evangelio, aunque no podamos ver aún nada de lo que Él nos promete. Los creyentes somos sostenidos por la fe aunque no podamos verlo (2 Corintios 5:7). **“¡Dichosos los que creen sin haber visto!”** (Juan 20:29).

“Esta esperanza mantiene firme y segura nuestra alma, igual que el ancla mantiene firme al barco.” Un ancla es un objeto de hierro pesado sostenido por una cadena que los marineros lanzan al agua para mantener el barco en un sitio, el cual, sin ella, se iría a la deriva a merced de las olas y del viento. La esperanza de los Cristianos se basa en las promesas inmutables de Dios. Nuestra esperanza es como un ancla que nos sostiene firmemente. Esta esperanza es **“firme y segura”** y **“ha penetrado hasta detrás del velo en el templo celestial.”** Esto se refiere a lo que el sumo sacerdote hacía una vez al año, el grandioso día de la expiación. Él tomó la sangre del sacrificio, se fue tras la cortina que separaba el Sagrado Lugar del Lugar Más Sagrado y la roció sobre la tapa del arca del pacto (Levítico 16:1-16; Hebreos 9:3-7). Todo esto era sólo un símbolo de lo que Jesucristo cumpliría en Su tiempo. De hecho, Él es nuestro sumo sacerdote, de acuerdo al orden de Melquisedec, sólo que Él no roció Su sangre en el templo de Jerusalén. Él la derramó en la cruz y se fue a la presencia de Dios en Su templo celestial, del cual, el templo de Jerusalén, era sólo un símbolo. Al derramar Su sangre por la salvación de la humanidad, Él rasgó el velo que separaba a Dios de la humanidad.

Él se fue al cielo al cual **“entró Jesús para abrirnos camino.”** Esto significa que Él fue al cielo anticipadamente y que nosotros le seguiremos algún día. Él llegó a decirle a Sus discípulos: “No se angustien ustedes. Crean en Dios y crean también en mí. En la casa de mi padre hay muchos

lugares donde vivir; si no fuera así, yo no les hubiera dicho que voy a prepararles un lugar, vendré otra vez para llevarlos conmigo, para que ustedes estén en el mismo lugar en donde yo voy a estar” (Juan 14:1-3). La gente necesita esperanza para vivir porque siempre tenemos esperanza en algo, pero para que aquello en lo cual tenemos esperanza valga la pena, la esperanza debe estar fundamentada sobre algo sólido.

Aquellos que han sido iluminados por el poder del Espíritu Santo y que creen en Dios han anclado sus esperanzas en Jesucristo y Su redención. Podemos confesar con el apóstol Pablo: “yo sé en quien he puesto mi confianza; y estoy seguro de que él tiene poder para guardar hasta aquel día lo que me ha encomendado” (2 Timoteo 1:12). “¿Qué más podemos decir? Qué si Dios está a nuestro favor, ¡nadie podrá estar contra nosotros! Si Dios nonos negó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo no habrá de darnos también, junto a Su hijo, todas las cosas? ¿Quién podrá condenarlos? Cristo Jesús es quien murió; todavía más, quien resucitó y está a la derecha de Dios, rogando por nosotros...Estoy convencido de que nada podrá separarnos del amor de Dios: ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los poderes y fuerzas espirituales, ni lo presente, ni lo futuro, ni lo más alto, ni lo más profundo, ni ninguna otra de las cosas creadas por Dios. ¡Nada podrá separarnos del amor que Dios nos ha mostrado en Cristo Jesús nuestro Señor!” (Romanos 8:31-34, 38-39).

Resumen:

Un cristiano no debe permanecer como un infante en la fe, sino que más bien debe crecer espiritualmente. Si Jesucristo y Su salvación son rechazados obstinadamente endureceremos nuestro corazón hasta el punto de que ya no es posible el arrepentimiento. Por lo tanto, no debemos descansar. Dios que no miente nos da un poderoso estímulo y nos proporciona una firme esperanza en Jesucristo.

4. Jesús es superior a ellos en la obra que Él realizó (Hebreos 7:1-28).

Jesucristo es un sumo sacerdote que es superior al sumo sacerdote del viejo pacto, porque su sacerdocio pertenece a una clase diferente. El sacerdocio de Aarón y de sus descendientes fue iniciado y controlado por la Ley, mientras que el sacerdocio de Jesús es el resultado de una promesa de Dios. El sacerdocio de Melquisedec apuntaba hacia él, sobrepasa el sacerdocio Levítico, que es el que practicaron los sacerdotes de la tribu de Leví, y dura por toda la eternidad. Este es el tema del Capítulo 7 de la Epístola a los Hebreos. El autor que cita el Salmo 110:4, ha recordado muchas veces que Cristo es un sacerdote de la misma clase que Melquisedec (Hebreos 5:6, 10; 6:20). Él demostrará ahora en qué manera Él es superior.

Este Melquisedec fue rey de Salem y sumo sacerdote del Dios Altísimo. Él conoció a Abraham regresando de una batalla en la que había derrotado a los reyes, y Abraham le dio una décima parte de todo. Ante todo, su nombre significa “rey de justicia”, pero aparece también como “rey de Salem” que significa “rey de paz.” Nada se sabe de su padre ni de su madre ni sus antepasados, ni tampoco se habla de su nacimiento, y así, a semejanza del Hijo de Dios, es sacerdote para siempre (Hebreos 7:1-3).

Para comprender este texto y todo el capítulo, debemos leer la historia de este extraño personaje relatada en Génesis 14:17-24. Varios reyes se habían unido para combatir a otros reyes, especialmente los reyes de Sodoma y Gomorra. Ellos los derrotaron y los tomaron como prisioneros, y entre ellos estaba Lot, el sobrino de Abraham, quien vivía en Sodoma. Cuando Abraham supo esto, él armó a 318 hombres, que fueron seleccionados entre la servidumbre, y los atacó por sorpresa durante la noche. Él los venció y liberó a Lot y a todos los prisioneros. Después de esto, un tal Melquisedec vino a verlo. Este hombre era rey de Salem, el antiguo nombre de Jerusalén, y al mismo tiempo era un sacerdote de Dios. Él les trajo pan y vino y bendijo a Abraham diciendo: “Que te bendiga el Dios altísimo, creador del cielo y de la tierra; y alabado sea el Dios altísimo que te hizo vencer a tus enemigos” (Génesis 14:19-20). Entonces Abraham le dio la décima parte de lo que había recobrado. Luego el rey de Sodoma que estaba en el lugar, le propuso a Abraham que le devolviera a los prisioneros y se quedara con el botín que había tomado de los reyes a quienes había derrotado, pero Abraham se negó. Él no quería quedarse con las cosas. En pocas palabras esta es la historia de Melquisedec.

No sabemos nada más acerca de Melquisedec. Él desapareció tan rápido como había aparecido. Ustedes se preguntarán porque el autor de la epístola vuelve a lo del sacerdocio de Cristo y lo compara con el sacerdocio de la antigua alianza. Para entender esto no hay que olvidar que el sacerdocio era fundamental para el Judaísmo. En la religión Judía todo se centraba alrededor del sacerdote que servía en el templo y alrededor de los sacrificios que ellos llevaban. Especialmente durante los tiempos de persecución, la tentación de los lectores de la epístola de regresar a la antigua religión debe haber sido grande. Ellos amaban tanto su culto, con su liturgia, su música y sus rituales que a su vez eran complejos y hermosos. Nunca es fácil abandonar una religión en la que uno ha crecido. Para ayudar a sus lectores a resistir tal tentación, el autor les mostrará que el sacerdocio de Jesucristo es superior, que ellos no habían perdido nada cuando se alejaron del Judaísmo. De hecho, ellos habían encontrado a un sumo sacerdote que era superior a Aarón y a todos los sucesores de la tribu de Leví a quien Dios les había confiado el sacerdocio.

Melquisedec es una persona misteriosa. Él parece haber llegado inesperadamente a la vida de Abraham, cerca de 2000 años antes de Jesucristo, desaparece igual de rápido, y no fue mencionado durante mil años. En sus salmos, David se refiere a él sólo una vez, y de nuevo es

olvidado hasta que el autor de la Epístola a los Hebreos lo recuerda. Y esto lo hace por una razón totalmente inesperada: cuando él compara a Jesús con este hombre, él quiere demostrar que Jesús es un sacerdote superior a los de la tribu de Leví. ¿Dónde encontramos a Melquisedec en el Antiguo Testamento? En Génesis 14 y en el Salmo 110. Eso es todo. Pero con la ayuda de estos dos textos, el autor de la epístola, inspirado por el Espíritu Santo, enseña una vez más que Cristo está en el centro del Antiguo Testamento. En estos dos textos el autor observa la conexión con el sacerdocio de Jesús, que fue prometido por Dios y proclamado por los profetas

No sabemos mucho acerca de este Melquisedec, sino lo que nos acaban de explicar, pero es suficiente para demostrar que este hombre fue un símbolo de Jesús. Él era **“rey de Salem”**, que era el antiguo nombre de Jerusalén (Salmo 76:2, 3, lo cual inmediatamente sugiere la historia de la entrada de Jesús en Jerusalén. Mateo nos dice que fue dicha por el profeta: “Digan a la ciudad de Sión: Mira, tú rey viene a ti, humilde, montado en un burro, en un burrito, cría de una bestia de carga.” (Mateo 21:1-5; Marcos 11:1-11; Lucas 18:28-40; Juan 12:12-19). Jesucristo es el rey de Jerusalén, el Rey del pueblo de Dios, del templo invisible que Dios construye y en el cual Él reúne a todos los creyentes de este mundo. El Hijo de David ha venido para establecer Su reino entre la gente. La Jerusalén celestial también existe, en contraste con la Jerusalén de abajo, construida sobre piedras, que es la capital de Judea. El apóstol Pablo dice: “Pero la Jerusalén celestial es libre, y nosotros somos hijos suyos” (Gálatas 4:26). Más adelante, el autor de la epístola dice: “Ustedes, por el contrario, se han acercado al monte Sión, y a la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial, y a muchos miles de ángeles reunidos para alabar a Dios, y a la comunidad de los primeros hijos de Dios inscritos en el cielo. Se han acercado a Dios, el juez de todos, a los espíritus de los hombres buenos que Dios ha hecho perfectos, a Jesús, mediador de una nueva alianza, y a la sangre con que hemos sido purificados, la cual nos habla mejor que la sangre de Abel” (Hebreos 12:22-24).

Melquisedec era también **“sumo sacerdote del Dios Altísimo.”** Él vivía en la tierra de Canaán, en medio de paganos que adoraban a muchos dioses, pero él sabía cómo permanecer fiel al “Dios altísimo.” En Génesis 14:19, él confiesa que Dios es el “Creador de cielo y tierra.” Lo que resulta importante notar aquí es que, al mismo tiempo, él es sacerdote y rey, lo cual no era el caso de cualquiera que viniese de la tribu de Leví. En Israel una persona podía ser rey o sacerdote, pero no las dos cosas a la vez, porque los reyes - excepto el primero de ellos que fue Saúl - provenían todos de la tribu de Judá, el antepasado de David, mientras que todos los sacerdotes eran descendientes de Leví (Éxodo 28:1; 40:12-15; Números 16:40; 18:1-8).

Melquisedec era **“rey de Salem”** que significa **“rey de paz.”** Salem era el nombre que antiguamente le daban a la ciudad de Jerusalén, pero el autor de la epístola recuerda que la palabra proviene de la palabra Hebrea *“shalom”* que significa “paz.” Melquisedec es “rey de paz.” También en este sentido él simboliza a Jesucristo. El profeta Isaías habló de la venida de Jesús con estas palabras: “Porque nos ha nacido un niño, Dios nos ha dado un hijo, al cual se le ha concedido el poder de gobernar. Y le darán estos nombres: Admirable en sus planes, Dios invencible, Padre eterno, Príncipe de la paz” (Isaías 9:6). Cuando Jesús nació, los ángeles cantaron: “¡Gloria a Dios en las alturas! ¡Paz en la tierra entre los hombres que gozan de Su favor!” (Lucas 2:14).

El mismo Jesús había dicho: “Les dejo la paz. Les doy mi paz, pero no se la doy como la dan los que son del mundo. No se angustien ni tengan miedo” (Juan 14:27). Después de haber resucitado de entre los muertos, Él le dijo a Sus discípulos: “¡Paz a ustedes!” (Juan 20:19). El apóstol Pablo

dice: “Puesto que Dios ya nos ha hecho justos gracias a la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 5:1).

“Melquisedec.” Este solo nombre tiene mucho significado. Significa rey de justicia: Melqui = rey, y sedec = justicia. En esto también él simboliza a Jesucristo. San Pablo escribe: “Pero Dios mismo los ha unido a ustedes, y ha hecho también que Cristo sea nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificación y nuestra liberación” (1 Corintios 1:30). “Pero por causa nuestra, Dios lo hizo pecado, para hacernos a nosotros justicia de Dios en Cristo” (2 Corintios 5:21). En Él obtenemos justicia. El pecador es justificado por la fe en Su nombre (Romanos 3:21-28).

Por eso, todo lo que la Biblia nos dice acerca de este hombre es interesante, y es un símbolo de Jesucristo. Pero lo que la Biblia no dice acerca de él también es interesante. **“Nada se sabe de su padre ni de su madre ni sus antepasados.”** Esto no significa que él no tuviera padres, sino que son desconocidos. No sabemos sus nombres, nadie conoce la genealogía de Melquisedec. Nadie sabe de dónde vino ni a donde fue. Es como no tuviera **“nacimiento”** y tampoco se sabe cómo terminaron sus días. Para los sacerdotes del antiguo pacto era muy importante conocer sus orígenes. Ellos tenían que pertenecer a la tribu de Leví. Alguien que no pudiera probar eso, jamás podía hacerse sacerdote. Melquisedec aparece y desaparece en silencio, es como si su sacerdocio no tuviera ni principio ni fin, como si fuese un **“sacerdote para siempre.”** Esta es la razón por la cual el representa a Jesucristo. La Biblia muestra todo lo que Jesús y Melquisedec tienen en común por lo que dice, así como también por lo que no dice. El sacerdocio de alguien no depende de su origen, ni de su pertenencia a tribu alguna.

Ahora bien, fíjense qué importante era Melquisedec, que nuestro propio antepasado Abraham le dio la décima parte de lo que les había ganado a los reyes en la batalla. Según la ley de Moisés, los sacerdotes que son descendientes de Leví tienen el derecho de cobrarle al pueblo la décima parte. Melquisedec, aunque no era descendiente de Leví, le cobró la décima parte a Abraham, que había recibido las promesas de Dios. Así Melquisedec bendijo a Abraham; y nadie puede negar que el que bendice es superior al bendecido. Aquí, en esta vida, los que cobran la décima parte son hombres mortales; pero la Escritura habla de Melquisedec como de uno que todavía vive. Y se puede decir que los sacerdotes que descienden de Leví, y que ahora cobran la décima parte, pagaron también la décima parte a Melquisedec al pagársela a él, Abraham; porque, en cierto sentido, cuando Melquisedec salió al encuentro de Abraham, este llevaba ya en su cuerpo a sus descendientes que aún no habían nacido (Hebreos 7:4-10).

El autor acaba de explicar los hechos al recordar cómo Abraham y Melquisedec se conocieron. Él ahora probará que el sacerdocio de Melquisedec era muy superior al sacerdocio Levítico, y como Melquisedec era un símbolo de Jesucristo, ello simplemente significa que el sacerdocio de Jesús también es muy superior al de todos los sacerdotes de la antigua alianza. Todos los judíos y los Cristianos de origen judío sabían que Abraham era una gran persona del Antiguo Testamento, una de las más grandiosas. Sin embargo, en Melquisedec el conoció a alguien superior y él lo demostró dándole la décima parte de su botín. Esto es exactamente lo que quiere expresar la Epístola a los Hebreos cuando dice: **“Fíjense qué importante era Melquisedec, ¡que nuestro propio antepasado Abraham le dio la décima parte de lo que les había ganado a los reyes en la batalla!”** En el Antiguo Testamento, Dios hizo la ley del diezmo para proveer para las necesidades de la tribu de Leví que servía en el templo y no tenía otra fuente de ingresos. **“Según la ley de Moisés, los sacerdotes que son descendientes de Leví tienen el derecho de cobrarle al pueblo la décima parte de todo.”** Los sacerdotes tenían el privilegio de recibir una décima

parte de la comida de sus hermanos Israelitas. Sobre este asunto, Dios dice: “A los levitas les doy como propiedad esa décima parte que los Israelitas deben entregar de sus productos, en pago del servicio que prestan en la tienda del encuentro” (Números 18:21). Ante Dios todas las tribus de Israel eran iguales. Sin embargo, la tribu de Leví tenía el privilegio de recibir el diezmo. El Señor reconocía ese derecho. En ese aspecto la tribu de Leví era superior a las demás.

¿Qué pasó cuando Abraham se encontró con Melquisedec? Sin embargo este hombre **“aunque no era descendiente de Leví, le cobró la décima parte a Abraham.”** Melquisedec ni siquiera era miembro de la tribu de Leví, el cual, por supuesto, no existía aún. Sin embargo, él aceptó el diezmo de Abraham. Además, él **“que había recibido las promesas de Dios...bendijo a Abraham; y nadie puede negar que el que bendice es superior al bendecido.”** ¡Nada podía ser más lógico! Esto claramente significa que Abraham reconocía la superioridad de Melquisedec. Dar el diezmo y recibir una bendición son dos actos de sumisión.

“Los que cobran la décima parte son hombres mortales.” Los sacerdotes que llevaban sacrificios y los levitas, sus compañeros que estaban trabajando en el templo, eran seres humanos como todos los servidores de Dios en este mundo. Ellos realizaban sus funciones durante cierto tiempo, luego morían y dejaban su lugar a otros. El Antiguo Testamento ha visto pasar una clase entera de estos hombres. Ellos eran **“hombres mortales.”** En Israel deben haber existido muchas tumbas de sacerdotes donde ellos eran enterrados cuando el Señor los llamaba. Melquisedec también murió, pero no se habla de su muerte en ninguna parte en el Antiguo Testamento. No se sabe nada acerca de su nacimiento ni de su muerte. Es como si fuera eterno, **“Nada se sabe de su padre ni de su madre ni sus antepasados, ni tampoco se habla de su nacimiento.”** La Epístola a los Hebreos justamente dijo: **“pero la Escritura habla de Melquisedec como de uno que todavía vive.”** En esto él simboliza a Jesucristo, el sumo sacerdote, quien en Sus funciones no tuvo predecesor ni sucesor porque Su sacerdocio es eterno.

Y algo más: **“Y se puede decir que los sacerdotes que descienden de Leví, y que ahora cobran la décima parte, pagaron también la décima parte a Melquisedec al pagársela a él Abraham; porque, en cierto sentido, cuando Melquisedec salió al encuentro de Abraham, este llevaba ya en su cuerpo a sus descendientes que aún no habían nacido.”** El argumento es el siguiente: Si Melquisedec recibió el diezmo de Abraham y si él lo bendijo, fue porque él era superior a Abraham. Y si él era superior a Abraham, también era superior a todos los descendientes de Abraham, y por lo tanto superior a su nieto Leví y a todos los sacerdotes que descendían de su tribu. Leví no había nacido aún cuando Abraham conoció a Melquisedec. **“Este llevaba ya en su cuerpo a sus descendientes que aún no habían nacido.”** Por eso, era como si Leví le pagara el diezmo a Melquisedec por medio de su abuelo Abraham. **“Pagaron también la décima parte a Melquisedec al pagársela a él Abraham.”** Leví nunca cobró el diezmo personalmente, pero los miembros de su tribu sí lo hicieron cuando el Señor les dio el permiso. Así que podemos decir que en sus descendientes, Leví cobró el diezmo de sus hermanos Israelitas. De la misma manera, se puede decir que, aunque Leví no había nacido todavía, él y sus descendientes pagaron el diezmo a Melquisedec por medio de su antepasado Abraham.

Por eso, ningún Cristiano de origen Judío podía decir que los sacerdotes del antiguo pacto eran equivalentes a Jesucristo. Abraham, el gran patriarca de Israel, está allí para presenciar que el sacerdocio de Melquisedec es muy superior al sacerdocio de los descendientes de Abraham. Pero Jesucristo llegó así a ser **“sumo sacerdote para siempre, de la misma clase que Melquisedec”** (Hebreos 6:20). Todos los Cristianos son hijos de Abraham, el padre de todos los creyentes

(Romanos 4:11-12). Por consiguiente, los Cristianos deberíamos seguir el ejemplo de Abraham, debemos honrarlo y adorar a Jesucristo, como Abraham honró a su superior, ¡Melquisedec!

Sí estos sacerdotes hubieran podido hacer perfectos a los hombres, no habría sido necesario que apareciera otro sacerdote, ya no de la clase de Aarón sino de la clase de Melquisedec. Porque al cambiar el sacerdocio, también se tiene que cambiar la ley; y nuestro Señor, de quien la Escritura dice esto, pertenece a otra tribu de Israel, de la cual no ha salido ningún sacerdote. Porque es bien sabido que nuestro Señor vino de la tribu de Judá, y Moisés no dijo nada de esa tribu cuando habló del sacerdocio. Y esto es aún más claro si el nuevo sacerdote que aparece es uno como Melquisedec, que no fue sacerdote según una ley que toma en cuenta elementos puramente humanos, sino según el poder de una vida indestructible. Porque esto es lo que Dios dice de él: “Tu eres sacerdote para siempre, de la misma clase que Melquisedec” (Hebreos 7:11-17).

El autor continúa paso a paso, y usando diferentes argumentos él demuestra que el sacerdocio de Jesucristo también es superior al de Aarón y sus hijos. En realidad, Melquisedec es superior a todos los sacerdotes descendientes de Leví. Él es el símbolo de Jesucristo, porque Jesús es **“sumo sacerdote, de la misma clase que Melquisedec.”** Por eso, Jesús es superior a los sacerdotes de la antigua alianza. Esto es una verdad muy importante que muestra una conexión entre el Judaísmo y el Cristianismo. Ella también explica porque no existe una buena razón para abandonar el Cristianismo y volver al Judaísmo.

Debemos pues recordar brevemente aquí la razón por la cual Dios inició el sacerdocio del antiguo pacto. Y la respuesta es que se debió a los pecados de la gente que les separaron de su Dios. Indudablemente, Dios ha repetido muchas veces, “Porque Yo Soy el SEÑOR su Dios; ustedes deben purificarse completamente y ser santos, porque Yo soy santo” (Levítico 11:44; 20:7, 26; Números 15:40). Esto también es cierto en cuanto al nuevo pacto. Los Cristianos son escogidos para ser “santos y sin defecto en su presencia” (Efesios 1:4). Somos “llamados a ser santos” (Romanos 1:7). La labor de los sacerdotes era la de ser mediadores entre Dios y la gente. A través de ellos, la gente ofrecía sus sacrificios y dirigía sus oraciones a Dios, y también por medio de ellos, el Señor bendecía a Su pueblo. Dios hizo muchas leyes para explicar cómo ellos llevarían a cabo su trabajo, especialmente qué sacrificios debían ofrecer, cuando y por qué pecados. Todo esto fue escrito en la ley con gran detalle. Alguien podría pensar que el sacerdocio de estos hombres era perfecto y que perduraría, pero eso no es así.

De hecho, ninguno de estos sacrificios jamás ha eliminado el más leve pecado. Ellos no podían hacerlo por sí mismos, pues de lo contrario no habría sido necesario repetirlos todos los días. Si los creyentes del antiguo pacto recibieron el perdón de sus pecados por llevarle sacrificios a Dios, fue sólo porque estos sacrificios apuntaban hacia otro sacrificio, el único que es efectivo y puede dar el perdón, es decir, el sacrificio de Jesús. Para expiar los pecados de la gente, para redimirlos y perdonarlos, era necesario un sacerdote **“de la misma clase que Melquisedec,”** un hombre cuyo sacerdocio era superior al de Aarón. **“Sí estos sacerdotes hubieran podido hacer perfectos a los hombres,”** aún existirían hoy, y no habrían sido sustituidos. **“No habría sido necesario que apareciera otro sacerdote, ya no de la clase de Aarón sino de la clase de Melquisedec?”** El sacerdocio ha sido cambiado. Por lo tanto **“al cambiar el sacerdocio, también se tiene que cambiar la ley.”** El pacto del Monte Sinaí ya no está vigente, como lo veremos en el siguiente capítulo, luego ¿por qué alguien rechazaría a Jesucristo y volvería a un sacerdocio que ya no existe y a un pacto que ha sido sustituido? Eso es regresar a nada, a lo que

no tiene valor. No se puede rechazar al Sacerdote que sirve en un sacerdocio eterno y que ha ofrecido el único sacrificio que es capaz de salvar a la humanidad.

Si los sacerdotes del antiguo pacto se rindieron ante el sumo sacerdote Jesucristo que no vino de la tribu de Leví, eso se debe a que **“al cambiar el sacerdocio, también se tiene que cambiar la ley.”** **“Porque es bien sabido que nuestro Señor vino de la tribu de Judá, y Moisés no dijo nada de esa tribu cuando habló del sacerdocio.”** Todo el mundo sabe que Jesús de Nazaret es el Hijo de David, y por lo tanto vino de la tribu de Judá al igual que David. Las dos listas de antepasados de Jesús en Mateo 1 y Lucas 3 demuestran esto. El profeta Miqueas lo predijo hace tiempo: “En cuanto a ti, Belén Efrata, pequeña entre los clanes de Judá, de ti saldrá un gobernante de Israel que desciende de una antigua familia” (Miqueas 5:2). Dios le había prometido un hijo al Rey David, que algún día se sentaría en su trono y reinaría eternamente. Todos los reyes que el Señor dio a Su pueblo venían de la casa de Judá, hasta el Rey prometido viniera para establecer Su reino eterno. El libro del Apocalipsis llama a Jesús “el león de la tribu de Judá” (Apocalipsis 5:5). Por lo tanto, “nuestro SEÑOR es sumo sacerdote **“que no fue sacerdote según una ley que toma en cuenta elementos puramente humanos, sino según el poder de una vida indestructible.”** No es según **“elementos puramente humanos”** es decir, una ley que dijera que Él debe venir de un determinado antepasado, sino **“según el poder de una vida indestructible”** que Cristo se ha convertido en sumo sacerdote. Los sacerdotes del viejo pacto eran mortales, por lo tanto, se debían de hacer arreglos para asegurarse de que su ministerio durara por siempre y que siempre hubiesen sucesores. La Ley asignó el sacerdocio a la familia de Aarón.

No sucede lo mismo con Jesucristo. Ninguna Ley le hizo ser sumo sacerdote y ningún arreglo legal ha designado un sucesor para Él. Su vida es **“indestructible.”** En Cristo “estaba la vida, y la vida era la luz de la humanidad” (Juan 1:4). Él podía decir: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Juan 14:6). O una vez más “Yo soy la resurrección y la vida. Él que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que todavía está vivo y cree en mí, no morirá jamás (Juan 11:25-26). “Y vivirán porque yo vivo” (Juan 14:19). Él es el mismo “ayer, hoy y siempre” (Hebreos 13:8). Su sacerdocio es eterno y da vida eterna a todo el que cree en Él, y siempre será así, mientras exista el mundo y la gente se vuelva hacia Él y lo reciba como su Salvador. En el Salmo 110, el Rey David proclamó: “Tú eres sacerdote para siempre, de la misma clase que Melquisedec.”

Así que el mandato anterior quedó cancelado porque era débil e inútil, pues la ley de Moisés no perfeccionó nada, y en su lugar tenemos una esperanza mejor, por la cual nos acercamos a Dios. Y Dios garantizó esto con un juramento. Los otros sacerdotes fueron nombrados sin juramento alguno, pero en el caso del Señor sí hubo un juramento, pues en la Escritura se le dice: “El Señor hizo un juramento y no va a desdecirse: Tú eres sacerdote para siempre.” De este modo, Jesús es quien garantiza una alianza mejor que la primera (Hebreos 7:18–22).

Cuando un acuerdo o pacto es bueno y perfecto, no lo cambiamos. Permanece en efecto y sólo se modifica cuando se encuentra uno mejor. Un país establece nuevas leyes cuando las viejas dan muestras de ser imperfectas y ya no pueden regir. La ley de Moisés fue dada por el mismo Dios, por ende era buena como todo lo que Dios hace. Pero no era perfecta y no tenía por qué serlo. De hecho, el Señor tenía en mente algo mejor para el mundo, pero aún no había llegado el momento para eso. Por lo tanto, la Ley era solamente una sombra de lo que había de venir (Colosenses 2:17). Tenía un carácter temporal, **“porque era débil e inútil”** y porque **“la ley de Moisés no perfeccionó nada.”** Esta solo era un pacto temporal, mientras se esperaba por el cumplimiento de lo que Dios había prometido.

Y ahora que todo se ha cumplido en Jesucristo, tenemos **“una esperanza mejor, por la cual nos acercamos a Dios.”** De hecho, el sacrificio de Cristo tiene el poder de expiar los pecados de las personas y de reconciliarlas con Dios. Solo Él permite que nosotros los pecadores **“nos acerquemos”** a Dios. “Puesto que Dios ya nos ha hecho justos gracias a la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. Pues por Cristo hemos podido acercarnos a Dios por medio de la fe, para gozar de su favor, y estamos firmes, y nos gloriamos con la esperanza de tener parte en la gloria de Dios” (Romanos 5:1-2). “Si alguno comete pecado, tenemos ante el Padre un defensor, que es Jesucristo, y él es justo. Jesucristo se ofreció en sacrificio para que nuestros pecados sean perdonados; y no solo los nuestros, sino los de todo el mundo” (1 Juan 2:1-2).

Otra señal de que el sacerdocio de Jesús es superior es que este fue establecido con la ayuda de un juramento. Los levitas **“fueron nombrados sin juramento alguno, pero en el caso del Señor sí hubo un juramento pues en la Escritura se le dice: “El SEÑOR hizo un juramento y no va a desdecirse: Tú eres sacerdote para siempre.”** A través de un juramento la validez permanente de Su sacerdocio estaba garantizada. Una vez más el autor cita al Salmo 110:4. Se desconocen las palabras exactas del juramento que hizo Dios, pero si se conoce su contenido: Él hizo a Jesús el sumo sacerdote **“para siempre.”**

¿Cuál fue el resultado de ese juramento? ¿Qué le garantiza ese pacto a la humanidad? Él les asegura que **“Jesús es quien garantiza una alianza mejor que la primera.”** El pacto está basado en las palabras de un Dios que no puede mentir, y, que después que Él lo declaró una sola vez y para siempre, no cambia otra vez. Su Hijo es sacerdote para siempre. ¡Él es el único sacerdote, y lo será para siempre! Por primera vez en este texto, el autor utiliza la palabra “texto” que ocurrirá diecisiete veces más en la epístola. Esto demuestra cuán importante y necesaria es la idea del pacto para entender la obra de Jesucristo. El nuevo pacto es **“una alianza mejor,”** que es superior a la establecida en el tiempo de Moisés.

De esto volveremos a hablar más tarde. Por los momentos, la epístola sólo dice que Jesús es **“la garantía”** del pacto. Un fiador o asegurador, es un hombre a quien acudimos cuando deseamos pedir dinero prestado en un banco. El garantiza que la persona que pide dinero prestado tiene los medios para devolver el préstamo, y que si alguna vez él no puede pagar, él asumirá el pago en su lugar. Jesucristo es el garantizador del nuevo pacto: por medio de la obra que Él hizo en la cruz, El garantiza que su pacto es seguro y confiable, y que todo cuanto es prometido a los que están de acuerdo con el será cumplido. Jesús es la piedra principal, la roca de nuestra salvación (Salmo 118:22; Mateo 21:42; Marcos 12:10; Lucas 20:17; Hechos 4:11; 1 Pedro 2:4, 7; 1 Corintios 10:4). Dios en persona ha dado a Jesucristo al mundo como el garantizador de Su pacto, y lo ha garantizado a través de un juramento. No hay duda de ello, porque Dios nunca miente y siempre mantiene Su palabra.

Los otros sacerdotes fueron muchos porque la muerte les impedía seguir viviendo; pero como Jesús no muere, su oficio sacerdotal no pasa a ningún otro. Por eso puede salvar por siempre a los que se acercan a Dios por medio de él, pues vive para siempre, para rogar a Dios por ellos. Así pues, Jesús es precisamente el Sumo Sacerdote que necesitábamos. Él es santo, sin maldad y sin mancha, apartado de los pecadores, y puesto más alto que el cielo. No es como los otros sumos sacerdotes, que tienen que matar animales y ofrecerlos cada día en sacrificio, primero por sus propios pecados y luego por los pecados del pueblo. Por el contrario, Jesús ofreció el sacrificio una sola vez y para siempre, cuando se ofreció a sí

mismo. La Ley de Moisés nombra como sumos sacerdotes a hombres imperfectos; pero el juramento de Dios, que fue hecho después de la ley, nombra sumo sacerdote a su Hijo, quien ha sido hecho perfecto para siempre (Hebreos 7:23-28).

El autor de la epístola ha ya recordado que los sacerdotes del viejo pacto, que descendían de la tribu de Leví eran “hombres mortales” (Hebreos 7:8). El regresa a ese punto porque muestra la gran diferencia entre su sacerdocio y el sacerdocio de Jesús. Ellos morían uno tras otro. **“La muerte les impedía seguir viviendo.”** Esta es la razón por la cual en el antiguo pacto **“los otros sacerdotes fueron muchos.”** Cuando una persona ocupa un cargo y muere, es muy normal sustituirla por otra. Cuando la persona que ejerce la mayor autoridad en un pueblo muere, se necesita otra que vele por la justicia, la paz y la seguridad de ese pueblo. Cuando muere un maestro de escuela, se necesita otro que tome su lugar y continúe enseñando a los niños. Cuando un médico muere, se necesita un sucesor para que cuide de los enfermos por él. Pues lo mismo sucedía con los sacerdotes del antiguo pacto. Según un historiador Judío que vivió en la época en la que se escribió la Epístola a los Hebreos, deben haber habido unos 83 sumos sacerdotes desde el tiempo de Aarón, hasta la destrucción del templo de Jerusalén en el año 70 d.C.

Estos constantes cambios demostraban la imperfección del sistema. Pero con Jesús todo se ha renovado. Porque **“como Jesús no muere, su oficio sacerdotal no pasa a ningún otro.”** Él no necesitó de sucesores por llegar al final de Su carrera o porque la muerte le impidiera seguir llevando a cabo Su obra, porque un sumo sacerdote eterno es un sumo sacerdote que cumple con su sacerdocio para siempre. Eso es lo que está haciendo Jesucristo, aún ahora que Él ha subido al cielo y está sentado a la derecha de Dios. De hecho, Él no dejó de ser nuestro sacerdote pues Él continúa cumpliendo con Su trabajo. **“Por eso puede salvar por siempre a los que se acercan a Dios por medio de él.”** Eso es lo que los sacerdotes del viejo pacto no podían hacer. Ellos ofrecían sacrificios y oraban por las personas, pero no eran verdaderos mediadores entre Dios y la gente. Pero, ¿cómo podían serlo, si eran pecadores como sus hermanos? Ellos también necesitaban de un defensor porque ellos mismos eran pecadores. Y, ¿cómo podían abrirles las puertas del cielo a los pecadores, si ellos mismos no eran dignos de presentarse ante Dios?

Jesucristo hizo lo que estos sacerdotes no podían hacer. Él no solamente **“puede salvar por siempre a los que se acercan a Dios por medio de él,”** es decir, a los que creen en Él, sino que **“vive para siempre, para rogar a Dios por ellos,”** porque Jesús ora por los Suyos. La noche cuando fue traicionado y arrestado, Él le dijo a Simón Pedro: “pero yo he rogado por ti, para que no te falte la fe” (Lucas 22:32). Del mismo modo Él oró por sus discípulos la maravillosa oración en Juan 17, que usualmente es conocida como la “oración del sumo sacerdote” de Jesús, porque Él sabía que Sus discípulos pasarían muchas pruebas y tentaciones, y que necesitarían mucha fe para perseverar y permanecer fieles a Dios. Él dijo: “Yo te ruego por ellos, no ruego por los que son del mundo, sino por los que me diste, porque son tuyos...No te pido que los saques del mundo sino que los protejas del mal...Padre, tú me los diste, y quiero que estén conmigo donde yo voy a estar, para que vean mi gloria, la gloria que me has dado; porque me has amado desde antes que el mundo fuera hecho” (Juan 17:9, 15, 24). Aquí Jesús actuó como un verdadero sumo sacerdote que intercede por su gente. Noten que Él dice a Su Padre: “quiero que estén conmigo donde yo voy a estar.” ¿Qué otro se habría atrevido a hablarle a Dios de esta manera? Pero Jesús tenía el derecho de decirle a Dios: “Padre, ¡yo quiero!” por dos razones: Primera, porque Él es Su Hijo, no solo un verdadero ser humano, sino verdadero Dios, engendrado por el Padre desde la eternidad, y segunda, porque Él fue obediente hasta la muerte en la cruz y ha redimido a la humanidad. Como Él ha cumplido con la labor que le fue encomendada, Él tenía derecho a ser escuchado.

La oración era parte de Su ministerio de sumo sacerdote. “Porque Cristo no entró en aquel santuario hecho por los hombres, que era solo una figura del santuario verdadero, sino que entró en el cielo mismo, donde ahora se presenta delante de Dios para rogar en nuestro favor” (Hebreos 9:24). “Si alguno comete pecado, tenemos ante el Padre un defensor que es Jesucristo, y él es justo” (1 Juan 2:1). ¿Quién podrá condenarlos? Cristo Jesús es quien murió; todavía más, quien resucitó y está a la derecha de Dios, rogando por nosotros” (Romanos 8:34).

Esta sección de la epístola termina con la verdad de que en Jesucristo tenemos un sumo sacerdote: **“Así pues, Jesús es precisamente el Sumo Sacerdote que necesitábamos,”** el mejor sacerdote que alguien pueda imaginarse, de quien los sacerdotes del viejo pacto eran solamente un pobre reflejo, porque ellos eran humanos y pecadores. Jesús es **“santo, sin maldad y sin mancha, apartado de los pecadores, y puesto más alto que el cielo.”** Jesucristo es **“santo”** en toda Su persona como Hijo de Dios y como hombre. Él era el “niño santo” que nació de la virgen María (Lucas 1:35). Nadie pudo probar que Él había cometido el más mínimo pecado (Juan 8:46). Él era el “cordero sin mancha y sin defecto” que fue sacrificado por la salvación del mundo (1 Pedro 1:18-19). Él no conoció el pecado, y para demostrar lo que significa la santidad de Jesús, la epístola añade cuatro verdades: **“santo, sin maldad y sin mancha, apartado de los pecadores, y puesto más alto que el cielo.”**

Esto nos enseña mucho acerca de la persona de Cristo, pero ¿qué podemos decir acerca de Su obra? La respuesta es: **“No es como los otros sumos sacerdotes, que tienen que matar animales y ofrecerlos cada día en sacrificio, primero por sus propios pecados y luego por los pecados del pueblo. Por el contrario, Jesús ofreció el sacrificio una sola vez y para siempre, cuando se ofreció a sí mismo.”** Los sacerdotes del antiguo pacto primero tenían que sacrificar animales por sus propios pecados antes de sacrificar algunos por los pecados de la gente (Levítico 16:6). Esto es lo que el autor de la epístola ya ha manifestado en Hebreos 5:3. Aquí vuelve sobre el mismo punto porque es importante. ¿Por qué tendría Jesús que sacrificar animales para Él mismo, siendo santo, inocente y puro? Por lo tanto, Él sólo tenía que ofrecer un sacrificio por la humanidad, Sus hermanos y hermanas y solamente por ellos. Al terminar todo Jesús, tal como lo dijo en la cruz (Juan 19:30), ya no hay necesidad de empezar todo de nuevo, ya que Él no necesitaba ofrecer un sacrificio para Él mismo. Y en lo que se refiere a los hombres, un sacrificio fue suficiente para reconciliarlos con Dios y redimirlos. Eso equivale a decir que Su sacrificio fue perfecto. De hecho, Él no mató animales, vacas, bueyes o cabras, sino que ofreció Su sacrificio **“una sola vez y para siempre, cuando se ofreció a sí mismo.”** Porque Él se entregó a la muerte como rescate por la salvación de todos” (1 Timoteo 2:6). “Cristo...se entregó por nosotros, como ofrenda y sacrificio de olor agradable a Dios” (Efesios 5:2). “Jesucristo se entregó a la muerte por nuestros pecados” (Gálatas 1:4). “Cristo mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz” (1 Pedro 2:24). Él “se ofreció a sí mismo a Dios” (Hebreos 9:14). Se pueden encontrar muchos otros textos de la Biblia que nos dicen que Jesucristo se ofreció en sacrificio por la salvación del mundo. Él fue sacerdote y víctima a la vez. Sumo sacerdote y víctima inocente. Sacerdote divino, porque Él es verdadero Dios, y víctima divina elegida por Dios mismo.

Los arreglos del antiguo pacto eran imperfectos, e incompletos para la salvación del mundo. Fueron establecidos en el tiempo de Moisés, alrededor del 1500 a.C. Quinientos años después, en el tiempo del Rey David, el sacerdocio de Jesús fue predicho y confirmado con un juramento (Salmo 110:4), y lo que el salmista, hablando como profeta inspirado por el Espíritu Santo, proclamó, se cumplió en Jesús. Dios mismo pues fue testigo del carácter temporal del sacerdocio

Levítico y la superioridad del sacerdocio de Su Hijo. **“El juramento de Dios, que fue hecho después de la ley, nombra sumo sacerdote a su Hijo, quien ha sido hecho perfecto para siempre.”** Una vez más, ¿por qué alguien querría volver al sacerdocio de la antigua alianza, que era un sacerdocio indudablemente imperfecto, que el mismo Dios ha abolido? ¿Quién querría fundamentar su salvación sobre la obra de hombres pecadores, cuyos sacrificios eran incapaces de eliminar realmente los pecados y que cuyas oraciones estaban lejos de ser tan efectivas como las de Jesús? ¿Quién preferiría eso que es inferior a lo otro que es superior? ¿Quién preferiría la imperfección a la perfección, la sobra a la realidad, al símbolo en vez de su cumplimiento? Solo personas dementes actuarían así. El texto también vigorosamente recuerda que no es necesario ningún sacrificio adicional para reconciliarnos con Dios y para obtener sus favores. Debemos insistir sobre ese punto, porque la Iglesia Católica Romana ve la misa como a un sacrificio sin sangre que es llevado ante Dios para los vivos y los muertos, que tiene un valor redentor y cuanto a renueva o hace presente y activo al sacrificio de Jesús en la cruz. Sobre este punto debemos insistir también ya que vivimos en una cultura que practica sacrificios animistas y otras ceremonias de expiación y ritos. Jesucristo ofreció un sacrificio único y perfecto que no necesita ser completado por otros. Los antepasados tienen derecho de ser honrados y apreciados, pero no tienen derecho a recibir sacrificios, porque no son Dios y no tienen poder sobre las personas vivas. En lo que concierne a Dios, Él no necesita otros sacrificios, porque Él ha reconciliado a la humanidad, y Su gracia ha sido obtenida para todos por Jesucristo. Es suficiente con que aceptemos el sacrificio de Jesús con un corazón creyente.

Resumen:

El sacerdocio de Jesús es superior al de los sacerdotes en el antiguo pacto. El capítulo 7 de la Epístola a los Hebreos nos explica en qué sentido Él es un sacerdote de la misma clase que Melquisedec. Que al igual que lo fue Melquisedec, Jesús es Sacerdote y Rey a la vez. Que al igual que lo fue Melquisedec, Jesús es Rey de Jerusalén, Dios del pueblo, Rey de justicia y de paz. Como Jesús es santo e inocente, Su sacrificio único fue suficiente para redimir al mundo. Él vive eternamente y Su sacerdocio no puede cambiar.

5. Cristo entró a un santuario mayor y estableció un pacto más grandioso que el santuario y el pacto del Antiguo Testamento (Hebreos 8:1–13).

Lo más importante de lo que estamos diciendo es que nuestro Sumo Sacerdote es de tal naturaleza que se ha sentado en el cielo, a la derecha del trono de Dios, y oficia como sacerdote en el verdadero santuario, el que fue hecho por el Señor y no por los hombres (Hebreos 8:1-2).

El sacerdocio de Jesucristo es superior al antiguo sacerdocio que Moisés inició por mandato de Dios; de que el sacerdocio debía ser la sombra del sacerdocio de Jesús y que debía ser reemplazado por Él. La superioridad de Jesús, el sacerdote, (Hebreos 4:14 al 6:20), y la superioridad del sacrificio que Él ofreció a Dios (Hebreos 7:1-28), demostraron este hecho. También lo demuestra la superioridad del lugar donde tuvo lugar este sacerdocio. Los sacerdotes de la tribu de Leví sirvieron en el tabernáculo construido en el desierto, y luego en el templo construido por el Rey Salomón en Jerusalén. Es allí donde ellos ofrecieron sus sacrificios. Ellos sirvieron en la tierra en un templo construido por personas. Después, cuando llegaba el momento, iban muriendo uno tras otro. Pero Jesucristo **“se ha sentado en el cielo, a la derecha del trono de Dios.”** Él aún vive allí, vivirá allí para siempre y cumplirá con Su ministerio permanentemente. No en la tierra, sino que, **“Él oficia como sacerdote en el verdadero santuario, el que fue hecho por el Señor y no por los hombres.”**

Para todos los judíos creyentes, el templo de Jerusalén, que fue reconstruido cuando el pueblo regresó del exilio, era una hermosa edificación con sus ceremonias, sus servicios y sus rituales. Durante las grandes festividades como la Pascua, la Fiesta de los Tabernáculos, y el Día de la Expiación (o el Día del Gran Perdón), ellos venían al templo provenientes de muchos lugares, pero ese era sólo un edificio hecho con piedras. Acerca de éste edificio Cristo una vez dijo: **“¿Ven ustedes todo esto? Pues les aseguro que aquí no va a quedar ni una piedra sobre otra. Todo será destruido”** (Mateo 24:2). Pocos años después se escribió la Epístola a los Hebreos, así que parece que el templo fue destruido en el año 70 d.C., y desde ese día no se ha traído un sacrificio a Jerusalén. ¡Los sacerdotes y los Levitas están desempleados! Del edificio, sólo permanece el llamado Muro de las Lamentaciones, a donde los Judíos van hoy a llorar y a pedir a Dios para que se reconstruya.

En lo que concierne a Jesús, ¿está Él también desempleado porque el templo fue destruido? No, porque Él **“se ha sentado en el cielo, a la derecha del trono de Dios y oficia como sacerdote en el verdadero santuario, el que fue hecho por el Señor y no por los hombres.”** Él oficia en el tabernáculo celestial, en el verdadero templo del cual el templo de Jerusalén era sólo un pobre reflejo y un símbolo temporal. Él está sentado a la derecha de Dios, y esto quiere decir que Él comparte el poder y la autoridad con Su Padre, y que Él gobierna en Su nombre. Él no sólo es sumo sacerdote, porque Él ha ofrecido un sacrificio y lo ha presentado ante Dios, y porque Él también ruega por nosotros, sino que también es Señor y Rey. Él gobierna con Dios que es Señor y Rey, y al mismo tiempo Él **“oficia.”** El término griego utilizado allí nos da la palabra *liturgia*. Si se traduce literalmente sería: Jesús es el *liturgista* en el templo celestial. Él dirige el servicio del cual Él es la persona que oficia

Si ya no existen sacerdotes y Levitas en Jerusalén, se debe a que ya no hay templo. Su función ha cesado con la destrucción de Jerusalén y de su templo. Si, por otra parte, no vemos a nuestro sumo sacerdote Jesucristo sirviendo, es porque Él cumple con Su ministerio en el cielo. Él es demasiado grande para llevarlo a cabo en un edificio de piedra construido por gente. Más

adelante, el autor de la epístola dirá: “Porque Cristo no entró en aquel santuario hecho por los hombres, que era solamente una figura del santuario verdadero, sino que entró en el cielo mismo, donde ahora se presenta delante de Dios para rogar en nuestro favor” (Hebreos 9:24). El tabernáculo construido con pieles de animales era sólo una tienda temporal que el pueblo de Israel cargaba por todo el desierto, mientras esperaba por su edificio permanente en la tierra prometida. En lo que respecta al templo de Jerusalén, este tampoco era un fin en sí mismo, sino un templo de piedra, mientras esperaban que Jesús entrara al templo celestial con la sangre de Su sacrificio. Por lo tanto, no hay que hacer duelo ni llorar por él. ¡Lo que sucede en el cielo es mucho más importante que lo se hacía en Jerusalén!

Todo sumo sacerdote es nombrado para presentar ofrendas y sacrificios, y por eso es necesario que Jesucristo también tenga algo que ofrecer. Si él estuviera en la tierra, ni siquiera sería sacerdote, pues aquí ya hay sacerdotes que presentan las ofrendas mandadas por la ley de Moisés. Pero estos sacerdotes prestan sus servicios por medio de cosas que no son más que copias y sombras de lo que hay en el cielo. Y sabemos que son copias porque, cuando Moisés iba a construir el santuario, Dios le dijo: “Pon atención y hazlo todo según el modelo que te mostré en el monte. Pero nuestro Sumo Sacerdote, que ha recibido un ministerio sacerdotal mucho mejor, es mediador de una alianza mejor, basada en mejores promesas. Si la primera alianza hubiera sido perfecta, no habría sido necesaria una segunda alianza (Hebreos 8:3-7).

Solo un santuario celestial, construido por las manos de Dios y no por los hombres es digno de recibir a un sumo sacerdote como Jesucristo y de servir como un lugar para el culto. **“Todo sumo sacerdote es nombrado para presentar ofrendas y sacrificios.”** Noten que están en plural las palabras **“ofrendas”** y **“sacrificios”**. Todo aquello que es imperfecto e incompleto debe ser repetido con regularidad. Jesús fue un sumo sacerdote, Él también tenía que tener **“algo que ofrecer.”** Esta vez, la palabra está en singular: **algo**. ¿Y qué le ofreció Él a Dios? El autor parece que no necesita especificarlo, porque él ya lo dijo en el capítulo anterior: “Él se ofreció a sí mismo” (Hebreos 7:27). El autor volverá a hablar de esto nuevamente en el próximo capítulo.

En la tierra, Cristo **“ni siquiera sería un sacerdote,”** porque, a fin de officiar en el templo de Jerusalén, Él tenía que venir de la tribu de Leví. Ese templo probablemente estaba en pie todavía en el año 64 o 65 d.C., el tiempo en que se escribió la Epístola a los Hebreos y allí los sacerdotes servían y presentaban los sacrificios. El texto especifica: **“las ofrendas mandadas por la ley.”** Pero Jesucristo no estaba entre ellas. Todo eso eran **“sólo cosas que no son más que copias y sombras de lo que hay en el cielo.”** Dios le había dicho a Moisés: **“Pon atención y hazlo todo según el modelo que te mostré en el monte.”** El tabernáculo que él debía construir en el desierto era una copia del modelo que Dios le mostró en la montaña. “Y pon tu atención en hacerlos iguales a los modelos que se te mostraron en el monte” (Éxodo 25:40). Por tanto el santuario terrenal (templo o tabernáculo) no fue otra cosa que una copia del templo celestial. **“Si la primera alianza hubiera sido perfecta, no habría sido necesaria una segunda alianza.”** Lo que es bueno no se reemplaza, y cuando esto se hace, en su lugar se tiene que poner algo mejor.

Pero Dios encontró imperfecta a aquella gente, y dijo: “El Señor dice: Vendrán días en que haré una nueva alianza con Israel y con Judá. Esta alianza no será como la que hice con sus antepasados, cuando los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; y como ellos no cumplieron mi alianza, yo los abandoné, dice el Señor. La alianza que haré con Israel después de aquellos días, será esta, dice el Señor: Pondré mis leyes en su mente y las escribiré en su corazón. Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no será necesario

que unos a otros, compatriotas o parientes, tengan que instruirse para que conozcan al Señor, porque todos me conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande. Yo les perdonaré sus maldades y no me acordaré más de sus pecados.” Cuando Dios habla de una nueva alianza es porque ha declarado vieja a la primera; y a lo que está viejo y anticuado, poco le falta para desaparecer (Hebreos 8:8-13).

En griego existen dos palabras para “alianza.” Una indica una promesa que se hace entre dos socios o partes iguales (o casi iguales) que pueden negociar en igualdad de términos. Por ejemplo, una alianza entre dos reyes para enfrentar a un enemigo común, o una alianza de matrimonio. Y después existe otra palabra que es utilizada aquí (y a cada momento en la Biblia) cuando se trata de un pacto que Dios ha hecho con la humanidad. En este tipo de alianza los socios no son iguales, pero uno de ellos actúa en beneficio del otro. Este es el caso cuando se hace un testamento y se firma. El autor del testamento es libre de hacer lo que él quiera con lo que le pertenece. El simplemente dicta su voluntad.

El autor cita ahora a Jeremías 31:31-34, donde Dios habla como si Él se diera cuenta del fracaso de Su primer pacto y decidiera establecer uno nuevo. Él había sacado a Su pueblo de Egipto y los había liberado de una dura esclavitud, pero Él reconoce que: **“como ellos no cumplieron mi alianza, yo los abandoné.”** Por eso, Él decide establecer una nueva, totalmente diferente a la primera. Los judíos estaban muy orgullosos del pacto que Él había hecho con Abraham, Isaac y Jacob, y después con todo el pueblo, ya que para ellos era la más grande revelación divina. Ellos eran “el pueblo de la alianza,” es decir, el pueblo de Dios, y ellos lo sabían. Ellos a menudo se jactaban de ello y se sentían orgullosos. Los fariseos estaban orgullosos de ser los hijos de Abraham. Ellos dijeron a Jesús “¡Nosotros no somos hijos bastardos; tenemos un solo Padre que es Dios!” (Juan 8:41); a lo cual Jesús respondió, “Si de veras Dios fuera su padre, ustedes me amarían, porque Yo vengo de Dios y aquí estoy...El padre de ustedes es el diablo” (Juan 8:42-44).

Dios no estaba de acuerdo. Algo andaba mal con el antiguo pacto, estaba incompleto y era imperfecto. Cuando Él hizo el pacto con Israel, el pueblo dijo a una sola voz: “Haremos todo lo que el SEÑOR ha ordenado” (Éxodo 19:8). “Pondremos toda nuestra atención en hacer lo que el SEÑOR ha ordenado” (Éxodo 24:7). Pero poco después leemos la historia del becerro de oro (Éxodo 32), después, de las murmuraciones en el desierto que ocasionaron el envío de las serpientes (Números 21), el descontento y las revueltas. En el tercer capítulo el autor de la Epístola a los Hebreos ya ha demostrado la maldad y la ingratitud de los Israelitas.

La “falta” de la antigua alianza, si podemos utilizar ese término, fue el hecho de que la Ley dada en el Monte Sinaí sirvió como el fundamento, pero ahora la Ley hace dos cosas: revela el pecado, sin embargo no puede suprimirla ni abolirla, ya que requiere de una obediencia perfecta, pero no da la fuerza para obedecerla. San Pablo escribe: “Porque Dios ha hecho lo que la Ley de Moisés no pudo hacer, pues no era capaz de hacerlo debido a la debilidad humana” (Romanos 8:3); la Ley no podía liberar a la humanidad del pecado. La Ley no es mala por sí misma, ya que ayuda a las personas a conocer su pecado (Romanos 7:7), pero las deja en poder del pecado y las condena. Lloro San Pablo: “¡Desdichado de mí! ¿Quién me librá del poder de la muerte que está en mi cuerpo?” (Romanos 7:24), y añade: “¡Pero gracias a Dios!, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 15:57). La victoria y la salvación no provienen de la Ley, sino del Evangelio de Jesucristo. Es por esa razón que Dios decidió hacer una nueva alianza en Su Hijo.

Este pacto es llamado una nueva alianza no solamente porque llega después de la primera, sino también porque básicamente es diferente. Varias veces en Jeremías 31:33-34, la cual cita el autor, se encuentra la expresión **“El SEÑOR dice.”** Luego añade, **“haré”, “pondré”, “escribiré”, “seré”, “perdonaré,” “no me acordaré más.”** Este es Dios quien habla, Él es el único autor de este pacto. Las personas no son un socio en igualdad de condiciones en este pacto, sino aquellos que serán bendecidos. Dios lo hace todo por la gracia en Su Reino.

El nuevo pacto se establece con **“la casa de Israel y la casa de Judá.”** Después de la muerte de Salomón, el pueblo de Israel fue dividido en dos reinos, el reino del Norte y el reino del Sur (el reino de Israel y el reino de Judá) o la **“casa de Israel”** y la **“casa de Judá.”** Cuando el profeta Jeremías hizo su divina profecía, el pueblo de Israel había sido conducido hacia su esclavitud. El reino del Norte había sido deportado a Asiria en el 722 a.C. y jamás regresó, mientras que el reino del Sur fue conducido a Babilonia en el 588 a.C. Ellos sí regresaron después de setenta años de cautiverio, porque debía cumplirse la promesa de dios, y Jesús tenía que nacer de los descendientes del Rey David. Pero una vez más, el reino del Sur fue dispersado en el año 70 d.C. La promesa de una nueva alianza era para un nuevo pueblo de Israel y de Judá, para todos los descendientes espirituales de Abraham, para todos aquellos que al igual que él creerían en Dios y vivirían por Su perdón y Su salvación. Eso es la Iglesia Cristiana, constituida por Judíos y Gentiles creyentes, que tienen a Abraham como su antepasado espiritual (Romanos 4:9-12; Gálatas 3:13-14), y que vienen de todas las naciones, y de todas las tribus y pueblos del mundo (Apocalipsis 7:9).

¿De qué manera la alianza era una “nueva alianza”? ¿Cuál es la parte nueva? Ciertamente que Dios ya había revelado toda Su bondad y misericordia en el antiguo pacto cuando Él perdonó a Su pueblo y los guió por el desierto hasta la tierra prometida. Él tuvo piedad de ellos muchas veces, pero Israel se apartó de Él, y Él tuvo que reconocer con amargura: **“ellos no cumplieron mi alianza”** y decidió que ya no se ocuparía de ellos. En algunas maneras el antiguo pacto fue un fracaso porque no pudo producir la obediencia requerida, por ello Dios después estableció otra alianza **“basada en mejores promesas”** (Hebreos 8:6).

He aquí la primera promesa: **“Pondré mis leyes en su mente y las escribiré en su corazón.”** Ya no estaría escrita sobre piedras con la amenaza de un terrible castigo para todos los que desobedecen, sino en sus mentes y en sus corazones. En el nuevo pacto, la ley de Dios ya no estaría fuera de la gente, sino dentro. Ellos la llevarían en sus corazones. Ellos conocerían al Señor y amarían Su voluntad. La orden de obedecer no vendría desde el exterior, de las amenazas de la Ley, sino desde el interior. Los creyentes en el nuevo pacto tendrán corazones renovados que les harán amar la voluntad del Señor. Cuando una persona sabe que Dios la amó tanto que envió a Su Hijo para morir por su salvación, esa persona a cambio lo amará a Él, y Su Palabra se convierte en su mayor deseo. Su amor consiste esto: **“no en que nosotros hayamos amado a dios, sino en que Él nos amó a nosotros y envió a Su Hijo, para que, ofreciéndose en sacrificio, nuestros pecados quedaran perdonados...Nosotros amamos porque Él nos amó primero”** (1 Juan 4:10, 19). En el Salmo 119, el salmista explica por qué él ama la Palabra de Dios y está muy contenta con ella (Salmo 119:11-16, 18, 23-24, etc.). A esto se le llama nacer de nuevo. Dios utiliza el Evangelio para hacer al pueblo Su salvación y para que la fe nazca en sus corazones. En su nuevo pacto, Él cambia los corazones y los transforma, para que la gente lo conozca, para que crean en Él, sean Sus servidores y lo amen, y que marchen por el camino de Sus mandamientos. ¡El Evangelio les da la voluntad y la fortaleza para obedecer, les da un nuevo corazón! Tal es la primera promesa hecha por Dios en la profecía de Jeremías.

Y esta es la segunda promesa: **“Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo.”** El apóstol Pablo escribió a los Gálatas: “pues por la fe en Cristo Jesús todos ustedes son hijos de Dios” (Gálatas 3:26). Y en otro lugar él escribió: “Y puesto que somos Sus hijos, también tendremos parte en la herencia que Dios nos ha prometido, la cual compartiremos con Cristo” (Romanos 8:17). O nuevamente en Efesios 1:4-5, “Dios nos escogió en Cristo desde antes de la creación del mundo, para que fuéramos santos y sin defecto en su presencia. Por su amor, nos había destinado a ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, hacia el cual nos ordenó, según la determinación bondadosa de su voluntad.” Los creyentes ya no son “extranjeros, ya no están fuera de su tierra, sino que ahora comparten con el pueblo santo los mismos derechos, y son miembros de la familia de Dios” (Efesios 2:19).

Y esta es la tercera promesa: **“Ya no será necesario que unos a otros, compatriotas o parientes, tengan que instruirse para que conozcan al Señor, porque todos me conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande.”** La revelación de Dios ha sido progresiva. Una y otra vez Dios les enviaba nuevos profetas para revelar un poco más. Y cuando vino Malaquías, el último profeta, el Señor todavía no lo había revelado todo. Recuerden el primer versículo de la Epístola a los Hebreos: “En tiempos antiguos Dios habló a nuestros antepasados muchas veces y de muchas maneras por medio de los profetas. Ahora, en estos tiempos últimos, nos ha hablado por Su Hijo, mediante el cual creó los mundos y al cual ha hecho heredero de todas las cosas” (Hebreos 1:1-2). En el nuevo pacto, Dios nos enseña para que lo conozcamos.

Aquí tenemos la cuarta promesa: **“Yo les perdonaré sus maldades y no me acordaré más de sus pecados.”** Esta es la promesa más hermosa, y es por esa razón, sin duda alguna, que ha sido colocada de último. Dios perdona. Juan el Bautista fue enviado para prepararle el camino al Señor, “para hacer saber a su pueblo que Dios perdona sus pecados” (Lucas 1:77). Cristo le dijo a Saulo de Tarso: “Te voy a librar de los judíos y también de los no judíos, a los cuales ahora te envío. Te mando a ellos para que les abras los ojos y no caminen más en la oscuridad, sino en la luz, para que no sigan bajo el poder de Satanás, sino que sigan a Dios; y para que crean en mí y reciban así el perdón de los pecados y una herencia en el pueblo santo de Dios” (Hechos 26:17-18). “Pero en ti encontramos perdón, para que te honremos” (Salmo 130:4). No es que Dios ya no ve maldad y que a Él le es indiferente la injusticia, sino que Él perdona el pecado porque Él lo derrotó por la muerte de Su Hijo, y al haber aceptado Su sacrificio, Él se declaró reconciliado con el mundo, y por lo tanto Su justicia está satisfecha. Ahora Él perdona a todos los que reciben a Su Hijo como su Salvador y reciben Su promesa con fe en sus corazones, además de darle a Su Iglesia el poder para proclamar Su perdón (Juan 20:23; 1 Juan 2:12).

Un pecado perdonado por el SEÑOR es un pecado que ya no existe ante Sus ojos. Nuestros pecados ha alejado de nosotros, como ha alejado del oriente el occidente (Salmo 103:12), y arroja nuestros pecados a las profundidades del mar (Miqueas 7:19). “¿Quién podrá acusar a los que Dios ha escogido? Dios es quien los hace justos. ¿Quién podrá condenarlos? Cristo Jesús es quien murió, todavía más, quien resucitó y está a la derecha de Dios, rogando por nosotros” (Romanos 8:33-34). “Ahora ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús” (Romanos 8:1).

Estas, pues, son las cuatro promesas:

1. Dios escribirá Su Ley en los corazones de la gente.
2. Él será Su Dios y ellos serán Su pueblo.
3. Todos ellos lo conocerán, desde el más pequeño hasta el más importante.
4. Él perdonará su maldad y ya no recordará sus pecados.

¿Pueden imaginar ustedes unas promesas más hermosas? Ellas se han cumplido en Jesús y es sobre ellas en las cuales se fundamenta el nuevo pacto. Después que el ejército Romano sitió y destruyó a Jerusalén, ya no existió más el templo, ni el sacerdocio ni los sacrificios. Eso no importa, porque todo se cumplió. La antigua alianza jugó su papel ya que había anunciado y preparado el nuevo pacto que el Señor estableció con Su pueblo.

Ahora, ¿de qué sirve usar el sacerdocio del viejo pacto, si “Cristo ya vino, y ahora Él es el Sumo Sacerdote de los bienes definitivos” (Hebreos 9:11) y si el Salvador prometido ha cumplido Su obra? ¿De qué sirve utilizar un templo de piedra, si Él construyó un templo celestial espiritual al cual Él entró con Su sangre, y donde Él está preparando un lugar para Su propio pueblo? Sería tonto regresar al antiguo pacto, cuando Dios ha establecido uno nuevo, mucho más glorioso, y fundamentado en promesas que son mucho más grandiosas. **“Cuando Dios habla de una nueva alianza es porque ha declarado vieja a la primera; y a lo que está viejo y anticuado, poco le falta para desaparecer.”** El pueblo de Dios debe mirar hacia adelante hacia la tierra prometida y no hacia atrás hacia las vasijas de carne que comían en Egipto. “Él que está unido a Cristo es una nueva persona. Las cosas viejas pasaron; ¡se convirtieron en algo nuevo!” (2 Corintios 5:17).

Resumen:

Los sacerdotes del antiguo pacto sirvieron en el tabernáculo en el desierto y en el templo de Jerusalén. Jesucristo está sirviendo en un tabernáculo mucho más grandioso, en el cielo mismo. Es allí adonde Él fue y presentó Su sacrificio perfecto ante Dios, el cual ofreció por la salvación del mundo. En Él, Dios ha establecido una nueva alianza con promesas mucho más grandiosas que las de la antigua.

6. Jesús es superior porque Él ofreció un sacrificio superior (Hebreos 9:1 al 10:18).

Ahora bien, la primera alianza tenía sus reglas para el culto, pero en un santuario terrenal. La tienda se levantó de tal forma que en su primera parte, llamada el Lugar Santo, estaban el candelabro y la mesa con los panes consagrados a Dios. Detrás del segundo velo estaba el llamado lugar Santísimo, allí había un altar de oro para quemar el incienso, y el arca de la alianza cubierto de oro por todos lados. En el arca había una jarra de oro que contenía el maná, y también estaban el bastón de Aarón, que había retoñado, y las tablas de la alianza. Encima del arca estaban los seres alados que representaban la presencia de Dios, los cuales cubrían con sus alas la tapa del arca. Pero por ahora no es necesario dar más detalles sobre estas cosas (Hebreos 9:1-5).

El sacerdocio de la antigua alianza simbolizaba el sacerdocio de Jesucristo, y así se cumplió en Él. Por lo tanto queda claro que Jesús es muy superior a los sacerdotes y Levitas que sirvieron en el templo de Jerusalén. Después de haber demostrado que Él era más grande que ellos por sus cualidades personales, por Su ministerio y por el tabernáculo en el cual Él sirve, el autor de la Epístola a los Hebreos intentará demostrar que Él también ofreció a Dios un sacrificio mucho mejor, y que era mucho más efectivo que los que indicaba el antiguo pacto. Indudablemente, nada demuestra más claramente la superioridad de Cristo que el regalo que Él le ha ofrecido a Dios.

Los sacrificios del Antiguo Testamento siempre eran ofrecidos en un edificio que había sido construido para ese propósito. El autor invita a sus lectores a visitar el templo en el que sirvieron Aarón y sus sucesores. Él, con mucha propiedad lo llama **“un santuario terrenal.”** El primer edificio fue un tabernáculo, que era una gran tienda hecha con tela y pieles de animales, una tienda que el pueblo de Israel llevaba consigo durante su viaje en el desierto. El segundo edificio fue un templo de piedra para el cual el Rey David preparó los materiales y que el Rey Salomón construyó en Jerusalén, Dios mismo le dio el diseño a Moisés (Hebreos 8:5), pero fue construido por manos humanas con materiales terrenales. Esta era una hermosa edificación en la cual el Señor se reunía con Su pueblo, escuchaba sus oraciones y alabanzas, recibía sus sacrificios y les bendecía. Pero era **“un santuario terrenal,”** un edificio imperfecto y verdaderamente indigno de recibir al Señor. El Rey Salomón mismo reconoció esto cuando él inauguró el templo, y en una maravillosa oración él le dijo a Dios: “Pero, ¿será verdad que Dios puede vivir sobre la tierra? Si el cielo, en toda su inmensidad, no puede contenerme, ¡cuánto menos este templo que he construido para ti!” (1 Reyes 8:27). En el libro del profeta Isaías, el Señor dice: “El cielo es mi trono y la tierra es el estrado de mis pies. ¿Dónde podrán construirme una casa? ¿Dónde podrán hacerme un lugar de descanso?” (Isaías 66:1). Dios llena el cielo y la tierra (Jeremías 23:24). Él es demasiado grande para estar limitado a un edificio de piedra.

Luego prosigue una breve descripción del interior del edificio. Nosotros alentamos al lector a leer los capítulos del Antiguo Testamento que hablan más detalladamente acerca de todas estas cosas (Éxodo 25 al 40). Allí aprendemos que el tabernáculo medía 30 cúbitos de largo, 10 de ancho y 10 de alto, que son aproximadamente unos 45 pies de largo (13,7 metros), 15 pies de ancho (4,6 metros) y 15 pies de alto (9,2 metros). Los sacerdotes entraban por una gran cortina. Luego venía el Lugar Santo, que medía alrededor de 15 pies de largo (4,6 metros), separado del Lugar Santísimo por una segunda cortina o velo. La cortina estaba hecha de una tela muy lujosa, de lino fino de diferentes colores, decorada con un ser alado o querubín y adherida a columnas cubiertas con oro (Éxodo 26:31-35).

En el Lugar Santo había un gran candelabro de oro con siete brazos en los cuales había siete lámparas para iluminar el salón (Éxodo 25:31-40). Allí también había una mesa cubierta de oro sobre la cual se exhibe “el pan de la Presencia” (Éxodo 25:23-30). El pan se llamó así porque era presentado a Dios en el Lugar Santo. Eran panes consagrados, doce hogazas en dos filas de a seis, una por cada una de las tribus de Israel, hechos con la mejor harina sin levadura. Este era cambiado una vez por semana en el Sabbath, y sólo a los sacerdotes les era permitido comerlo.

Delante de la cortina que separaba el Lugar Santo del Lugar Santísimo, **“allí había un altar de oro para quemar el incienso, y el arca de la alianza cubierto de oro por todos lados.”** El altar de oro para quemar el incienso estaba hecho de madera de acacia cubierto de oro, con un cuerno en cada esquina y equipado con argollas de oro para los travesaños que se usaban para cargarla con facilidad (Éxodo 30:1-10). Todos los días, el sumo sacerdote quemaba incienso en el honor a Dios. Levítico 16:12-13 nos dice que una vez al año, en el gran día de expiación, él tomaba el incienso que se quemaba en el altar y lo llevaba hasta el Lugar Santísimo para que el humo ocultara el asiento de la misericordia, es decir, la tapa del arca de la alianza, que simbolizaba la presencia de Dios, para que él no muriera. Es por esta razón, quizás, que el autor de la Epístola a los Hebreos asocia el altar del incienso con el Lugar Santísimo, aunque en realidad era colocado al frente de la cortina que ocultaba ese recinto.

En el Lugar Santísimo sólo había un objeto, “el arca de la alianza cubierta de oro.” En Éxodo 25:10-22, se describe y se dan sus medidas de dos cúbitos y medio, uno y medio de ancho y uno y medio de alto, alrededor de 48 x 24 x 24 pulgadas (1.4 por .69 por .69 metros). Esta estaba cubierta de oro por la parte interna y externa. Había dos seres alados dorados en la tapa llamada el “asiento de la misericordia.” La Epístola a los Hebreos los llama **“los seres alados que representaban la presencia de Dios”** o querubines de la gloria, porque la gloria de Dios moraba en el Lugar Santísimo. Con respecto a este lugar muy santo, Dios le dijo a Moisés: “Allí, me encontraré contigo y, desde lo alto de la tapa, de entre los dos seres alados que están sobre el arca de la alianza, te haré saber todas mis órdenes para los israelitas” (Éxodo 25:22). En el gran día del perdón, el sumo sacerdote vertía la sangre del perdón del pecado ofrendado en los cuernos del altar del incienso (Éxodo 30:7, 10) y la rociaba siete veces sobre la cubierta del arca de la alianza (Levítico 16:14-16). No se permitía a ninguno acompañarlo al Lugar Santísimo (Levítico 16:17).

Dentro del arca, había **“una jarra de oro que contenía el maná”** (Éxodo 16:32-34). Este maná daba testimonio de la bondad y la misericordia de Dios quien había alimentado a Su pueblo durante los 40 años que viajaron por el desierto. En el arca también estaba **“el bastón de Aarón, que había retoñado”** (Números 17:1-11). Dios lo había hecho retoñar para dar testimonio al pueblo para el cual Él eligió a Moisés como líder y a su hermano Aarón como sumo sacerdote. Este bastón era un recordatorio de la rebelión de Israel. Finalmente, el arca contenía **“las tablas de la alianza”** sobre las cuales estaban escritos los Diez Mandamientos que era una regla de vida que Dios le dio a Su pueblo. Es por esto, que Él ordenó a Moisés que los pusiera dentro del arca de la alianza (Éxodo 25:16). Sin embargo, la Biblia nos dice que el bastón de Aarón y la jarra de maná habían desaparecido en el tiempo de Salomón (1 Reyes 8:9), quizás cuando el arca fue tomada por los Filisteos (1 Samuel 4:10-11). En lo concerniente a las tablas de piedra de la Ley, ellas también desaparecieron, probablemente cuando el Rey Nabucodonosor quemó el templo (2 Reyes 25:8-9). Esta era una corta descripción del tabernáculo y de cómo estaba amoblado. **“Pero, por ahora no es necesario dar más detalles sobre estas cosas,”** dice el autor de la epístola. Él no quiere perder mucho tiempo con eso, porque el ministerio y el sacrificio de Cristo son más importantes para él que los detalles concernientes al tabernáculo. Él quiere pasar al aspecto más importante, la obra de Jesucristo, el sumo sacerdote. Pero antes de hablar sobre el

tema, el añade una breve descripción de la obra que estaban realizando los sacerdotes y sumos sacerdotes de la antigua alianza.

Preparadas así las cosas, los sacerdotes entran continuamente en la primera parte de la tienda para celebrar los oficios del culto. Pero en la segunda parte entra únicamente el sumo sacerdote, y solo una vez al año; y cuando entra, tiene que llevar sangre de animales para ofrecerla por sí mismo y por los pecados que el pueblo comete sin darse cuenta. Con esto el Espíritu Santo nos da a entender que, mientras la primera parte de la tienda seguía existiendo, el camino al santuario todavía no estaba abierto. Todo esto es un símbolo para el tiempo presente; pues las ofrendas y sacrificios que allí se ofrecen a Dios no pueden hacer perfecta la conciencia de los que así lo adoran. Se trata únicamente de alimentos, bebidas y ciertas ceremonias de purificación, que son reglas externas y que tienen valor solamente hasta que Dios cambie las cosas (Hebreos 9:6–10).

Los sacerdotes de la tribu de Leví se mantenían ocupados todos los días, mañana y noche, **“en la primera parte de la tienda,”** llamado el Lugar Santo (Éxodo 30:7-8). Ellos iban allí todo el tiempo, pero hay que hacer notar que ellos eran los únicos que podían entrar allí. La gente se mantenía en la parte de afuera. El Lugar Santo estaba reservado para los sacerdotes y para los sacrificios diarios. Sólo el sumo sacerdote tenía derecho de entrar al Lugar Santísimo, y eso **“solo una vez al año”** (Levítico 16:34), y él tenía que traer la sangre del sacrificio que él había ofrecido **“por sí mismo y por los pecados que el pueblo comete sin darse cuenta”** (Hebreos 5:3). No se le permitía ver con sus ojos el arca de la alianza, la cual era el trono del Dios Santísimo. Por eso el llevaba el incienso para poder ocultarla con el humo. La tradición nos dice que el sumo sacerdote hasta entraba al Lugar Santísimo de espaldas y vertía la sangre por encima de sus hombros. Las Santas Escrituras dicen, “porque el Señor su Dios es un Dios celoso, un fuego que todo lo consume” (Deuteronomio 4:24; Hebreos 12:29). Mientras más avanzaba uno en el tabernáculo, más se reducía la cantidad de gente que tenía derecho a entrar. La gente debía quedarse en el patio, lejos del arca de la alianza. Sólo los sacerdotes tenían derecho a ingresar al Lugar Santo, únicamente el sumo sacerdote podía pasar más allá del segundo velo y entrar al Lugar Santísimo. Una vez al año, ¡y sólo con la sangre del sacrificio! La manera de estar cerca de Dios no se había despejado aún, porque el verdadero sacrificio, el que verdaderamente purga los pecados de la gente y los reconcilia con Dios, no había sido ofrecido todavía.

Todas estas normas y “reglas para el culto” (Hebreos 9:1) tenían un profundo significado. Ellas mostraban que el pecado había cavado un gran foso entre Dios y la humanidad, y que nadie se podía acercar al SEÑOR sin un mediador. El pecador no podía ver a Dios y vivir (Éxodo 33:20). Nadie podía presentarse ante Él. El pueblo de Israel necesitaba mediadores, sacerdotes que sacrificaban animales para ellos en un lugar santo, y un jefe de mediadores, que era el sumo sacerdote, quien entraba al Lugar Santísimo en nombre de ellos. Aun la existencia del templo y de las leyes que regulaban el culto, mostraban que ningún pecador se podía acercar a Dios y entrar a Su templo celestial. Cuando el único Mediador entre Dios y la humanidad murió en la cruz, el velo del templo de Jerusalén se rasgó en dos de arriba a abajo (Mateo 27:51). Era fácil entender que esto significaba que se había abierto un camino hacia Dios para el pueblo, ahora que Cristo había muerto por la salvación del mundo. Es bueno recordar nuevamente lo que el apóstol Pablo escribió sobre esto: “Puesto que Dios ya nos ha hecho juntos gracias a la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. Pues por Cristo hemos podido acercarnos a Dios por medio de la fe, para gozar de su favor, y estamos firmes, y nos gloriamos con la esperanza de tener parte en la gloria de Dios” (Romanos 5:1-2). Y otra vez en Gálatas 3:13, “Cristo nos rescató de la maldición de la ley haciéndose maldición por causa nuestra, porque la Escritura dice:

Maldito todo el que muere colgado de un madero.” **“Todo esto es un símbolo para el tiempo presente.”** Así era con las leyes concernientes a los alimentos, las bebidas y diversas ceremonias de limpieza, que eran **“reglas externas y que tienen valor solamente hasta que Dios cambie las cosas.”** Nada de eso podía **“hacer perfecta la conciencia de los que así lo adoran.”** Las leyes de Moisés sobre el culto, los sacrificios y los muchos rituales que Dios ordenó al pueblo sólo podían proporcionar una pureza externa del cuerpo, pero no daban paz al corazón, porque no limpiaban a nadie de sus pecados. Era solamente temporal y solo podía durar por un rato. Dios tenían un mejor plan, pero era necesario que ese plan esperara hasta que llegara el momento correcto (Gálatas 4:4). Todos estos rituales eran un símbolo de la obra de Jesucristo que por sí sola salva al pecador.

Pero Cristo ya vino, y ahora él es el Sumo Sacerdote de los bienes definitivos. El santuario donde él actúa como sacerdote es mejor y más perfecto, y no ha sido hecho por los hombres; es decir, no es de esta creación. Cristo ha entrado en el santuario, ya no para ofrecer la sangre de chivos y becerros, sino su propia sangre; ha entrado una sola vez y para siempre, y ha obtenido para nosotros la liberación eterna. Es verdad que la sangre de los toros y chivos, y las cenizas de la becerra que se quema en el altar, las cuales son rociadas sobre los que están impuros, tienen poder para consagrarlos y purificarlos por fuera. Pero si esto es así, ¡cuánto más poder tendrá la sangre de Cristo! Pues por medio del Espíritu eterno, Cristo se ofreció a sí mismo a Dios como sacrificio sin mancha, y su sangre limpia nuestra conciencia de las obras que llevan a la muerte, para que podamos servir al Dios viviente (Hebreos 9:11-14).

“¡Cristo ya vino!” El autor contrasta esta expresión con todas las que se han dado en la antigua alianza. Esto recuerda la declaración de Pablo en Romanos 3:21-22. “Pero ahora, sin la ley, Dios ha mostrado de qué manera nos hace justos, y esto lo confirman la misma ley y los profetas: por medio de la fe en Jesucristo, Dios hace justos a todos los que creen...” O nuevamente en Efesios 2:4-5, “Pero Dios es tan misericordioso y nos amó con un amor tan grande, que nos dio vida juntamente con Cristo cuando todavía estábamos muertos a causa de nuestros pecados. Por la bondad de Dios han recibido ustedes la salvación.” Cristo vino y con Él todo cambió. Ya nada es como antes. Jesucristo es **“el Sumo Sacerdote de los bienes definitivos,”** especialmente el perdón de los pecados que Dios había prometido por medio del profeta Jeremías (Jeremías 31:31-34; Hebreos 8:8-12) y que es la base del nuevo pacto. El autor utilizará ahora dos argumentos para probarlo.

Primero, Jesús: **“El santuario donde él actúa como sacerdote es mejor y más perfecto, y no ha sido hecho por los hombres; es decir, no es de esta creación.”** Nuestro sumo sacerdote sirvió en un santuario más grande y glorioso que el tabernáculo del desierto y el templo del Rey Salomón. No fue construido por manos humanas con materiales de este mundo. No fue **“de esta creación,”** sino que pertenece al nuevo mundo de Dios.

Luego, **“Cristo ha entrado en el santuario, ya no para ofrecer la sangre de chivos y becerros, sino su propia sangre; ha entrado una sola vez y para siempre, y ha obtenido para nosotros la liberación eterna.”** Cristo ofreció sólo un sacrificio. Él se entregó a sí mismo a Dios **“una sola vez y para siempre”** con la sangre de una víctima, y esa víctima era tan santa y preciosa que Su sacrificio fue suficiente para redimir a la humanidad. Ciertamente, los animales que la gente ofrecía a Dios no debían tener defecto (Éxodo 12:5; 29:1; Levítico 1:3; 22:18-20). Dios no aceptaba que le ofrecieran animales enfermos, heridos o maltrechos, pero esos eran sólo animales, sin importar cuan hermosos fueran. La sangre de los animales no puede redimir y

salvar del pecado a la humanidad. Para liberarlos de la maldición que el pecado les traía, se necesitaba más que eso, **“la sangre de los toros y chivos, y las cenizas de la becerra que se quema en el altar, las cuales son rociadas sobre los que están impuros, tienen poder para consagrarlos y purificarlos por fuera.”** Una pureza externa y ritual, pero no una pureza de corazón y de conciencia (Hebreos 9:9).

Según la Ley de Moisés, el cuerpo se volvía impuro cuando una persona tenía lepra, cuando se tocaba un cadáver o una tumba, o cuando una mujer tenía su período menstrual, y entonces se ordenaban los rituales de purificación. En Números 19, Dios ordenó que la gente que estaba impura debiera ser rociada con agua con cenizas de una becerra que había sido sacrificada. Esto tenía que ver a diversas formas de impurezas externas. Por eso se necesitaba una purificación externa.

En contraste con Aarón y sus sucesores, Jesús no roció la sangre de animales, sino la suya propia: **“¡Cuánto más poder tendrá la sangre de Cristo! Pues por medio del Espíritu eterno, Cristo se ofreció a sí mismo a Dios como sacrificio sin mancha, y su sangre limpia nuestra conciencia de las obras que llevan a la muerte, para que podamos servir al Dios viviente.”** Esta es la sangre que (a los ojos de Dios) es digna de expiar los pecados, que puede purificar a los culpables, satisfacer la justicia de Dios, liberar y salvar. Es la sangre de Él que es Justo (1 Juan 2:1), del Hijo de Dios (1 Juan 1:7). “Pues Dios los ha rescatado a ustedes de la vida sin sentido que heredaron de sus antepasados; y ustedes saben muy bien que el costo de ese rescate no se pagó con cosas corruptibles, como el oro o la plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, que fue ofrecido en sacrificio como un cordero sin defecto ni mancha” (1 Pedro 1:18-19). Es la sangre del Hijo de Dios que se hizo hombre. Lutero una vez dijo que si ponemos en un plato de una balanza a toda la gente del mundo con sus pecados y en el otro la sangre de Cristo, esta última es lo suficientemente pesada como para elevarlas al cielo. Por esta razón fue suficiente que se derramara Su sangre “una sola vez y para siempre.” Así él pudo decir en la cruz, “Todo está cumplido” (Juan 19:30).

Por un lado, muchos sacrificios. Por el otro, un único sacrificio. Por un lado, **“la sangre de los toros y chivos, y las cenizas de la becerra.”** Por el otro, la preciosa sangre de Jesús. Hay una diferencia muy grande entre los sacrificios del antiguo pacto y el sacrificio de Jesucristo. El autor también apunta: **“por medio del Espíritu eterno, Cristo se ofreció a sí mismo a Dios como sacrificio sin mancha.”** Jesús se ofreció a Sí mismo a Dios ungido con el Espíritu Santo. Sobre este tema, Isaías dijo: “De ese tronco que es Jesé, sale un retoño; un retoño brota de sus raíces. El espíritu del SEÑOR estará continuamente sobre él, y le dará sabiduría, inteligencia, prudencia, fuerza, conocimiento, y temor del SEÑOR” (Isaías 11:1-2). Él es “mi elegido, en quien me deleito; He puesto en Él mi espíritu para que traiga la justicia a todas las naciones” (Isaías 42:1). Porque Dios recibió abundantemente al Espíritu Santo (Juan 3:34).

¿Cuál fue el resultado de todo esto? Su sangre **“limpia nuestra conciencia de las obras que llevan a la muerte, para que podamos servir al Dios viviente.”** Ella limpia mucho más que la piel; ella lava el corazón, el alma y la conciencia, para que el pecador, por medio de la fe en Él, quede enteramente limpio ante Dios. Delante del **“Dios viviente”** el creyente queda exonerado, perdonado, justificado y redimido de toda maldad, y le sirve. En su *Catecismo Menor* Lutero escribió: “Él me ha redimido a mí que era una persona perdida y condenada, me ha comprado y me ha ganado de todos los pecados, de la muerte y del poder del maligno; no con oro ni plata, sino con Su santa y preciosa sangre y con Su inocente sufrimiento y Su muerte, para que yo pueda ser suyo y viva con Él en Su reino y pueda servirlo en justicia, inocencia y bendición

eternas, y ser resucitado de entre los muertos al igual que Él, quien vive y reina para toda la eternidad. Esto es verdaderamente cierto.” Por lo tanto, se cumple una de las profecías mesiánicas más hermosas del Antiguo Testamento, que es la profecía de Isaías la cual describe el sufrimiento del Siervo del SEÑOR. “Él estaba cargado con nuestros sufrimientos, estaba soportando nuestros propios dolores. Nosotros pensamos que Dios lo había herido, que lo había castigado y humillado. Pero fue traspasado a causa de nuestra rebeldía, fue atormentado a causa de nuestras maldades; el castigo que sufrió nos trajo la paz, por sus heridas alcanzamos la salud” (Isaías 53:4-5). Este fue el precio por el cual hemos sido redimidos. ¿Qué manera más normal que mostrarle al **“Dios viviente”** nuestra gratitud que sirviéndole con un corazón sincero?

Por eso, Jesucristo es mediador de una nueva alianza y un nuevo testamento, pues con su muerte libra a los hombres de los pecados cometidos bajo la primera alianza, y hace posible que los que Dios ha llamado reciban la herencia eterna que él les ha prometido. Para que un testamento entre en vigor, tiene que comprobarse primero la muerte de la persona que lo hizo. Pues un testamento no tiene valor mientras vive el que lo hizo, sino solo cuando ya ha muerto. Por eso, la primera alianza también se estableció con derramamiento de sangre. Moisés anunció todos los mandamientos de la ley a todo el pueblo; después tomó lana roja y una rama de hisopo, las mojó en la sangre de los becerros y los chivos mezclada con agua, y roció el libro de la ley y también a todo el pueblo. Entonces les dijo: “Esta es la sangre que confirma la alianza que Dios ha ordenado para ustedes. Moisés roció también con sangre el santuario y todos los objetos que se usaban en el culto. Según la ley, casi todo tiene que ser purificado con sangre, y no hay perdón de pecados si no hay derramamiento de sangre (Hebreos 9:15–22).

Cuando Jesucristo se sacrificó a Sí mismo en la cruz y llevó a Dios Su sacrificio en el tabernáculo celestial, Él se convirtió en **“el mediador de una nueva alianza.”** Esta nueva alianza o pacto no existiría sin Él. El perdón que prometió Dios a través de Jeremías (Hebreos 8:12) no sería posible. No habría perdón ni salvación. El autor de la epístola dice algo importante, y ese algo importante es que a través de Su muerte, Jesucristo **“libra a los hombres de los pecados cometidos bajo la primera alianza.”** El no limita la efectividad de Su sacrificio a los pecados cometidos después de Su muerte en la cruz, sino que también borra los pecados cometidos por los creyentes de la antigua alianza. Ellos también han sido salvados por la fe en Jesús, el Mesías que iba a venir. En lo que a nosotros concierne, somos salvos por la fe en el Mesías que vino. Este es el testimonio de los profetas (Hechos 10:43). Ahora todos **“los que Dios ha llamado reciban la herencia eterna que él les ha prometido.”** Los sacrificios que los sacerdotes del antiguo pacto llevaron a Dios no tenían ese poder.

“Para que un testamento entre en vigor, tiene que comprobarse primero la muerte de la persona que lo hizo. Pues un testamento no tiene valor mientras vive el que lo hizo.” Esto está claro: un testamento no tiene efecto mientras está vivo el que lo hizo, y se hace efectivo cuando esa persona muere. Un testamento se puede guardar por muchos años en una gaveta o en la repisa del despacho de un abogado. La herencia sólo es distribuida cuando muere el autor del testamento. Luego, ¿qué es lo que quiere decir el autor de la epístola? Él escribe: **“Por eso, la primera alianza también se estableció con derramamiento de sangre.”** Toda la antigua alianza se sostenía sobre la sangre de los animales que eran sacrificados en el templo y que eran presentados a Dios. En la nueva alianza, también se necesitaba sangre, la sangre pura e inocente de Cristo. Cuando Él la derramó sobre el altar de la cruz, Él de una vez se convirtió en el Mediador de la nueva alianza y su autor. Su sangre fue derramada; Él murió, realmente murió y es por esto que Su alianza entró en vigor, desde el mismo día en que Él gritó en la cruz: “¡Padre,

en tus manos encomiendo mi espíritu!” (Lucas 23:46). Desde ese día, Su herencia está disponible y es distribuida entre todos aquellos que creen en Él. Él les ofrece la salvación y la vida eterna por la fe en Su nombre.

De manera que se necesitaban tales sacrificios para purificar aquellas cosas que son copias de lo celestial; pero las cosas celestiales necesitan mejores sacrificios que esos. Porque Cristo no entró en aquel santuario hecho por los hombres, que era solamente una figura del santuario verdadero, sino que entró en el cielo mismo, donde ahora se presenta delante de Dios para rogar en nuestro favor. Y no entró para ofrecerse en sacrificio muchas veces, como hace cada año todo sumo sacerdote, que entra en el santuario para ofrecer sangre ajena. Si ese fuera el caso, Cristo habría tenido que morir muchas veces desde la creación del mundo. Pero el hecho es que ahora, en el final de los tiempos, Cristo ha aparecido una sola vez y para siempre, ofreciéndose a sí mismo en sacrificio para quitar el pecado. Y así como todos han de morir una sola vez y después vendrá el juicio, así también Cristo ha sido ofrecido en sacrificio una sola vez para quitar los pecados de muchos. Después aparecerá por segunda vez, ya no en relación con el pecado, sino para salvar a los que lo esperen (Hebreos 9:23-28).

El tabernáculo y sus utensilios, los cuales eran la imagen del tabernáculo celestial, tenían que ser purificados. Del mismo modo, **“aquellas cosas que son copias de lo celestial”** tenían que ser purificadas. El cielo es santo por sí mismo, porque es el hogar del santo Dios, pero el cielo también se convertirá en el hogar de los seres humanos, y ellos son pecadores. Por esta razón, Jesús por Su sacrificio limpió el templo celestial, la casa de Dios, la morada que recibirá a todos los creyentes. Esa limpieza permite que nosotros los pecadores entremos y nos presentemos ante Dios, no solo en el día de nuestra muerte, sino ahora, a partir del momento en que nos convertimos en hijos de Dios y herederos de Jesucristo por la fe. De hecho, “Dios nos libró del poder de las tinieblas y nos llevó al reino de su amado Hijo, por quien tenemos la liberación y el perdón de los pecados” (Colosenses 1:13-14). “Ustedes, por el contrario, se han acercado al monte Sión, y a la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial, y a muchos miles de ángeles reunidos para alabar a Dios, y a la comunidad de los primeros hijos de Dios inscritos en el cielo. Se han acercado a Dios, el juez de todos, a los espíritus de los hombres buenos que Dios ha hecho perfectos, a Jesús mediador de una nueva alianza, y a la sangre con que hemos sido purificados, la cual nos habla mejor que la sangre de Abel” (Hebreos 12:22-24).

Jesús entró a un tabernáculo que no fue hecho por hombres, **“sino que entró en el cielo mismo, donde ahora se presenta delante de Dios para rogar en nuestro favor.”** Él no fue un sacerdote de este mundo que no podía pasar el velo y entrar al Lugar Santísimo, por miedo a ser destruido por Dios, ni tampoco era un sumo sacerdote que podía hacerlo sólo una vez al año, caminando hacia atrás, en medio de una nube de humo que cubría el arca de la alianza. Jesucristo está en la presencia de Dios. Él se presenta delante de Él, ¿por quién? **“En nuestro favor.”** No para llevar nuevos sacrificios. En contraste con los sumos sacerdotes del antiguo pacto que repetían este sacrificio una vez al año, en el gran día del perdón; Él no necesita de eso. **“Ofreciéndose a sí mismo en sacrificio una sola vez para quitar los pecados de muchos.”** Entonces, ¿qué hace Él en el cielo? ¿Por qué se presenta ahora **“delante de Dios para rogar en nuestro favor?”** Porque Él ofrece Su sacrificio a Su Padre en favor de los hombres, Sus hermanos. Finalmente, tal como ya lo ha dicho nuestro autor en un capítulo previo, Él ruega por ellos (Hebreos 7:25).

“Y así como todos han de morir una sola vez y después vendrá el juicio.” Indudablemente, “la paga del pecado es la muerte” (Romanos 6:23). Una persona no muere como un animal, pero su muerte viene seguida de un juicio, debe rendir cuentas ante Dios. Pero los creyentes tienen una gloriosa esperanza en sus corazones, una esperanza que no tienen los paganos: **“Cristo ha sido ofrecido en sacrificio una sola vez para quitar los pecados de muchos. Después aparecerá por segunda vez, ya no en relación con el pecado, sino para salvar a los que lo esperen.”**

Jesucristo vino al mundo una sola vez para cumplir las promesas de Dios y redimir a la humanidad. Él vendrá por segunda vez y después se presentará en toda Su gloria **“para salvar a los que lo esperen.”** El Gólgota (el lugar donde murió Jesús) no fue el final de la historia de la salvación. El último capítulo de esa historia no se ha escrito aún. Cristo volverá, pero esta vez **“ya no en relación con el pecado.”** Para los incrédulos ese será un día para tener miedo. Ese día, “ellos pedirán a las montañas que los escondan y a las colinas que caigan sobre ellos (Lucas 23:30; Apocalipsis 6:16). De hecho, ningún pecador puede pararse delante del juez de los vivos y los muertos. Sólo los creyentes serán capaces de alegrarse. Jesús dijo a sus discípulos: “Anímense y levanten la cabeza, porque muy pronto serán libertados” (Lucas 21:28). Para nosotros, el día de la segunda llegada, del glorioso retorno de Jesús, será el día de nuestra liberación final, el día en el que los muertos se levantarán y entrarán, cubiertos de la gloria y con sus caras radiantes de alegría, a su paraíso celestial. Nosotros somos los que **“lo esperan,”** y nadie puede quitarnos nuestra esperanza. Por eso, no tiene sentido (cuando hemos descubierto a Jesús y Su salvación), ¡alejarse de un Salvador como ese y regresar a otra religión!

Porque la ley de Moisés era solamente una sombra de los bienes que habían de venir, y no su presencia verdadera. Por eso la ley nunca puede hacer perfectos a quienes cada año se acercan a Dios para ofrecerle los mismos sacrificios. Pues si la ley realmente pudiera purificarlos del pecado, ya no se sentirían culpables, y dejarían de ofrecer sacrificios. Pero estos sacrificios sirven más bien para hacerles recordar sus pecados cada año. Porque la sangre de los toros y de los chivos no puede quitar los pecados (Hebreos 10:1-4).

Aquí parece que el autor de la epístola sigue repitiéndose a sí mismo, pero lo hace a propósito. En la primera parte de su epístola (Hebreos 1:1-10, 18), él nos muestra que Jesús es un glorioso tesoro, muy superior a los ángeles, a Moisés y a los sacerdotes del Antiguo Testamento, y que la alianza basada en Su muerte nos ofrece mucho más de lo que nos ofrecía la antigua alianza. El sigue enfatizándolo cuando presenta todos los argumentos disponibles y cuando enfatiza la idea de que Jesucristo es nombrado en todas partes en el Antiguo Testamento, que también existe un símbolo del Redentor en el Antiguo Testamento, el cual Dios prometió a Su pueblo y al mundo entero. Él llega lentamente al final de su enseñanza doctrinal, la cual es el tema principal de la primera parte de su epístola.

El autor nos invita a darle otra ojeada al Antiguo Testamento y desde el comienzo declara que todo ello **“era solamente una sombra de los bienes que habían de venir, y no su presencia verdadera.”** Pablo también habla acerca de “una sombra de lo que ha de venir” mientras que “la verdadera realidad es Cristo” (Colosenses 2:17). Abandonar a Jesucristo en favor de un regreso al antiguo pacto es abandonar la realidad para regresar a una sombra. **“Por eso la ley nunca puede hacer perfectos a quienes cada año se acercan a Dios para ofrecerle los mismos sacrificios.”** Literalmente, los sacrificios no podían conducir “al objetivo,” el cual, para el pecador, era el perdón de los pecados. Por muchos siglos, el sacrificio del gran día del perdón era repetido cada año, y todos los días se ofrecían a Dios ofrendas de holocausto y otros sacrificios. No había nada inusual en ello. Cuando algo no es perfecto, debe ser hecho una y otra vez, infinitamente, **“porque la sangre de los toros y de los chivos no puede quitar los pecados. Estos sacrificios**

sirven más bien para hacerles recordar sus pecados cada año.” En lugar de encontrar el consuelo del perdón aquellos que los ofrecían **“se sentirían culpables”** por sus pecados. Intentar eliminarlos por la sangre de toros y chivos es lo mismo que tratar de vaciar el mar con una cuchara. Es tarea imposible y la lección está clara. Hay que dejar de mirar hacia el pasado con el anhelo de la antigua alianza. No se sientan nostálgicos de los sacrificios que se ofrecían en el templo de Jerusalén. ¡No salvan! Y no salvan porque no proclaman a Jesús y Su salvación. ¡Debemos mirar hacia Él y sólo a El!

Por eso Cristo, al entrar en el mundo, dijo a Dios: “No quieres sacrificios ni ofrendas, sino que me has dado un cuerpo. No te agradan los holocaustos ni las ofrendas para quitar el pecado. Entonces dije: ‘Aquí estoy, tal como está escrito de mi en el libro, para hacer tu voluntad, oh Dios.’ En primer lugar, dice que Dios no quiere ni le agradan los sacrificios ni ofrendas de animales, ni holocaustos para quitar el pecado, a pesar de que son cosas que la ley manda ofrecer. Y después añade: ‘Aquí vengo para hacer tu voluntad.’ Es decir, que quita aquellos sacrificios antiguos y pone en su lugar uno nuevo. Dios nos ha consagrado porque Jesucristo hizo la voluntad de Dios al ofrecer su propio cuerpo en sacrificio una sola vez y para siempre (Hebreos 10:5-10).

El autor de la epístola regresa una vez más al Antiguo Testamento. El cita una parte larga del Salmo 40, tomado de la traducción Griega de la Septuaginta la cual es un poco distinta a la original Hebrea, pero que expresa la misma idea del salmista, es decir que un sacrificio es sólo un sacrificio si es una entrega completa de uno mismo. También en este texto, el cual no se cita en ninguna otra parte del Nuevo Testamento, iluminado y guiado por el Espíritu Santo., él ve a Jesús. El introduce la cita con las palabras: **“por eso Cristo, al entrar en el mundo, dijo.”** Él cree que es el Mesías en persona quien habla por la boca del salmista y declara la razón por la cual Él viene al mundo, por qué se hace hombre: no para sacrificar animales ni imaginar que por esto Él ha cumplido con Su deber, sino a fin de **“hacer tu voluntad, oh Dios,”** que es la verdadera obediencia que Dios esperaba de Él. Él sigue repitiéndolo, “Mi comida es hacer la voluntad del que me envió y terminar su trabajo” (Juan 4:34). “Y la voluntad del que me ha enviado es que yo no pierda a ninguno de los que me ha dado, sino que los resucite en el día último” (Juan 6:39). “Pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya, dijo Jesús en el jardín de Getsemani” (Lucas 22:42).

El Mesías, que habla en el Salmo 40:6-8, repite lo que Dios no quiere, **“ofrendas ni holocaustos para quitar el pecado.”** Hubo suficientes sacrificios de animales en el templo, Jesús, pues, no vino para añadir más, ¿para qué? ¡Él tenía una nueva labor, y uno mucho más importante! De Su Hijo, Dios quería completa obediencia por el regalo de Su propia persona, la obediencia de “la muerte en la cruz” (Filipenses 2:8). **“Jesucristo hizo la voluntad de Dios al ofrecer su propio cuerpo en sacrificio una sola vez y para siempre,”** y como lo dice el salmista en la traducción Griega **“me has dado un cuerpo un cuerpo”** para ser usado para obedecer a Dios y sacrificarse a sí mismo, mientras que en la original Hebrea él dice: “Me has abierto los oídos,” es decir: “Me has dado oídos para oírte y obedecerte.” Al final, la idea es la misma: El Mesías es perfectamente obediente a Aquel que lo envió al mundo: **“Aquí vengo para hacer tu voluntad.”**

Un hermoso himno expresa esta obediencia así:

*Sólo un cordero soporta voluntariamente
La carga opresora del pecado por los pecadores;
Él soporta la grandísima culpa,
Muere esquilado de todos sus honores.
Él va a la muerte, débil y desfallecido
Es conducido sin ninguna queja suya
Para ofrecer su vida sin mancha.
Él porta las marcas, la ira, las mentiras,
El ridículo, y aún así replica,
“Soporto todo esto voluntariamente.”*

*El cordero es Cristo, el gran amigo de nuestra alma,
El Cordero de Dios, nuestro Salvador,
A quien Dios Padre eligió y envió,
Para cubrir nuestra culpa rebelde.
Dios Padre dijo: “Ve Hijo mío”,
“Para liberar a mis hijos de su terror
a la muerte y a la condenación.
La ira y las marcas son difíciles de soportar,
Pero en tu muerte todos ellos pueden compartir
¡La alegría de Tu salvación!”*

Culto Luterano, 111
© 1982, Concordia Publishing House
Reproducido con permiso.

¿Cómo podríamos considerar aunque sea por un momento el alejarnos de Jesús? La cita del Salmo 40 revela la conversación celestial entre el Padre y el Hijo, y establece muy claramente que Jesús vino para hacer algo que **“quita aquellos sacrificios antiguos y pone en su lugar uno nuevo,”** para ponerle fin al antiguo pacto y a establecer uno nuevo, para llevar a la cruz el único sacrificio que salva. **“Dios nos ha consagrado porque Jesucristo hizo la voluntad de Dios al ofrecer su propio cuerpo en sacrificio una sola vez y para siempre.”** Jesús **“nos ha consagrado”** por Su muerte en la cruz. Ello significa que Él ha hecho lo que era necesario para que nosotros pudiéramos pertenecerle a Dios para siempre. El pagó el rescate y nos ha redimido, y lo hizo **“una sola vez y para siempre.”** Su sacrificio fue total y perfecto, en lo absoluto necesita ser repetido por lo que en la Iglesia Católica Romana es llamado “el sacrificio de la misa.” Así mismo, no es necesario completarlo con sacrificios ofrecidos a los espíritus de los antepasados. Estos espíritus no son dioses, no pueden protegernos ni salvarnos. Finalmente, el sacrificio de Jesucristo no tiene que ser completado por nuestras obras y méritos. Si un Cristiano realiza buenas obras, ellas no le hacen merecedor del perdón ni de la salvación, sino su amor por Jesucristo quien se sacrificó a Sí mismo por él o ella, y demostrarle a Él su gratitud. Debemos mirar a Jesús y solamente a Él.

Todo sacerdote judío oficia cada día y sigue ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, aunque estos nunca pueden quitar los pecados. Pero Jesucristo ofreció por los pecados un solo sacrificio para siempre, y luego se sentó a la derecha de Dios. Allí está esperando hasta que Dios haga de sus enemigos es estrado de sus pies, porque por medio

de una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los que han sido consagrados a Dios (Hebreos 10:11-14).

El autor repite nuevamente lo que él ha dicho y explicado detalladamente. Él dice más claramente que lo que los sacerdotes de la antigua alianza tuvieron que hacer muchas veces, Jesucristo lo hizo una sola vez. Una vez al año - en el gran día de la expiación - el sumo sacerdote tenía que entrar al Lugar Santísimo y rociar la sangre del sacrificio de expiación sobre la cubierta del arca de la alianza. En lo que al sacerdote se refería, cada mañana y cada noche, ellos tenían que ofrecer un cordero y algo de harina con aceite de oliva, “como un sacrificio hecho con fuego, de un aroma agradable al SEÑOR” (Números 28:8), sin mencionar los muchos otros sacrificios que fueron descritos en la Ley. “Cada día” ellos tenían que realizar su servicio y a menudo ofrecer **“los mismos sacrificios,”** lo cual prueba una vez más que **“estos nunca pueden quitar los pecados.”** Jesucristo ofreció **“por los pecados un solo sacrificio”** a Dios, y eso fue suficiente. Cuando Él redimió a la humanidad, a Sus hermanos, sacrificándose a Sí mismo por ellos, Él regresó al cielo para sentarse en Su trono.

Relatar estos sacrificios es como tocar un tema musical sin variaciones a lo largo de toda la epístola. Al principio él dijo: “Después de limpiarnos de nuestros pecados, se ha sentado en el cielo, a la derecha del trono de Dios” (Hebreos 1:3). Este tema ha sido repetido, ampliado, y desarrollado muchas veces hasta la conclusión final: Él **“ofreció por los pecados un solo sacrificio para siempre... porque por medio de una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los que han sido consagrados a Dios.”** Esos que “han sido consagrados a Dios” son aquellos que le pertenecen a Dios porque han sido redimidos a un precio tan grande. Él los ha hecho **“perfectos.”** “Llevar a la perfección,” y “hacer perfectos” son expresiones que le gustan mucho al autor de la epístola y las utiliza a menudo (Hebreos 2:10; 5:9; 10:14; 11:40; 12:23). También le gustan a él las palabras “perfecto” y “adulto” (Hebreos 6:1; 9:11). Estas palabras expresan plenitud, el estado de estar completo, de haber alcanzado su meta, como debería ser. Cristo nos **“hizo perfectos”** significa que Él nos llevó hasta la meta, esa que Dios quiere que alcancemos. Dios quiere ofrecernos Su perdón, paz, gozo del corazón, su esperanza. En una palabra, Él quiere que tengamos la salvación y sólo en Jesús alcanzamos esta meta. Por lo tanto la conclusión es clara. Permanezcan fieles a Jesucristo si ustedes quieren tener la salvación.

El ministerio de los sacerdotes de la antigua alianza llegaba a un final y cuando morían o ya no tenían la fuerza para servir en el templo. El ministerio de Cristo no terminó con Su muerte. El autor no lo dice en nuestro texto, porque está claro, pero Jesús fue resucitado de entre los muertos al tercer día. Luego, **“se sentó a la derecha de Dios. Allí está esperando hasta que Dios haga de sus enemigos es estrado de sus pies.”** Esta es otra referencia al Salmo 110, que muchas veces es citado en el Nuevo Testamento, ese en el cual en Rey David dice que el Mesías que vendrá es un sumo sacerdote “de la misma clase que Melquisedec.” Porque Él fue obediente hasta la muerte en la cruz, Dios le “dio el más alto honor y el más excelente de todos los nombres, para que, ante ese nombre concedido a Jesús, doblen todos las rodillas en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra, y todos reconozcan que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2:9-11). En 1 Corintios 15, Pablo escribe: Porque Cristo tiene que reinar hasta que todos sus enemigos estén puestos debajo de sus pies; y el último enemigo que será derrotado es la muerte. Porque Dios lo ha sometido todo bajo los pies de Cristo. Pero cuando dice que todo le ha quedado sometido, es claro que esto no incluye a Dios mismo, ya que es él quien le sometió todas las cosas (1 Corintios 15:25-27). No hay duda de que Jesucristo es nuestro Redentor y Salvador, pero Él también es un poderoso Señor que conquistará el mundo y que un día destruirá a Sus

enemigos. La Biblia nunca dice nada como esto acerca de Aarón ni de sumo sacerdote alguno de la antigua alianza.

Y el Espíritu Santo nos lo confirma, al decir: ‘La alianza que haré con ellos después de aquellos días, será esta, dice el Señor: Pondré mis leyes en su corazón y las escribiré en su mente. Y no me acordaré más de sus pecados y maldades. Así pues, cuando los pecados han sido perdonados, ya no hay necesidad de más ofrendas por el pecado (Hebreos 10:15-18).

¡El autor vuelve a la profecía de Jeremías! La cita es introducida de la siguiente manera: **“Y el Espíritu Santo nos lo confirma, al decir...dice el Señor.”** La Biblia es inspirada por Dios. El Espíritu Santo es quien habla por los profetas y los apóstoles. En el Capítulo 8 de esta epístola, el autor ya citó a Jeremías 31:31-34, para demostrar que Dios ya ha anunciado que Él establecería una nueva alianza con Su pueblo. Una vez más cita los versículos 33-34, para recordar a sus lectores que la parte principal de su nueva alianza es un cambio de corazón y el perdón de los pecados. **“Y no me acordaré más de sus pecados y maldades.”** Eso no quiere decir que Dios olvide algunos pecados y recuerde otros. Él no recuerda ninguno de sus pecados o iniquidades. Él no sufre de pérdida de memoria, sino que Él los olvida voluntariamente. Él ya no los ve ni los recuerda, porque todos han sido pagados una sola vez y para siempre, y un pecado que ha sido pagado es un pecado que ya no existe para Dios: “tan inmenso es su amor por los que lo honran como inmenso es el cielo sobre la tierra. Nuestros pecados ha alejado de nosotros, como ha alejado del oriente el occidente” (Salmo 103:11-12). A fin de recibir este perdón sólo necesitamos mirar a Jesucristo pues de “él procede nuestra fe y él es quien la perfecciona,” tal como el autor lo dirá más adelante (Hebreos 12:2).

Esto concluye la parte doctrinal de la epístola. Y tal como lo escribió un comentarista: “Si no estamos convencidos de nuestros pecados, esta parte doctrinal de la Epístola a los Hebreos no tendrá mucho sentido para nosotros, pues cuando no llevamos una carga pesada sobre los hombros nosotros no buscamos descansar, ni tampoco vamos a ver al médico cuando nos sentimos sanos. Por una parte, toda esta parte de la epístola calma nuestro corazón si sentimos nuestro pecado, si nuestra conciencia nos acusa y nos recuerda que no somos como Dios quiere que seamos, si nuestras faltas y nuestros errores nos acusan y nos condenan. Ya no hay condena alguna para aquellos que están en Jesucristo, porque **“por medio de una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los que han sido consagrados a Dios.”** Este es el glorioso tesoro que poseemos en Jesús; y al poseer un tesoro así, lo cuidamos y lo guardamos, y hacemos lo que sea para no perderlo.

Resumen:

En el tabernáculo o en el templo de Jerusalén, el sumo sacerdote entraba al Lugar Santo una vez al año con la sangre de un animal y la vertía sobre el arca de la alianza. Jesucristo se ofreció a Sí mismo una sola vez y para siempre por los pecados del mundo y fue a presentar Su propia sangre a Dios en el cielo. Por eso Él nos ha redimido y nos ha santificado por una ofrenda. La nueva alianza en la cual el Señor ofrece Su perdón se fundamenta en Él.

PARTE II
LO QUE DEBEMOS HACER CON TAN GRANDIOSO TESORO
 (Hebreos 10:19 al 13:25)

A. Debemos acercarnos a Dios con confianza.

1. Cuarta advertencia (Hebreos 10:19–39).

Hermanos, ahora podemos entrar con toda libertad en el santuario gracias a la sangre de Jesús, siguiendo el nuevo camino de vida que él nos abrió a través del velo, es decir, a través de su propio cuerpo. Tenemos un gran sacerdote al frente de la casa de Dios (Hebreos 10:19–21).

En la Primera Parte, que es la sección doctrinal de la Epístola a los Hebreos, el autor demostró que era un excelente teólogo. Él nos ha entregado una instrucción profunda y extremadamente rica además de llevarnos hasta la antigua alianza con sus rituales y sus leyes, su sacerdocio y sus sacrificios. Él ha citado muchos Salmos y otros textos del Antiguo Testamento, y nos ha mostrado que los profetas dieron muchas veces referencias de Jesús, que la razón por la que Dios le dio la Biblia a la humanidad fue para que apuntara hacia Él, para que lo identificara a Él y a Su obra. La Primera Parte fue teología a un elevado nivel proveniente de un hombre que fue inspirado y guiado por el Espíritu Santo en su lectura del Antiguo Testamento y en su comprensión del ministerio de Jesús.

En la Segunda Parte de su epístola, él mostrará su corazón pastoral, su preocupación para que todas las personas reciban la salvación que el Mesías podía traer, en particular su preocupación para que nadie se aleje de Él, una vez que ha sido ganado por el Evangelio. Él llamará a sus lectores al arrepentimiento, y también los animará a que perseveren en su fe. Las grandes verdades que él nos ha enseñado acerca de la superioridad del sacerdocio de Jesús y el gran valor de Su sacrificio no son verdades abstractas que deban ser leídas y guardadas en un rincón de nuestro cerebro. El Evangelio de Jesús crucificado es el poder para la salvación y la vida, algo que se apodera de toda la persona, la transforma y cada día de su vida lo empuja a él o a ella para actuar. Por otra parte, el acto de rechazar el Evangelio y su oferta de salvación es lo peor que cualquier persona pueda hacer, porque le traerá el juicio de Dios quien sólo desea ser misericordioso, pero quien, en Su justicia, también es un fuego devorador.

Él llama a sus lectores “**Hermanos,**” y antes de exhortar a sus lectores, el autor, en pocas palabras, nos recuerda de todas las bendiciones que Jesús nos ha traído. Él está unido a ellos por la misma fe en Jesucristo como por un nexo, y al igual que ellos, él goza de los beneficios de la obra redentora de Jesús. Gracias a Jesús, él es miembro de la familia de Dios, y al igual que lo son ellos, es Su hijo y heredero de Su Reino. “**Ahora podemos entrar con toda libertad en el santuario gracias a la sangre de Jesús.**” Después que Adán y Eva pecaron, el Señor colocó a un querubín en la entrada del jardín del Edén para evitar que el hombre que había caído regresara a ese lugar. El pecado separa al hombre de Dios y lo excluye de Su presencia. Pero ahora, podemos “**entrar**” nuevamente a Su tabernáculo. La puerta está completamente abierta. Y, ¿cuál es la llave que la abrió? Pues, la sangre de Cristo; es “**gracias a la sangre de Jesús**” que podemos “**entrar**” al tabernáculo celestial, que podemos vivir en comunión con Él sin que nuestros pecados nos condenen. Los velos que cerraban el camino hasta el Lugar Santo y al Lugar Santísimo ya no existen más. Ahora cada creyente puede venir ante Dios siempre, en cualquier momento, de día y de noche sin tener que llevar sacrificios para expiar sus pecados. Debemos

acercarnos a Dios sin temor. La sangre de Cristo fue derramada una sola vez y para siempre. Él nos ha purificado de todos los pecados (1 Juan 1:7).

Un día, Juan tuvo una visión del cielo, del trono de Dios y de la gran multitud que estaba de pie ante Él. Allí describe la escena de la siguiente manera: “Entonces uno de los ancianos me preguntó: ‘¿Quiénes son estos que están vestidos de blanco, y de dónde han venido?’ Tú lo sabes, señor, le contesté. Y él me dijo: ‘Estos son los que han pasado por la gran tribulación, los que han lavado sus ropas y las han bloqueado en la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios, y día y noche le sirven en su templo. Él que está sentado en el trono los protegerá con su presencia’” (Apocalipsis 7:13-15). Esto es cierto para todos los que han muerto en la fe, pero con esperanza, esto es verdad ya mismo porque todos los creyentes que todavía viven ya se han “acercado al monte Sión, y a la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial, y a muchos miles de ángeles reunidos para alabar a Dios” (Hebreos 12:22). Ahora mismo estamos de pie delante de Su trono como pecadores, pero como pecadores justificados por la fe. Nada puede acusarnos ni condenarnos nunca más.

El camino al cielo estuvo cerrado una vez, pero ahora está abierto nuevamente. Hay un **“nuevo camino de vida”** abierto por Jesucristo. Es **“nuevo”** porque no existía antes. Para el pecador no había camino hasta Dios. También es un camino **“de vida”** porque Jesús está vivo, y Él dijo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Solamente por mí se puede llegar al Padre” (Juan 14:6). El Jesús viviente es el camino hacia el cielo. Regresar al antiguo pacto, es regresar a los sacrificios que no pueden eliminar el pecado (Hebreos 10:11). Es regresar al velo que ocultaba al Lugar Santísimo, significa no tener ya un camino abierto hacia Dios y Su gracia. A nosotros, Jesús **“nos abrió”** un camino **“a través del velo, es decir, a través de su propio cuerpo.”** Su cuerpo, clavado a la cruz, es el velo, a través del cual pasamos para alcanzar a Dios, al igual que lo hacía el sumo sacerdote a través del velo del templo para entrar al Lugar Santísimo. “Tenemos un gran sumo sacerdote en la casa de Dios.” Dijo en autor al principio de su epístola: Dios lo ha elegido y lo ha establecido a Él “como Hijo, es fiel sobre esta casa de Dios que somos nosotros mismos” (Hebreos 3:6).

Luego, el autor nos da un maravilloso estímulo para acercarnos a Dios sin temor:

Por eso, acerquémonos a Dios con corazón sincero y una fe completamente segura, limpios nuestros corazones de mala conciencia y lavados nuestros cuerpos con agua pura. Mantengámonos firmes, sin dudar, en la esperanza de la fe que profesamos, porque Dios cumplirá la promesa que nos ha hecho. Busquemos la manera de ayudarnos unos a otros a tener más amor y a hacer el bien. No dejemos de asistir a nuestras reuniones, como hacen algunos, sino démonos ánimos unos a otros; y tanto más cuanto que vemos que el día del Señor se acerca (Hebreos 10:22-25).

Existen cuatro instrucciones exhortativas que todo lector creyente debe guardar en su corazón. Esta es la primera: **“acerquémonos.”** ¿A quién? ¡Naturalmente, a Dios! Noten el uso del presente. El autor nos pide que hagamos esto constantemente, todos los días. Acercarse a Dios es el privilegio de todo creyente, algo que le debemos a Jesucristo, nuestro único Mediador. ¿También cuando hemos cometido pecados por los cuales nos arrepentimos? Sí, y especialmente en ese caso. “Si alguno comete pecado, tenemos ante el Padre un defensor, que es Jesucristo, y él es justo. Jesucristo se ofreció en sacrificio para que nuestros pecados sean perdonados; y no sólo los nuestros, sino los de todo el mundo” (1 Juan 2:1-2). El autor de la epístola ya lo había dicho antes: “Acerquémonos, pues, con confianza al trono de nuestro Dios amoroso, para que él tenga

misericordia de nosotros y en su bondad nos ayude en la hora de necesidad” (Hebreos 4:16). Ya que Jesús derramó Su sangre por la redención del mundo, todos pueden acercarse a Dios, cuando lo hacen **“con corazón sincero y una fe completamente segura, limpios nuestros corazones de mala conciencia.”** Dios no quiere una alabanza que solo consista de bonitas palabras. Una cabeza agachada y unas manos juntas no son suficientes para Él. Él mira en nuestros corazones y quiere que nuestro culto y nuestra adoración sean expresiones de lo que sentimos en nuestro corazón. La palabra traducida como **“completamente segura”** expresa certeza. Cuando los creyentes dependen de Jesucristo y cuando nos acercamos a Dios con corazones sinceros, nuestra fe nos da la bendita certeza de que el Señor nos recibe y que Él está feliz de vernos ante Su trono.

“Lavados nuestros cuerpos con agua pura”: Toda persona que entrara al templo debía purificarse antes de presentarse ante Dios. El Señor dijo a Moisés con respecto a los Levitas que fueron designados para el servicio en el templo: “El rito para la purificación será el siguiente: Tú los rociarás con el agua de la purificación, y después ellos se afeitarán todo el cuerpo y lavarán su ropa; así quedarán puros” (Números 8:7). En el gran día de la expiación, el sumo sacerdote también debía lavarse con agua (Levítico 16:4). Nada impuro puede aproximarse a Dios. La epístola nos alienta a acercarnos a Él **“lavados nuestros cuerpos con agua pura,”** o sea, purificados por Cristo. No hay duda de que en esta expresión existe una referencia al bautismo en el cual el Señor ofrece a Su pueblo el perdón de los pecados y los purifica de todas sus manchas. “Y ahora, no esperes más. Levántate, bautízate y lávate de tus pecados, invocando el nombre del Señor,” dijo Ananías al hombre que luego se convirtió en el apóstol Pablo (Hechos 22:16). Cuando alguien es bautizado se derrama agua sobre su cuerpo. Esta agua, que usualmente se utiliza para lavar el cuerpo, simboliza la purificación del corazón por la sangre de Jesús. Mientras el cuerpo es rociado con el agua en el sacramento del bautismo, así mismo se derrama la sangre de Jesús y purifica el corazón. Es la “sangre con la que hemos sido purificados” (Hebreos 12:24), la que es simbolizada por la sangre con la cual el sumo sacerdote rociaba la tapa del arca (Levítico 16:14-15), y la sangre con la que Moisés roció a todo el pueblo (Éxodo 24:8). Todos los que son bautizados en Cristo “han quedado revestidos de Cristo” (Gálatas 3:26-27), están purificados en su sangre, revestidos de Su justicia y Su santidad. **“Acerquémonos,”** dice la Epístola a los Hebreos, y eso lo podemos hacer sin temor ya que nuestro sumo sacerdote está sentado a la derecha de Dios y es nuestro defensor y mediador. Esa fue la primera instrucción y tiene que ver con nuestra relación con Dios.

La segunda instrucción: **“Mantengámonos firmes, sin dudar, en la esperanza de la fe que profesamos, porque Dios cumplirá la promesa que nos ha hecho.”** Esta instrucción tiene que ver con nuestra relación con la gente. El autor de la epístola pasa de la fe a la esperanza. Él hace que sus lectores levanten sus ojos hacia el cielo. Indudablemente que la esperanza es acerca de nuestro futuro, de nuestras bendiciones futuras. Esperamos por cosas que aún no vemos. Los cristianos tienen esperanza en la vida eterna y con una esperanza semejante en nuestros corazones, no podemos guardarla solo para nosotros, sino que tenemos que compartirla con los demás. Eso es lo que Dios espera de Sus hijos. El apóstol Pedro anima a sus lectores con estas palabras: “Estén siempre preparados a responder a todo el que les pida razón de la esperanza que ustedes tienen” (1 Pedro 3:15). No siempre resulta fácil compartirlo, especialmente en tiempos de persecución. Se necesita mucho coraje y fortaleza para dar testimonio de nuestra fe, pero eso es lo que el Señor espera de los Suyos, tal como lo dijo Jesús a Sus discípulos: “Si alguien se declara a mi favor delante de los hombres, yo también me declararé a favor de él delante de mi Padre que está en el cielo; pero al que me niegue delante de los hombres, yo también lo negaré delante de mi Padre que está en el cielo” (Mateo 10:32-33). Los Cristianos necesitan que los animen. ¿Dónde vamos a conseguir la fuerza para confesar nuestra fe? Pues en la fidelidad de

Dios. El texto dice: **“porque Dios cumplirá la promesa que nos ha hecho.”** Dios no permite que nos decepcionemos en nuestra esperanza. Nada puede sacudir nuestra esperanza porque Él es fiel a Sus promesas. Los creyentes que perseveran hasta el final y que dan un buen testimonio de su fe, verán que lograrán todo aquello en lo que creyeron y todo aquello en lo cual pusieron sus esperanzas.

La tercera instrucción: **“Busquemos la manera de ayudarnos unos a otros a tener más amor y a hacer el bien.”** Esta instrucción tiene que ver con las relaciones de los Cristianos con sus hermanos y hermanas en la fe, ya que no vivimos en una isla ni tampoco en una torre de marfil, sino que todos los creyentes formamos un solo cuerpo. Nos necesitamos mutuamente, nos apoyamos unos a otros como miembros de un cuerpo, así como la mano necesita del ojo, y el ojo necesita de la mano, del mismo modo, si nos falta un ojo, la mano no puede hacer nada. Esto resulta cierto también para los demás miembros del cuerpo. Por eso él nos anima a **“ayudarnos unos a otros a tener más amor y a hacer el bien.”** El Cristianismo es la religión del amor. Jesús muchas veces animó a Sus discípulos a amarse mutuamente (Juan 13:34; 15:12). Los apóstoles también nos dan ese mismo estímulo (1 Tesalonicenses 4:9; 1 Pedro 1:22; 1 Juan 3:11; 4:7). He aquí un ejemplo entre muchos otros: “Queridos hermanos: si Dios nos ha amado así, nosotros también debemos amarnos unos a otros. A Dios nunca lo ha visto nadie; pero si nos amamos unos a otros, Dios vive en nosotros y su amor se hace realidad en nosotros” (1 Juan 4:11-12). ¡Piensen también en el bello himno de amor del apóstol Pablo en 1 Corintios 13! Es en el amor de Dios que los Cristianos obtienen el deseo y la fuerza para amar a nuestro prójimo. El amor de Dios demostrado en Jesucristo es la fuente ilimitada de nuestro amor, el lugar donde buscamos y hallamos el aliento y la fuerza que necesitamos, especialmente cuando se nos hace difícil amar. Sin duda alguna, Dios no sólo les pide a Sus hijos que amen a sus amigos y a aquellos que son buenos con ellos, sino también a sus enemigos. Eso no es nada fácil, y hasta se hace humanamente imposible, pero que se hace posible cuando la fe se nutre de la fuente del Evangelio, los Cristianos somos llamados a pedirnos amor mutuo y a animarnos los unos a los otros. Tal amor se manifiesta en **“hacer el bien”** lo cual glorifica al Señor. Somos llamados a dejar que brille nuestra luz ante los hombres para que ellos puedan vernos obrar el bien y glorifiquemos a nuestro Padre celestial (Mateo 5:14-16). Dios nos ha salvado en Su gracia, y no por nuestras obras, para que nadie pueda gloriarse de ello. El apóstol Pablo concluye: “pues es Dios quien nos ha hecho; él nos ha creado en Cristo Jesús para que hagamos buenas obras, siguiendo el camino que él nos había preparado de antemano” (Efesios 2:10).

La cuarta instrucción: **“No dejemos de asistir a nuestras reuniones.”** El culto es el lugar donde los Cristianos adoramos al Señor, le oramos, escuchamos Su Palabra, pensamos sobre ella, y recibimos los sacramentos para crecer en el conocimiento y en la fe y también es el lugar donde nos damos ánimos unos a otros. Las Escrituras nos piden que no dejemos de reunirnos. Los Cristianos no estamos satisfechos con escuchar un mensaje por la radio o la televisión y con orar en casa. Nosotros necesitamos mantener el contacto con nuestra iglesia, con el Evangelio que se predica allí, y con los sacramentos que allí se ofrecen. Necesitamos de la comunión con nuestros hermanos y hermanas. Cada uno no es Cristiano por sí mismo, sino que lo somos en la unión con nuestros hermanos y hermanas. La Biblia nos habla acerca de los primeros creyentes en Jerusalén: “Y eran fieles a las enseñanzas de los apóstoles, en compartir lo que tenían, en reunirse para partir el pan y en la oración... Todos los días se reunían en el templo, y en las casas partían el pan y comían juntos con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y eran estimados por todos” (Hechos 2:42, 46-47).

“No dejemos de asistir a nuestras reuniones, como hacen algunos.” Aparentemente algunos creyentes tenían el hábito de no participar en el culto. Indudablemente por diversas razones, siendo la principal el no ser reconocidos como Cristianos especialmente por el miedo a ser descubiertos. Por eso ellos esperaban evitar dificultades y problemas durante esos tiempos de persecución. El autor de la Epístola a los Hebreos combate esto y le pide a sus lectores que no actúen de esta manera. Al parecer ellos se sentían débiles y algunos de ellos hasta pensaron en regresar al Judaísmo. Ellos necesitaban del Evangelio, se necesitaban mutuamente para darse ánimos, **“tanto más cuanto que vemos que el día del Señor se acerca.”** Debemos animarnos mutuamente con más fidelidad ya que el Día del Señor se está acercando. Jesucristo vendrá como llega un ladrón, en un momento cuando no lo esperemos (Mateo 24:42-51). Por eso, debemos siempre estar listos para recibirlo. Aunque el autor de la Epístola a los Hebreos escribió esto hace alrededor de 2.000 años, ¡esto es mucho más cierto hoy día! Es una advertencia muy urgente que debemos tomar al pie de la letra y ponerla en práctica.

Porque si seguimos pecando intencionalmente después de haber conocido la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados; solamente nos queda la terrible amenaza del juicio y del fuego ardiente que destruirá a los enemigos de Dios. Cuando alguien desobedece la ley de Moisés, si hay dos o tres testigos que declaren contra él, se le condena a muerte sin compasión. Pues, ¿no creen ustedes que mucho mayor castigo merece los que pisotean al Hijo de Dios y desprecian su sangre, los que insultan al Espíritu del Dios que los ama? Esa sangre es la que confirma la alianza, y con ella han sido ellos consagrados. Sabemos que el Señor ha dicho: “A mí me corresponde hacer justicia; yo pagaré.” Y ha dicho también: “El Señor juzgará a su pueblo. ¡Terrible cosa es caer en manos del Dios viviente!” (Hebreos 10:26-31).

Aquí el autor de la epístola repite una advertencia que ya ha dado anteriormente (Hebreos 6:4-8). Es natural advertir contra el rechazo a Jesús, después de que Él cálidamente ha invitado a sus lectores a acercarse al trono de Dios, a perseverar en la confesión de su esperanza, a cuidarse mutuamente, y a participar activamente en el culto, sabiendo que el Día del Señor está cercano. Es una nueva advertencia contra el endurecimiento de sus corazones, que es el pecado contra el Espíritu Santo.

“Porque si seguimos pecando intencionalmente después de haber conocido la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados.” El énfasis está puesto en la palabra **“intencionalmente.”** Todos los Cristianos estamos pecando todos los días sin intención, por falta de atención, por debilidad e ignorancia. Estos son pecados que el Señor perdona cuando humildemente se lo pedimos. Pero existen también pecados que son cometidos a voluntad e intencionalmente, con amplio conocimiento de los hechos, con premeditación, porque la gente ha decidido cometerlos y sentir placer por ello. Aquí el autor de la epístola está pensando acerca de un pecado intencional que fue descrito anteriormente y que consiste en alejarse de Jesús y pisotear Su sacrificio. En el versículo 27, él llama **“enemigos de Dios”** a los que cometen tal pecado. El texto denuncia rebelión contra Dios, una rebelión similar a la del pueblo de Israel en el desierto (Hebreos 3). Los que deciden alejarse de Jesús para volver a encontrar la tal llamada seguridad que disfrutaban en el Judaísmo, demuestran que desprecia a Aquel que Dios ha hecho el Salvador del mundo y que ellos no lo quieren. Ellos pisotean Su sacrificio. Su comportamiento general es un terrible insulto contra Él.

Para los que actúan de esta manera **“ya no queda más sacrificio por los pecados.”** El único sacrificio que salva al pecador es el sacrificio de Jesús. Si lo rechazamos, si no lo queremos, ya

no queda perdón posible. No queda más que **“la terrible amenaza del juicio y del fuego ardiente que destruirá a los enemigos de Dios.”** Estas personas no son Cristianos que pecan por debilidad, que en un momento de flaqueza o de distracción niegan a Jesús en tiempos de persecución, sino que son **“enemigos de Dios.”** Dios puede perdonarlo todo y lo hace cuando se lo pedimos, pero no perdona la incredulidad, especialmente cuando aparece después de que una persona ha escuchado el Evangelio y ha encontrado al Salvador que Él le dio al mundo. El servidor que no ha hecho la voluntad de su amo, cuando la conocía, será castigado más severamente que la persona no la conocía (Lucas 12:47-48).

El autor apela al Antiguo Testamento para ilustrar la seriedad de semejante pecado: **“Cuando alguien desobedece la ley de Moisés, si hay dos o tres testigos que declaren contra él, se le condena a muerte sin compasión.”** La ley civil que Dios entregó a Moisés exigía la pena de muerte para pecados específicos que eran especialmente serios, tales como la idolatría. Algunos pecados condenados por la ley de Moisés son tan serios que deben ser castigados de una manera inusual. Pero aquí hay más que Moisés. Rechazar a Jesús, es rechazar al Ungido, al Mesías de Dios, al sumo sacerdote, al Redentor y Salvador, que Dios dio al mundo en Su misericordia. Es el peor crimen, un crimen contra el Rey de reyes, el más serio y el más horrible pecado que se pueda imaginar. A nivel de la salvación y del Evangelio, es como una cachetada en la cara del Salvador, como si alguien estuviera escupiéndolo en la cara. Al actuar de esta manera **“pisotean al Hijo de Dios y desprecian su sangre, los que insultan al Espíritu del Dios que los ama.”** El autor no puede hallar expresiones lo suficientemente fuertes para demostrar cuán malo es este pecado. Él que lo comete pisotea al justo y santo Hijo de Dios bajo sus inmundos pies; contamina el santo sacrificio que Él ofreció para la salvación del mundo, la cosa más hermosa y noble que El Señor haya hecho jamás. El insulta al **“Espíritu de Dios,”** al Espíritu Santo que en Su gracia llama a la gente a la salvación y quiere vivir en sus corazones para llevarles lo que ellos más necesitan, que es el perdón y la vida eterna. Tal persona realmente insulta al Espíritu Santo, y comete lo que Jesús llama el pecado contra el Espíritu Santo (Mateo 12:31-32; Hebreos 6:4-6).

¿No creen ustedes que mucho mayor castigo merece los que pisotean al Hijo de Dios y desprecian su sangre, los que insultan al Espíritu del Dios que los ama? Esa sangre es la que confirma la alianza, y con ella han sido ellos consagrados. Sabemos que el Señor ha dicho: “A mí me corresponde hacer justicia; yo pagaré.” Y ha dicho también: “El Señor juzgará a su pueblo. ¡Terrible cosa es caer en manos del Dios viviente!” Estas son palabras muy serias. Muy rara vez la Biblia habla en este tono de voz. Pero este texto es tan inspirado como todos los demás. Lo que la Biblia dice es tan cierto como las palabras que las Escrituras utilizan para hablar acerca de la misericordia y la bondad de Dios. El Señor es extremadamente misericordioso con aquellos que se acercan a Él con un corazón sincero a pedirle perdón en nombre de Jesucristo, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, y Él que al mismo tiempo es extremadamente severo con aquellos que desprecian Su salvación. El autor cita a Deuteronomio 32:35 donde el Señor declara que la venganza le pertenece a Él. El apóstol Pablo también cita este texto en Romanos 12:19. Este Dios, el Dios de la Ley también existe. Es el mismo Dios que el Dios del Evangelio. Esta es la razón por la cual es tan importante para el pecador el vivir bajo la gracia de Dios y no bajo la Ley (Romanos 6:14), y no caer “fuera de la gracia” (Gálatas 5:4).

La salvación de Dios no debe ser rechazada y el **“Espíritu de Dios”** no debe ser insultado. El pecado contra el Espíritu Santo “no lo perdonará ni en el mundo presente ni en el venidero” (Mateo 12:32). El apóstol Juan nos pide que oremos por cada hermano que cometa un pecado. No obstante, él señala: “un pecado que no lleva a la muerte... Hay un pecado que lleva a la muerte, y por ese pecado no digo que se deba orar” (1 Juan 5:16). Este es el pecado del cual habla el autor

de este texto. No se puede perdonar y por ende conduce a la muerte. No porque sea tan grande que Jesucristo no pueda expiarlo, o no quiso expiarlo, sino porque la persona que lo comete tiene un corazón tan duro como una piedra y ya no se puede arrepentir. Dios posee brazos en los cuales es bueno caer; porque son los brazos del Padre amoroso. Pero ese mismo Dios también tiene brazos en los cuales es mejor no caer; y son los brazos de un juez. Sin duda alguna, el versículo 31 dice, **¡Terrible cosa es caer en manos del Dios viviente!**

Pero recuerden ustedes los tiempos pasados, cuando acababan ustedes de recibir la luz y soportaron con fortaleza los sufrimientos de una gran lucha. Algunos de ustedes fueron insultados y maltratados públicamente, y otros se unieron en el sufrimiento con los que fueron tratados así. Ustedes tuvieron compasión de los que estaban en la cárcel, y hasta con alegría se dejaron quitar lo que poseían, sabiendo que en el cielo tienen algo que es mucho mejor y que permanece para siempre (Hebreos 10:32–34).

El autor ahora está lleno de gentileza, bondad y paciencia para con los lectores de su carta. Ya no sigue más de lo necesario con las amenazas de castigo que Dios reserva para los incrédulos y los enemigos y rápidamente vuelve a las palabras de aliento. Él les recuerda lo que ellos ya han hecho por Jesús. Ellos habían soportado **“los sufrimientos de una gran lucha”**, fueron **“insultados”** y **“maltratados públicamente. Ustedes tuvieron compasión de los que estaban en la cárcel”** (sin duda los Cristianos que habían sido encarcelados por causa de su fe) y los visitaron, actuando de esa manera de acuerdo a las palabras de Jesús (Mateo 25:36). Cuando ellos visitaron a los Cristianos encarcelados, se arriesgaron a que ellos mismos fueran identificados como discípulos de Jesucristo. Pero eso no los desanimó. Ellos **“hasta con alegría se dejaron quitar lo que poseían,”** sabiendo **“que en el cielo tienen algo que es mucho mejor y que permanece para siempre.”** Ellos sabían cuáles eran sus verdaderas posesiones y habían hecho la elección correcta. Al igual que los apóstoles en Jerusalén, ellos estaban **“contentos porque Dios les había concedido el honor de sufrir injurias por causa del nombre de Jesús”** (Hechos 5:41).

El autor de la epístola pide a sus lectores que recuerden todo esto. Ellos habían sido encendidos por un gran amor por Cristo y Su Iglesia. ¿Acaso se volverían débiles ahora? Recuerden las bendiciones que Jesús prometió para aquellos que serían perseguidos por Su causa. Él dijo: **“Dichosos ustedes...Alérgense, estén contentos, porque van a recibir un gran premio en el cielo”** (Mateo 5:11-12). Esto mismo es tan cierto para los Cristianos como lo fue para los apóstoles y sus hermanos trabajadores. San Pablo dijo que a ellos **“unas veces se nos honra, y otras se nos ofende; unas veces se habla bien de nosotros, y otras veces se habla mal. Nos tratan como a mentirosos, a pesar de que decimos la verdad. Nos tratan como a desconocidos, a pesar de que somos bien conocidos. Estamos medio muertos, pero seguimos viviendo; nos castigan, pero no nos matan. Parecemos tristes, pero siempre estamos contentos; parecemos pobres, pero enriquecemos a muchos; parece que no tenemos nada, pero lo tenemos todo”** (2 Corintios 6:8-10). Los lectores no deberían olvidar el amor que ellos demostraron a Jesucristo al principio (Apocalipsis 2:4). Ellos deberían volver a ese amor y todo marcharía bien.

No pierdan, pues su confianza, porque ella les traerá una gran recompensa. Ustedes necesitan tener fortaleza en el sufrimiento, para hacer la voluntad de Dios y recibir así lo que él ha prometido. Pues la Escritura dice: “Pronto, muy pronto, vendrá el que tiene que venir. No tardará. Mi justo por la fe vivirá; pero si se vuelve atrás, no estaré contento de él.” Y nosotros no somos de los que se vuelven atrás y van a su condenación, sino de los que alcanzan la salvación porque tienen fe (Hebreos 10:35–39).

El autor recuerda a sus lectores acerca de las amenazas con las cuales las Escrituras advierten a aquellos que son infieles, y también les recuerda sobre todo el entusiasmo que ellos demostraron al principio, cuando recién se habían convertido al Cristianismo; y luego les dice: **“No pierdan, pues su confianza.”** Él también les recuerda todo lo que está en riesgo, diciéndoles: **“porque ella les traerá una gran recompensa.”** Nada menos que la salvación eterna, porque de ellos serán la alegría y gloria sin fin en el reino celestial. La recompensa que se prometa a los vencedores es mucho más preciosa para abandonarla por el camino. El texto utiliza la palabra “recompensa,” pero no se refiere a un salario, porque el reino de los cielos no se gana, sino que es un premio (Mateo 5:12; Mateo 10:41-42; Lucas 6:23, 35; 1 Corintios 3:8) que Dios otorga a Sus hijos por su fe (1 Pedro 1:9; 1 Corintios 9:24-25; Filipenses 3:14). En 11:6, el autor dice que Dios “recompensa a los que lo buscan.” Para los suyos, el Señor ha hecho esta hermosa promesa: “Mantente fiel hasta la muerte, y yo te daré la vida como premio” (Apocalipsis 2:10).

En conclusión, el autor cita una vez más al Antiguo Testamento el cual conoce muy bien. Es el texto de Habacuc 2:2-4, en una traducción más bien libre, pero que expresa bien el pensamiento del profeta: **“Pronto, muy pronto, vendrá el que tiene que venir.”** Por supuesto que está hablando de Jesús, quien vino la primera vez mucho después de la muerte del profeta Habacuc, y un día Él vendrá con gloria para terminar Su obra y dar a Su Iglesia una corona de victoria. Él **“no tardará.”** Él le dice a Su Iglesia: “Sí, vengo pronto” (Apocalipsis 22:20). **“Pronto, muy pronto.”** Sin duda alguna, para Su pueblo el tiempo parece largo, especialmente cuando deben sufrir por causa de Jesús, pero es tan sólo un rato cuando se le compara con la gloriosa eternidad que nos espera. En ese día, **“mi justo por la fe vivirá.”** Esa es la gran promesa del Evangelio: “Él que crea y sea bautizado, obtendrá la salvación” (Marcos 16:16). “Pues Dios amó tanto al mundo, que dio a Su Hijo único, para que todo aquel que cree en él no muera, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16). “Él que crea en mí, aunque muera, vivirá,” y el que vive y cree en Él “no morirá jamás” (Juan 11:25-26).

Luego el autor se incluye a sí mismo junto a sus lectores, porque la promesa de Dios es la misma para el que para ellos; el finaliza sus instrucciones con: **“nosotros no somos de los que se vuelven atrás y van a su condenación, sino de los que alcanzan la salvación porque tienen fe.”** Con estas palabras él alienta a aquellos cuya fe es débil; él levanta a los que tropiezan, el fortalece a los que dudan e insta a los que son perezosos. Este versículo es muy bueno para despertar a los Cristianos que están dormidos, que ya no tienen fuerzas o coraje para creer y confesar su fe en un mundo que los odia. Una vez dijo Lutero a sus estudiantes: “Jesús lleva en Sus hombros a aquél que cuya fe descansa en Él.” Lutero sabía de lo que estaba hablando, él que conoció tantas batallas y enfrentó tantos peligros en su vida. Llevados en hombros por Jesús, como es llevado un cordero sobre los hombros de su pastor, los creyentes cruzamos muchos valles oscuros, hasta que llegamos a la puerta del paraíso donde sabemos que seremos recibidos algún día. ¿Acaso no fue por eso que murió Jesús?

Resumen:

En Hebreos 10:10-39, el autor de la epístola muestra cómo Jesucristo, al sacrificarse por nosotros y regresar al cielo, ha abierto un nuevo camino hacia la casa de Dios. Esto lo sabemos; por esta razón debemos permanecer firmes en nuestra esperanza, vivir en amor y alentarnos mutuamente. Él que ha conocido a Jesús y se aleja de Él caerá en las manos de un Dios viviente y enojado. Por eso, ustedes deben perseverar en la fe y en el fervor que ustedes han demostrado en el pasado. ¡Esto tiene que ver con su salvación!

2. Debemos seguir los ejemplos de los grandes héroes de la fe (11:1–40).

Tener fe es tener la plena seguridad de recibir lo que se espera, es estar convencidos de la realidad de cosas que no vemos. Nuestros antepasados fueron aprobados porque tuvieron fe. Por la fe sabemos que Dios formó los mundos mediante su palabra, de modo que lo que ahora vemos fue hecho de cosas que no podían verse (Hebreos 11:1–3).

Este es un capítulo hermoso, una parte especial de la Biblia, una verdadera obra de arte en la cual el autor muestra su talento literario y sus habilidades de orador. A su vez, con la ayuda de ejemplos del Antiguo Testamento, él nos enseña magníficas lecciones de fe. Cuando Dios liberó a Israel del cautiverio Egipcio y lo condujo por el desierto hacia la tierra prometida, Él les dio una opción de “vida” o muerte, bendiciones y maldiciones” (Deuteronomio 30:19-20). El pueblo de Dios que va caminando hacia la eternidad hoy día todavía tiene una opción similar. La fe produce vida, mientras que la incredulidad es fuente de muerte. Todas las cosas que Dios ha hecho en el pasado, cuando vivieron los héroes de la fe, los héroes que son mencionados aquí, demuestran la importancia de creer y perseverar en la fe. Sin lugar a dudas, únicamente la fe nos permite obtener las bendiciones invisibles de Dios y participar en Su vida y en Su gloria. Sólo la fe nos permite alejar nuestros ojos del presente y de lo que nos rodea en este mundo, y a volver nuestros ojos hacia los tesoros que vienen de otro mundo, que es el mundo de Dios.

Esta es la gran lección de este capítulo que es mostrado a través de muchos ejemplos del Antiguo Testamento. Toda esta gente tenía “visión”; ellos vieron con claridad lo que se les había prometido y se aferraron a ello con firmeza. Ellos confiaron en Dios en lo referente a los tesoros que ellos no podían ver con sus ojos, sino hacia lo cual se volcaron sus corazones. Es por esta razón que ellos fueron capaces de soportar los problemas, los sufrimientos, y las persecuciones que ellos no hubieran podido aguantar por su propia fortaleza. Por eso, el autor nos invita a estudiar esta lista de “héroes de la fe” por nuestro propio bien. Pero antes de comenzar con la lista de estos héroes de Dios en tiempos antiguos, él nos da una definición de fe.

¿Qué es la fe? Ciertamente no es andar como una persona ciega, o buscar en un lugar oscuro. No es un sueño que nos permite olvidar los problemas del presente, ni es tampoco una esperanza ciega. La fe es **“tener la plena seguridad de recibir lo que se espera, es estar convencidos de la realidad de cosas que no vemos.”** Es **“tener la plena seguridad,”** estar **“convencidos.”** Estas dos palabras significan lo mismo. De hecho, es una convicción, ese es su significado preciso. En realidad, la fe no puede medirse, como podemos medir el área de un rectángulo al multiplicar su largo por su ancho. Creer es tener esperanza, es tener una confianza inquebrantable. La fe observa lo que está en el futuro y lo trae al presente, porque ella hace que las cosas que esperamos sean tan reales como las cosas que podemos ver. Creer es tener certeza y no tener duda de lo que no podemos ver. Ninguno de los lectores de la Epístola a los Hebreos estuvo allí cuando Dios creó al mundo, cuando Él escogió a Abraham, cuando liberó a Su pueblo, cuando Jesucristo nació en Belén, cuando Él murió en la cruz y resucitó al tercer día.

No podemos verificar ninguno de estos eventos, pero creemos que sucedieron porque estamos completamente seguros de ello y eso se debe a que la fe nos da esta certeza, y la fe es producida por el Evangelio; es la obra del Espíritu Santo en nuestros corazones. Nosotros experimentamos el mundo que nos rodea con nuestros cinco sentidos: vista, oído, olfato, gusto y tacto. De cierta manera la fe es un sexto sentido, y el más fuerte de todos. La fe nos permite ver el mundo que vendrá, lo que no podemos ver y lo que no podemos tocar, pero lo que Dios ha prometido a Su propio pueblo. La fe hace que este mundo invisible sea seguro y real.

El autor de la epístola pudo haber dado todo un curso sobre la fe, pudo haber explicado como esta nace y crece, como lucha y se vuelve duda, por qué y cómo resulta victoriosa sobre todo, y permanece eternamente porque está fundamentada en la Palabra eterna de Dios (1 Pedro 1:25). En vez de eso, él nos muestra lo que la fe es capaz de hacer con ejemplos bien escogidos, porque está muy segura de que Dios no miente. **“Nuestros antepasados fueron aprobados porque tuvieron fe.”** La Biblia toda da testimonio acerca de la fe de esta gente. Es Dios mismo quien testifica acerca de ellos, quien también ha inspirado los textos que hablan de ellos. Por lo tanto, todos los Cristianos del mundo harían bien en pensar acerca de su ejemplo.

“Por la fe sabemos que Dios formó los mundos mediante su palabra, de modo que lo que ahora vemos fue hecho de cosas que no podían verse.” El autor nos lleva hacia atrás hasta Génesis, capítulo 1. Ya para empezar el primer capítulo de la Biblia sólo se puede entender por la fe. Nadie estuvo allí cuando Dios creó el mundo, cuando lo formó de la nada, cuando Él hizo el mundo visible de lo invisible, solamente por Su Palabra. Dios estaba solo cuando Él dijo: “¡Que haya luz!,” “Que haya una bóveda que separe las aguas,” “Que produzca la tierra toda clase de plantas,” “Que haya luces en la bóveda celeste,” etc. (Génesis 1:3, 6, 11, 15). “Pues Él habló, y todo fue hecho; Él ordenó, y todo quedó firme” (Salmo 33:9). Solamente la fe nos permite creer que todo lo que nos rodea ha sido creado de la nada, únicamente por la voluntad de Dios. La fe está basada en Su Palabra verdadera, sobre aquello que Él tuvo gusto de revelarnos.

Por fe, Abel ofreció a Dios un sacrificio mejor que el que ofreció Caín, y por eso Dios lo declaró justo y le aceptó sus ofrendas. Así que, aunque Abel está muerto, sigue hablando por medio de su fe. Por su fe, Henoc fue llevado en vida para que no muriera, y ya no lo encontraron, porque Dios se lo había llevado. Y la Escritura dice que, antes de ser llevado, Henoc había agradado a Dios. Pero no es posible agradar a Dios sin tener fe, porque para acercarse a Dios, uno tiene que creer que existe y que recompensa a los que lo buscan. Por fe, Noé, cuando Dios le advirtió que habían de pasar cosas que todavía no podían verse, obedeció y construyó la barca para salvar a su familia. Y por esa misma fe, Noé condenó a la gente del mundo y fue heredero de la justicia que se obtiene por la fe (Hebreos 11:4-7).

Los primeros héroes que el nombra son tres patriarcas que vivieron antes del diluvio, Abel, Henoc y Noé. Génesis 4:1-5 da testimonio de la fe de Abel. El sacrificio de Abel fue **“un sacrificio mejor”** que el sacrificio de Caín, no por los dones que él ofreció a Dios, sino por la forma en que lo hizo. Dios está más interesado en lo que está en el corazón que presenta las ofrendas que en las ofrendas mismas. Génesis 4:4 nos dice que “el SEÑOR miró con agrado a Abel y a su ofrenda.” Abel es más importante que su ofrenda. Por fe **“Dios lo declaró justo,”** al igual que mucho después lo sería Abraham y todos los creyentes del mundo - por fe y sin las obras de la Ley. Pero la fe produce buenos frutos, y si no los produce, se debe a que la fe está muerta (Juan 15:2; Santiago 2:17, 26).

Luego viene el ejemplo de Henoc. La Biblia dice de él solo unas pocas palabras (Génesis 5:21-24). El caminó con Dios y a Él le agradó. **“Pero no es posible agradar a Dios sin tener fe.”** Por eso Henoc caminó con Dios por la fe. Dios dio testimonio de Él; Él lo probó llevándose al cielo sin pasar por la muerte. Más adelante Él le otorgó el mismo favor al profeta Elías, a quien se llevó al cielo en un carro de fuego (2 Reyes 2:1-11). Esto también le sucederá a los que aún vivan en el Día Final, cuando Jesucristo regrese para juzgar al mundo. Ellos “serán transformados en un momento” (1 Corintios 15:51-52).

El siguiente héroe es Noé, cuya historia llena varios capítulos de la Biblia. Cuando Dios le advirtió a él acerca de las cosas que aún no se habían visto, y él sintió un respetuoso temor, es por fe que él construye un arca para salvar a su familia, **“Noé condenó a la gente del mundo y fue heredero de la justicia que se obtiene por la fe.”** Dios le informó que Él iba a castigar al mundo por causa de sus pecados y debilidades. Pero Noé y su familia serían salvados, porque él era justo. Noé jamás había visto un diluvio y muy difícilmente podía imaginárselo. Sin embargo, el comenzó a construir un bote. Él lo hizo por un temor santo, sabiendo que Dios no miente y que Él cumple Su palabra. Según 2 Pedro 2:5, “él era un predicador de la justicia”, él anunció el juicio futuro e instó a su prójimo a que se arrepintiera. Él tenía confianza en Dios, aunque el trabajo de construir un barco indudablemente parecía tonto. El debió sentirse solo en este mundo pecador e infiel. Pero Dios había hablado, y Dios sabía lo que estaba haciendo. Por lo tanto, Noé caminó por la fe. Por eso él fue salvado del diluvio y al mismo tiempo de su condenación eterna.

Por fe, Abraham, cuando Dios lo llamó, obedeció y salió para ir al lugar que él le iba a dar como herencia. Salió de su tierra sin saber a dónde iba, y por la fe que tenía vivió como extranjero en la tierra que Dios le había prometido. Vivió en tiendas de campaña, lo mismo que Isaac y Jacob, que también recibieron esa promesa. Porque Abraham esperaba aquella ciudad que tiene bases firmes, de la cual Dios es arquitecto y constructor. Por fe también, aunque Sara no podía tener hijos y Abraham era demasiado viejo, este recibió fuerzas para ser padre, porque creyó que Dios cumpliría sin falta su promesa. Así que Abraham, aunque ya próximo al fin de sus días, llegó a tener descendientes tan numerosos como las estrellas del cielo y como la arena de la orilla del mar, que no se puede contar (Hebreos 11:8-12).

El siguiente ejemplo es el de Abraham y su mujer Sara. Él es el antepasado del pueblo de Israel, el que los Judíos consideraron su padre (Josué 24:3; 1 Crónicas 29:18; Isaías 51:2; Mateo 3:9; Juan 8:39) y a quien la Biblia llama el padre de todos los creyentes (Romanos 4:11-12). Él fue quizás el mayor creyente de todos los tiempos. Los que conocen su historia solo pueden admirar la fe de este hombre. Abraham tiene un lugar de honor en la lista de los héroes de la fe. ¿Cuántas veces demostró él que creía en la palabra de Dios, que él tenía completa confianza en Él, hasta cuando Él le pidió cosas increíbles e imposibles?

A la edad de 75 años, el Señor le pidió que lo abandonara todo y dejara su país para ir a la tierra que Él le mostraría. Él partió sin ningún tipo de guía o ayuda. Él no sabía a donde lo conduciría Dios, pero el siguió andando porque él sabía que Dios lo estaba guiando. Dios también le había prometido un hijo y muchos descendientes, cuando no tenía hijos y había alcanzado una edad en la que un hombre ya no puede ser padre. Él esperó otros 25 años para ver cumplida la promesa de Dios. Él se fue a una tierra ocupada por mucha gente, y se iba mudando con su tienda y sus rebaños en un país extraño. Él sólo poseía un pedazo de tierra que había comprado para enterrar a su mujer, pero Dios le había prometido que todo el país le pertenecería a sus hijos.

¿Cómo pudo él actuar de esta manera? ¿De dónde sacaba su fortaleza? La respuesta es clara: “Por fe, Abraham...” Jesús dijo que la fe mueve montañas (Mateo 21:21). La fe de Abraham creía que lo increíble, simplemente porque Dios había hablado. Y esa también es la razón por la cual él realizó cosas increíbles. Lo mismo hizo su hijo Isaac y su nieto Jacob quienes **“también recibieron esa promesa.”** Ellos tenían un corazón que creía en todo lo increíble porque tenían ojos para ver lo invisible. De hecho, ellos esperaron por **“aquella ciudad que tiene bases firmes, de la cual Dios es arquitecto y constructor.”** A Abraham le prometieron un país terrenal, la tierra de Canaán, y él sabía que él la obtendría a través de sus descendientes. Pero por encima de todo él espero por otra tierra que era mucho más importante, que era invisible pero eterna, una

tierra que no estaba construida por manos humanas, sino por Dios. La tienda en la cual él estaba viviendo estaba fija al suelo con la ayuda de estacas. Las ciudades construidas por sus descendientes, fueron destruidas por la gente o por el fuego, o simplemente fueron destruidas por el paso del tiempo y hubo que reconstruirlas muchas veces. Hoy día sólo quedan unas cuantas ruinas. Pero existe otra ciudad que tenía **“bases”** sólidas porque había sido construida por Dios. Por lo tanto, es indestructible y eterna. Esa es la Jerusalén celestial la cual describe el autor con palabras maravillosas en el siguiente capítulo (Hebreos 12:22-24).

Esta era la ciudad celestial que Abraham **“esperaba.”** Su corazón lo tenía puesto en un tesoro verdadero. Dice el apóstol Pablo en Filipenses 3:20-21: “Nosotros somos ciudadanos del cielo, y estamos esperando que del cielo venga el Salvador, el Señor Jesucristo.” Es una hermosa ciudad, mucho más hermosa que la mayoría de las ciudades hermosas de este mundo. Los últimos capítulos del Apocalipsis nos dice que ha sido adornada con piedras preciosas, en las cuales no puede entrar nada impuro, y donde Dios secará todas las lágrimas porque ya no habrá más llanto, ni sufrimiento ni muerte. En el ejemplo dado por Abraham, hay un potente estímulo para que todos los Cristianos del mundo alejen sus ojos de los bienes, goces y placeres de esta tierra y vuelvan sus ojos hacia los tesoros que les esperan en el cielo.

Es **“por fe”** que Abraham se convirtió en padre y Sara concibió un hijo. Según todas las leyes de la naturaleza, ella era demasiado mayor para salir embarazada, y el cuerpo de Abraham estaba muy agotado. Él ya no tenía la fuerza necesaria para ser padre de un hijo, pero ambos eran creyentes. Ellos tenían confianza en Dios, y Dios, para quien nada es imposible (Lucas 1:37), hizo lo imposible. Él quien supo cómo dar un hijo a la virgen María, le dio un hijo a una pareja anciana. Ellos se convirtieron en padres a una edad cuando los demás son bisabuelos. El cuerpo de **“Abraham era demasiado viejo.”** De este cuerpo viejo, de casi cien años, **“llegó a tener descendientes tan numerosos como las estrellas del cielo y como la arena de la orilla del mar, que no se puede contar.”** Físicamente sus descendientes son todos los judíos que alguna vez vivirán en este mundo. Espiritualmente sus descendientes son todos creyentes, todos ellos creen en Jesucristo, un descendiente muy especial que había sido prometido, el Mesías anunciado por los profetas. Abraham y su esposa creyeron en la fidelidad de Él quien había hecho la promesa. Ese era el secreto de su fortaleza. La fidelidad de Dios, recibida y confesada con una fe inquebrantable, hizo posible lo imposible. En lo concerniente a las promesas del Señor, los Cristianos no saben lo que significa la palabra “imposible.”

Todas esas personas murieron sin haber recibido las cosas que Dios había prometido; pero como tenían fe, las vieron de lejos, y las saludaron reconociéndose a sí mismos como extranjeros de paso por este mundo. Y los que dicen tal cosa, claramente dan a entender que todavía andan en busca de una patria. Si hubieran estado pensando en la tierra de donde salieron, bien podrían haber regresado allá; pero ellos deseaban una patria mejor, es decir, la patria celestial. Por eso, Dios no se avergüenza de ser llamado el Dios de ellos, pues les tiene preparada una ciudad (Hebreos 11:13–16).

Más adelante el autor de la epístola regresará al ejemplo de Abraham, pero antes de hacerlo, él quiere dirigir nuestra atención hacia lo que todos estos héroes de la fe tuvieron en común, y fue que murieron sin haber visto el cumplimiento de las cosas que les habían prometido. Abraham sólo poseía un pedazo pequeño de tierra en Canaán, suficiente para enterrar a su mujer. Isaac poseyó lo mismo. Jacob tuvo que abandonar su país para refugiarse en Egipto con su familia para no morir de hambre. En vez de poseer la tierra prometida, ellos eran forasteros y hasta esclavos en un país extranjero. Pero ellos creyeron. Ellos **“vieron de lejos”** su país y lo **“saludaron.”** Es

como Moisés, a quien Dios le dijo que subiera al Monte Nebo para ver desde la distancia el país al cual él no entraría (Deuteronomio 32:52). Su fe fue como unos binoculares con los que podía ver a lo lejos lo que se escapa a simple vista.

Luego siguen las hermosas palabras: **“reconociéndose a sí mismos como extranjeros de paso por este mundo.”** Aquí tenemos una clara manifestación de que los creyentes del Antiguo Testamento creyeron en la vida eterna. Ellos no adoraron simplemente a Dios para que sus rebaños prosperaran o para que lloviese y para poder tener buenas cosechas, sino que adoraban a Dios porque ellos sabían que la existencia humana no llega al fin en la hora de la muerte, sino que somos llamados ante Dios, y que a través de la muerte pasamos a la eternidad. En eso ellos creían de la misma forma que nosotros, aunque Dios no se había revelado totalmente a ellos, y aunque sabemos mucho más que lo que ellos sabían sobre la obra de Jesús y Su salvación.

Aunque vivamos en el mundo, los creyentes no son de este mundo (Juan 17:15-16). Para nosotros la vida es un viaje que nos conduce a nuestra nación. El apóstol Pedro nos habla “como extranjeros de paso por este mundo” (1 Pedro 2:11). Jesús le dijo a Sus discípulos: “Pues donde esté tu riqueza, allí estará también tu corazón” (Mateo 6:21). El país más bello del mundo, hasta el nuestro propio al cual amamos tanto porque es nuestro país y el país de nuestros antepasados, es nada comparado al país hacia el cual estamos caminando. Los patriarcas, también, **“deseaban una patria mejor, es decir, la patria celestial.”**

Si Abraham lo hubiera querido, el pudiera haber desmontado sus tiendas, empacado sus maletas, reunido a sus rebaños y regresado a Mesopotamia de donde él vino. Pero sus ojos estaban puestos en otra patria que no es de este mundo. Lo mismo es cierto para Isaac y Jacob y sus hijos. Estos fueron hombres de fe que buscaron tesoros mejores que tener muchos rebaños y una tierra rica. Por esta razón, **“Por eso, Dios no se avergüenza de ser llamado el Dios de ellos, pues les tiene preparada una ciudad.”** Todos los creyentes son los hijos e hijas de Dios por la fe; nosotros pertenecemos a Su familia y tenemos derecho a Su herencia. En Éxodo 3:6, el Señor se llama a Sí mismo “el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.” De Él “recibe su nombre toda familia, tanto en el cielo como en la tierra” (Efesios 3:15). Este es el maravilloso honor que el Señor otorga a Su propio pueblo.

Nuestro texto nos anima con fuerza a vivir como **“extranjeros de paso por este mundo.”** Con mucha frecuencia los ojos de los Cristianos están puestos en este mundo, sobre las riquezas y las posesiones ofrecidas aquí. Trabajamos, vivimos y nos comportamos como si fuésemos a permanecer eternamente en este mundo, como si nuestra patria fuera aquí abajo. En lugar de caminar valientemente hacia la Canaán celestial, caminamos por el lodo de este mundo. No escatimamos esfuerzo alguno, luchamos por obtener la mayor cantidad de cosas posibles, pero a la vida eterna no nos llevamos absolutamente nada de lo que hemos acumulado aquí en la tierra. El apóstol Pablo escribe: “Porque nada trajimos a este mundo, y nada podremos llevarnos; si tenemos que comer y con qué vestirnos, ya nos podemos dar por satisfechos” (1 Timoteo 6:7-8). Es una buena lección la que nos enseña la Biblia y es confirmada por el ejemplo de los patriarcas.

Por fe, Abraham, cuando Dios lo puso a prueba, tomó a Isaac para ofrecerlo en sacrificio. Estaba dispuesto a ofrecer a su único hijo, a pesar de que Dios le había prometido: “Por medio de Isaac tendrás descendientes.” Es que Abraham reconocía que Dios tiene poder hasta para resucitar a los muertos; y por eso Abraham recobró a su hijo, y así vino a ser un símbolo (Hebreos 11:17-19).

Ahora el autor nos recuerda la gran prueba para la fe de Abraham. Un día, Dios le pidió a Abraham que sacrificara para Él al hijo por el cual tuvo que esperar tanto tiempo y el que finalmente Él le había dado. El relato se basa en Génesis 22, que es uno de los capítulos más trágicos de toda la Biblia. Lo que el Señor le pedía a Abraham no solo era humanamente imposible, sino también opuesto a la voluntad de Dios y a Su santidad.

Lo que el Señor le pidió a él que hiciera no solo era humanamente imposible, sino también contrario a la voluntad de Dios y a Su santidad. ¿Cómo podía Él pedirle la muerte de un niño? ¿Por qué necesitaba Él un sacrificio semejante? ¿Qué bien le haría a Él? Además, también estaban las promesas que Él le había hecho al patriarca. ¿Cómo podía Él dar vida a tanta gente, y cómo podía venir el Salvador del mundo venir algún día, si Abraham hubiera asesinado al niño de la promesa? Sacrificar a Isaac solo significaría cancelar la promesa que Él había hecho.

Y aún así Abraham obedeció y se preparó para hacer esta asombrosa tarea, contra la cual se rebelaría el corazón de todo padre. La Biblia no nos dice nada acerca de la terrible lucha por la que tuvo que pasar antes de hacerlo. Abraham conoció su Getsemaní, y, al igual que Jesús, Dios lo fortaleció a través de esta lucha interna que él tuvo con la voluntad del Señor. Pero, él hizo lo que Dios le pidió que hiciera. El autor dijo que él ofreció **“a su único hijo.”** Él habla como si el sacrificio realmente ocurrió, aunque, en el último minuto, el ángel del SEÑOR detuvo el brazo de Abraham. Asombrosamente él pensó: **“Dios tiene poder hasta para resucitar a los muertos.”**

Este es ciertamente un pensamiento asombroso, que sólo la fe puede producir. Abraham se dijo a sí mismo que si Dios le había dado un hijo, aunque su cuerpo estuviera (por decirlo así) muerto y estéril por su anciana edad, Él podía devolverle a su hijo resucitándolo de entre los muertos. **“Y por eso Abraham recobró a su hijo, y así vino a ser un símbolo.”** En realidad, Abraham sí sacrificó a su hijo y el Señor se lo devolvió. La fe se ríe de la muerte y tiene la victoria. Otro hijo de Abraham, mucho más grande que Isaac, vino y cumplió Su trabajo. Él es Jesucristo quien derrotó a la muerte. Por la fe en Él, todos los creyentes pueden decir con el apóstol Pablo: **“¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado, y el pecado ejerce su poder por la ley. ¡Pero gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!”** (1 Corintios 15:55–57).

Por fe, Isaac prometió bendiciones futuras a Jacob y a Esaú. Por fe, Jacob, cuando ya iba a morir, prometió bendiciones a cada uno de los hijos de José, y adoró a Dios apoyándose sobre la punta de su bastón. Por fe, José, al morir, dijo que los israelitas saldrían más tarde de la tierra de Egipto, y dejó órdenes acerca de lo que deberían hacer con sus restos (Hebreos 11:20-22).

El autor ha hablado mucho acerca de Abraham, el gran patriarca, el antepasado del pueblo de Israel. Aquí hay otros tres, Isaac, Jacob y José (el hijo, el nieto, y uno de los nueve bisnietos de Abraham). Cada uno es presentado al momento de su muerte, y el autor nos dice lo que ellos hicieron antes de morir. Isaac tuvo dos hijos y estaba prácticamente ciego cuando él les dio su última bendición (Génesis 27:1 al 28:5). Por fe él sabía que Jacob era el hijo de la promesa, quien sería el padre del pueblo de Israel, y que el Salvador prometido vendría por sus descendientes. Y esto lo sabía aunque Esaú era el mayor de los dos

Jacob, **“apoyándose sobre la punta de su bastón,”** muy viejo y a punto de morir, igualmente bendijo a sus hijos (Génesis 47:28 al 49:33). El también predecía el futuro como un profeta. Lleno del Espíritu Santo, el predijo lo que sucedería en el futuro. Cuando el profetizó sobre Judá,

uno de sus doce hijos, el comprendió que por él se cumpliría la promesa sobre el Mesías de Israel. En una profecía que es un poco difícil de entender hoy, él dijo: “Nadie le quitará el poder a Judá ni el cetro que tiene en las manos, hasta que venga el dueño del cetro, a quien los pueblos obedecerán” (Génesis 49:10).

Ello significa que de la tribu de Judá vendrían los reyes de Israel, y especialmente el gran Rey David cuyo descendiente distante, el Mesías, establecería un reino eterno a quien todas las naciones del mundo se someterían.

José pudo haber tenido el funeral de un rey en Egipto, donde fue primer ministro. En lugar de ello, él quiso ser sepultado con sus antepasados en la tierra que Dios les había prometido. Por eso, él ordenó que su cuerpo fuese llevado a Canana, para ser enterrado junto a Abraham e Isaac (Génesis 50:22-26). Él había vivido allí hasta que fue un adolescente, pero era la tierra prometida a Abraham y a sus descendientes. Él murió mientras pensaba en esta promesa y en la promesas del Mesías que vendría, y su cuerpo yace en aquella tierra esperando por su promesa. Indudablemente, “tener fe es tener la plena seguridad de recibir lo que se espera; es estar convencidos de la realidad de cosas que no vemos” (Hebreos 11:1).

Por fe, al nacer Moisés, sus padres lo escondieron durante tres meses; porque vieron que era un niño hermoso, y no tuvieron miedo de la orden que el rey había dado de matar a los niños. Y por fe, Moisés, cuando ya fue hombre, no quiso llamarse hijo de la hija del faraón; prefirió ser maltratado junto con el pueblo de Dios, a gozar por un tiempo los placeres del pecado. Consideró de más valor sufrir la deshonra del Mesías que gozar de la riqueza de Egipto; porque tenía la vista puesta en la recompensa que Dios le había de dar. Por fe, Moisés se fue de la tierra de Egipto; sin miedo del enojo del rey; y se mantuvo firme en su propósito, como si viera al Dios invisible. Por fe, Moisés celebró la Pascua y mandó rociar las puertas con sangre, para que el ángel de la muerte no tocara al hijo mayor de ningún israelita. Por fe, los israelitas pasaron el Mar Rojo como si fuera tierra seca; luego, cuando los egipcios quisieron hacer lo mismo, se ahogaron. Por fe, cayeron los muros de la ciudad de Jericó, después de que los Israelitas marcharon alrededor de ellos durante siete días. Y por fe, Rahab, la prostituta, no murió junto con los desobedientes, porque ella había recibido amistosamente a los espías de Israel (Hebreos 11:23-31).

Es “**por fe**” que los padres de Moisés escondieron al pequeño para que escapara de la espada asesina del Faraón, que quería eliminar al pueblo de Israel evitando que se reprodujera. Ellos sabían que el Faraón, el rey de Egipto, había dado órdenes a las parteras Hebreas de que mataran a todos los bebés varones en el momento de nacer. Y como las comadronas lo desobedecieron, él ordenó a los egipcios que ahogaran a los niños Hebreos que encontraran. Los padres de Moisés no le tuvieron miedo al rey, sino que más bien confiaron en Dios y sabían que Él protegería a su hijo. Por eso, cuando él nació, lo escondieron, y así Moisés creció y se convirtió en el más grande de los modelos de fe en el Antiguo Testamento. Luego siguen unos cuantos recordatorios para ilustrar eso.

Moisés fue criado por la hija del Faraón que lo adoptó. Por eso fue príncipe, creció en el palacio real y fue educado en toda la gran sabiduría de ese tiempo. Él fue un hombre culto, poderoso y respetado. Él pudo haberse aprovechado de eso y vivir en el lujo y los placeres. ¿Pero qué hizo él? Él rechazó este privilegio y “**prefirió ser maltratado junto con el pueblo de Dios, a gozar por un tiempo los placeres del pecado.**” Él quería ser fiel a su pueblo oprimido. No hay duda de que él sabía cuáles fueron las promesas que Dios le había hecho a Israel con respecto a la tierra

prometida. Por lo tanto, el prefirió una vida humilde llena de peligros a una vida fácil en el palacio real. Por eso él demostró que él prefería la cruz de un creyente a una vida de pecado. Él no quería vivir en la idolatría, la inmoralidad y la maldad, ni tampoco quería participar como miembro de la familia real en la opresión del pueblo de Dios. Él tuvo el coraje para tomar una decisión difícil, pero una decisión digna de encomio. Él prefirió la vida de un humilde miembro del pueblo de Dios a llevar la vida de un príncipe pagano. Él supo cómo hacer una buena elección.

“Consideró de más valor sufrir la deshonra del Mesías que gozar de la riqueza de Egipto; porque tenía la vista puesta en la recompensa que Dios le había de dar.” Todos nosotros pensamos inmediatamente sobre las palabras que Jesús dijo a Sus discípulos: “¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde la vida? ¿O cuánto podrá pagar el hombre por su vida?” (Mateo 16:26). Noten que el autor de la Epístola a los Hebreos habla de **“sufrir la deshonra del Mesías.”**

Por lo tanto, Moisés conocía a Jesucristo, y no solamente lo conocía a Él, sino que habló de Él. En Juan 5:46, Jesús dijo específicamente: “Porque si ustedes le creyeran a Moisés, también me creerían a mí, porque Moisés escribió acerca de mí.” Y hablando a los discípulos de Emaús y a los once Jesús recordó lo que Moisés había profetizado acerca de Él (Lucas 24:27, 44). Por fe, Moisés acordó que él era un discípulo de Jesucristo y estaba dispuesto a sufrir por su fe. Es como si Moisés escuchara de antemano las palabras de Jesús: “Ningún discípulo es más que su maestro, y ningún criado es más que su amo. El discípulo debe conformarse con llegar a ser como su maestro, y el criado como su amo” (Hebreo 10:24-25). Cuando queremos seguir los pasos de Jesús, tenemos que saber cómo tomar nuestra cruz y cargarla con fe.

Esto fue lo que Moisés hizo, **“porque tenía la vista puesta en la recompensa que Dios le había de dar.”** Él buscó la misma patria celestial que Abraham y los otros patriarcas (Hebreos 11:10, 16). Él sabía que no sufría en vano; él conocía el consuelo eterno y la gloria que Dios guarda en el cielo para aquellos que sirven a Él. El ejemplo de Moisés nos recuerda estas palabras del apóstol Pablo: “Lo que vivimos en esta vida es cosa ligera, que pronto pasa; pues nos trae como resultado una gloria eterna mucho más grande y abundante. Porque no nos fijamos en lo que se ve, sino en lo que no se ve, ya que las cosas que se ven son pasajeras, pero las que no se ven son eternas” (2 Corintios 4:17-18). El ejemplo de Moisés anima a cada Cristiano a considerar nuevamente lo que es importante, a preguntarse dónde está realmente su corazón y que opciones eligen en la vida.

Después el autor habla acerca del éxodo, cuando Dios le ordenó a Moisés que caminara delante de Su pueblo y los liberara de la esclavitud en Egipto. Fue **“por fe”** que él se atrevió a comparecer ante el Faraón, que exigió que el pueblo de Dios fuese liberado, y logró los milagros de quebrar la voluntad del Faraón. Es por fe que Moisés comenzó a viajar con Israel y cruzó el Mar Rojo, y no tuvo temor al rey ni a las olas del mar. **“Como si viera al Dios invisible,”** el Todopoderoso caminó con él, pues, “Tener fe es tener la plena seguridad de recibir lo que se espera; es estar convencido de la realidad de cosas que no vemos” (Hebreos 11:1). Moisés es la prueba viviente de ello. Dios dijo al profeta Jeremías: “Yo te pongo hoy como ciudad fortificada, como columna de hierro, como muralla de bronce...Ellos te harán la guerra, pero no te vencerán porque yo estaré contigo para protegerte. Yo, el SEÑOR, doy mi palabra” (Jeremías 1:18-19).

Moisés tuvo la misma experiencia. Él sabía que Dios estaba con él; en Su nombre él tuvo el coraje para guiar, confrontar al rey de Egipto y a todos los enemigos de su pueblo. Es por fe que

“Moisés celebró la Pascua.” La noche en que Israel debía salir de Egipto, él le dijo a cada familia que matara a un cordero y que pusieran la sangre alrededor de la puerta para proteger a los hebreos del ángel de la muerte. Por eso él tuvo que realizar un acto el cual celebraría la liberación que el Señor les daría. Al mismo tiempo este acto apuntaba hacia la muerte redentora de Jesús, el Cordero de Dios quien habría de morir por los pecados del mundo a fin de perdonar y salvar a la humanidad.

“Por fe, los israelitas pasaron el Mar Rojo como si fuera tierra seca; luego, cuando los egipcios quisieron hacer lo mismo, se ahogaron.” Cruzar el Mar Rojo fue sin duda un acto de fe. ¿Quién podía saber lo que sucedería cuando los ejércitos del Faraón persiguieron a los hebreos? ¿Cómo salvaría Dios a Su pueblo? ¿Y cómo se cerrarían otra vez las aguas del Mar Rojo detrás de ellos? ¿Realmente podían ellos confiar en Moisés? ¿Realmente estaba Dios con él? Fue **“por fe”** que cruzaron entre las olas y experimentaron el rescate del Señor. En esos momentos, Israel todavía confiaba totalmente en Dios y en Su servidor Moisés. Más adelante, cuando ellos cruzaron el desierto, y muchas veces después de eso, ellos mostraron incredulidad.

Muchos años después, ellos entraron a la tierra prometida y llegaron a la gran ciudad de Jericó, que estaba bien armada y rodeada de fuerte muros. Los hebreos no eran muchos, ni estaban preparados para la guerra y tenían pocas armas. Se necesitaba mucha fe para caminar por los alrededores de la ciudad cada día durante una semana y tocar las trompetas. ¿Era así que iban a tomar la ciudad? Sí, porque Dios se los había prometido, y ellos confiaron en esta promesa. **“Por fe, cayeron los muros de la ciudad de Jericó”** (Josué 6).

“Por fe, Rahab, la prostituta, no murió junto con los desobedientes, porque ella había recibido amistosamente a los espías de Israel.” En el segundo capítulo de su libro, Josué cuenta lo que esta mujer hizo. Arriesgando su propia vida, ella ocultó a los espías y Dios la recompensó por su acción permitiéndole vivir cuando la ciudad fue tomada. Una prostituta, una mujer de mala reputación, protegió a los espías de Dios, se convirtió en creyente y fue recibida en el pueblo de Dios. El Señor mismo por su gracia le permitió convertirse en antepasado de Jesús (Mateo 1:5). Él perdona a los pecadores y otorga Su gracia a todo el que viene a Él con fe.

¿Qué más voy a decir? Me faltaría tiempo para hablar de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefé, de David, de Samuel y de los profetas. Por la fe conquistaron países, impartieron justicia, recibieron lo que Dios había prometido, cerraron la boca de los leones, apagaron fuegos violentos, escaparon de ser muertos a filo de espada, sacaron fuerzas de flaqueza, y llegaron a ser poderosos en la guerra, venciendo a los ejércitos enemigos. Hubo mujeres que recibieron otra vez con vida a sus familiares muertos. Otros murieron en el tormento, sin aceptar ser liberados, a fin de resucitar a una vida mejor otros sufrieron burlas y azotes, y hasta cadenas y cárceles. Y otros fueron muertos a pedradas, aserrados por la mitad o muertos a filo de espada; anduvieron de un lado a otro, vestidos sólo de piel de oveja y de cabra; pobres, afligidos y maltratados. Estos hombres, que el mundo ni siquiera merecía, anduvieron sin rumbo fijo por los desiertos, y por los montes, y por las cuevas y las cavernas de la tierra. Sin embargo, ninguno de ellos recibió lo que Dios había prometido, aunque fueron aprobados por la fe que tenían; porque Dios, teniéndonos en cuenta a nosotros, había dispuesto algo mejor, para que solamente en unión con nosotros fueran ellos hechos perfectos (Hebreos 11:32-40).

Al autor de la epístola le gustaría dar muchos más ejemplos del Antiguo Testamento, pero siente que se necesitaría demasiado tiempo para eso, y eso rompería la forma de su carta haciéndola

demasiado larga. Después de algunos nombres de personas bien conocidas, no en el orden histórico correcto, pero al azar. Cada una de estas personas, cada una a su propia manera, demostró lo que la fe puede hacer y lo que puede soportar. Cinco de los nombres en esta lista han sido tomados del libro de los Jueces, el cual habla de un tiempo triste de la historia de Israel, un tiempo notable por su incredulidad, idolatría y pecado.

Con 300 hombres, Gedeón realizó lo imposible como fue derrotar a los Madianitas, porque Dios estaba luchando con él (Jueces 6-8). Barac, ayudó a Débora, peleó una famosa batalla en la historia de Israel y liberó al pueblo de Dios de las manos de los Cananitas (Jueces 4 y 5). Sansón derrotó muchas veces a los Filisteos (Jueces 13-16). Daniel cerró las fauces de los leones que querían comérselo (Daniel 6). Sadrac, Mesac y Abednego fueron echados a la gran hoguera, pero ellos sabían que Dios los protegería (Daniel 3:17). Había un ángel en el fuego con ellos, para que ningún mal se acercara a ellos (Daniel 3). El joven David derrotó al gigante Goliat con una simple honda. David dijo: “Tú vienes contra mí con espada, lanza y jabalina, pero yo voy contra ti en nombre del Señor todopoderoso, el Dios de los ejércitos de Israel, a los que tú has desafiado. Ahora el Señor te entregará en mis manos” (1 Samuel 17:45-46). Todos estos hombres **“impartieron justicia, recibieron lo que Dios había prometido, cerraron la boca de los leones, apagaron fuegos violentos,”** e hicieron muchos otros milagros.

Dios siempre es el mismo. Hoy, Él es tan poderoso, grande y fiel como lo fue en el pasado, en el tiempo de los patriarcas, de los jueces y los reyes. Esto es una fuerte inspiración para perseverar en la buena batalla de la fe, para usarlo como armadura que nos ha dado el Señor - el cinturón de la verdad, el peto de justicia, nuestros pies calzados con la disposición que viene del Evangelio de paz, el escudo de la fe, el casco de la salvación y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios. Usen la armadura para luchar contra el pecado y los poderes de la oscuridad (Efesios 6:11-17). Dios promete victoria a los que son fieles hasta el fin. **“Hubo mujeres que recibieron otra vez con vida a sus familiares muertos.”** El autor probablemente estaba pensando en la viuda de Sarepta, a cuyo hijo Elías trajo de vuelta a la vida (1 Reyes 17:17-24) y de la mujer Sunemita, para quien Eliseo hizo el mismo milagro (2 Reyes 4:18-37). Ellas conocían el sufrimiento y el duelo, pero también la gran alegría de recibir nuevamente a sus hijos. Ellas se beneficiaron de un grandioso milagro que puso fin a sus lágrimas.

“Otros murieron en el tormento, sin aceptar ser liberados, a fin de resucitar a una vida mejor otros sufrieron burlas y azotes, y hasta cadenas y cárceles. Y otros fueron muertos a pedradas, aserrados por la mitad o muertos a filo de espada; anduvieron de un lado a otro, vestidos sólo de piel de oveja y de cabra; pobres, afligidos y maltratados. Estos hombres, que el mundo ni siquiera merecía, anduvieron sin rumbo fijo por los desiertos, y por los montes, y por las cuevas y las cavernas de la tierra.” Todos estos hombres pudieron haberse escapado de la persecución, la prisión, las torturas y la muerte. Ellos deben haber sido tentados a apartarse de Dios y dejar de servirle, y así pues hubieran conocido una vida tranquila. Pero no; ellos prefirieron el sufrimiento y la persecución en este mundo a fin de probar los goces del cielo.

Resucitar a la vida eterna era mucho máspreciado que la vida en la tierra. En Egipto, José estuvo encadenado por un pecado que él no cometió (Génesis 39:20). Zacarías, hijo de Joiada, fue apedreado (2 Crónicas 24:20-21). Jeremías fue lanzado a una cisterna (Jeremías 38:6). Según la tradición, el profeta Isaías fue aserrado en dos por los sirvientes del Rey Manasés. La parábola de los labradores malvados en Mateo 21:33-36 resume brevemente todo el dolor que le hizo sufrir el Israel infiel a sus profetas, y cuando ellos pudieron escapar de sus perseguidores, fueron

obligados a ir **“sin rumbo fijo por los desiertos, y por los montes, y por las cuevas y las cavernas de la tierra.”**

Humanamente hablando, no hay duda de que debemos sentir pena por ellos, pero esa fue una elección que hicieron voluntariamente y luego de meditarla cuidadosamente. Ellos pudieron haber cambiado sus vidas de sufrimiento cambiando de comportamiento, pero ellos no podían elegir la incredulidad para ellos porque en su corazón tenían una esperanza que evitaba que negaran al Señor. Para ellos esta tierra era una tierra extraña en la cual no querían vivir ni por todo el oro del mundo. Ellos querían alcanzar otra tierra. Ellos soñaban con otro mundo, y ese sueño era real, pero era una esperanza que estaba basada firmemente sobre las promesas que ellos habían recibido; que les permitió soportar, y hasta despreciar todo el mal que les hicieron, y perseverar hasta el final. Cuando el premio por la victoria es tan precioso y la corona tan hermosa, luchamos hasta el final.

¡Qué bello ejemplo para los lectores de la epístola que estuvieron tentados a alejarse de Jesucristo para volver a su antigua religión! Los creyentes y los héroes de la fe del Antiguo Testamento no conocieron a Jesús. Ello no lo vieron ni le escucharon predicar, pero lo recibieron desde muy lejos. Ellos prefirieron cargar con su vergüenza a conocer los placeres de este mundo, porque ellos conocían que por seguir Sus pasos ellos alcanzarían Su reino y participarían de Su gloria. Al igual que Moisés, ellos veían “la desgracia por Cristo de mayor valor” que los tesoros de este mundo. Lo que resulta asombroso es que todos estos hombres y mujeres anduvieron por fe y no por ver. Ninguno de ellos **“recibió lo que Dios había prometido, aunque fueron aprobados por la fe que tenían; porque Dios, teniéndonos en cuenta a nosotros, había dispuesto algo mejor, para que solamente en unión con nosotros fueran ellos hechos perfectos.”** Equipados con un telescopio de fe, ellos vieron y recibieron a Jesús, pero desde lejos, y para muchos de ellos desde muy lejos. Para ellos (y para nosotros) Dios tenía algo mejor en mente, que era la nueva alianza que Jeremías y otros anunciaron con sus bendiciones y sus tesoros que no son de este mundo, sino que vienen de un mundo mucho mejor. Sin embargo, no había llegado aún el momento para que Dios cumpliera sus promesas.

Estos creyentes del antiguo pacto no debían recibir la salvación sin nosotros. Junto con ellos, hemos sido llamados a la salvación que trajo Jesucristo al mundo. Ellos vivieron a la sombra de las profecías, mientras que nosotros conocemos todo el brillo de su realización. Nosotros sabemos mucho más que ellos acerca de la obra de Jesucristo, de Su muerte, de Su resurrección y de Su ascensión, Su perdón y Su salvación. Pero lo que ellos sabían fue suficiente para hacer de ellos unos héroes de la fe, que no permitieron que nada en el mundo los alejara del camino de la salvación. ¡Cuanto más grande debería ser el entusiasmo por seguir sus pasos, de los que vemos la luz del Evangelio brillando en nuestro camino!

El apóstol Pablo escribe: “Todo lo que antes se dijo en las Escrituras, se escribió para nuestra instrucción, para que con constancia y con el consuelo que de ellas recibimos, tengamos esperanza” (Romanos 15:4). Esa es la razón por la cual la Biblia nos habla acerca de Abel, de Noé, de Abraham, del Rey David y de todos los demás. Ellos no eran santos, sino pecadores como nosotros. Más de uno cayó en pecados serios, y Dios tuvo que llegar a ellos y rescatarlos para ayudarlos a seguir en el camino. Pero ellos fueron fortalecidos por las promesas de Dios y dejaron que Él los guiara. **“Estos hombres, que el mundo ni siquiera merecía,”** dice el autor de la epístola. Es cierto, el mundo no merecía gente de fortaleza espiritual, pero ellos sabían cómo permitir que la luz de la fe y la esperanza brillaran sobre el mundo, y es por eso que ellos glorificaron al Señor.

Resumen:

Creer es tener esperanza firme en lo que no podemos ver, saber que es Dios quien lo prometió. Abel, Enoc y Noé antes del diluvio, luego Abraham, Isaac, Jacob y José, Moisés y los muchos creyentes del Antiguo Testamento, y a través de su ejemplo, hombres y mujeres han demostrado lo que es posible cuando ponemos nuestra confianza en Dios y dejamos que Él nos guíe. Ellos creían firmemente y sufrieron muchas pruebas, porque ellos quisieron permanecer fieles a Dios quien les había dado promesas maravillosas. Ellos no vieron la realización de esas promesas, pero las recibieron desde lejos. Por eso, compartieron la misma salvación que nosotros, porque ellos estaban buscando las bendiciones eternas que el Señor les había prometido.

B. Debemos crecer en la fe a través de las pruebas que nos envía nuestro Padre.

1. Quinta advertencia (Hebreos 2:1–29).

Por eso, nosotros, teniendo a nuestro alrededor tantas personas que han demostrado su fe, dejemos a un lado todo lo que nos estorba y el pecado que nos enreda, y corramos con fortaleza la carrera que tenemos por delante. Fijemos nuestra mirada en Jesús, pues de él procede nuestra fe y él es quien la perfecciona. Jesús soportó la cruz, sin hacer caso de lo vergonzoso de esa muerte, porque sabía que después del sufrimiento tendría gozo y alegría; y se sentó a la derecha del trono de Dios. Por lo tanto, mediten en el ejemplo de Jesús, que sufrió tanta contradicción de parte de los pecadores; por eso, no se cansen ni se desanimen (Hebreos 12:1-3).

En el capítulo 11, vimos la lista de los héroes de la fe, y leímos los cortos relatos de estos creyentes del antiguo pacto, que perseveraron en todo tipo de tribulaciones. Ellos perseveraron en la fe en situaciones muy difíciles, porque ellos tenían una gran esperanza en sus corazones y sus ojos miraban hacia los tesoros impercederos e invisibles que Dios les había prometido.

La lección está clara: ¡Hagan lo que ellos hicieron y alcanzarán el reino de los cielos! “Considero que los sufrimientos del tiempo presente no son nada si los comparamos con la gloria que habremos de ver después” (Romanos 8:18). “Lo que sufrimos en esta vida es cosa ligera, que pronto pasa; pero nos trae como resultado una gloria eterna mucho más grande y abundante. Porque no nos fijamos en lo que se ve, sino en lo que no se ve, ya que las cosas que se ven son pasajeras, pero las que no se ven son eternas” (2 Corintios 4:17-18). A la luz de esta lista de héroes, el autor de la epístola le dice a todos los que leen estas palabras: “¡Hagan lo mismo que ellos hicieron!, ¡Van por buen camino! ¡Perseveren! Y sobre todo, ¡no descansen! El camino no está lejos, y la corona es gloriosa. ¡Tengan coraje!”

Él nos compara con corredores: **“corramos con fortaleza la carrera que tenemos por delante.”** Todos los creyentes de la antigua alianza tenemos **“a nuestro alrededor tantas personas que han demostrado su fe.”** Ellos nos alegran y nos dan coraje; nos dicen que nos mantengamos firmes y que no descansen. Para ese fin, debemos dejar **“a un lado todo lo que nos estorba,”** que hacen ir más despacio a un atleta y que lo frenan en su carrera. También debemos eliminar **“el pecado que nos enreda.”** No hay duda de que todo pecado contamina nuestra conciencia, nos aparta de Dios y hace que perdamos el deseo de correr. Si los Cristianos queremos alcanzar nuestra meta, hay cosas que no debemos hacer como sobrecargar nuestros cuerpos y sentir placer en el pecado. Hay otras cosas que definitivamente sí debemos hacer, por eso especialmente **“fijemos nuestra mirada en Jesús, pues de él procede nuestra fe y él es quien la perfecciona.”** En su epístola a los Filipenses, el apóstol Pablo dice que él considera como pura pérdida y basura a todas esas cosas que habían sido preciadas para él antes de su conversión, porque él quiere ganar a Cristo y encontrar en Él la rectitud que viene por la fe. Él añade que, “No quiero decir que ya lo haya conseguido todo, ni que ya sea perfecto; pero sigo adelante con la esperanza de alcanzarlo, puesto que Cristo Jesús me alcanzó primero...lo que sí hago es olvidarme de lo que queda atrás y esforzarme por alcanzar lo que está delante, para llegar a la meta y ganar el premio celestial que Dios nos llama a recibir por medio de Cristo Jesús” (Filipenses 3:12-14).

El autor de la Epístola a los Hebreos dice de Jesús que **“de él procede nuestra fe y él es quien la perfecciona.”** Otra traducción lo señala de esta manera: “Jesús nos da nuestra fe desde la partida

hasta la meta,” y ello significa que debemos fijar **“nuestra mirada en Jesús.”** Sólo Él nos ayuda a correr hasta la meta, es Él quien nos espera en la meta, listo para recibirnos y hacernos subir al podio de la victoria, donde Él nos coronará con Su alegría y su gloria. Los héroes de la fe, como Abraham, Isaac, Jacob, el Rey David o Daniel, pueden, sin duda alguna, alentarnos, pero jamás pueden darnos la fortaleza necesaria para alcanzar la meta que ellos han alcanzado. Nosotros debemos verlos porque necesitamos su estímulo, pero después, debemos ver a Jesús pues **“de él procede nuestra fe y él es quien la perfecciona.”** Él le dice a Sus discípulos: “Sin mí no pueden ustedes hacer nada” (Juan 15:5). Pero gracias a Jesús todo se vuelve posible. Noten que el autor sólo usa verbos en tiempo presente. Esto significa que hay que hacer un esfuerzo constante, que la contienda y la buena lucha de la fe deben pelearse constantemente, sin descansar jamás. Todos sabemos que si un corredor se detiene a mitad de la carrera para recuperar su aliento, y quizás comer y beber algo, él ya no tendrá las fuerzas para comenzar de nuevo. Cuando mucho irá arrastrándose y perderá su última oportunidad de ganar la carrera.

“Porque sabía que después del sufrimiento tendría gozo y alegría; y se sentó a la derecha del trono de Dios.” Este es el hermoso ejemplo que Cristo nos dio. Ciertamente no fue fácil, pues aunque Él era el Hijo de Dios, eso no hizo que la carga fuese ligera. La escena en el jardín de Getsemaní nos muestra cuanto le costó a Él enfrentar la prueba de la muerte. Pero en la oración que Él elevó a Dios, Él encontró la fortaleza que necesitaba. Es verdad que no somos Jesucristo porque ningún creyente puede compararse con Él, ni ninguno de nosotros posiblemente podría resistir lo que Él tuvo que soportar. Nosotros no tenemos que hacer lo que Él hizo, ya que Él lo hizo una sola vez y para siempre por nuestra salvación. Pero Él nos llama a ser como Él; no para ser lo que Él hizo sino para actuar como Él actuó, para que en la mayor medida posible seamos como Él. A ese fin, debemos verlo y seguir Su ejemplo.

Es por esta razón que la Epístola a los Hebreos nos dice: **“Por lo tanto, mediten en el ejemplo de Jesús, que sufrió tanta contradicción de parte de los pecadores; por eso, no se cansen ni se desanimen.”**

Pues ustedes aún no han tenido que llegar hasta la muerte en su lucha contra el pecado, y han olvidado ya lo que Dios les aconseja como a hijos suyos. Dice en la Escritura: “No desprecies, hijo mío, la corrección del Señor, ni te desanimas cuando te reprenda. Porque el Señor corrige a quien él ama, y castiga a aquel a quien recibe como hijo.” Ustedes están sufriendo para su corrección: Dios los trata como a hijos. ¿Acaso hay algún hijo a quien su padre no corrija? Pero si Dios no los corrige a ustedes como corrige a todos sus hijos, entonces ustedes no son hijos legítimos. Además, cuando éramos niños, nuestros padres aquí en la tierra nos corregían, y los respetábamos. ¿Por qué no hemos de someternos, con mayor razón, a nuestro Padre celestial, para obtener la vida? (Hebreos 12:4-9).

En el camino de la obediencia, Jesús tuvo que seguir hasta el final al punto de derramar Su sangre. Él obedeció y murió en la cruz, dice el apóstol Pablo (Filipenses 2:8). Su sangre debía derramarse y ese fue el precio de Su obediencia, porque fue el precio que Él tuvo que pagar por la redención de la humanidad. Muchos creyentes, como Él, han tenido que hacer el más grande de los sacrificios, como lo es la muerte. Los lectores de la epístola también conocieron las pruebas y tuvieron que sufrir por su fe (Hebreos 10:32-34). Sin embargo, nuestro autor dice, **“Pues ustedes aún no han tenido que llegar hasta la muerte en su lucha contra el pecado.”** No hay duda de que él no está hablando de pecados como mentir, robar o ser indecente, de otro modo el autor los habría mencionado. El pecado específico con el cual lucharon los lectores fue el deseo de alejarse del Cristianismo, la tentación de negar a Jesús. En la lucha contra esta tentación, ellos no han

tenido aún que **“llegar hasta la muerte en su lucha contra el pecado.”** Aún no les había costado todo lo que les había costado a muchos creyentes del Antiguo Testamento.

Aquí es necesario hacer un recordatorio del significado de la aflicción y de las pruebas. Sin duda, el autor no responde a todas las preguntas que pudieran tener los Cristianos acerca del problema del mal o del significado y la razón para el sufrimiento en este mundo, pero nos da partes de la respuesta que pueden ser útiles y de ayuda para nosotros. Él cita a Proverbios 3:11-12, **“No desprecies, hijo mío, la corrección del Señor, ni te desanimes cuando te reprenda. Porque el Señor corrige a quien él ama, y castiga a aquel a quien recibe como hijo.”** Un buen padre no golpea a su hijo por gusto. Él no se divierte haciéndolo sufrir, y ciertamente preferiría no tener que hacerlo. Pero a veces el castigo es necesario, y es parte del entrenamiento que todos los padres deben dar a sus hijos. Toda persona sabe lo que le pasa a los niños cuando se les deja a su libre albedrío, y cuando se les permite que hagan lo que quieran, por eso es importante que el niño sepa que el castigo es justo. En ese caso, en lugar de ser un signo de odio, demuestra que el padre ama a su hijo o hija y que le desea el bien. La palabra “

La palabra **“sufriendo”** no solamente expresa castigo físico como dar unos azotes, sino todo por lo cual un padre **“castiga”** a su hijo, como reprimendas, reproches y advertencias.

Dios nos enseña a los Cristianos como un padre que enseña a sus hijos, y es normal porque somos sus hijos. Necesitamos crecer en la fe y en santidad, para saber y entender cada vez mejor y para siempre Su voluntad, y a hacerlo voluntariamente. Algunas veces Él tiene que darnos una lección cuando lo necesitamos, y hasta castigarnos. Él lo puede hacer directamente en nuestras vidas, o indirectamente, cuando por ejemplo, Él permite que otros nos opriman y nos traten mal. Pero el castigo jamás tiene como su objetivo el hacernos sufrir por nada, sino que tiene el propósito de educar. Por lo tanto, es modesto. Como se puede leer en 1 Corintios 10:13, el apóstol Pablo escribe: **“Ustedes no han pasado por ninguna prueba que no sea humanamente soportable”**, y lejos de ser un signo de Su ira, es una prueba de Su amor.

Si Él no fuera nuestro Padre, Él no nos castigaría. Si Él no nos advirtiera, nos regañara y nos castigara, eso probaría que no somos Sus hijos y que le somos indiferentes. Como lo dice el fragmento: **“Entonces ustedes no son hijos legítimos.”** En los sufrimientos de este mundo mucha gente ve la prueba de que Dios no existe o que Él no es justo. Ellos se rebelan contra el sufrimiento, pero tal rebelión no es Cristiana, y ni siquiera es lógica. Cuando somos niños siempre tenemos dificultad para aceptar el castigo, pero una vez que crecemos y alcanzamos la madurez, comprendemos que el castigo fue útil para nosotros y que nuestro padre no nos castigó por el placer hacerlo, sino porque era necesario, y que él siempre trató de hacerlo de una manera justa. Esto es lo que al autor nos recuerda en el texto, y extrae la conclusión de que un Cristiano, en lugar de rebelarse contra Dios, debe aprender a beneficiarse de las pruebas que Él nos envía. **“Además, cuando éramos niños, nuestros padres aquí en la tierra nos corregían, y los respetábamos. ¿Por qué no hemos de someternos, con mayor razón, a nuestro Padre celestial, para obtener la vida?”** Todo está muy claro.

No debemos rebelarnos contra Dios cuando enfrentemos pruebas, ni culparlo de falta de amor o de injusticia. Tampoco podemos pretender que no lo escuchamos. Toda prueba enviada por el Señor es útil, nos ayuda y tiene un objetivo. Estamos llamados a resistir el **“sufrimiento”** es decir, literalmente la **“corrección,”** también estamos llamados a aceptarla con humildad y a aprender de ella. Ni siquiera deberíamos pensar en dudar del amor de Dios y de Su justicia, sino a

confiar en Él y ser guiados por un Padre mucho más sabio que todos los padres de este mundo, que sabe lo que está haciendo, y quiere alegría eterna para Sus hijos.

El sufrimiento que los lectores de la epístola conocieron fue parte del entrenamiento que ellos necesitaban y su objeto fue el de enseñarles que ellos eran los hijos de Dios y no hijos ilegítimos. En Proverbios, el Rey Salomón no duda en decir: “Quien no corrige a su hijo, no lo quiere; el que lo ama, lo corrige” (Proverbios 13:24). La falta de corrección es meramente lo opuesto de lo que podemos imaginarnos, ya que no demuestra amor, sino indiferencia y negligencia de parte de un padre. Lo que hemos dicho con respecto a la crianza que nuestros padres naturales nos han dado es más cierto aún acerca de la crianza que recibimos de nuestro Padre celestial.

Aquí debo explicar que las palabras “**nuestro Padre celestial**” son contrastadas con las palabras “nuestros padres aquí en la tierra.” Los padres dan a sus hijos una crianza “**aquí en la tierra**” porque es para la vida en este mundo. Dios es “**nuestro Padre celestial,**” el dador del “aliento de la vida” el cual es insuflado a un ser humano (Génesis 2:7) y le da a cada persona su aliento o espíritu. Además, Él nos eleva y nos educa a través del Espíritu Santo, y nos llama a una vida que no sólo es física, sino espiritual y eterna.

Nuestros padres aquí en la tierra nos corregían durante esta corta vida, según lo que más conveniente les parecía; pero Dios nos corrige para nuestro verdadero provecho, para hacernos santos como él. Ciertamente, ningún castigo es agradable en el momento de recibirlo, sino que duele; pero si uno aprende la lección, el resultado es una vida de paz y rectitud. Así pues, renueven las fuerzas de sus manos cansadas y de sus rodillas debilitadas, y busquen el camino derecho, para que sane el pie que está cojo y no se tuerza más (Hebreos 12:10-13).

El autor de la epístola continúa con su argumentación. Note que él no abandona rápidamente sus ideas, sino que las explica detalladamente. El profundiza en sus explicaciones sobre el tema. De esta manera es igual al apóstol Pablo, de quien quizás haya sido alumno o compañero de trabajo.

Después de haber comparado a los padres de este mundo con Dios, nuestro padre celestial, ahora él procede a demostrar que lo que es cierto para los padres de este mundo es mucho más cierto acerca de nuestro Padre celestial. Eso es lo que los contrastes muestran acerca de ambos. Nuestros padres humanos, “**nos corregían durante esta corta vida,**” cuando éramos niños y estábamos creciendo. Dios nos corrige constantemente, mientras vivamos en este mundo, seremos como niños que necesitan educación y disciplina. Por otra parte, nuestros padres aquí en la tierra nos disciplinaron “**según lo que más conveniente les parecía,**” y lo mejor que podían. Pero ningún padre en este mundo es perfecto, lo cual significa que aún con la mejor de las intenciones ellos aún cometen errores. Sólo Dios es santo y perfecto. Él nunca comete un error y siempre sabe lo que es bueno para nosotros. Él nos corrige “**para nuestro verdadero provecho.**” Él quiere que seamos santos al igual que Él, para participar en Su santidad (Levítico 11:44; 1 Pedro 1:15, 19), para ser perfectos como Él (Mateo 5:48). Para este propósito, Él nos trae a Jesucristo y nos viste con Su rectitud y Su santidad. Luego Él nos ayuda a caminar en Su santidad, tras los pasos de nuestro Salvador y a que lo tomemos como nuestro modelo.

Es verdad que la disciplina siempre es desagradable, y que el castigo duele. Todo niño tiene dificultad para comprender que se le corrige por su propio bien, porque está convencida de que él puede arreglárselas bien sin ella, pero olvida que una educación sin disciplina es mala y es peligrosa. Así mismo, nosotros los Cristianos, con mucha frecuencia, tenemos mucha dificultad

para comprender en qué forma puede una prueba ser útil y provechosa para nosotros, porque muchas veces no vemos los resultados. Es como los cultivos de los agricultores, que necesitan de un tiempo para crecer. Ningún castigo, ninguna disciplina, **“es agradable en el momento de recibirlo, pero si uno aprende la lección, el resultado es una vida de paz y rectitud.”** Al igual que todos los niños, los Cristianos debemos crecer y madurar, pero en contraste con un niño que cambia, progresa y madura rápidamente cuando pasa de los 10 a los 20 años de edad, nosotros los Cristianos necesitamos mucho más tiempo.

“El resultado es una vida de paz y rectitud.” Dios quiere que conozcamos la paz, pero no la paz humana sino la paz que solamente Él puede dar, la paz celestial. Paz puede parecer una pequeña palabra, pero es un gran tesoro. La paz proviene de la certeza de Su amor y su misericordia, de la seguridad de que debido a Jesucristo no existe nada que nos pueda condenar (Romanos 8:31-34). También proviene de la habilidad que tienen los creyentes para poner su vida entera al servicio del Señor, sabiendo que el Espíritu Santo les dará el deseo, la voluntad y la fuerza para servirle.

Utilizando el lenguaje del profeta Isaías, el autor de la epístola invita a todos sus lectores a fortalecerse para la lucha: **“Renueven las fuerzas de sus manos cansadas y de sus rodillas debilitadas”** (Isaías 35:3). Después usando algunas palabras de Proverbios 4:26, él les pide que **“y busquen el camino derecho, para que sane el pie que está cojo y no se tuerza más.”** Todos los Cristianos estamos llamados a andar con coraje y determinación por el camino que nos conducirá a la vida eterna, aún hasta los cojos y los débiles, los tullidos y los lisiados. Para ese fin debemos caminar sobre **“el camino derecho”** donde podremos caminar, donde no se nos torcerán los tobillos en los huecos y no tropezaremos con las piedras. Los Cristianos no caminan solos por este camino, sino que somos muchos los que lo seguimos. Por eso, estamos llamados a ayudarnos mutuamente, para apoyarnos y animarnos unos a otros y para levantar a los que caigan. ¡Debemos recordar a unos y a otros en nuestro camino y progresar con nuestros ojos puestos en Jesús!

Muchas veces las pruebas son severas, inesperadas y terribles. Pueden llegar rápido y desaparecer de igual manera, otras veces son menos severas, pero constantes, y hay algunas que duran toda la vida. Cuando nuestros niños nos hacen muchas preguntas, a menudo les decimos: “¡No me preguntes por qué!” y otras veces añadimos: “Lo entenderás cuando seas mayor.” A nosotros también nos gustaría comprender todo lo que Dios hace y muchas veces le preguntamos a Él: “¿Por qué, Señor?” De allí que hubiera muchos “¿por qué?” en la vida de Job (Job 3:11, 12, 20; 10:18; 13:14, 24; 19:22; 21:4, 7; 24:1). Y muchos “por qué” de los Salmistas que sufrieron (Salmo 10:1; 42:5, 9, 11; 43:5; 44:24-25; 74:11). ¡Y muchos “por qué” en nuestros labios y nuestros corazones! Nosotros los que pedimos a nuestros hijos que no hagan tantas preguntas, con igual frecuencia le hacemos a Dios muchas preguntas. Les pedimos a nuestros niños que confíen en nosotros, aunque nosotros mismos somos padres débiles que a menudo cometemos errores. Dios nos insta a que dejemos que Él nos guíe. Él nos invita a confiar en Él, y Él tiene mucho más derecho que nosotros para decir, “Confía en mí.” Él jamás comete errores. Su voluntad siempre es santa, y el camino que Él elige para nosotros siempre es bueno. Sin embargo los frutos de Su disciplina paternal requieren tiempo para madurar, al igual que las cosechas en los campos necesitan también su tiempo.

Procuren estar en paz con todos y llevar una vida santa; pues sin la santidad, nadie podrá ver al Señor. Procuren que a nadie le falte la gracia de Dios, a fin de que ninguno sea como una planta de raíz amarga que hace daño y envenena a la gente. Que ninguno de

ustedes se entregue a la prostitución ni desprecie lo sagrado; pues esto hizo Esaú, que por una sola comida vendió sus derechos de hijo mayor. Y ustedes saben que después, cuando quiso recibir la bendición de su padre, fue rechazado; y aunque lloró mucho, ya no hubo remedio para lo sucedido (Hebreos 12:14-17).

Esta es una advertencia como esas que el autor expresó anteriormente (Hebreos 5:11 al 6:20; 10:19-39). Él llama a la paz y a la santificación. **“Procuren estar en paz con todos.”** Benditos sean los pacificadores, dijo Jesús en Su sermón del monte (Mateo 5:9). Nosotros los Cristianos que hemos probado la paz del Señor estamos llamados a vivir en paz con todos (Marcos 9:50; Romanos 12:18; 14:19; 1 Tesalonicenses 5:13). Dios nos ha llamado a vivir en paz (1 Corintios 7:15), a buscar la paz con todos que invoquen Su nombre (2 Timoteo 2:22; 1 Pedro 3:11).

Buscar la paz siempre es difícil, y para probarlo, fíjense en cuántas tensiones, conflictos y querellas hay entre las naciones del mundo, entre los miembros del mismo pueblo, entre familias y aún hasta en el seno de una misma familia. Resulta más difícil aún en tiempos de problemas, cuando surgen las sospechas, las mentes están preocupadas y los nervios están a flor de piel. Luego es aún más importante que los Cristianos vivan en paz los unos con otros, a fin de poder ayudarnos y animarnos mutuamente.

Nosotros los Cristianos estamos llamados a buscar y a **“llevar una vida santa,”** a imagen de nuestro Dios. Eso es lo que quiere el Señor (1 Tesalonicenses 4:3); para eso Él nos ha llamado (1 Tesalonicenses 4:7). Esto es tan importante porque sin ello **“nadie podrá ver al Señor.”** Purificados por la sangre de Jesucristo, vestidos con su rectitud y santidad, santificados por el Espíritu Santo, se nos pide que busquemos la santidad para glorificar a nuestro Señor y a ser testigos vivos de Su santidad y Su grandeza. Pablo dice: “el que está unido a Cristo es una nueva persona” (2 Corintios 5:17). Los creyentes son santos en Cristo y son llamados a ser santos. Debido a que somos santos, tenemos que vivir como tales, y tenemos que buscar la santidad todos los días. Pero todo en este mundo, comenzando por nuestra propia carne, quiere que nos apartemos del camino de la santidad y de la obediencia. Es una lucha diaria. Por lo tanto, se necesita estar muy vigilantes, y por eso nuestro autor escribe: **“Procuren que a nadie le falte la gracia de Dios.”** Aquel que fracase en su esfuerzo por vivir en santidad al final puede caer de la gracia y perder la salvación. Por eso la Biblia nos da mucho ánimo.

Procuren **“que ninguno sea como una planta de raíz amarga que hace daño y envenena a la gente.”** El autor de la epístola claramente recuerda lo que dijo Moisés al pueblo de Israel cuando estaban a punto de cruzar el Jordán para entrar a la tierra prometida: “Que no haya entre ustedes ni hombre ni mujer, ni familia ni tribu, que abandone hoy al Señor nuestro Dios por adorar a los dioses de esas naciones. Que ninguno de ustedes sea como una planta de raíz amarga y venenosa” (Deuteronomio 29:18). El autor está pensando en el mismo pecado, la infidelidad a Dios, quien actúa como la raíz de una planta venenosa; a la que le crecen raíces derivadas que amenazan con envenenar a otras personas y ocasionarles la muerte. Esas raíces deben ser destruidas antes de que pueda causar daño.

Un ejemplo de ello es Esaú, quien **“por una sola comida vendió sus derechos de hijo mayor.”** Él era el hijo mayor de la familia, pero rechazó el privilegio que el Señor le había otorgado. Él se alejó de Dios por un plato de lentejas. La Biblia muchas veces compara la infidelidad a Dios con la prostitución y el adulterio. Cuando Su pueblo es infiel, rechaza Su Palabra y se acerca a otros dioses, se está actuando como una mujer infiel que traiciona a su marido (Jeremías 3:8; 13:27; Ezequiel 16:38; Mateo 12:39; Santiago 4:4). Es por eso que dice que Esaú se entregó **“a la**

prostitución” y “despreció lo sagrado.” Los lectores de la epístola no deben caer en el mismo pecado en el cual él cayó, no deben apartarse de Dios ni rechazar Sus promesas. Abandonar a Jesucristo para escapar de la persecución es lo mismo que actuar como Esaú. Él era el hijo mayor. Normalmente la promesa dada a Abraham de que él sería el ancestro de Israel y del Mesías debió haber pasado por Esaú, pero él vendió este privilegio por un plato ordinario de lentejas. Ese día él estaba hambriento, y sació su apetito comiéndose las lentejas que preparó su hermano Jacob. Pero, al actuar de esta manera él perdió un gran privilegio que el Señor le había dado. Igualmente, si nos apartamos de Jesús para escapar de la persecución, tal vez encontremos paz y tranquilidad ahora, pero ¿a qué precio? Al precio de perder nuestra alma y morir eternamente. Todo el mundo debe elegir en la vida, pero no debemos olvidar lo más importante. “¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde la vida? ¿O cuánto pagar el hombre por su vida?” (Mateo 16:26; Marcos 8:36-37; Lucas 9:25).

Es verdad que Esaú lamentó su acción y trató de hacer que su padre cambiara de idea. Pero no tuvo éxito (Génesis 27:30-40). La bendición del mayor le fue dada a su hermano Jacob, e Isaac no pudo cambiarla. Noten que el texto no dice que Esaú se arrepintiera y le pidiera a Dios perdón por su pecado, sino que sólo se lamentó de haber vendido sus derechos patrimoniales de hijo mayor. Las bendiciones sociales y materiales asociadas con este patrimonio claramente le interesaban a él más, que las bendiciones espirituales que Dios había prometido. Sus lágrimas fueron inútiles. La bendición había sido dada a otro. ¡Que advertencia tan seria para los lectores! No hay que despreciar la gracia de Dios.

Ustedes no se acercaron, como los Israelitas, a algo que se podía tocar y que ardía en llamas, donde había oscuridad, tinieblas y tempestad; ni oyeron el sonido de la trompeta ni la voz de Dios. Los que oyeron esa voz rogaron que no les siguiera hablando, porque no podía soportar el mandato que decía: “Al que ponga el pie en el monte, hay que matarlo a pedradas o con lanza, aunque sea un animal.” Tan espantoso era lo que se veía, que el mismo Moisés dijo: “Estoy temblando de miedo” (Hebreos 12:18-21).

En uno de los textos más bellos de la Epístola a los Hebreos, el autor enfatiza una vez más el contraste entre la antigua y la nueva alianza. Él muestra lo que los Cristianos pierden si regresamos al Judaísmo o si nos apartamos de Jesús para hundirnos en la incredulidad. Él contrasta a dos montañas que son importantes en la Biblia: el Monte Sinaí, donde fue entregado al antiguo pacto, y el Monte Sión, que es el lugar de la nueva alianza. En pocas palabras él describe la gloriosa aparición de Dios en el Monte Sinaí, la cual era una montaña como cualquier otra, que podía ser tocada y escalada, pero que el día en que Dios se reveló allí ante Moisés, estaba ardiendo en fuego, envuelta en una nube de oscuridad, sacudida por una tormenta y el sonido de trompetas, para que el pueblo de Israel temblara de miedo. A ellos no se les permitió tocar la montaña. Ni siquiera sus animales domésticos podían aproximarse a ella. Los Israelitas dijeron a Moisés: “Háblanos tú, y obedeceremos; pero que no nos hable Dios, no sea que muramos” (Éxodo 20:19). El mismo Moisés estaba aterrado.

Ese era el viejo pacto: un Dios que aterraba por Su santidad, haciendo que todo temblara a Su alrededor, a quien nadie podía aproximarse bajo pena de muerte. Un Dios a quien hasta Moisés no podía ver cara a cara (Éxodo 33:18-23). ¿Es eso lo que querían los lectores de la epístola? ¿Volver a este Dios estremecedor, al viejo pacto con sus leyes y mandamientos? El Monte Sinaí estuvo bien para el tiempo, el tiempo en que Dios reveló Su voluntad y cuando Él concluyó la primera alianza. Estuvo bien mientras Israel esperaba por el cumplimiento de Sus promesas y el establecimiento de la nueva alianza. Pero alejarse del Dios de la nueva alianza para volver al

Monte Sinaí y a la vieja alianza, significa rechazar la salvación por la fe en Jesús y tratar de encontrar la salvación con buenas obras. Ello significa caer de la gracia y morir eternamente (Gálatas 5:4). Gracias a Dios que hay otro monte (además del Monte Sinaí) y otra revelación de Dios distinta a la que Él dio en ese tiempo.

Ustedes, por el contrario, se han acercado al Monte Sión, y a la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial, y a muchos miles de ángeles reunidos para alabar a Dios, y a la comunidad de los primeros hijos de Dios inscritos en el cielo. Se han acercado a Dios, el juez de todos, a los espíritus de los hombres buenos que Dios ha hecho perfectos, a Jesús, mediador de una nueva alianza, y a la sangre con que hemos sido purificados, la cual nos habla mejor que la sangre de Abel (Hebreos 12:22-24).

“Ustedes...se han acercado al Monte Sión.” ¡Qué grande es la distancia espiritual que existe entre el Monte Sinaí el Monte Sión! Monte Sión es el nombre de una de las colinas de Jerusalén, sobre la cual se construyó el templo. Por eso era el lugar donde Dios se sentó en Su trono, recibió a Su pueblo para escuchar sus oraciones, recibió sus sacrificios, y los bendijo (Salmo 2:6; 20:2-3; 48:2-3, 12; 126:1; 128:5). Los profetas del Antiguo Testamento también usaron a Sión como un símbolo de la presencia de Dios; y Sión también es símbolo de la iglesia Cristiana en la cual Dios vive y a la cual gobierna en Su gracia (Isaías 2:3; 24:23; 46:13; 62:11; Joel 2:32; Zacarías 9:9; Romanos 9:33; 1 Pedro 2:6). Y en el libro del Apocalipsis Sión es especialmente es símbolo del templo de Dios y del reino celestial (Apocalipsis 14:1).

Sión no es otra que el reino de los cielos, o el cielo, que es nuestro hogar por la fe. Es **“la Jerusalén celestial...la ciudad del Dios viviente,”** el lugar donde los querubines y los serafines, los arcángeles “y a muchos miles de ángeles reunidos para alabar a Dios” (Apocalipsis 5:11; 7:1; 11; 8:2; 21:12). En la tierra, los ángeles hacen la voluntad de Dios y nos sirven a nosotros los creyentes (Hebreos 1:14). En el cielo, ellos forman un gran coro que canta alabanzas a Dios eternamente. Los elegidos de Dios, los Cristianos que han muerto en la fe en su Salvador, y han vencido a la muerte, son parte de este coro celestial.

En lo concerniente a los creyentes que aún están en la tierra, nuestras voces se unen a las de los ángeles y de los santos en el cielo para adorar a Dios y cantar Su gloria. Hemos venido **“a la comunidad de los primeros hijos de Dios inscritos en el cielo.”** Nuestros nombres están escritos en el libro de la vida (Filipenses 4:3; Apocalipsis 3:5; 21:27). Nosotros somos ciudadanos del cielo. Nuestros nombres aparecen en el libro celestial; hay un lugar reservado para nosotros en el hogar de nuestro Padre (Juan 14:2).

Nos hemos acercado **“a Dios, el juez de todos.”** El autor no les dice esto a lectores asustados pues sólo los incrédulos tiemblan ante Dios. Él es un juez justo que no se equivoca en Sus juicios. Aunque será severo e inexorable con todos aquellos que no quisieron Su Evangelio y que han despreciado Su gracia y Su voluntad, Él será muy misericordioso con todos los creyentes que vengan ante Él cubiertos con la rectitud de Su salvador. La idea de que Dios nos juzgará no nos asusta, porque sabemos que, gracias a Jesús, nadie podrá acusarnos y condenarnos ante Su trono (Romanos 8:31-34).

Nosotros los Cristianos también nos acercaremos **“a los espíritus de los hombres buenos,”** es decir, a las almas de los creyentes que han muerto en la fe. Para ellos, la salvación se cumplió; a ellos Dios los **“ha hecho perfectos,”** y están delante del trono de Dios, mientras esperan por la resurrección de sus cuerpos (Mateo 22:31-32; Lucas 16:22-25; 23:43; Apocalipsis 6:9-11; 14:13).

Las almas de nuestros antepasados no están en lo que muchas en África es llamado “el pueblo de nuestros ancestros.” Ellos tampoco andan errantes por la naturaleza. Todos los que murieron en la fe en Jesús se han ido al cielo donde comparten la vida, la alegría y la gloria eterna con su Salvador. Ellos no dirigen los asuntos del mundo, porque eso es responsabilidad de Dios; pero ellos viven con Él y le cantan alabanzas junto a los ángeles.

Sin la sangre que Jesús derramó por la salvación del mundo, no habría acceso al trono de Dios para la humanidad pecadora, no comparecerían delante de Su trono ni estarían en Su presencia, con Sus ángeles. No habría misericordia en el juicio final de Dios, porque no habría redentor, ni mediador, ni defensor. Es por eso que el autor de la epístola dice que nos hemos acercado “**a Jesús, mediador de una nueva alianza, y a la sangre con que hemos sido purificados, la cual nos habla mejor que la sangre de Abel.**” Nuestro mediador se llama “**Jesús,**” que significa “Salvador.” El ángel le dijo a José: “María tendrá un hijo, y le pondrá por nombre Jesús. Se llamará así porque salvará a su pueblo de sus pecados” (Mateo 1:21). Por Su muerte en la cruz, Él se convirtió en el mediador de una nueva alianza (Hebreos 8:6). Dios le dijo a Caín que la sangre de su hermano Abel, clamaba por Él, pidiéndole venganza (Génesis 4:10). Aquí hay una sangre mejor que la sangre de Abel, una sangre que habla más alto que la sangre de Abel y que no exige venganza, sino que pide el perdón para la humanidad.

Entonces, ¿a cuál debemos elegir? ¿Sinaí o Sión? La elección es rápida y fácil. Elegir entre el Sinaí y el Sión es escoger entre una maldición y una bendición, entre la vida y la muerte, entre el cielo y el infierno. Por eso, ¡elegimos a Sión! Tal y como dice el himno:

*Oh Jerusalén, ciudad alta y justa,
Tus torres añoro ver;
Mi anhelante corazón alegre irá hacia ti.
Y no estará conmigo.
El carro de Elías me lleva
Por los cielos bajos,
A despertarme en la alegría celestial.
Liberado de ataduras terrenales.*

*Oh día feliz, y hora de mucha más alegría,
Cuando por fin vendrás,
¿Cuándo por el amor gracioso y el poder de mi Padre
veré ese gran portal?
De las brillantes regiones del cielo
A recibirme alegres vienen
Tus legiones de ángeles benditos
Para darme la bienvenida a tu hogar.*

Culto Luterano, 306
© 1982 Concordia Publishing House.
Reproducida con permiso.

Por eso tengan cuidado de no rechazar al que nos habla. Pues los que rechazaron a Dios cuando Él les llamó la atención aquí en la tierra, no escaparon. Y mucho menos podremos escapar nosotros, si le damos la espalda al que nos llama la atención desde el cielo. En aquel tiempo, la voz de Dios hizo temblar la tierra, pero ahora dice: Una vez más haré temblar no sólo la tierra, sino también el cielo. Al decir “una vez más”, se entiende que se

quitarán las cosas creadas, lo que puede ser movido, para que permanezca lo que no puede moverse. El reino que Dios nos da, no puede ser movido. Demos gracias por esto, y adoremos a Dios con la devoción y reverencia que le agradan. Porque nuestro Dios es como un fuego que todo lo consume (Hebreos 12:25-29).

Los Cristianos se benefician de los grandes favores de Dios y de un precioso tesoro. Nuestra responsabilidad es tan grande, porque tal como dijo Jesús, “A quien mucho se le da, también se le pedirá mucho; a quien mucho se le confía, se le exigirá mucho más” (Lucas 12:48). Esta es la regla del reino de Dios: mientras más hermosos y preciados sean los dones, mayores serán las responsabilidades para quienes los reciben.

Dios ha hablado en el Monte Sinaí y en el Monte Sión. En el Monte Sinaí, Él habló de la Ley. En el Monte Sión, Él proclamó Su Evangelio. **“Pues los que rechazaron a Dios cuando Él les llamó la atención aquí en la tierra, no escaparon...”** dice el texto. Los que se alejaron de Dios en el Monte Sinaí, quienes adoraron al becerro de oro y a tantas veces se rebelaron contra el Señor, quienes se habían liberado de la esclavitud en Egipto, no escaparon. Ellos murieron en el desierto y fueron enterrados en la arena sin ver la tierra de Canaán que les había sido prometida, y, a menos que se arrepintieran antes de morir, ellos ciertamente no entraron a la Canaán celestial. **“Y mucho menos podremos escapar nosotros, si le damos la espalda al que nos llama la atención desde el cielo.”** Dios habló desde el cielo, cuando Jesús, Su Hijo, fue bautizado en el río Jordán. Públicamente Él declaró que Jesús, Su Hijo amado de quien Él estaba complacido (Mateo 3:13-17). Una vez más, Él habló desde el cielo cuando Su Hijo se transfiguró en la montaña (Mateo 17:1-8; 2 Pedro 1:17). Y desde entonces, Él no cesa de hablar desde el cielo, porque Él envía a Sus mensajeros al mundo y los llena con el Espíritu Santo desde el cielo para dar testimonio de la verdad. Un pastor, un evangelista, un misionero son enviados desde el cielo (Romanos 10:14-15) y proclaman un mensaje celestial, el Evangelio de Dios. Negarse a escuchar el Evangelio que viene del cielo es pero que alejarse del Dios que habló en el Monte Sinaí. Para los que rechazan el Evangelio no hay salvación posible, porque todos somos salvados sólo por la fe en Jesucristo.

Cuando Dios habló desde la cima del Monte Sinaí la tierra tembló (Éxodo 19:18). Él hablará una vez más, y ese día todo se estremecerá cien veces peor: **“Una vez más haré temblar no sólo la tierra, sino también el cielo.”** Esta es una cita tomada de Hageo 2:6. El universo entero será sacudido cuando Jesús venga de nuevo a juzgar a los vivos y a los muertos. “Entonces los cielos se desharán con un ruido espantoso, los elementos serán destruidos por el fuego, y la tierra, con todo lo que hay en ella, quedará sometida al juicio de Dios” (2 Pedro 3:10). Todo lo que pueda estremecerse en este mundo desaparecerá. Sólo permanecerá **“lo que no puede moverse,”** es decir, la Jerusalén celestial, la casa del Dios viviente, la ciudad santa, liberada del mal escapará del castigo del pecado. **“El reino que Dios nos da, no puede ser movido”** y permanecerá eternamente. Si queremos vivir para el día del juicio, debemos formar parte del reino celestial, debemos tener un lugar en esa ciudad inamovible.

“Demos gracias por esto.” Esto es lo único que podemos hacer desde que hemos recibido esas promesas de Dios. Y mostramos esa gratitud cuando nosotros, **“y adoremos a Dios con la devoción y reverencia que le agradan. Porque nuestro Dios es como un fuego que todo lo consume.”** No sólo concierne al culto Dominical, sino a toda nuestra vida, la cual debe ser un culto al Señor. Eso es lo que el apóstol Pablo escribió a los Romanos: “Por tanto, hermanos míos, les ruego por la misericordia de Dios que se presenten ustedes mismos como ofrenda viva, santa y agradable a Dios. Este es el verdadero culto que deben ofrecer. No vivan ya según los criterios

del tiempo presente; al contrario, cambien su manera de vivir y lleguen a conocer la voluntad de Dios, es decir, lo que es bueno, lo que es grato, lo que es perfecto” (Romanos 12:1-2).

El autor confirma su advertencia apelando a la “**devoción y reverencia**” y concluye con una cita de Deuteronomio 4:24 la cual dice que Dios es un fuego que todo lo consume. Anteriormente él dijo que “¡Terrible cosa es caer en las manos del Dios viviente!” (Hebreos 10:31). “**Nuestro Dios es como un fuego que todo lo consume.**” La epístola lo llama “**nuestro Dios**” porque el Señor no quiere juzgarnos, condenarnos y dejarnos morir eternamente. Él tiene un plan completamente diferente para aquellos que son sus fieles servidores. Él es “**nuestro Dios**” quien le dice a Su pueblo: “No temas, que yo te he liberado; yo te llamé por tu nombre, tú eres mío” (Isaías 43:1). Él es un fuego que todo lo consume cuando rechazamos Su gracia. Él deja de ser nuestro Dios sólo si nosotros no lo queremos. Luego, sin duda, Él será nuestro juez, un juez terrible en cuyas manos sería mejor no caer.

Resumen:

Nosotros los Cristianos no hemos alcanzado la meta. La lucha no ha terminado aún. Debemos rechazar el pecado volvernos a Jesucristo. Si tenemos que soportar pruebas, ello prueba que el Señor nos ama, que somos Sus hijos y no hijos ilegítimos. Somos parte de la Jerusalén celestial, la ciudad del Dios viviente. Debemos buscar la paz y cuidarnos mutuamente a fin de alcanzar la salvación juntos. Somos herederos del Reino de Dios. Debemos mostrarle al Señor nuestra gratitud y dedicarnos a Él.

2. Debemos vivir diariamente nuestra fe entre nuestros hermanos creyentes (Hebreos 13:1-17).

Este es el último capítulo de la Epístola a los Hebreos. El autor ha finalizado su hermosa enseñanza doctrinal en torno a la persona y la obra de Jesucristo y nos ha dado varias advertencias, y terminará con más instrucciones. El primer grupo de instrucciones nos llaman a perseverar en el amor (Hebreos 13:1-6). El segundo grupo concierne a los líderes de la Iglesia y la Iglesia misma (Hebreos 13:7-19). Luego viene la conclusión que contiene sus últimas instrucciones y el saludo final (Hebreos 13:20-25).

No dejen de amarse unos a otros como hermanos. No olviden de ser amables con los que lleguen a su casa, pues de esa manera, sin saberlo, algunos hospedaron ángeles. Acuérdense de los presos, como si también ustedes estuvieran presos con ellos. Piensen en los que han sido maltratados, ya que ustedes también pueden pasar por lo mismo (Hebreos 13:1-3).

Este es el primer grupo de instrucciones. La enseñanza doctrinal con su exhaustiva discusión que requería que el lector prestase mucha atención, ahora da lugar al consejo y al estímulo con respecto a la vida cotidiana y cómo practicar nuestra fe. Primero es un llamado al amor fraterno: **“No dejen de amarse unos a otros como hermanos.”** Este consejo es necesario. Es por esto que la Biblia no deja de instarnos a nosotros los Cristianos a amarnos unos a otros (Juan 13:34; 15:12; 1 Tesalonicenses 4:9; 1 Pedro 1:22; 1 Juan 3:11; 4:7; 11-12).

Esto es especialmente importante durante los tiempos de persecución, cuando nosotros los Cristianos estamos preocupados por nuestra fe, cuando el mundo quiere agredirnos, cuando encontramos persecución y difamación, oposición y odio en todas partes. Entonces es muy importante que permanezcamos juntos, para que podamos depender unos de otros, para que demos nuestro amor mutuo, para que nos demos ánimos y nos consolemos unos a otros. Hemos sido renovados por el mismo Espíritu, hemos confiado en el mismo Evangelio, compartimos la misma esperanza y andamos el mismo camino por este valle de lágrimas y miseria hasta el cielo. Por eso, debemos caminar juntos y amarnos mutuamente, como hijos del mismo dios, discípulos del mismo Señor, miembros de la misma familia y herederos de la misma salvación. Como ya hemos sido instado a amar al prójimo como a nosotros mismos (Levítico 19:18; Mateo 22:39; Marcos 12:33), ¿cuánto más debemos amar a nuestros hermanos y hermanas en la fe? ¿Los amamos tal como somos o los vemos para juzgarlos y condenarlos? ¿Sabemos cómo apreciar sus talentos y tolerar sus debilidades? ¿Los perdonamos cuando nos ofenden? ¿Los ayudamos a caminar con coraje y a vivir con alegría? ¿Pueden ellos contar con nosotros? Hay muchas preguntas que son respondidas por este consejo: **“No dejen de amarse unos a otros como hermanos.”**

El amor Cristiano no sólo tiene que ver con amar a los que nos rodean y a los que conocemos diariamente, en cuya compañía estamos llamados a convivir y a caminar. El amor Cristiano también tiene que ver con amar a un desconocido, a un extraño a quien conocemos por primera vez. En tiempos antiguos las personas viajaban mucho. Además, los Cristianos muchas veces tenían que huir de su país para refugiarse en otra parte. No había muchos hoteles ni posadas, y los que había eran muy costosos, y no siempre tenían buena reputación. Por eso, la hospitalidad era importante y ocasionó la siguiente instrucción: **“No olviden de ser amables con los que lleguen a su casa.”** San Pablo nos dice lo mismo: “Reciban bien a quienes los visitan” (Romanos 12:13). También Pedro, “Recíbanse unos a otros en sus casas, sin murmurar de nadie” (1 Pedro

4:9). Para animar a sus lectores, el autor de la Epístola a los Hebreos añade que **“pues de esa manera, sin saberlo, algunos hospedaron ángeles.”** Por supuesto que esto se refiere a la hospitalidad de Abraham hacia los tres hombres que vinieron a visitarlo. Él los invitó a comer, sin saber quiénes eran. Era el SEÑOR acompañado de dos ángeles quien anunció que él pronto tendría un hijo (Génesis 18). Su sobrino Lot también los recibió (Génesis 19). Los dos fueron bendecidos por su hospitalidad. Indudablemente nosotros no tendremos nunca el privilegio de recibir ángeles en nuestra mesa o en nuestro hogar, pero hay algo más que eso, y eso es que nosotros hemos sido llamados a recibir a Jesucristo en persona, y a hacerlo cada vez que le extendamos nuestra hospitalidad a aquellos que tienen necesidad. En el gran capítulo del juicio final, el Señor nos recuerda que si damos de comer o de beber a los que están hambrientos o tienen sed, que nosotros se lo estamos haciendo a Él. Si recibimos a extraños, nosotros lo recibimos a Él. Si visitamos a los enfermos, lo visitamos a Él. “Les aseguro que todo lo que hicieron por uno de estos hermanos míos más humildes, por mí mismo lo hicieron” (Mateo 25:40). La hospitalidad hacia los pobres, y particularmente hacia los hermanos y hermanas en la fe, es un bello testimonio del amor Cristiano.

“Acuérdense de los presos, como si también ustedes estuvieran presos con ellos. Piensen en los que han sido maltratados, ya que ustedes también pueden pasar por lo mismo.” Sin duda esto no tiene nada que ver con personas que han sido encarceladas por sus crímenes u otras ofensas serias que ellas cometieron, sino con aquellas que han sido apresadas injustificadamente. La justicia humana está lejos de ser perfecta, y aún hoy, hay países donde la gente inocente es encarcelada, personas para quienes no hay prueba de que hayan cometido aquello de lo cual se les acusa. En la antigüedad eso era algo común. Sólo se necesitaba a una persona de alto rango que acusara a su prójimo de alguna mala obra para meter a esa persona en la cárcel, y además de eso, los prisioneros eran mal tratados. Ellos vivían en condiciones muy lamentables, eran mal alimentados, o no recibían alimento alguno, y muchas veces eran golpeados y torturados. A menudo se apresaba a las personas injustificadamente y se les trataba mal por la simple razón de ser Cristianos.

Acuérdense de los presos...Piensen en los que han sido maltratados.” Esto significa: Ámenlos, tengan compasión de ellos, visítenlos y alivien sus sufrimientos con su presencia. Llénenles algo de comer, oren por ellos y con ellos. La iglesia Cristiana es como un cuerpo que tiene muchas partes. Si una de ellas sufre, el resto sufre con él (1 Corintios 12:26). Las Escrituras dicen: “Ayúdense entre sí a soportar las cargas” (Gálatas 6:2). En un capítulo previo el autor de la epístola escribió “Ustedes tuvieron compasión de los que estaban en la cárcel” (Hebreos 10:34). Él los alababa. Ahora era cuestión de perseverar en su hospitalidad y en la compasión que demostraban a todos los que sufrían. Un día, Jesús dijo la hermosa parábola del buen Samaritano (Lucas 10:30-37). Él relató lo que el hombre de Samaria hizo para ayudar a un desafortunado hombre. Se necesitó algún esfuerzo. Él tuvo que parar, darle algún tiempo, pasar por muchos problemas, y gastar dinero. Eso es amor en acción. Ciertamente es mucho más fácil comportarse como el sacerdote y el Levita en la parábola, pasar por el otro lado de la calle, o mirar para otra parte para ignorar la miseria de los otros. Pero si nos comportamos así, hacemos lo contrario de lo que Jesucristo nos enseñó que hiciéramos y de lo que Él nos ha pedido que hagamos.

Que todos respeten el matrimonio y mantengan la pureza de sus relaciones matrimoniales; porque Dios juzgará a los que cometen inmoralidades sexuales y a los que cometen adulterio. No amen el dinero; conténtense con lo que tienen, porque Dios ha dicho: Nunca te dejaré ni te abandonaré. Así que podemos decir con confianza: “El Señor es mi ayuda; no temeré. ¿Qué me puede hacer el hombre?” (Hebreos 13:4-6).

El autor habla del matrimonio. Es otra área de la vida donde estamos llamados a demostrar amor. El matrimonio fue iniciado por Dios. Es el Señor quien lo estableció para la felicidad humana y para que los seres humanos pudieran multiplicarse sobre la tierra (Génesis 1:26-31; 2:18-25). Por eso, el matrimonio es algo sagrado, una obra divina que el Señor ha bendecido. Pero debe ser vivido de acuerdo a Su voluntad. El texto dice: **“Que todos respeten el matrimonio y mantengan la pureza de sus relaciones matrimoniales.”** Pero llegó el pecado y lo arruinó todo, especialmente todo lo concerniente al matrimonio. El don del sexo se ha convertido en una fuente de inmoralidad. Es dañado por la forma en la que mucha gente lo utiliza. Pero nosotros los Cristianos no imitamos a la gente de este mundo, sino que tratamos de conformar nuestra vida a la santa voluntad de Dios, de servirle y de glorificar Su nombre. La instrucción de nuestro texto es muy importante, porque hay muchos males en este mundo concernientes al matrimonio. Dios no creó a los seres humanos como animales. No hemos sido llamados a aparearnos donde, cuando y quien queramos. El matrimonio que fue instituido por el Señor es algo santo. Por eso, debe mantenerse santo y honrarse. En esta área la iglesia tiene una gran responsabilidad. Debemos recordarle constantemente a la gente la voluntad de Dios, instruir y guiar a todos los miembros, particularmente a los jóvenes, para que sean modelos de santidad. Y para enfatizar cuán importante es esto, nuestro autor nos recuerda que **“Dios juzgará a los que cometen inmoralidades sexuales y a los que cometen adulterio.”**

“No amen el dinero.” Existe un amor santo, y este es el amor con el que los Cristianos se aman unos a otros, y la ternura y la fidelidad que se profesan marido y mujer. Existe un amor que es malo y que también es peligroso e insano, y este es al amor al dinero. La avaricia forma parte de la idolatría (Colosenses 3:5). El apóstol Pablo no quiere ni siquiera una pizca de impureza o avaricia entre los Cristianos (Efesios 5:3). Una persona avara, que ama el dinero, es una persona que no tiene consideración por los demás. Para esa persona lo esencial es enriquecerse a toda costa, aún a expensas de otros. Mientras más apegados estemos al dinero, estaremos cerrando más nuestros corazones al sufrimiento de nuestro prójimo. Y lo que es aún más importante, amar al dinero es confiar en él. Al hacer esto, lo convertimos en nuestro dios, del cual esperamos seguridad y felicidad. Jesús dice que no podemos servir a Dios y al dinero, o a las riquezas de este mundo (Mateo 6:24). El amor al dinero nos aleja del amor de Dios y de la confianza en Él. Es una trampa muy peligrosa. Las Escrituras dicen: **“Porque el amor al dinero es raíz de toda clase de males; y hay quienes, por codicia, se han desviado de la fe y se han causado terribles sufrimientos”** (1 Timoteo 6:10).

Lo opuesto al amor al dinero es la alegría. Es la actitud de la persona que está satisfecha con lo que es, a sabiendas de que Dios no lo abandona, sino que atiende nuestras necesidades. Estar contento con lo que tenemos es decir junto al apóstol Pablo: **“Y claro está que la religión es una fuente de gran riqueza, pero sólo para el que se contenta con lo que tiene. Porque nada trajimos a este mundo, y nada podremos llevarnos, sí tenemos que comer y con que vestirnos, ya nos podemos dar por satisfechos”** (1 Timoteo 6:6-8). El apóstol también pudo decir: **“Sé lo que es vivir en la pobreza, y también lo que es vivir en la abundancia. He aprendido a hacer frente a cualquier situación, lo mismo a estar satisfecho que tener hambre, a tener de sobra que a no tener nada”** (Filipenses 4:12). El amor al dinero es una enfermedad que causa mucho daño, y que también amenaza a los Cristianos. Sólo hay una ayuda: **“porque Dios ha dicho: ‘Nunca te dejaré ni te abandonaré.’”** Esta es la promesa que Dios le había hecho a Josué cuando el sucedió a Moisés, y cuando a Josué le fue dada la gran tarea de guiar al pueblo de Israel hasta la tierra de Canaán (Deuteronomio 31:6; Josué 1:5). Esta promesa es cierta para todos los creyentes: El Señor no nos abandona, sino que nos ayuda y nos rescata cuando lo necesitamos. Es con esta

convicción que todos los creyentes podemos superar nuestros problemas, olvidar nuestras preocupaciones y rehusarnos a poner nuestra confianza en el dinero. Nosotros tenemos más que dinero para que cuide de nosotros, para ampararnos en la necesidad, tenemos a Dios en persona quien es el único que puede bendecirnos. El dinero es necesario para vivir, y cuando no lo tenemos, estamos tristes y sufrimos, pero el dinero no es una fuente de felicidad. Es mejor tener solo un poco de dinero, pero saber que Dios nos protege y nos bendice, que tener mucho dinero y estar llenos de preocupaciones porque no tenemos otro dios aparte del dinero.

Para añadir énfasis a su instrucción, el autor también cita estas palabras del Salmo 118:6, **“El Señor es mi ayuda; no temeré. ¿Qué me puede hacer el hombre?”** Los Cristianos sabemos que jamás estamos solos en este mundo. Dios anda con nosotros. El más grande protector está de nuestro lado, siempre listo para rescatarnos, para venir a nuestro auxilio, a ayudarnos en nuestras necesidades. Una vez alguien dijo: “...si Dios está de tu lado, siempre serás de la mayoría.” Por eso, siempre somos mucho más fuertes que nuestros enemigos, sin importar cuántos puedan ser. También somos más fuertes que el infortunio. Pablo dijo: “A todo puedo hacerle frente, gracias a Cristo que me fortalece” (Filipenses 4:13). El apóstol Pablo no tuvo una vida fácil, sino que conoció de sufrimientos y fatiga, hambre y frío, pérdidas, persecuciones y cárcel. Y finalmente fue condenado a muerte, porque era fiel al Dios a quien servía.

Acuérdense de quienes los han dirigido y les han anunciado el mensaje de Dios; mediten en cómo han terminado sus vidas, y sigan el ejemplo de su fe. Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre. No se dejen ustedes llevar por enseñanzas diferentes y extrañas. Es mejor que nuestros corazones se fortalezcan en el amor de Dios que en seguir reglas sobre los alimentos; pues esas reglas nunca han sido de provecho (Hebreos 13:7-9).

El autor de la epístola ha concluido hablando acerca del amor. Ahora Él pasa a un segundo grupo de instrucciones que conciernen a los líderes de la Iglesia y a la Iglesia misma. **“Acuérdense de quienes los han dirigido.”** Primero que nada, él invita a los lectores de su carta a no olvidar a aquellos que les enseñaron la Palabra de Dios y que han muerto. Estos hombres lograron la tarea más importante que existe. Ellos les enseñaron el camino hacia la salvación. Ellos fueron modelos de fidelidad en el ejercicio de su ministerio. Además, ellos dieron un buen ejemplo de su fe. Ellos son hombres cuya memoria tenemos que amar e imitar. **“Mediten en cómo han terminado sus vidas.”** Estos líderes de la iglesia, sin duda alguna, tuvieron que sufrir por su fe. Bien sea que hayan soportado sufrimientos y quizás hasta el martirio, o que hayan tenido una muerte natural, ellos murieron fielmente confiando en Su Señor. En esto, ellos fueron como los creyentes de la antigua alianza a quien el autor mencionó en el capítulo 11; ellos vivieron y murieron recibiendo desde lo lejos lo que les habían prometido. Ellos caminaron hacia la patria celestial como peregrinos; y nada pudo alejarlos.

“Sigán el ejemplo de su fe,” dice el autor de la epístola. ¿Qué puede impulsarnos a pensar? La certeza de que **“Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre.”** Su obra siempre es verdadera, Sus promesas son siempre ciertas. Lo que Él ha hecho por los creyentes en el pasado, por todos los que vivieron antes que nosotros, Él todavía lo sabe hacer hoy, y lo hará hasta el fin de los tiempos. Él es Jesús, el Señor eterno. En un mundo que cambia constantemente, donde hoy nada es igual que ayer y donde mañana nada será igual que hoy, Él sigue siendo el mismo por siempre. Jesús, por cuya venida esperó Abraham (Juan 8:56), fue el Salvador y el Señor de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles y de los primeros Cristianos. Él también es nuestro Salvador y Señor, y lo será para nuestros hijos. Él nunca cambia. Sus discípulos siempre pueden contar con

Él. Él será la piedra angular de la iglesia para siempre (Efesios 2:20) y roca de salvación para todos los que tienen esperanzas en Él.

Luego sigue una advertencia contra la falsa doctrina: **“No se dejen ustedes llevar por enseñanzas diferentes y extrañas.”** El texto no establece de qué falsas doctrinas se trata, sino que es general y continua vigente en los tiempos actuales. La iglesia es firme en su fe solo si estamos afianzados en los fundamentos de los apóstoles y los profetas, en la Palabra inspirada de Dios, que es la Biblia, y si evitamos y huimos de las falsas doctrinas y enseñanzas de los hombres. **“Es mejor que nuestros corazones se fortalezcan en el amor de Dios que en seguir reglas sobre los alimentos; pues esas reglas nunca han sido de provecho.”** Este es un último recordatorio: no sientan nostalgia del viejo pacto; no se sientan atraídos por rituales sobre alimentos y otras ceremonias en las cuales ustedes crecieron. Cuando ustedes encontraron a Jesucristo y Su salvación, ustedes encontraron algo mucho mejor. Ustedes salieron de la sombra y entraron a la realidad, salieron de la imagen y pasaron a su realización. No se trata de un alimento real, a pesar de lo bueno que este sea, que fortalecerá nuestros corazones, sino de la gracia de Dios revelada en Jesucristo. La verdadera santidad no es la del cuerpo, sino la santidad del alma y del corazón que sólo la gracia de Jesucristo puede proporcionar. Él es el único al que nos tenemos que aferrar firmemente (Hechos 13:43).

Nosotros tenemos un altar, del cual no tienen derecho a comer los sacerdotes del antiguo santuario. Pues el sumo sacerdote lleva la sangre de los animales al santuario, como ofrenda para quitar el pecado, pero los cuerpos de esos animales se queman fuera del campamento. Así también, Jesús sufrió la muerte fuera de la ciudad, para consagrar al pueblo por medio de su propia sangre. Vayamos, pues, con Jesús, fuera del campamento, y suframos la misma deshonra que él sufrió. Pues en este mundo no tenemos una ciudad que permanezca para siempre, sino que vamos en busca de la ciudad futura (Hebreos 13:10-14).

¿Anhelaban los lectores de la epístola el ritual Levítico con sus altares, sus sacrificios, su liturgia y sus rituales? **“Nosotros tenemos un altar,”** dice nuestro autor. Nosotros los Cristianos no es que estemos sin altar. Nosotros tenemos uno que es mucho mejor que el altar sobre el cual se sacrificaban los animales en el templo de Jerusalén. Nuestro altar es la cruz donde Jesucristo, el sumo sacerdote, se sacrificó a Si mismo.

“No tienen derecho a comer los sacerdotes del antiguo santuario” lo que allí se ofrece. Los sacerdotes del antiguo pacto comían ciertas porciones de los animales que ellos mataban, las cuales estaban reservadas para ellos. Ellos también comían el pan de la Presencia. Los que continuaron sirviendo en el templo de Jerusalén, que no entendieron que Jesús de Nazaret era el Salvador proclamado por los profetas y que lo rechazaron, y siguieron apegados al Judaísmo en sus rituales, **“no tienen derecho a comer”** lo que se les estaba ofreciendo en la cruz del Gólgota por la salvación del mundo. Ellos no tienen parte en la muerte de Cristo y de la salvación que esta trae al mundo.

¿Pueden ustedes dar la espalda a un altar como ese donde se ofrece el único sacrificio capaz de salvarlos? No podemos ni imaginarlo. El autor nos insta a hacer lo contrario: **“Vayamos, pues, con Jesús, fuera del campamento, y suframos la misma deshonra que él sufrió.”** El Judaísmo ya no tiene nada que ofrecerle a los que han encontrado a Jesús y a Su sacrificio perfecto. Nosotros debemos creer en Él, debemos confesarlo ante la gente, aunque por esa razón debamos sufrir Su **“deshonra.”** Vale la pena luchar por eso. No hay duda de que **“en este mundo no**

tenemos una ciudad que permanezca para siempre, sino que vamos en busca de la ciudad futura.” Jesús ha ganado para nosotros “Y hará que ustedes reciban la herencia que Dios les tiene guardada en el cielo, la cual no puede destruirse, ni mancharse, ni marchitarse. Por la fe que ustedes tienen en Dios, él los protege con su poder para que alcancen la salvación que tiene preparada, la cual dará a conocer en los tiempos difíciles” (1 Pedro 1:4-5). Esta ciudad es la montaña de Sión, la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial de la cual ya habló el autor (Hebreos 12:22). Nada puede alejar a los Cristianos de ese glorioso futuro, ni siquiera el sufrimiento ni la persecución. Al abandonar a Jesús para encontrar la paz en este mundo, nos estaríamos alejando para siempre de ese glorioso futuro, y ni siquiera del sufrimiento y la persecución. Nos estaríamos alejando para siempre del único altar donde se ha ganado la salvación para nosotros, de la única vía que conduce al cielo. Por eso nos dice, **“Vayamos, pues, con Jesús, fuera del campamento,”** aunque tengamos que sufrir su desgracia. Los creyentes están preparados para eso, vestidos con la fuerza que sólo Dios nos puede dar a través de Su Evangelio, porque sabemos que sobre la tierra no hay **“una ciudad que permanezca para siempre,”** pero que buscamos **“la ciudad futura.”** Nada debe alejarnos de esta meta.

Por eso debemos alabar siempre a Dios por medio de Jesucristo. Esta alabanza es el sacrificio que debemos ofrecer. ¡Alabémoslo, pues, con nuestros labios! No se olviden ustedes de hacer el bien y de compartir con otros lo que tienen; porque estos son los sacrificios que agradan a Dios. Obedezcan a sus dirigentes y sométanse a ellos, porque ellos cuidan sin descanso de ustedes, sabiendo que tienen que rendir cuentas a Dios. Procuren hacerles el trabajo agradable y no penoso, pues lo contrario no sería de ningún provecho para ustedes (Hebreos 13:15-17).

El autor de la epístola invita a sus lectores a ofrecer sacrificios a Dios. Él dice que debemos ofrecerlos a Dios (no a nuestros antepasados). La salvación viene solamente de Dios. Sólo Él puede protegernos y cuidarnos, bendecirnos en cuerpo y alma, desde ahora y para siempre. Pero ¿por qué ofrecerle sacrificios? ¿No ofreció Jesucristo un sacrificio que fue suficiente para eliminar nuestros pecados y darnos la vida eterna? Sí, por eso los sacrificios que se nos pide que ofrezcamos a Dios no son sacrificios de expiación, sino de alabanza. **“Por eso debemos alabar siempre a Dios por medio de Jesucristo - Alabémoslo, pues, con nuestros labios.”** No hay necesidad de derramar más sangre ahora que Jesucristo derramó la Suya. El único sacrificio que Dios espera de Sus hijos es **“esta alabanza...que debemos ofrecer.”** ¿Qué es esto? Es la alabanza que hacemos **“con nuestros labios.”** La Biblia dice “De lo que abunda en el corazón habla la boca” (Mateo 12:34). Toda la vida de un Cristiano alaba al Señor que es tan bueno, tan misericordioso y lo baña con tantas cosas buenas. Las plegarias de los Cristianos, nuestros himnos, nuestras alabanzas, nuestro culto, nuestro testimonio y la confesión de nuestra fe son los sacrificios de nuestros labios, como un incienso de dulce olor que es agradable al Señor y lo honra (Apocalipsis 5:8; 8:3-4).

El autor menciona especialmente confesar nuestra fe, lo cual es importante porque consiste en decir lo que el Señor ha hecho, en proclamar públicamente todo lo que Él ha hecho, y por eso lo honramos y lo alabamos. En tiempos de persecución, nosotros los Cristianos muchas veces cerramos nuestros labios y nos refugiamos en el silencio, guardamos nuestra fe para nosotros mismos para escaparnos de los problemas y protegernos de los enemigos del Evangelio. El texto nos recuerda con mucha fuerza que esta no es una buena solución. No es lo que el Señor espera de los suyos. Él quiere testigos valientes, que siempre confiesen Su hombre, confíen en Él y permitan ser guiados por Él.

Después de hablar de alabarlo y confesarlo, el autor regresa a las obras del amor. Los Cristianos no sólo tienen labios; Dios también nos ha dado las manos. Es por eso que Él nos dice, **“No se olviden ustedes de hacer el bien y de compartir con otros lo que tienen.”** Esta es una instrucción para compartir. Los Cristianos estamos llamados a honrar a Dios de muchas maneras. Las alabanzas de nuestros labios son agradables a Dios sólo si están acompañadas de obras de amor y de compasión. Dios quiere labios que se desborden en alabanzas, sino manos que demuestren amor. Él no piensa solo en Su honor y en Su gloria, sino también en el bienestar de las personas que sufren. Él quiere que nosotros siempre estemos listos para actuar por Él y por esas personas. El autor: **“Por eso debemos alabar siempre a Dios por medio de Jesucristo...”**. Es por Jesucristo que nuestras alabanzas, nuestra confesión de fe, nuestra generosidad y nuestro amor por nuestro prójimo son sacrificios agradables a Dios. Todo lo que hacemos los Cristianos, debemos hacerlo en el nombre de Jesucristo quien nos ha redimido. Sólo Él puede cubrir con Su sangre las imperfecciones que quedan en nosotros, lo que es malo e impuro en nuestras oraciones, nuestras alabanzas y todo lo que hagamos para servirle a Él. Jesucristo es la vid; nosotros somos las ramas. Sólo cuando estamos unidos a Él, como las ramas a la vid, podemos dar buen fruto y agradar a nuestro Dios, porque sin Él no podemos hacer nada (Juan 15:5).

El autor de la Epístola a los Hebreos ha pedido a sus lectores que recuerden con agradecimiento a aquellos que les enseñaron a ellos la Palabra de Dios y que han muerto; él los ha animado a imitar su fe. Él aún tiene algo que decirles acerca de sus actuales líderes: **Obedezcan a sus dirigentes y sométanse a ellos.** Los líderes de la Iglesia tienen grandes responsabilidades las cuales son descritas por el Apóstol Pablo en 1 Timoteo 3 y Tito 1. Ellos tienen un trabajo difícil y algún día deben rendir cuenta a Dios sobre la forma en que lo han hecho: **“porque ellos cuidan sin descanso de ustedes, sabiendo que tienen que rendir cuentas a Dios.”** Ellos son como un pastor que vigila y cuida a sus ovejas, el pastor las guía, les proporciona alimento y agua, las protege y algunas veces a riesgo de su propia vida. El ministerio pastoral es como la obra de un pastor. Los pastores guían al pueblo, lo fortalecen en la fe, les anima y les insta a que lleven una vida Cristiana. Los pastores les enseñan la Palabra de Dios y muchas veces tienen que corregir a las ovejas que les han sido confiadas. Ellos llevan una carga pesada y merecen nuestro respeto. Ellos deben dar lo mejor de sí cuando oran, cuando instruyen a los niños y a los adultos o cuando visitan a sus miembros.

Algunas veces las personas culpan a los pastores por las advertencias que ellos les dan desde el púlpito o cuando visitan a los miembros. Pero los pastores deben advertir a sus ovejas porque Jesucristo ha encargado a los pastores para cuidar de ellas, y porque un día deben dar cuentas de su trabajo. Por eso debemos obedecer a nuestros líderes, y aceptar lo que ellos dicen si está de acuerdo con la Palabra de Dios, y siguen sus enseñanzas. Ello es necesario no sólo para vivir en la fe y alcanzar la salvación algún día, sino también por el bienestar de los pastores, para que su obra no sea demasiado difícil y no pierdan el coraje. Es por esta razón que el autor dice: **“Procuren hacerles el trabajo agradable y no penoso, pues lo contrario no sería de ningún provecho para ustedes.”** La Iglesia Cristiana no beneficia si sus pastores sirven sin regocijo.

Este texto de la Epístola a los Hebreos es hermoso. Muestra cuan honorable es el servicio de los servidores de Jesucristo. Los pastores deben esperar obediencia de aquellos a quienes Dios ha confiado a su cuidado. No obstante, el énfasis no está puesto en la obediencia que les debemos a ellos, sino en la gran responsabilidad que les ha sido confiada, sobre el cuidado de las almas que se requiere que ellos provean, y sobre las cuentas que ellos deben rendir algún día. Pidamos que Dios dé a Su Iglesia muchos pastores que se tomen muy en serio el ministerio, que estén tras el dinero, los títulos y los honores, sino en cuidar amorosamente de las ovejas de sus rebaños. Y,

¡Pidamos que Él también evite que los Cristianos sean ovejas rebeldes y desobedientes que escuchan la voz de sus pastores solamente cuando les conviene! ¡Pidamos que Él dé a Su Iglesia pastores fieles y ovejas obedientes!

Resumen:

Vivan en el amor; practiquen la hospitalidad, la misericordia, la caridad y la generosidad, honren el matrimonio, no amen el dinero. Recuerden a sus líderes que han muerto en la fe antes que ustedes, y obedezcan a sus líderes actuales; no sigan falsas doctrinas. En breve, vivan como personas cuya patria no está en este mundo, sino en el cielo. Estas son las instrucciones que el autor de la epístola da a sus lectores en Hebreos 13:1-7.

3. Instrucciones personales y saludos (Hebreos 13:18–25).

Oren por nosotros, que estamos seguros de tener la conciencia tranquila, ya que queremos portarnos bien en todo. Pido especialmente sus oraciones para que Dios me permita volver a estar pronto con ustedes. Que el Dios de paz, que resucitó de la muerte a nuestro Señor Jesús, el gran Pastor de las ovejas, quien con su sangre confirmó su alianza eterna, los haga a ustedes perfectos y buenos en todo, para que cumplan su voluntad; y que haga de nosotros lo que él quiera, por medio de Jesucristo. ¡Gloria para siempre a Cristo! Amén. Hermanos, les ruego que reciban con paciencia estas pocas palabras de aliento que les he escrito. Sepan ustedes que nuestro hermano Timoteo está ya en libertad; si llega pronto, lo llevaré conmigo cuando vaya a verlos. Saluden a todos sus dirigentes y a todos los del pueblo santo. Los de Italia les mandan saludos. Que Dios derrame Su gracia sobre todos ustedes (Hebreos 13:18-25).

La epístola pronto terminará. Todavía hay unas pocas instrucciones y saludos del autor y cerrará. A veces él tuvo unas cuantas palabras fuertes para sus lectores, pero él los considera Cristianos; Cristianos débiles sin duda, pero verdaderos Cristianos. Esa es la razón por la cual él les pide que oren por él y por sus hermanos en la obra. **“Oren por nosotros.”** Sólo un pastor que tiene una conciencia buena, que realiza el trabajo que le ha sido confiado al máximo de sus capacidades, puede pedirle a su rebaño que oren por él. Ese es el caso del autor: **“estamos seguros de tener la conciencia tranquila ya que queremos portarnos bien en todo.”** El apóstol Pablo escribió a los Corintios: “Tenemos un motivo de orgullo, y es que nuestra conciencia nos dice que nos hemos portado limpia y sinceramente en este mundo, y especialmente en mi relación con ustedes. Nosotros no nos guiamos por la sabiduría humana, sino que confiamos en la gracia de Dios” (2 Corintios 1:12). Esta es también la razón por la cual él está contento con sus oraciones (2 Corintios 1:11).

El autor insta urgentemente a sus lectores: **“Pido especialmente sus oraciones para que Dios me permita volver a estar pronto con ustedes.”** Muchas cosas sucedieron que evitaron que él viniera a visitarlos a fin de fortalecerlos en su fe. No sabemos si fue por prisión, enfermedad, o trabajo lo que hizo que él se fuera a otra parte. Pero él deseaba con vehemencia verlos nuevamente. En cuanto a ellos, ellos necesitaban una visita, ya que su fe era tan débil. En su carta a Filemón, Pablo expresó un deseo similar (Filemón 22). Un día, Pablo fue prevenido por el Espíritu Santo de predicar el Evangelio en la región de Asia, y tuvo que cambiar sus planes. Luego, apareció un hombre en una visión pidiéndole que viniera a predicar el Evangelio en su país (Hechos 16:6-10). Tal como dice el dicho, “el hombre propone, y Dios dispone.” Como los Cristianos no pueden controlar nuestras vidas y tomar las decisiones que queremos, nosotros nos refugiamos en la oración. Y cuando se trata del bienestar de la Iglesia, un pastor insta a sus miembros a orar por él.

Sin embargo, el autor no se contenta con pedir a otros que oren por él, sino que él mismo dice una oración. El autor lo hace en forma de bendición, la cual resume lo que él acaba de decir en su epístola: **“Que el Dios de paz...los haga a ustedes perfectos y buenos en todo, para que cumplan su voluntad.”** Él invoca al **“Dios de paz.”** Dios quien es un “fuego que todo lo consume” (Hebreos 12:29), en cuyas manos es mortal caer (Hebreos 10:31), también es el **“Dios de paz.”** Un **“Dios de paz”** es lo que Él quiere ser para todos. Él ofrece Su paz a todos. “Puesto que Dios ya nos ha hecho justos gracias a la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 5:1). En Su nombre, Jesucristo nos ofrece Su paz, “no como la dan los que son del mundo” (Juan 14:27). Este es el trabajo propio de Jesús, el que se adapta mejor a

Él, el que quisiera hacer Él en todas partes y en todo momento; mientras que castigar y condenar es un trabajo que es ajeno a Él, y que Él realiza sólo contra Sus deseos. Él es el juez más supremo que estremecerá el cielo y la tierra, pero para los Suyos Él es el Dios de la salvación que nos ofrece la “paz que es más grande de lo que el hombre puede entender” (Filipenses 4:7).

En otras palabras, el autor nos recuerda acerca de cómo Dios estableció la paz: **“que resucitó de la muerte a nuestro Señor Jesús, el gran Pastor de las ovejas, quien con su sangre confirmó su alianza eterna.”** Él utilizó a un medidor, que es llamado Jesús y Señor. *Jesús* es Su nombre humano, el que recibió en Su nacimiento (Mateo 1:21), y *Señor*, es Su título divino. Resulta interesante recordar que la Septuaginta, la traducción Griega del Antiguo Testamento, siempre usa este título para traducir la palabra hebrea “*Yahweh*”. Llamar *Señor* a Jesucristo, es confesar que Él es Dios. Recuerden el primer capítulo de la epístola que enseñó esto muy cuidadosamente, con la ayuda de textos del Antiguo Testamento. Si Jesús no fuese Señor. Él tampoco sería Jesús. Eso significa que sí Él no fuese Dios, Él tampoco sería nuestro Salvador. Él es **“el gran pastor de las ovejas”** a quien Dios **“resucitó de la muerte.”**

Muchas veces la Biblia simplemente dice que Jesucristo resucitó. Él resucitó por Su propio poder, dando, por ende, testimonio de que Él es Dios y el vencedor sobre la muerte (Juan 2:19-19; 10:17-18; Romanos 1:4). Pero la mayoría de las veces ésta dice que Dios lo resucitó de la muerte (Hechos 2:24, 32; 3:15; 5:30; 10:40; 13:37; 17:31; Romanos 4:24; 8:11; 1 Corintios 6:14; Gálatas 1:1). Al resucitarlo de Su tumba, Dios declaró públicamente que Su Hijo había realizado Su trabajo. “Sabemos que Cristo, habiendo resucitado, no volverá a morir. La muerte ya no tiene poder sobre Él. Pues Cristo, al morir, murió de una vez para siempre respecto al pecado, pero al vivir, vive para Dios” (Romanos 6:9-10). Dios “nos ha hecho nacer de nuevo por la resurrección de Jesucristo. Esto nos da una esperanza viva, y hará que ustedes reciban la herencia que Dios les tiene guardada en el cielo, la cual no puede destruirse, ni mancharse, ni marchitarse” (1 Pedro 1:3-4). Por Su resurrección de entre los muertos, Jesús se convirtió en “el primero en resucitar” (Colosenses 1:18; Apocalipsis 1:5). Él ha superado la muerte y nos ha dado parte en Su victoria: en Él tenemos vida (Juan 11:25-26; 14:19).

El autor de la epístola menciona no sólo menciona a la resurrección de Jesús, sino también Su muerte, diciendo que **“con su sangre confirmó su alianza eterna”** la cual fue derramada por Jesús por la humanidad. En Jesús, muerte y resurrección se pertenecen mutuamente. Si no hubiese derramado Su sangre, no habría perdón ni vida eterna para la gente. Pero sin la resurrección, no habría perdón ni tampoco vida. Si Jesucristo no hubiese resucitado, nuestra fe hubiera sido fútil y aún estaríamos en pecado (1 Corintios 15:14-19). La muerte y la resurrección de Cristo eran ambas necesarias para reconciliar al mundo con Dios y para redimir a la humanidad (Romanos 4:25). Luego el autor utiliza un hermoso nombre: el llama a Jesús **“el gran pastor de las ovejas,”** apoyando así lo que el mismo Jesús dijo: “Yo soy el buen pastor. El buen pastor da la vida por sus ovejas” (Juan 10:11). Él conduce a Sus ovejas a lugares de verdes pastos y junto a aguas tranquilas (Salmo 23:2).

Que este Dios de paz, que hizo tanto para demostrarle a la humanidad cuanto nos ama, y nos ha proporcionado la redención eterna en Jesús, **“los haga a ustedes perfectos y buenos en todo, para que cumplan su voluntad.”** Esto es lo que Él quiere en respuesta por todas las bendiciones que Él le concede a Sus hijos: que hagamos el bien y hagamos Su voluntad. “Pues es Dios quien nos ha hecho, él nos ha creado en Cristo Jesús para que hagamos buenas obras, siguiendo el camino que él nos había preparado de antemano” (Efesios 2:10). Estamos llamados a dejar que nuestra luz brille ante los hombres para que ellos puedan ver nuestras buenas obras y glorifiquen

a nuestro Padre celestial (Mateo 5:16). El Señor quiere que los pecadores se arrepientan y vivan. Él también quiere que demuestren su amor y su gratitud siguiendo el camino de Sus mandamientos.

“Que el Dios de paz...los haga a ustedes perfectos y buenos en todo, para que cumplan su voluntad.” Sin Él, los creyentes no pueden hacer ni una sola buena obra. Lo que el Señor nos pide que hagamos, no lo podemos hacer por nosotros mismos. Sólo Él puede darnos la fortaleza, y Él lo hace a través del Evangelio y los sacramentos. Él, quien nos pide que creamos, nos da la fe, y también la preserva, Y Él, quien nos pide que demos frutos, hace que nuestro fruto crezca y madure. Él nos equipa. Jesús dijo que sin Él, “nada podemos hacer” (Juan 15:5).

Dios hace todo esto **“por medio de Jesucristo. ¡Gloria para siempre a Cristo! Amén.”** Esta es la última mención de Jesús en la epístola. A lo largo de toda la carta Él estuvo en el centro de lo que el autor dijo. Él es el Alfa y el Omega, el primero y el último, el principio y el fin (Apocalipsis 1:8), “el autor y el que perfecciona nuestra fe” (Hebreos 12:2), es decir, Jesús es quien nos llama a la fe y nos guía para alcanzar la perfección. En Él, Dios nos proporciona lo que no pudimos encontrar en Moisés, ni en la Ley, ni en los sacrificios, ni en la antigua alianza de la cual Moisés fue el mediador en el Monte Sinaí. Sólo en Jesús hay perdón y vida. Por eso, **“¡Gloria para siempre a Cristo!”** Esta es la razón por la cual en el libro del Apocalipsis o Revelación nosotros le cantamos alabanzas al Hijo de Dios: “Cristo nos ama y nos ha librado de nuestros pecados derramando su sangre, y ha hecho de nosotros un reino; nos ha hecho sacerdotes al servicio de Su Dios y Padre. ¡Que la gloria y el poder sean Suyos para siempre! Amén” (Apocalipsis 1:5-6).

“Amen” significa “que así sea.” Esta palabra Hebrea expresa fe, confianza en Dios, certeza de que Él escucha las oraciones de Su propio pueblo. Es un grito de alegría y de esperanza el “sí” que los hijos de Dios añaden al final de cada doxología, de cada oración y de cada himno que celebra la gloria y el poder de Jesús.

“Hermanos, les ruego que reciban con paciencia estas pocas palabras de aliento que les he escrito.” El autor de la epístola llama a sus lectores “hermanos.” Ellos comparten su fe y su esperanza, aún cuando se sientan débiles y necesiten de su consejo. Él les ha escrito porque ellos son sus hermanos, y porque su salvación es importante para él y él desea evitar que ellos se aparten de la fe o que le den la espalda a Jesucristo. Les dice que les ha escrito **“estas pocas palabras de aliento.”** No obstante, su epístola es bastante larga, pero se puede decir que es corta si piensan en la importancia del tema que él ha discutido en ella, que no es otro, que la salvación que Cristo nos trajo. Es cierto que él pudo haber escrito un libro grande, pero, ¿quién se habría tomado el tiempo de leerlo? Y después él continúa diciendo que él espera poder verlos pronto. Así entonces tendrá la oportunidad de regresar a este tema y discutirlo más detalladamente. Él les pide que **“reciban con paciencia”** sus instrucciones. Él sabe que a veces les ha escrito palabras fuertes, y algunos de ellos pudieran querer rebelarse después de leer esta carta. Por eso los llama **“hermanos”** y les pide que acepten lo que él les está diciendo. Ellos no tienen que obedecerlo, pero ellos deben obedecer a Dios, en cuyo nombre él les envía esta epístola. Estas instrucciones vienen de Dios, por eso, sus lectores deben seguirlas al pie de la letra y hacer lo que Él les pide que hagan.

El autor luego añade unas pocas palabras concernientes a alguien a quien los lectores de la epístola conocen bien. **“Sepan ustedes que nuestro hermano Timoteo está ya en libertad; sí llega pronto, lo llevaré conmigo cuando vaya a verlos.”** Durante largo tiempo, Timoteo fue un

hermano trabajador y compañero de Pablo (Hechos 20:4; Romanos 16:21; Filipenses 1:1; 2:19). En Romanos 16:21, Pablo envía saludos de su compañero a los Cristianos en Roma. Mientras Pablo estuvo preso en Roma y a punto de morir, él esperaba la llegada de Timoteo, su hijo espiritual (1 Timoteo 1:2, 18). Como el autor menciona a Timoteo al final de la Epístola a los Hebreos, podemos suponer que el autor (si no es el mismo apóstol Pablo) probablemente fue también un compañero cercano a Pablo. La epístola muestra claramente la influencia de Pablo. Quien sea que la haya escrito ciertamente debe haber conocido muy bien al apóstol. Algunos escritores antiguos dicen que Timoteo fue liberado de la prisión. Él fue otro testigo de Jesucristo que fue encarcelado por su fe porque no pudo quedarse callado, uno de esos hombres que pudo haber dicho con Pedro y Juan: “Nosotros no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído” (Hechos 4:20).

“Saluden a todos sus dirigentes y a todos los del pueblo santo.” Este es el saludo final del autor. Él saluda a los líderes de la Iglesia y a **“todos los del pueblo santo,”** todos aquellos quienes por fe en Jesús pertenecen a Dios, que han sido justificados y que caminan como hijos de la verdad y de la luz. **“Los de Italia les mandan saludos.”** Estos Cristianos deben haberse ido de su patria, Italia, y estaban viviendo en otra parte. Ellos recordaban a la iglesia de su país, a sus hermanos y hermanas en la fe que vivían en Roma, y por eso pedían al autor de la epístola que transmitiera sus saludos. Cuando estamos unidos por la misma fe, nos saludamos mutuamente como hermanos y hermanas.

“Que Dios derrame Su gracia sobre todos ustedes.” Estas palabras ocurren de una forma u otra al final de la mayoría de las epístolas del Nuevo Testamento. Junto con la paz, la gracia es el don más grande de Dios para nosotros los Cristianos. La gracia es la misericordia que Dios siente por los pecadores, y que hace que Él venga a ayudarnos. La gracia es el profundo amor que Él siente en Su corazón, y que es el centro de todo lo que Él hace y sigue haciendo por nuestra salvación. La epístola no siempre es fácil de leer, pero es uno de los libros más hermosos en la Biblia, una rica fuente de enseñanza y consuelo, un verdadero tesoro que ha dado Dios a Su Iglesia. Ella nos recordará siempre que en Jesucristo tenemos un maravilloso tesoro, y de lo que Dios nos pide que hagamos con este tesoro.

Esta página se ha dejado en blanco intencionalmente.

PARTE III
ESQUEMAS DE SERMONES

Hebreos 1:1-3

Jesús y los profetas

1. Dios habló por los profetas (v. 1). Ellos eran sólo hombres, pero hombres que Él había escogido y a quienes Él inspiró para proclamar Su Palabra.
2. Dios habló por Jesucristo (v. 2). Él no sólo es un hombre, sino también el Hijo de Dios, verdadero Dios (v. 2) y Creador del mundo (v. 1). Él no necesitó ser inspirado por el Espíritu Santo. Como Él es Dios, Él lo sabe todo.
3. Dios no sólo habló a través de Jesús, sino que Él también salvó al mundo por medio de Él (v. 3). Sólo hay salvación en Jesús.

Conclusión: Debemos leer y estudiar la Biblia. Apreciémosla y sigamos sus enseñanzas porque ella es la Palabra de Dios. También debemos creer en Jesucristo y permanecer fieles, porque aparte de Él no hay otro Salvador.

Hebreos 1:1-14

Jesús y los ángeles

1. Los ángeles son espíritus (vv. 7, 14) y son poderosos (v. 7), pero ellos fueron hechos por Dios y no debemos confundirlos con los espíritus de nuestros antepasados. Aquellos ángeles que permanecieron santos y fieles a Dios sirven a los Cristianos (v. 14). Debemos apreciarlos, y pedirle a Dios que los envíe para protegernos y guardarnos del mal; pero no deben ser adorados.
2. Jesús no es un espíritu al igual que los ángeles, sino el Hijo de Dios, Él es verdadero Dios (vv. 2-3, 5). Él es muy superior a los ángeles (vv. 4, 6-12). Él se hizo hombre y así Dios habló por Él (v. 2) y lo envió para salvar a la humanidad por la expiación de sus pecados (v. 3). Él gobierna al mundo entero (vv. 3, 8, 13). Nosotros debemos adorarlo como nuestro Salvador y como nuestro Rey (vv. 6, 8).

Hebreos 1:1-14

La gloria de Jesucristo se revela:

1. Por Sus nombres: Hijo, heredero de todas las cosas (v. 2), Dios (v. 8), y Ungido de Dios (v. 9).
2. Por Sus cualidades: la luz de la gloria de Dios y la exacta imagen de Dios (v. 3), superior a los ángeles (v. 4), su padre es Dios (v. 5), es recto (v. 5), y eterno (v. 12).
3. Por la obra que Él realizó: Él creó el universo (vv. 2, 10), Él es dueño de todo (v. 2), Él salvó al mundo del pecado (v. 3), Él gobierna sentado a la derecha de Su Padre (vv. 3, 8, 13);
4. Por el culto que le debemos a Él (v. 6).

Hebreos 1:4–7, 14

¿Quiénes son los ángeles?

1. Espíritus creados por Dios, que son distintos a los seres humanos (Colosenses 1:16).
2. Espíritus (vv. 7, 14). Ellos no tienen cuerpos. Pero no deben ser confundidos con los espíritus de nuestros antepasados, ellos no actúan en la historia del mundo ni en la vida de los seres humanos.
3. Algunos ángeles permanecieron santos y fieles a Dios. Ellos son los ángeles buenos. Otros ángeles (de quienes esta epístola no habla) desobedecieron a Dios. Estos son los demonios, y su jefe es el diablo o Satanás. Sobre todo, nosotros no debemos obedecerlos cuando nos tientan, porque ellos no quieren que nos salvemos.
4. Los ángeles buenos alaban a Dios y a Jesucristo en el cielo (Salmo 103:20-21; Apocalipsis 5:11-12; 7:11-12). Ellos sirven a los Cristianos (v. 14). Ellos protegen a los Cristianos (Salmo 91:11-12); Génesis 28:12), a menudo liberan del peligro a los Cristianos (Hechos 12:7) y acompañarán a Jesús cuando Él vuelva en el fin del mundo, para reunir a los creyentes, y para llevarnos al cielo (Mateo 24:31).

Hebreos 2:5–18

Jesús es un salvador maravilloso

1. Él es el Hijo de Dios que se hizo hombre, que se humilló por nuestra salvación (vv. 6-7, 9). Él era como nosotros en todos los aspectos y conoció la tentación (v. 18) y la muerte (v. 14).
2. Así se convirtió en nuestro sumo sacerdote (v. 17) que expió nuestros pecados (v. 17).
3. Dios lo resucitó y está sentado a su diestra, es decir, sometió todas las cosas a Jesús, porque Él había concluido Su obra (vv. 5, 7-8).
4. Debemos confiar en Jesús porque Él es misericordioso y fiel y tiene piedad de nosotros (v. 17). Como Jesús fue tentado al igual que somos tentados nosotros, Él puede salvar a los que caen (v. 18).
5. Debemos acudir a Él y servirle de todo corazón, porque Él es el Príncipe de nuestra salvación (v. 10) y Él nos llama Sus hermanos (v. 11).

Hebreos 3:1–19

Jesús y Moisés

1. Moisés fue el profeta de Dios, a quien Dios eligió para guiar al pueblo de Israel para salir de Egipto y llevarlos a la tierra prometida. Él fue fiel en todo (vv. 2, 5), aunque tuvo un ministerio muy difícil (vv. 16–19).
2. Jesús también es un profeta, porque Dios habló a través de Él (Hebreos 1:2), pero Él es mucho más que un ser humano: Él también es el Hijo de Dios (v. 6) y Él es el Cristo, es decir, el

Ungido de Dios, enviado al mundo para salvarnos. Él es el Hijo en la casa de Dios, o sea, la Iglesia (vv. 5-6).

3. Dios castigó a los que desobedecieron al profeta Moisés (vv. 7-11). Él castigará aún más a los que rechazan a Jesucristo, porque Él lo estableció a Él en Su casa (v. 6) y Él es el único Mesías y Salvador del mundo (v. 6: *Cristo*). Por lo tanto, debemos seguirlo y permanecer fieles a Él (vv. 12-14).

Hebreos 4:1–16

¡Debemos entrar al reposo de Dios!

1. Moisés fue elegido para liberar al pueblo de Israel de la esclavitud en Egipto, y para guiarlo a través del desierto. Josué fue elegido para llevarlos a la tierra prometida (v. 8).
2. Pero Israel se rebeló contra Dios. Todos los que salieron de Egipto murieron en el desierto. Sólo a sus hijos se les permitió entrar a la tierra de Canaán (v. 3)
3. Canaán era una imagen de lo demás que el Señor nos promete en el cielo (vv. 7-9) Es la salvación eterna, la cual es Jesucristo, nuestro sumo sacerdote, ganada para nosotros, y que nos ha sido proporcionada por Su muerte en la cruz (vv. 14-16).
4. Debemos cuidar de entrar a este reposo por seguir a este Salvador (vv. 1, 11, 14-16).

Hebreos 5:1–14

Jesús, el gran sumo sacerdote, y los sacerdotes de la antigua alianza.

1. En la antigua alianza, Dios escogió sacerdotes que fueron designados para presentarle sacrificios a Él y ofrendas por los pecados (v. 1). Ellos mismos eran pecadores y tenían que presentar sacrificios por sus propios pecados (v. 2), antes de ofrecer sacrificios por la gente (v. 3).
2. Convertirse en sacerdote no era asunto de libre elección por parte de los hombres, sino que Dios llamaba a estos hombres para esta función (v. 4). Dios escogió y llamó a Jesucristo (vv. 5-6). Es por esta razón que es llamado “Cristo”, que significa ungido o elegido por Dios. Él era santo y perfectamente obediente (vv. 7–8), que quiere decir que Él nunca cometió pecado. (Hebreos 4:15; 7:26).
3. Jesucristo presentó un sacrificio único y perfecto. Es por eso que Él muy superior a los sacerdotes de la antigua alianza. Dios lo resucitó y está a Su derecha, y lo convirtió en “la fuente de la salvación eterna” (v. 9), un sumo sacerdote en el sacerdocio de Melquisedec y no en el orden Levítico.
4. Al igual que los bebés, los Cristianos debemos crecer en el conocimiento y en la fe para seguir a este Salvador y ser Sus fieles salvadores.

Hebreos 6:1–12

El pecado imperdonable

1. ¿Quién es culpable de él? Las personas que han sido iluminadas por el Espíritu Santo, que conocen la verdad, que han probado las maravillosas bendiciones de Dios (v. 4-5). Resumiendo, los paganos que no conocen a Dios no pueden ser culpables de este pecado, pero sólo los creyentes pueden cometerlo.
2. ¿En qué consiste? En “apartarse” (v. 6). No por la debilidad o la falta de atención, sino por despreciar a Jesucristo y a Su Evangelio, por alejarnos ingratamente de Él. Consiste en crucificarlo e insultarlo a Él (v. 6), en pisotearle a Él y a Su sacrificio bajo los pies (Hebreos 10:29). Es un pecado que es cometido voluntariamente (Hebreos 10:26).
3. ¿Cuáles son las consecuencias? Quien sea que cometa este pecado es como una granja que produce cardos y espinas, que ya no pueden dar fruto, y que por lo tanto, serán quemados (v. 8). Tales personas han endurecido tanto sus corazones que ya no pueden arrepentirse y regresar a Dios (v. 6).
4. ¿Qué deberíamos hacer para no caer en este pecado? Los Cristianos no deben permanecer como bebés en la fe (vv. 1-3), sino que debemos crecer en el conocimiento de la salvación y en la fe mediante el estudio de Su Palabra. Por eso mantendremos nuestra fe hasta el final (v. 11) y permanecer con Dios y Sus promesas (v. 12) mientras imitamos a los que se han ido antes que nosotros y nos han dado un buen ejemplo (v. 12).

Hebreos 6:13–20

El juramento que hizo Dios

1. ¿Qué es un juramento? Jurar significa tomar a Dios como testigo y prometer decir la verdad, y en pedir a Dios que nos castigue si mentimos. El Señor no quiere que tomemos un juramento a la ligera, o que usemos Su nombre como testigo para mentir. De hecho, Él mismo tomó un juramento.
2. ¿Qué juramento hizo Dios? Él juró a Abraham que Él lo bendeciría y le daría muchos descendientes, que él tendría un hijo, el padre de toda una nación, y que de esta nación vendría un día el Salvador del mundo (vv. 13–14). En cuanto a nosotros se refiere, Él hizo un juramento para salvarnos. Cada vez que Jesús dice: “Yo les diré la verdad...”. Él está jurando, prometiéndonos la vida eterna (Juan 5:24; 6:47; 8:51; 10:7).
3. ¿Qué beneficio tiene para nosotros de este juramento que Dios hizo? Nos da la seguridad de que Él no miente (v. 18), y por lo tanto, constituye un poderoso estímulo (v. 18) y una esperanza segura (v. 19).

Hebreos 7:1–22

Jesucristo y Melquisedec

1. ¿Quién fue Melquisedec? (Explicar lo que pasó en Génesis 14:17-24).
2. ¿En qué formas fue Melquisedec un símbolo de Jesucristo?
 - a. Como Jesús, él era rey y sacerdote al mismo tiempo.
 - b. Como Jesús, él era rey de justicia (eso es lo que significa su nombre *Melquisedec*). Jesús es un Rey de justicia que ofrece nos ofrece Su rectitud perdonando nuestros pecados.
 - c. Él era rey de Salem, es decir, Jerusalén. Jesús es el rey de la nueva Jerusalén, el rey del pueblo de la nueva alianza, de nosotros los creyentes.
 - d. Él bendijo a Abraham y recibió un diezmo de él. Jesús nos bendice (gracia, perdón de los pecados, vida eterna). Al igual que Abraham, queremos servirle a Él y pertenecerle.

Hebreos 7:23–28

Jesucristo, el Hijo de Dios, es nuestro verdadero sumo sacerdote

1. Él es el sumo sacerdote perfecto (v. 28).
 - a. verdadero Dios (v. 26: “puesto más alto que el cielo,” v. 28),
 - b. santo e inocente (v. 26: “santo, sin mancha, puro, apartado de los pecadores”).
2. Él murió por nosotros y presentó a Dios un sacrificio único y perfecto (v. 27).
3. Él vive y ora por nosotros (v. 25).

Hebreos 8:1–13

La antigua y la nueva alianza

1. La antigua alianza o pacto: Describir la alianza del Monte Sinaí, con sus sacerdocios, sus sacrificios, sus rituales y sus muchas leyes:
 - a. Los sacerdotes de la antigua alianza eran imperfectos porque eran pecadores que primero tenían que sacrificar por ellos y luego por la gente.
 - b. Los sacrificios del antiguo pacto eran imperfectos; tenían que ser repetidos constantemente, porque la sangre de animales no puede salvar seres humanos.
 - c. Los numerosos rituales del antiguo pacto produjeron sólo una santidad externa.
 - d. Las leyes de la antigua alianza eran muchas, y ninguna de ellas trajo el perdón ni la paz.
 - e. La antigua alianza era muy imperfecta y no evitaba que el pueblo de Israel desobedeciera y fuera infiel a Él (vv. 7–9).
2. Por eso Dios decidió establecer una nueva alianza:
 - a. Que descansa en un conocimiento más profundo de Dios y de Su plan de salvación (vv. 10-11).
 - b. Se basa en el perdón de los pecados que Él ofrece a Su propio pueblo (v. 12).
 - c. Este perdón viene de la obra que Jesucristo finalizó. Él presentó el sacrificio que Él nos libera de nuestros pecados y por eso Él se convirtió en nuestro sumo sacerdote y el Mediador de una nueva alianza (v. 6).

3. Debemos permanecer fieles a nuestro Salvador y apegarnos a la alianza que Él hizo y que Dios estableció con nosotros en el bautismo (Gálatas 3:27).

Hebreos 9:1–28

Jesús y los sumos sacerdotes del Antiguo Testamento

1. Describir el Templo de Jerusalén con su Lugar Santo, el Lugar Santísimo y el arca de la alianza, y mostrar cómo los sumos sacerdotes una vez al año tenían que atravesar el velo, entrar al Lugar Santísimo de espaldas mientras quemaban incienso para ocultar el arca de la alianza, y colocar en ella la sangre del sacrificio (vv. 1-10).
2. Todo esto demuestra que el pecado separa al hombre de Dios, y que el servicio de los sacerdotes del viejo pacto con sus sacrificios de animales era verdaderamente imperfecto (v. 8).
3. Jesús es un sumo sacerdote que es santo y sin mancha (v. 14). Él se ofreció a Sí mismo, ofreció un sacrificio único y perfecto (vv. 25–28) y ofreció a Dios Su propia sangre (v. 12), no en un templo hecho por manos humanas, sino en el cielo (vv. 12, 24).
4. Por eso, todo lo que Dios ha ordenado en el Antiguo Testamento apuntaba hacia lo que hizo Jesucristo.
5. Todos los seres humanos deben morir, y después de ello serán juzgados. Los creyentes no tienen miedo de este juicio, porque esperamos a Jesucristo quien “trae la salvación” (v. 28). Gracias a Él, seremos perdonados y declarados inocentes. Recibiremos la herencia que nos ha sido prometida (v. 15). Jesús nos llevará con Él al cielo donde seremos bendecidos eternamente.

Hebreos 9:11–15

Lo que nos da la muerte de Cristo

1. La limpieza de nuestros pecados (v. 12: “la redención eterna”).
2. La fortaleza para llevar una vida Cristiana (v. 14: “para que podamos servir al Dios viviente”).
3. La esperanza de la vida eterna (v. 15: “la herencia eterna prometida”)

Hebreos 9:11–15

¿En qué se basan las esperanzas de vida eterna de nosotros los Cristianos?

1. El sumo sacerdote que Dios nos ha dado:
 - a. Él vino a ganar por nosotros “las buenas cosas” (v. 11), es decir, los tesoros eternos
 - b. Él no es un mortal pecador como los sacerdotes de la antigua alianza, sino santo (v. 14) y el Hijo de Dios que bajó del cielo y se ofreció a Sí mismo “por el Espíritu eterno” (v. 14).
2. Él sacrificio que presentó nuestro sumo sacerdote:

- a. Se necesitaba un sacrificio para redimir al mundo y para reconciliarlo con Dios.
 - b. El sacrificio de Jesús era único y perfecto, porque Él se ofreció a Sí mismo a Dios (v. 14).
3. Los Cristianos sabemos que recibiremos la herencia prometida por la fe en Jesucristo (v. 15).

Hebreos 10:1–18

El sufrimiento y la muerte de Jesucristo son eternamente efectivos

1. Ya eran efectivos bajo la antigua alianza:
 - a. Dios comenzó el ritual religioso con muchos sacrificios (vv. 1–4, 8). Pero no podían eliminar el pecado (vv. 1, 4, 11).
 - b. Sin embargo, fueron útiles, porque recordaban constantemente al pueblo que ellos eran pecadores (v. 3) y apuntaban hacia el sacrificio que traería el Mesías, el Mesías que había sido prometido y anunciado por los profetas (vv. 5-9, 16-17).
 - c. Por eso, los creyentes del Antiguo Testamento fueron salvados de la misma manera que nosotros, por la fe en Jesús (Juan 8:56; Hechos 15:10–11).
2. Ellos son efectivos para la eternidad:
 - a. Al sufrir y morir por nosotros, Jesucristo nos santificó “una vez y para siempre” (v. 10), y “por siempre” (v. 14). “Ya no hay sacrificio alguno por el pecado” (v. 18).
 - b. Él se sentó a la diestra de Dios para reinar sobre nosotros, y para ofrecernos Su perdón y Su salvación (v. 12; Hebreos 7:25; Romanos 8:34; 1 Juan 2:1–2).
 - c. Dios hará de Sus enemigos (el pecado, la muerte y Satanás) el estrado de Sus pies (v. 13) Por eso reinaremos eternamente con Él.

Hebreos 10:19–25

Jesús es el camino que nos conduce a Dios

1. Debemos tomar este camino en la fe (vv. 19–22).
2. Debemos permanecer en este camino mientras vivimos con esperanza (v. 23).
3. Debemos ayudarnos mutuamente y caminar en el amor (vv. 24–25).

Hebreos 11:1–40

Las lecciones que aprendemos de los creyentes de la antigua alianza

1. Ellos son ejemplos para nosotros.
 - a. Modelos maravillosos de fe (vv. 1–31).
 - b. Héroes de la fe (vv. 32–40).
2. La Biblia nos invita a imitarlos.
 - a. Debemos confiar en Dios y en las promesas que Él nos ha hecho.
 - b. Debemos también estar listos para sufrir por nuestra fe, si fuese necesario.

Hebreos 11:4–7

Es la fe en Jesucristo la que nos salve, porque la fe nos cubre con Su perdón y Su salvación. ¿Qué es la fe? Es la confianza en las promesas de Su Evangelio. Creer en Jesús es aceptar lo que Él nos ofrece y vivir por ello. Hay grandiosos mensajes de fe en la Biblia. He aquí tres: Abel, Henoc y Noé:

1. Por la fe recibimos el favor de Dios.
 - a. Abel fue justificado (v. 4). Él fue justificado por la fe en Jesús, el Salvador prometido, al igual que Abraham fue justificado (Juan 8:56; Romanos 4:1–3).
 - b. Henoc agradó a Dios (vv. 5–6). Sin la fe en Cristo, nadie puede agradar a Dios, porque no hay perdón sin la fe.
 - c. Noé se convirtió en un heredero de la justicia (v. 7). La justicia de Dios es recibida a través de la fe, sin las obras de la Ley (Romanos 4:1–5; Gálatas 2:16).
2. Por la fe vivimos una vida piadosa.
 - a. Abel ofreció un sacrificio agradable a Dios (v. 4).
 - b. Henoc caminó con Dios (Génesis 5:22, 24).
 - c. Noé condenó los pecados de la gente a su alrededor y construyó el arca (v. 7).
3. Por la fe
 - a. Abel tuvo que sufrir el odio de su hermano, pero recibió la vida eterna (v. 4).
 - b. Henoc entró a la vida eterna sin morir (v. 5).
 - c. Noé fue salvado del diluvio. Este es un símbolo de la salvación eterna que Dios ofrece a los creyentes.

Hebreos 11:8–19

La fe Cristiana mira hacia adelante con confianza

1. La fe es un salto hacia un futuro oculto (vv. 8–12): Muestra las cosas asombrosas que Dios pidió que hicieran Abraham y Sara.
2. La fe es un paseo hacia la luz (vv. 13–19): Abraham, Sara y todos los creyentes del Antiguo Testamento eran viajeros en la tierra, extranjeros a quienes Dios había prometido una patria en el cielo. Esta promesa les dio la fortaleza para seguirlo y obedecerlo.

Hebreos 11:24–26

Moisés, un ejemplo de la fe y la obediencia

1. Por qué rechazó los honores que les fueron ofrecidos en la corte del Faraón (vv. 24-25): él quería ser parte del pueblo de dios, parte de aquellos que confiaban en Dios y en Su salvación prometida en el Mesías, aun cuando él tuviera que rechazar los honores y sufrir por ello.
2. ¿Qué le daba la fuerza? (v. 26) Fue su fe en el Mesías (perdón y salvación) que son mucho más preciados que todos los tesoros de Egipto.

3. Cuando el tiempo llegó, Jesús nos ofreció tesoros maravillosos que sólo Él puede dar, como lo son la gracia, el perdón, la vida eterna, la esperanza, la alegría y la paz. Deberíamos recibirlas por la fe, y después tendremos la fortaleza para rechazar todo lo que pueda alejarnos de Él y para vivir de manera Cristiana.

Hebreos 12:1–3

Jesucristo nos compró a un enorme precio: Él sufrió terriblemente y murió en la cruz llevando el peso de todos nuestros pecados. Por la fe en Él, tenemos el completo perdón de todos nuestros pecados y esperanza para la vida eterna. Para mostrarle a Él nuestro amor y gratitud, tratemos de cambiar nuestra vida siguiendo las tres reglas siguientes para un Cristiano:

1. Rechazar el pecado (v. 1).
2. Correr (v. 1) con perseverancia en el camino que conduce al cielo.
3. Fijar la mirada en Jesucristo:
 - a. Él es un buen modelo: Él sufrió, porque Él pensaba en la alegría que le esperaba en el cielo, y Él recibió la corona de la victoria (vv. 2–3).
 - b. “De Él procede nuestra fe y Él es quien la perfecciona.” Él nos da la fe, hace que crezca, y la preserva (v. 2).
4. En Él y en las promesas del Evangelio, encontraremos la fuerza para vivir en la fe (v. 3).

Hebreos 12:4–11

Cuando estamos siendo sometidos a prueba, Dios nos enseña de manera que alcancemos el cielo

1. ¿Por qué nos prueba Dios? Porque debemos luchar hasta el final (v. 4). Es por nuestro bien (v. 10).
2. ¿Cuál es nuestro consuelo? Ser probados prueba que somos hijos de Dios y no hijos ilegítimos (vv. 6–8).
3. ¿Cuál es el fin de la prueba? Hacernos crecer en la fe, para que nosotros “podamos compartir en Su santidad” (v. 10) y para que demos frutos de justicia (v. 11).

Hebreos 12:18–24

Los Cristianos son personas felices

1. En qué consiste esta felicidad: el monte donde Dios se reveló a Si mismo a los Cristianos no se llama Monte Sinaí con su relámpago, sus terremotos, y la amenazas de la Ley (vv. 18–20), sino Monte Sión, la Jerusalén celestial, donde Dios tiene Su trono (v. 22), donde Jesucristo, nuestro mediador, espera por nosotros (v. 24) y donde los ángeles y los creyentes que han muerto cantan Su gloria (vv. 22–24).
2. A qué debe moverlos esta alegría: a renunciar al pecado y a caminar en la santidad. La Ley de Moisés con sus acusaciones y sus amenazas no dan la fuerza para la vida santa. Por la fe en

Jesús, los creyentes son rociados con Su sangre (v. 24). Somos “la iglesia del primogénito,” (v. 23), el pueblo de Dios cuyos nombres están escritos en el cielo (v. 23). Es por eso que le servimos con amor, gratitud y regocijo.

Hebreos 13:1–9

Cristianos, ustedes han sido comprados a un gran precio, por Jesucristo ustedes fueron liberados del pecado, de la muerte y del poder del diablo. Ustedes pertenecen completamente a Él. Por lo tanto, ¡levántense firmes!

1. Párense firmes en su conducta (vv. 1–8):
 - a. Dejen que el amor guíe su vida (v. 1).
 - b. Reciban bien a los extranjeros (v. 2).
 - c. Sean caritativos (v. 3).
 - d. Honren el matrimonio (v. 4).
 - e. No sean avaros, más bien confíen en Dios (vv. 5–6).
 - f. Imiten en la fe a los que se han ido antes que ustedes (v. 7).
2. Sean firmes en la doctrina:
 - a. No se dejen arrastrar por falsas doctrinas (v. 9).
 - b. Fortalezcan sus corazones en la gracia leyendo y escuchando la Palabra de Dios (v. 9).

Hebreos 13:10–19

¡Hermanos y hermanas, somos ciudadanos del cielo! Jesucristo nos ha salvado. Nuestros nombres están escritos en el cielo donde tenemos nuestro hogar. Nuestra patria verdadera está allá arriba. Por eso:

1. Debemos obedecer a nuestros líderes, porque ellos son los pastores a quienes nos ha confiado Dios para guiarnos al cielo (v. 17).
2. Debemos sufrir la desgracia de Cristo, porque Él se sacrificó a Si mismo por nuestra salvación (vv. 12–13).
3. No debemos apegarnos a este mundo, sino mirar hacia la patria celestial (v. 14).
4. Debemos alabar y confesar el nombre de nuestro Dios (v. 15).